

A woman with long, wavy brown hair and purple eye makeup is shown in profile, looking down. The background features a large, multi-masted sailing ship on the water. The overall color palette is warm, with soft pinks and yellows. In the bottom right corner, there are white decorative floral and scrollwork patterns.

Piratas!

Laura Esparza

Sinopsis

La señorita Nightingale solo tiene un deseo: ser dueña de su propio destino. Y evitar a toda costa el matrimonio. Y ver por última vez al hombre que durante años ha alentado su espíritu rebelde. Si para lograrlo debe avergonzar a su ilustre padre y participar en un arriesgado plan para liberar a un hombre a punto de ser ahorcado, valdrá la pena.

El capitán Blackhawk solo tiene un objetivo: saldar la deuda que contrajo hace años. Y recuperar el control de su vida. Y formar parte de la alianza que se ha forjado para robar el mayor cargamento de oro que haya salido jamás de la Indias. Si para conseguirlo debe secuestrar a la hija del gobernador de Jamaica, no le importará pagar el precio.

Pero en las turquesas y legendarias aguas del mar Caribe, donde los piratas reinan a bordo de navíos extraordinarios, una mujer hambrienta de aventura y un hombre sediento de libertad descubrirán que el destino les tiene reservadas muchas sorpresas. Y que, a veces, las grandes historias de amor son aquellas que dan comienzo con un sencillo: «Érase una vez...».

Dedicatoria

*A mis hermanas, Silvia y María,
las mejores compañeras de aventuras que podría desear.*

Prólogo

Érase una vez...

Así era como comenzaban las historias.

Érase una vez un mar donde los piratas reinaban a bordo de navíos extraordinarios. Aguas azules, mansas y turbulentas, donde los hombres más valerosos y las mujeres más audaces dejaban atrás su condición humana y se codeaban con los dioses. Érase una vez un lugar donde el esclavo podía convertirse en señor, el pobre, cubrirse de oro y el hambriento de aventuras, alcanzar saciado el paraíso.

Así era como comenzaba la leyenda.

Pero la realidad era muy diferente. Porque, como bien había descubierto la pequeña señorita Wilhelmina Nightingale, no había piratas en el mar Caribe.

Ni uno solo.

Qué absoluta y trágica decepción.

De pie, reclinada sobre la borda del Defiance, Wilhelmina oteaba el horizonte buscando una sombra que se recortara contra el sol del atardecer. Pero era inútil. No había sombra, tan solo una vasta superficie de agua cristalina y un cielo inmenso que se llenaba de colores preparándose para la llegada de la noche. Ningún pirata a babor.

Indignada, la niña soltó un bufido y atravesó el alcázar a la carrera hasta el costado de estribor, golpeando a su paso al timonel. El joven marinero soltó la rueda, tropezó con uno de los gavieros, y la mayor ondeó libre durante un instante, provocando que el Defiance diera un bandazo.

—¡Wilhelmina! —gritó su padre desde cubierta—. Ya hemos hablado sobre lo impropio y peligroso que resulta el que andes correteando por el barco. ¡Vas a conseguir que esta nave se hunda sin necesidad de que intervenga ningún pirata!

Wilhelmina no lo escuchó. Ni siquiera se volvió para mirarlo. Estaba furiosa. Se sentía estafada. Piratas. ¡Ja!

Seis meses atrás, cuando su padre le dio la noticia de su nombramiento como nuevo gobernador de Jamaica, a ella le faltó tiempo para empezar a preparar el equipaje. Estaba convencida de que su viaje al Caribe sería una aventura emocionante. Que todas las historias que le habían contado a lo largo de los años dejarían de ser fantasías y se convertirían en realidad.

Creyó que los hombres y mujeres con los que soñaba cada noche antes de dormir abandonarían el mundo de las ilusiones inalcanzables y se harían de carne y hueso frente a sus ojos.

Pensó que su vida cambiaría para siempre.

Pero llevaban dos días surcando aquellas insulsas aguas y en todo ese tiempo no habían visto un solo barco. Ni siquiera habían tenido una mísera tormenta, un poco de marejada, y ni hablar de un temible huracán. Nada.

El Caribe era un lago. No era el bravo y apasionante mar que describían las leyendas. Era una estúpida balsa de aceite por la que ni siquiera asomaba la aleta de un tiburón.

Y para empeorarlo todo, su padre la había obligado a llevar pantalones.

«Por precaución», había dicho.

¿Contra qué? ¿Acaso no resultaba obvio que aquel era el lugar más seguro sobre la faz de la Tierra? Las calzas picaban y las medias se empañaban en resbalar hasta los tobillos. El lazo del cuello la asfixiaba, los zapatos eran demasiado grandes y la chaqueta, demasiado pequeña.

Estaba ridícula.

Toda la culpa era del presuntuoso y bocazas Tobias Raleigh, el hijo del capitán, quien amablemente se había ofrecido a prestarle su ropa. Se creía muy importante porque su padre le había permitido subir a la cofa y acompañar al vigía. Pero no era más que un niño feo y mal proporcionado, con enormes pies y unos brazos muy cortos.

Y, además, apestaba. Wilhelmina olisqueó la manga de su casaca color café y frunció la nariz con repugnancia.

—¡Buaj!

Alzó la vista hasta lo alto del palo mayor y vio a Tobias saludándola con la mano. Su mente se llenó de pensamientos horribles. Imágenes que incluían a aquel chico cayendo al vacío y siendo devorado por algún mítico monstruo de las profundidades marinas.

Sintió ganas de llorar. ¡No era justo! Todo era horrible, nada sucedía como lo había imaginado. Aquel viaje debía ser su gran aventura y no el acontecimiento

más aburrido de sus doce años de vida.

Las lágrimas amenazaron con desbordarse y romper los diques que había erigido para contenerlas. Pero no quería que nadie la viera llorar. En especial, el gusano de Tobias. Así que lanzó un último y desilusionado vistazo al horizonte y, entonces, cuando se giraba para ir a esconderse a su camarote, lo sintió.

Fue un ligero escalofrío que poco a poco se extendió por su cuerpo convertido en pura excitación.

Entornó los ojos y oteó la fina línea en la que se unían cielo y mar. Al principio solo percibió un punto; podría haber sido un espejismo. Pero el punto fue creciendo y se convirtió en una mancha, y, finalmente, la mancha se transformó en una sombra. La silueta de un barco. Estaba segura.

¡Piratas!

—¡Capitán! —gritó mientras corría hacia el hombre que conversaba con su padre en cubierta. Se precipitó de nuevo contra el timonel, pero esta vez el marinero estaba alerta y consiguió esquivarla separándose de la rueda lo justo para dejarle paso.

El capitán Raleigh, un oficial de reconocido prestigio con un físico mucho más proporcionado que el de su hijo, se cuadró para escucharla como si estuviera a punto de enfrentarse a una audiencia con Su Graciosa Majestad.

—¿Sí, señorita Wilhelmina?

—¿Recordáis cuando os pedí que me dejarais subir a la cofa y os negasteis?

El capitán se quitó el sombrero con expresión resignada y encogió los hombros, agotado al reabrir un tema que creía zanjado.

Wilhelmina obvió su gesto.

—¿Recordáis que me dijisteis que el trabajo del vigía era vital en el mar Caribe y que no era apropiado para una niña como yo?

—¿Todavía continuáis enfadada por eso?

Los ojos de Wilhelmina brillaron de satisfacción.

—No, capitán. Solo me preguntaba por qué nuestro invaluable vigía aún no ha avisado del barco que se acerca por estribor.

Un silencio ominoso cayó sobre la tripulación del Defiance. Enseguida, todos los hombres en cubierta se dirigieron hacia el lugar que ella señalaba para confirmar las palabras que acababan de escuchar.

El capitán sacó su catalejo y barrió el agua que se extendía frente a él. No tardó mucho en ver la sombra. Justo en ese momento, se oyó el agudo grito de Tobias.

—¡Nave a estribor! ¡Nave a estribor!

«Demasiado tarde, gusano. Demasiado tarde», pensó Wilhelmina.

—¿Piratas? —preguntó el gobernador Nightingale colocándose junto al capitán.

—No lo sé. Está demasiado lejos. Pero no creo que tardemos en averiguarlo.

Obtuvieron su respuesta mucho antes de lo esperado. Navegaban a todo trapo, pero el viento soplaba en su contra. La otra nave, un bergantín de dos palos y líneas esbeltas, era mucho más ligera, y pronto estuvo lo bastante cerca como para interceptar al Defiance.

Los hombres trabajaban en silencio, esperando a que el otro barco desplegara su bandera. Hasta entonces todo era posible. Sin embargo, nadie parecía conservar la esperanza.

—¿Podría tratarse de un mercante holandés, capitán? —preguntó el gobernador Nightingale sin mucha convicción.

Wilhelmina observó el rostro del capitán Raleigh, que permanecía en la amura de estribor con las piernas ligeramente separadas, las manos a la espalda y la mirada fija en el horizonte. Él sabía que aquella embarcación no transportaba mercancías. Era condenadamente rápida e iba directa hacia ellos. Un bergantín como ese solo podía pertenecer a una escuadra naval de guerra. O a un pirata lo bastante diestro como para haberlo capturado.

—Deberíamos buscar un lugar donde ocultar a los niños —sugirió el gobernador.

—¡No! —gritó Wilhelmina—. ¡No pienso esconderme como una cobarde!

—¡Por todos los diablos! —gritó su padre, y la sujetó con fuerza por ambos brazos, mirándola con dureza—. Esto no es un cuento. Es real. Si esa nave está comandada por piratas, tu vida correrá peligro.

—Si son piratas —lo interrumpió el capitán—, no habrá rincón en este barco donde los niños estén seguros.

A pesar de sus palabras, se acercó a su hijo, que había bajado como un rayo de la cofa tras dar el aviso, y lo empujó en dirección a la bodega. Tobias temblaba y lloriqueaba a causa del miedo.

Pero Wilhelmina no sentía ningún temor. Alzó la barbilla y miró a su padre con la misma determinación que exhibía siempre que desafiaba una de sus órdenes. Se soltó y, mientras Tobias corría a esconderse junto a las ratas, ella devolvió la atención al barco que estaba a punto de darles alcance.

¿Quién osaría abordar un navío de línea de la Armada Real? ¿Blackbeard?

¿Nicolas Brown? ¿Black Caesar?

Wilhelmina buceó en su memoria tratando de recordar los nombres de aquellos piratas que todavía continuaban en activo, así como los emblemas de sus banderas. Y, de pronto, mientras dudaba si la marca de Charles Vane era un corazón sangrante o un brazo empuñando una daga, sucedió.

El bergantín desplegó una bandera en lo alto de su palo mayor. Una bandera que no se correspondía con la de ningún reino conocido ni proclamaba la pertenencia a ningún país. La Jolly Roger. La bandera pirata. Dos sables cruzados y una calavera.

Calico Jack.

Wilhelmina sintió deseos de ponerse a saltar. Y lo habría hecho si no se hubiera percatado de que, en el dibujo, destacando sobre el fondo negro, había algo más.

—¿Qué es eso...?

—Cuernos vikingos —contestó un marinero que, a su lado, observaba la bandera agitándose al viento—. Cuernos vikingos.

Un rumor se elevó entre los tripulantes del Defiance.

—¡Echad el ancla! ¡Arriad las velas! —ordenó a gritos el capitán—. ¡Preparaos para el abordaje!

Iban a rendirse.

—¿Os habéis vuelto loco?! —exclamó el gobernador—. ¡No podéis entregar esta nave sin luchar!

—Es nuestra única opción. Esa —dijo señalando el trozo de tela que bailoteaba en el palo mayor del barco pirata— es la bandera del capitán Aarhus, un hombre famoso por conseguir lo que quiere sin derramar una gota de sangre. Pero, si nos enfrentamos a él, hará ondear su bandera roja y, entonces, nos masacrará.

—¡Maldita sea, capitán Raleigh! El Defiance es un navío de línea de primera clase de la Armada Real, mientras que esa nave es solo un bergantín. Nosotros poseemos cien cañones y ellos, solo veinte. ¡No podemos rendirnos!

—Creedme, gobernador. Nuestra potencia de fuego no es rival para ese barco. La tripulación del Valhalla ha salido del mismísimo infierno. ¿De verdad queréis arriesgar la vida de vuestra hija en una lucha que no podemos ganar?

Wilhelmina contempló cómo su padre se hundía ante el peso de semejante decisión. No soportaba la idea de poner su vida en peligro en medio de un fuego cruzado, pero tampoco quería claudicar. Sus intenciones eran claras: limpiar las

aguas del Caribe. Barrer a los piratas de la faz de la Tierra. Poner fin a su reinado. No podía iniciar su mandato con una derrota tan humillante.

Los marineros del Defiance tomaron la decisión en su lugar y pusieron manos a la obra para cumplir las órdenes de su capitán. Wilhelmina abandonó su puesto en el alcázar y se reunió con su padre.

—Son mis piratas, papá.

Él la observó con intensidad, consternado por la excitación que hacía centellear los ojos de su pequeña.

—Busca tu sombrero, cúbrete el cabello y escóndete en la bodega. ¿Me has entendido?

Wilhelmina abrió la boca para replicar.

—Ni una sola palabra. Respetarás mis indicaciones o, cuando todo esto termine, me aseguraré de que recibas un castigo que no olvidarás.

Nunca había visto tanta severidad en los ojos de su padre, ni su tono había sido tan perentorio como en ese momento. En silencio, se alejó de ella en dirección a proa. Wilhelmina obedeció y corrió hacia su camarote, pero al llegar allí recordó que, en un ataque de ira, había lanzado por la borda el sombrero que Tobias le había prestado.

Mientras buscaba a su alrededor algo con lo que tapar su larga melena rubia, oyó el crujido de las cuadernas del barco y bajo sus pies sintió una fuerza que la hizo trastabillar. El ancla se había afianzado en el lecho marino. El Defiance se había detenido.

En cubierta, los hombres se prepararon para el abordaje.

La oscuridad se extendía desde el horizonte vistiendo el cielo sobre el mar Caribe. En el Defiance, el fuego de los faroles iluminaba la cubierta, creando un juego de luces y sombras perfecto para los planes de Wilhelmina.

No debería estar allí, agazapada en la escalera que conducía a los camarotes de popa, esperando ansiosa el momento en que el Valhalla los apresara. Debería estar escondida en la bodega, haciendo compañía a Tobias, pero tenía que verlo.

Según la leyenda, en apenas unos años el capitán Aarhus había asaltado más de cien barcos mercantes, logrando una fortuna de incalculables proporciones. Oro, sedas, gemas preciosas, especias... Esos eran los tesoros que expoliaba, porque era un pirata al que solo le interesaba el botín. Nunca hacía prisioneros y, únicamente cuando hallaba resistencia, disparaba sus cañones. Sin embargo, en tales ocasiones, no mostraba piedad.

Wilhelmina había oído todas las historias que se contaban sobre él y, por eso,

había desobedecido la orden de su padre. Armándose de valor, aprovechó que no había marineros frente a la escalera para salir a cubierta y se camufló tras un par de barriles junto al costado de estribor.

El Valhalla se aproximó por ese lado, lentamente, y mientras se colocaba a su altura, Wilhelmina pudo estudiar a los hombres que componían la tripulación del barco pirata.

No eran como los había imaginado. No se parecían en nada a los bucaneros de sus sueños. Eran individuos normales. Unos altos, otros bajos. Los había rubios y morenos, incluso pelirrojos. Y en cuanto a sus rostros... ¿Dónde estaban los parches y los pañuelos en la cabeza? ¿Por qué no llevaban aros en las orejas? No había cicatrices ni tatuajes. Nada de garfios ni patas de palo.

Eran simples marineros.

A pesar de todo, la tripulación del Defiance permanecía en silencio, porque las miradas de los piratas no mostraban compasión.

Las cuerdas de abordaje desgarraron el aire y los arpones se clavaron en la madera hasta unir las dos naves. Durante un instante los hombres de ambas embarcaciones se midieron, calculando la fuerza de aquel a quien tenían enfrente. Pero los piratas del Valhalla no abandonaron su barco.

Solo un hombre se atrevió a poner los pies en el Defiance. Cruzó sobre una plancha de madera, sus botas resonando seguras sobre la pasarela inestable.

Wilhelmina oyó cada uno de sus pasos antes de poder verlo por completo. Dos marineros se habían colocado delante de los barriles que le servían de escondite, así que tuvo que arreglárselas para observar por el reducido espacio que quedaba entre sus cuerpos.

Era alto. El hombre más alto que ella había visto jamás. Y rubio. Lucía el cabello muy corto e iba perfectamente afeitado. No había parche, no había garfio. Sin embargo, Wilhelmina, como el resto de hombres del Defiance, supo que era peligroso.

El pirata avanzó por la cubierta directo hacia su padre, sin desenvainar el sable que llevaba colgado en la cadera ni preocuparse por los marineros de la Armada Real que iban quedando a su espalda.

—El gobernador Nightingale, supongo.

Su voz era áspera y profunda, y lo bastante fuerte como para que las tripulaciones de ambas naves pudieran oír sus palabras. El gobernador rehusó contestar.

—Christian Aarhus —se presentó el recién llegado—. Capitán del Valhalla y

guardián de los mares. A vuestro servicio.

Hizo un amago de reverencia, y una carcajada general se elevó del barco pirata.

—No hagáis caso a mis hombres, gobernador. Creen que bromeo, pero en realidad estoy poniendo mi barco a vuestras órdenes.

El capitán Aarhus se movió hacia babor, provocando que los marineros situados en ese lado retrocedieran a su paso. Comenzó a pasearse por la cubierta, examinando a todos y cada uno de los tripulantes del Defiance.

—Vuestros planes son un secreto a voces —prosiguió—. Limpiar las aguas del Caribe. Acabar con la piratería. Nadie está muy seguro de cómo vais a conseguirlo, pero, cuando lo hagáis, necesitaréis barcos que mantengan la paz.

—¿Me ofrecéis vuestra nave? —preguntó el gobernador Nightingale con furia contenida—. ¿Acaso os estáis riendo de mí?

El capitán Aarhus se detuvo y se volvió para enfrentarlo. El rastro de humor en su voz desapareció por completo cuando habló:

—Os ofrezco la única posibilidad que tenéis de llevar vuestra misión a buen puerto. Si queréis acabar con los piratas, tendréis que asociaros con uno.

El gobernador pareció meditar la propuesta durante un instante. Pero, después, las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente al responder:

—Me temo, señor, que mi política no incluye negociar con hombres de vuestra calaña. Habéis asaltado un navío de la Armada Real y lo pagaréis con vuestra vida. No solo no pienso colaborar con vos, sino que tengo toda la intención de no parar hasta ver vuestro barco hundido en el fondo del Caribe y vuestro cuello rodeado por la soga del patíbulo.

Aarhus sonrió.

—Como gustéis, gobernador. Pero, puesto que no vamos a trabajar juntos, dejad que yo os haga otra advertencia.

Se aproximó al alcázar y se detuvo delante de los marineros que ocultaban a Wilhelmina.

—Estas aguas son nuestro hogar. Conocemos cada roca, cada isla, cada banco de arena. Sabemos cuándo el viento nos será favorable y cuándo una brisa se convertirá en un devastador huracán. Nosotros, los piratas, vivimos y morimos en el mar. ¿De verdad creéis que podéis exterminarnos como si fuésemos una plaga? Los niños crecen con nuestras historias y sueñan con convertirse en uno de los nuestros. ¿Acaso creéis poder acabar con nuestra leyenda?

El gobernador Nightingale lo observaba mientras declamaba su discurso, pero, cuando concluyó, su atención se desvió hacia un punto junto a su codo. Wilhelmina supo el instante en que la había descubierto porque su mirada perdió la determinación que hasta ese momento había mostrado y se llenó de pavor.

Aarhus también percibió el cambio y se giró para comprobar qué lo había producido. Sus ojos ardían reflejando las llamas de los faroles y, al descubrir a Wilhelmina, la atravesaron como si fuera agua cristalina y descifraron su alma.

—Moveos —ordenó a los marineros que la ocultaban.

Pero estos permanecieron firmes en su lugar.

Aarhus desenfundó su sable y lo apuntó primero a la garganta de uno, después a la del otro.

—Moveos o lo último que degustaréis en esta vida será vuestra propia sangre cuando os rebane el pescuezo.

—Si le ponéis un solo dedo encima... —lo amenazó el gobernador Nightingale dando un paso al frente.

Aarhus se volvió y la hoja de su espada enfiló a su nuevo objetivo. Eso bastó para que Wilhelmina abandonara su escondite, arremetiera contra el muro creado por los marineros y se interpusiera entre ambos hombres.

—¡No le hagáis daño a mi padre!

—¡Wilhelmina, no! —gritó el gobernador.

Intentó apartarla, pero ella no pensaba moverse de donde estaba.

La sombra de una sonrisa se instaló en los labios de Aarhus. Desvió el sable y, con un certero movimiento, rasgó el pañuelo con el que Wilhelmina se había cubierto el cabello. Una gruesa trenza rubia se deslizó sobre su hombro.

—Vaya, vaya, vaya. Así que el gobernador Nightingale necesita la protección de una niña. Decidme, princesa: ¿qué pensarán de él cuando se sepa que una jovencita le sirvió de escudo ante uno de los piratas a los que debe aniquilar? Un hombre debe estar a la altura de su reputación...

—¿Y vos estáis a la altura de la vuestra? —respondió, furiosa.

—¿Acaso sabéis algo de mí?

—Que no dais tanto miedo.

Los hombres del Valhalla prorrumpieron en carcajadas. Pero Wilhelmina contraatacó:

—Y vuestros hombres no son tan fieros.

Entonces fue Aarhus quien sonrió.

—Muchachos —dijo—, demostradle a la señorita lo feroces que podéis

llegar a ser.

Su tripulación estalló en gritos de guerra, enarboló sus armas y pateó la cubierta de madera con fuerza, llenando el crepúsculo de un fragor escalofriante.

Wilhelmina no pestañeó, aunque en su interior se encogió de miedo.

—¿Nos teméis ahora?

—Sé que no vais a hacernos daño.

—¿Cómo estáis tan segura?

—Porque de ser así, ya lo habríais hecho.

Y porque lo había visto en sus ojos. Podía haber hielo en ellos, pero no crueldad. No la clase de maldad que hace falta para terminar con la vida de otro hombre a sangre fría.

—No, supongo que es vuestro día de suerte. Sois audaz, señorita..., ¿cómo os llamabais?

—Wilhelmina Nightingale.

—Un nombre con carácter para una joven con carácter. Poseéis una mente ágil y despierta. Lamentablemente para vos, esas cualidades lastrarán vuestra existencia en el mundo donde viviréis de ahora en adelante. En el mío os garantizarían fortuna y fama; en el vuestro, escarnio y aislamiento. Quizá debería llevaros conmigo y mostraros cómo es la vida cuando se disfruta de auténtica libertad.

Un par de manos la aferraron con fuerza y se clavaron como garras en sus brazos. Pero no pertenecían al pirata, sino a su padre, que la colocó a su espalda como si así pudiera protegerla del peligro.

—Tocadla y moriréis.

El capitán Aarhus bajó el sable y lo envainó despacio.

—No envidio la tarea que os aguarda, gobernador Nightingale. Me pregunto cómo lograréis acabar con los piratas cuando vuestra propia hija alberga en su interior el alma de una rebelde.

Se giró para regresar a su barco, y los hombres que esperaban tras él se movieron al instante para dejarle paso.

—Recordad mis palabras, gobernador. Podéis darnos caza, pero, por cada uno de nosotros que perezca en la batalla, surgirán cinco hombres dispuestos a ocupar su lugar. No desapareceremos, nunca desapareceremos.

Después se volvió hacia Wilhelmina y le guiñó un ojo.

—Nuestros caminos volverán a cruzarse, Billie. No permitáis que quiebren vuestro espíritu.

Y, sin más, cruzó la pasarela y regresó a su nave. Los piratas del Valhalla cortaron las cuerdas de abordaje y el bergantín reanudó su marcha, alejándose poco a poco rumbo al horizonte, internándose en la noche.

En la cubierta del Defiance la tensión se evaporó cual agua de mar en un día de intenso calor. El capitán Raleigh dio las instrucciones necesarias para zarpar de nuevo y los marineros se pusieron en movimiento.

—Por desobedecerme, permanecerás encerrada en tu camarote hasta que toquemos tierra.

Las palabras de su padre penetraron con violencia en la aturdida razón de Wilhelmina. Y pese a la frialdad con la que fueron pronunciadas, percibió en ellas angustia, impotencia, temor.

—Por poner en riesgo tu seguridad, perderás todos tus privilegios hasta nuevo aviso. Ahora vete. No pisarás esta cubierta salvo en el momento de desembarcar.

Wilhelmina se encaminó hacia el castillo de popa para cumplir con su castigo. Pero las palabras del capitán Aarhus resonaban en su cabeza como un eco que rebotase contra muros de piedra, impidiéndole respirar con normalidad. Siguiendo un impulso, corrió hacia el palo de mesana y se subió a la tabla de jarcia. Con agilidad y destreza, desoyendo los gritos de su padre desde cubierta, escaló por los cordajes y se encaramó a la cofa. Desde allí oteó el horizonte. El Valhalla aún podía apreciarse recortado contra el cielo nocturno. Lo observó hasta que desapareció de su vista y, a su alrededor, el mundo se transformó en un manto oscuro salpicado de estrellas.

Él había dicho que sus caminos volverían a cruzarse.

Era una promesa.

Y, hasta entonces, Billie lucharía contra viento y marea por mantener su espíritu intacto.

Capítulo 1

Escapar no estaba resultando tan sencillo como Wilhelmina había imaginado. La fortaleza donde se hallaba encerrada tenía guardias apostados en tres de sus lados; marineros de la Armada Real que no dudarían en utilizar todos los medios a su alcance para frenar su huida y devolverla al agujero donde languidecía desde hacía días.

Dos hombres al sur, dos al norte y dos al oeste vigilaban en turnos de doce horas, moviéndose sin cesar, controlando quién entraba y, sobre todo, quién salía de aquella prisión. Doce marineros para retenerla solo a ella.

Por suerte para Wilhelmina, su celda estaba orientada al este, al mar, el único frente de la fortaleza que no requería vigilancia, porque ya no había en el mundo hombre o mujer que osara atacar Port Royal desde un barco.

Esa era su vía de escape. Una ventana desde la cual podía divisarse el sol cada amanecer brillando sobre las prístinas y turquesas aguas del Caribe. Una ventana situada en lo más alto de la fortaleza, a más de treinta pies del suelo.

Una ventana desde la que no tenía más opción que saltar.

Decidida, Wilhelmina se trenzó su larga melena rubia y, a continuación, se puso las botas de cuero estirándolas sobre las calzas marrones que cubrían sus piernas. Ropas similares eran las que había vestido aquella noche en que cambió su vida para siempre, aunque ahora escondían las formas redondeadas de una mujer y no las angulosas de una niña. Tomó la cuerda que había fabricado con las sábanas de su cama y, encaramada a una silla, ató el extremo a una de las vigas del techo. La fuerza que empleó para asegurarse de que no se soltaba fue tal que sus palmas enrojecieron y la piel amenazó con agrietarse.

Descolgarse por aquella escala improvisada iba a destrozarle las manos, pero esperaba que los cientos de nudos con que había unido los fragmentos de tela la ayudaran en el descenso. Si tan solo no sintiera pánico ante la idea de caer...

Apartó ese pensamiento de su cabeza y se concentró en lo que le aguardaba

una vez que hubiera recuperado su libertad. Cuando escapara, volvería a verlo. Después de tantos años, volvería a mirarse en aquellos fríos ojos azules y recuperaría lo que estaba a punto de perder.

Con agilidad, saltó al alféizar de la ventana y desde allí oteó el mar, la arena y la hierba contra la que sus huesos se harían pedazos si la cuerda no aguantaba su peso.

Ahogó un gemido al recordar el dolor que había sentido durante las pruebas llevadas a cabo para comprobar su resistencia. Porque estaba lo bastante desesperada como para descolgarse por una ventana, pero no era tan estúpida como para no cerciorarse de que la escala soportaría su peso. Las historias que había oído a lo largo de toda su vida en las que se narraban sucesos semejantes podían tener poco que ver con la realidad.

Y ella quería escapar, no morir en el intento.

Así que había atado la cuerda a la viga y se había colgado de ella haciendo fuerza. Había saltado, se había balanceado hacia delante, hacia atrás y hacia los lados, y en todas las ocasiones los nudos se habían deshecho, lanzándola contra el duro suelo de madera. A punto había estado de entregarse a las lágrimas a causa del dolor y la desesperación, incapaz de conseguir que la cuerda aguantara. Pero su voluntad era de hierro, y su deseo de escapar, lo bastante fuerte como para impedirle aceptar la derrota.

La recompensa era demasiado grande. La necesidad, acuciante.

Al final, no sabía muy bien cómo, había conseguido que los endemoniados trozos de tela permanecieran unidos. Y se había columpiado aferrada a ellos como una plomada suspendida en el aire, convencida de que resistiría. Orgullosa de sí misma.

Estaba lista.

Desplegó la cuerda, lanzándola al vacío, y observó que el extremo inferior terminaba a varios pies del suelo. Había usado toda la ropa de cama disponible, de modo que, cuando llegara al final, tendría que saltar.

Respiró profundamente y se irguió sobre el alféizar. El vértigo la dejó sin aliento durante un instante. Pero enseguida se colocó de espaldas al mar, se asió con todas sus fuerzas a las sábanas y, con el miedo todavía reptándole por el cuerpo, puso los pies en el borde y se dejó caer hacia atrás.

Cerró los ojos, aterrada por la sensación de pender en el vacío. Sus pies se movían por voluntad propia, paso a paso, caminando en sentido contrario por el muro de la fortaleza, descendiendo palmo a palmo, dejando atrás su prisión,

acercándola a la tan ansiada libertad.

La viga crujió con gran estruendo en protesta por el esfuerzo adicional a que estaba siendo sometida, y la sorpresa la desestabilizó. De pronto, se encontró sujeta a la cuerda solo con las manos, pataleando en el aire. Sus botas buscaron apoyo en el muro, pero sin éxito.

Calculó que aún faltaba un buen trecho para tocar tierra. No podía rendirse, no cuando había llegado tan lejos. Los trozos de tela no aguantarían eternamente; tenía que bajar, tenía que huir, tenía que volver a verlo.

Lentamente, se deslizó hacia abajo, apoyándose en los nudos, agarrándose con tanta fuerza que las palmas de las manos comenzaron a arderle y le provocaron un dolor insoportable. Pero el suelo estaba cada vez más cerca, casi podía sentir la atracción de la tierra en las plantas de los pies, paladear la libertad en la punta de la lengua...

Sintió el extremo inferior de la cuerda rozarle la rodilla y supo que había llegado el momento de saltar. Se escurrió hasta llegar al borde.

Ahora o nunca.

Una...

Dos...

—Wilhelmina. —La voz de su padre se elevó hasta ella desde el jardín—. Cuando termines de descolgarte por la fachada de nuestra casa, ¿te importaría reunirme conmigo en la biblioteca, por favor?

Wilhelmina dejó escapar un gemido. Miró hacia abajo y observó cómo su padre atravesaba la puerta trasera. Los seis marineros que en ese momento custodiaban la mansión del gobernador Nightingale la contemplaron con idéntico gesto reprobador antes de regresar a sus puestos.

Había estado tan cerca...

Pero, una vez más, sus esperanzas se hacían añicos contra la tenaz determinación de su padre. Y todavía continuaba colgada de aquella ridícula cuerda.

Fue como tentar a la suerte.

—Oh, no...

Uno de los nudos se soltó y Wilhelmina cayó los últimos pies hasta dar con su trasero en la hierba del jardín.

Entró en la biblioteca con la cabeza alta y paso firme. Quizá hubiera fracasado en su plan de huida, pero ello no implicaba que estuviera derrotada.

Su padre permanecía de pie frente a uno de los ventanales, de espaldas a ella.

La habitación era amplia y espaciosa, con unas maravillosas vistas al mar y estanterías repletas de libros.

Para Wilhelmina, aquel era el mejor y el peor lugar de la casa, porque allí era donde encontraba las novelas en las que podía perderse durante horas, y también donde recibía las reprimendas de su padre después de haberse embarcado en una de sus improbables y alocadas aventuras.

Se dejó caer sobre su sillón favorito e hizo una mueca cuando el dolor en las posaderas le recordó su última empresa fallida.

—Las puertas se inventaron para evitar que las personas abandonen los edificios saltando por las ventanas. La próxima vez prueba a utilizar una. Seguro que la experiencia te resultará novedosa.

El gobernador Nightingale abandonó su puesto junto al mirador y la enfrentó con gesto severo. Su mirada fría, el rictus de la boca y la postura del cuerpo eran fiel reflejo de su férrea voluntad. No en vano lo habían apodado el Gobernador de Hierro. Había envejecido, se había endurecido e infundía temor en todos cuantos se cruzaban en su camino. Pero para Wilhelmina, en el fondo, seguía siendo el hombre que, de niña, le contaba historias cada noche antes de dormir.

Lamentablemente, cuanto más se rebelaba ella, más tensa se volvía la relación entre ambos.

—Me prohibiste, y cito, «salir por la puerta» de esta casa hasta después del baile que daremos en honor del inconmensurable capitán Anderson.

—Entonces la culpa es mía, claro, por haber sido negligente a la hora de impartir mis órdenes. Aunque no se me ocurrió que fueras tan temeraria como para arriesgar tu cuello saltando desde la ventana del desván. ¿En qué estabas pensando?

En él. En volver a verlo una vez más. En obtener al fin la respuesta a la pregunta que la torturaba desde hacía tiempo y que muchas noches le robaba el sueño.

—Ya no eres una niña, Wilhelmina. Pasó el tiempo de las chiquilladas; no puedes seguir desafiando cuanta norma encuentras a tu paso. —Se sentó en el sofá, frente a ella—. Has trepado a los árboles, nadado en el mar y correteado por la arena. Te has caído mil veces y mil veces te has vuelto a poner en pie. Tienes tantas cicatrices que es imposible recordarlas todas. Pero acabas de cumplir veinticuatro años y tienes que parar. Debes parar.

Ojalá pudiera. Pero lo que su padre le pedía era demasiado. Parar suponía aceptar un destino sobre el que no tendría ningún control.

—Cuatro, Wilhelmina. Cuatro propuestas de matrimonio sobre la mesa, aun cuando toda la isla te considera una solterona excéntrica que jamás podría ser una buena esposa.

—Emparentar con el Gobernador de Hierro sin duda compensaría cualquiera de mis muchas faltas.

Su padre guardó silencio durante un segundo y la atravesó con la mirada.

—¿Cuándo vas a empezar a vivir tu propia vida? —preguntó con sencillez.

—¿Acaso tengo poder para decidirlo? ¿Insinúas que podría salir por la puerta y enrolarme en el primer barco que encontrase?

—¿Eso es lo que quieres? ¿Dejar atrás todo cuanto conoces, el mundo en que el vives, la seguridad de la que disfrutas? ¿Deseas poner en juego un futuro prometedor por lo desconocido? ¿Vagabundear en un entorno hostil? ¿Luchar para garantizar tu supervivencia? ¿Robar, mentir, infligir daño a los demás? ¿Para acabar colgando de una cuerda atada a tu cuello mientras el pueblo ruge contemplando cómo te ahogas?

No. Claro que no, pero...

—¡Quiero ser libre! —estalló Wilhelmina—. ¡Libre para trazar mi propio camino!

Aunque todavía no supiera en qué dirección marcharía.

—Estás perdida, Wilhelmina. —Su padre se puso en pie de nuevo y regresó al ventanal, dándole la espalda una vez más—. Te rebelas contra un destino que podría hacerte feliz porque piensas que ahí afuera hay una vida que sería mil veces mejor. Pero te equivocas. Las historias que oías cuando eras niña eran cuentos. Una versión idealizada de la realidad, inventada para distraer tu atención y evitar que pensaras en la muerte de tu madre. Pero ya es hora de que madures y afrontes la verdad. En el mundo real los piratas no son hombres valientes y extraordinarios, sino monstruos que roban, violan y asesinan a personas inocentes movidos por la codicia, la lujuria y la pura maldad.

No todos. Algunos no eran así.

—Él es como los demás —aseguró el gobernador como si le hubiera leído el pensamiento—. Un ladrón con buen aspecto y buenos modales que no se detiene ante nada ni ante nadie para lograr su botín. No volverás a verlo, Wilhelmina. Y esta noche sonreirás a nuestros invitados y agasajarás al capitán Anderson...

—Ni hablar.

—Lo harás. —Giró la cabeza para fulminarla con su plúmbea mirada—. Porque nunca estas aguas y sus puertos habían sido tan seguros. Porque su

misión es acabar con la piratería, y está cumpliéndola con una eficacia incomparable.

—Ahorcando a cada pirata que se cruza en su camino. ¿Cuántos han caído desde que él navega a bordo de su barco? Jack Savage, Henry Jones, Moses Blackpool... Y a ninguno de ellos se le acusó nunca de asesinato.

—También ha capturado a muchos otros que tiñeron de sangre las aguas del Caribe.

—Pero Aarhus no es...

—¡Basta! Esta discusión termina aquí, y tu ridícula obsesión, también. A partir de mañana, empezarás a vivir en el mundo real. Elegirás un marido. Formarás una familia. Y cuando tengas tus propios hijos, te darás cuenta de lo estúpida e inadecuada que ha sido esta cruzada por la que has postergado tu vida.

«A partir de mañana». Porque, al día siguiente, el capitán Aarhus, el hombre que había habitado en sus sueños durante años, sería ejecutado por sus crímenes. Y entonces, ya no quedaría nada a lo que aferrarse. Ninguna promesa que mantener. Nada por lo que seguir luchando.

Wilhelmina se incorporó y sintió el peso del futuro sobre sus hombros. Cuando llegó a la puerta, se detuvo y se volvió hacia su padre.

—¿Sabes quién me contó la primera historia de piratas?

Él no se giró para escuchar su respuesta. Y tras un segundo de espera, ella contestó:

—Mamá.

Abrió la puerta y salió de la biblioteca, sin percatarse de que aquella única palabra había descubierto una brecha en la coraza del Gobernador de Hierro, pero segura de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Capítulo 2

El secreto de un buen guiso de anguila reside en la salsa.

Zacharias Finnegan lo había aprendido de su abuela, una diminuta dama inglesa que servía el té de las cinco con la misma elegancia que empleaba para introducir sus manos en un barreño lleno de agua de mar y domeñar esos escurridizos peces que después convertía en un picante y delicioso manjar.

El ingrediente esencial de la salsa es la guindilla. Y el único hombre, aparte de él mismo, que parecía conocer dicha información era el cocinero de la posada El Inglés Ahorcado, razón por la cual Zacharias se hallaba sentado a una de sus mesas.

El posadero era un irlandés enorme, de cabello y barba del color del fuego, que gruñía en cuanto Zacharias ponía un pie en su establecimiento. Con su peluca perfectamente empolvada, su casaca de brillantes colores y el lazo de su camisa artísticamente anudado, desentonaba en un ambiente donde se reunía la peor calaña de Port Royal.

Pero el guiso de anguila que el irlandés cocinaba era tan similar al que preparaba su abuela que cada domingo arriesgaba su vida por volver a degustar los recuerdos de su niñez. Y el hecho de que el posadero aún no le hubiera rebanado el gaznate por el mero hecho de hablar como un inglés, vestir como un inglés y comer como un inglés era una prueba de que se hallaba a salvo entre la maraña de ladrones, contrabandistas, piratas y, en general, hombres sin ley que se reunían para convertir su botín en una buena resaca provocada por la ingesta masiva de ron.

Cogió la cuchara, el único cubierto que el posadero insistía en ofrecerle, si bien había intentado en vano convencerlo de la necesidad de adquirir tenedores, cuchillos, una vajilla de porcelana, copas de cristal y, ante todo, servilletas de hilo, y la hundió en el guiso. La llenó hasta el borde, relamiéndose de anticipación.

—Eso —dijo una voz a su lado— no es comida. Son los desperdicios de un barco de pesca.

La cuchara quedó suspendida a escasas pulgadas de su boca. De pie, junto a su mesa, se encontraba el diablo.

El mismísimo Príncipe de las Tinieblas hecho carne y hueso. Y vaya carne. Vaya huesos. Era alto como una torre, fuerte como un roble y oscuro como la noche. Tenía la piel bronceada por el sol, el cabello largo y tan negro como las ropas que vestía. Una sombra de barba oscurecía su cincelada mandíbula, y su ojo izquierdo se hallaba cubierto por un parche de cuero. Su rostro, todo su cuerpo, gritaba a los cuatro vientos su naturaleza indómita. Y el peligro brillaba como el fuego en su único iris visible, que tenía el mismo color turquesa que las aguas del Caribe.

Ah. El diablo sabía cómo jugar sus cartas y había escogido la apariencia perfecta para infundir temor en los corazones más robustos. Con la cuchara aún en el aire, Zacharias observó sin pestañear cómo Belcebú tomaba asiento frente a él.

—Me habéis convocado. Hablad.

Sí, claro. Hablar. Esa simple actividad que tan bien se le daba. Porque si el señor Finnegan había sido bendecido con un don en su nacimiento, ese era sin duda el de la palabra.

—¿Creéis que me sobra el tiempo y que puedo perderlo viéndoos comer esta... porquería?

No era tan difícil. Uno solo tenía que mover los labios y producir sonidos. La mecánica era sencilla, pero en algún lugar debía saltar una chispa que ponía en marcha todo el invento, y Zacharias parecía no poder prender ese fuego; y tenía tanto que decirle, pero su aparición había sido tan inesperada; y la sorpresa lo había dejado mud...

Un enorme cuchillo se clavó en medio de su plato, con tanta fuerza que atravesó el peltre y se incrustó en la madera.

—Mi anguila... —susurró al fin Zacharias.

El diablo movió el arma y la retiró con un trozo de carne viscosa ensartada.

—No sé cómo podéis comer estos bichos repugnantes.

Retiró el bocado de su daga y lo tiró al suelo. Zacharias lo contempló con gesto compungido. Odiaba desperdiciar la comida. Más aún, semejante manjar.

—La salsa los hace deliciosos —musitó.

—¿Acaso he venido para intercambiar recetas de cocina? —preguntó

Lucifer, mordaz.

—No. —Zacharias dejó la cuchara sobre el guiso y lo hizo a un lado—. Habéis venido para hacer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Uno que os dará la libertad.

Por norma es el diablo quien, a cambio de un alma inmortal, otorga a los hombres sus deseos más oscuros. Pero, a veces, es el diablo quien está dispuesto a pagar cualquier precio por obtener su más secreto anhelo. Y, por el modo en que la expresión de su interlocutor había cambiado al oír aquellas palabras, Zacharias supo que contaba con todo su interés.

—Os escucho —le concedió Belcebú.

—Mi jefe necesita que transportéis una mercancía muy valiosa hasta Tortuga.

—¿Una mercancía?

—Sí. Una mercancía de extraordinario valor.

El diablo se recostó en el asiento y lo miró con una sonrisa. De la clase que antecede al Apocalipsis.

—Ahora mismo estoy ocupado con ciertos asuntos que requieren toda mi atención, pero, en cuanto los haya solucionado, me aseguraré de que la carga sea trasladada adonde queráis.

—No podemos esperar. Debéis recogerla y embarcarla esta misma noche.

—No.

—¿No? —repitió Zacharias, sorprendido.

—¿Acaso no he sido lo bastante claro? No tengo ninguna intención de dejar de lado mis negocios para convertirme en el chico de los recados de vuestro jefe. Son de extrema importancia.

—El transporte de nuestra mercancía también lo es. Si no zarpa esta misma noche, corre el riesgo de malograrse, y eso haría muy infeliz a mi señor. Tan vital es todo este asunto que está dispuesto a dar por saldada la deuda que hace años contrajisteis con él. ¿No es vuestra libertad sobrado aliciente para cumplir sus deseos?

Fueron varios los segundos que el diablo empleó para tomar una decisión.

—Dadme los detalles.

—Recogeréis la mercancía antes de la medianoche, la embarcaréis en vuestra nave y, dentro de tres días, la entregaréis en Tortuga.

—¿Por qué?

—Los motivos no son importantes. Os basta saber que ese es el deseo del hombre que ostenta vuestra deuda.

—¿Qué sucederá con ella una vez que la entregue en Tortuga?

—Eso tampoco es de vuestra incumbencia. Pero tened presente que no os resultará sencillo subirla a bordo. Puede que muestre más dificultades de las que podéis manejar. Os aconsejaría que llevarais a vuestros hombres para que os...

—Estoy acostumbrado a manejar mercancías peligrosas. ¿Tenéis alguna condición especial que deba satisfacer durante la travesía?

—Tratadla con excepcional cuidado. Si al llegar a puerto hubiera sufrido el más mínimo roce...

—Mercancía peligrosa y extremadamente frágil. Promete ser un viaje interesante —respondió con una sonrisa que a Zacharias le heló la sangre.

—Bien. En ese caso...

—No tan rápido. Lo que vuestro jefe pretende entra en conflicto con mis propios deseos, por lo tanto, quiero que este pacto quede por escrito. Cuando entregue la carga en Tortuga, todas mis deudas estarán saldadas, volveré a ser dueño de mi destino, y lo que haga de entonces en adelante me atañerá tan solo a mí.

—Pero...

—Id con vuestro jefe y exponedle mis condiciones. Si acepta, traed el documento. Una vez que lo tenga firmado, iré en busca de vuestra preciada mercancía y os aseguro que disfrutará de una travesía que jamás olvidará.

Se puso en pie y le colocó el plato de anguila de nuevo enfrente.

—Que os aproveche.

Después salió de la taberna y por fin Zacharias pudo respirar. No resultaba fácil pactar con el diablo, ni siquiera cuando era uno mismo quien dictaba las cláusulas y el Señor del Inframundo quien se beneficiaba del trato.

A su jefe no iba a gustarle que las estipulaciones hubieran sido modificadas. Se negaría a saldar la deuda antes de que la mercancía hubiera sido transportada, y Zacharias tendría que hacer frente a las consecuencias.

Cuando se pacta con el diablo, siempre se tienen las de perder.

Pero ya se preocuparía de ello cuando llegara el momento. Cogió la cuchara y, esta vez sí, se llevó un pedazo de anguila a la boca.

«Ah. Exquisita».

Le lanzó una sonrisa y un guiño de aprobación al posadero, que gruñó en respuesta, y se dedicó a disfrutar.

El baile en honor del capitán Anderson se hallaba en pleno apogeo cuando Wilhelmina decidió hacer su aparición.

El salón de la mansión del gobernador resplandecía bajo el ardor de cientos de velas encendidas en las espectaculares lámparas de araña. Las flores recién cortadas derramaban su salvaje aroma en el ambiente. Los músicos tocaban una alegre melodía y los invitados bailaban.

Su llegada pasó desapercibida para todos, salvo para su padre, que inclinó la cabeza en un gesto de aprobación. Su presencia y el atuendo que había escogido para la ocasión habían sido interpretados por el gobernador como un signo de que comenzaba a aceptar su destino.

Sin embargo, Wilhelmina había decidido asistir al baile y había puesto especial cuidado en su apariencia porque tenía un claro fin.

Agasajar al capitán Anderson tal y como deseaba su padre, sí. Pero también encandilarlo, hechizarlo, deslumbrarlo con su encanto y convencerlo de que le permitiera ver a Aarhus antes de que lo ejecutaran. Una frivolidad. Un capricho de una joven encantadora.

Se pasó una mano por el peinado que su doncella había tardado horas en arreglar y supo que estaba perfecta para poner en marcha su plan. Ella, que no solía prestar demasiada atención a su aspecto, había permanecido toda la tarde frente al espejo, asegurándose de que cada rizo quedara en su lugar y cada pliegue de su deslumbrante y carísimo vestido azul se amoldara a su cuerpo, ocultando y revelando lo necesario.

Incluso le había pedido a su doncella que prendiera en su recogido las peinetas de lapislázuli de su madre, que nunca antes se había animado a utilizar.

Barrió con la mirada el salón de baile tratando de encontrar al objeto de su deseo. Pero jamás había tenido el dudoso placer de conocer en persona al capitán Anderson y, aunque imaginaba a un hombre rudo y despiadado, tan desagradable por fuera como por dentro, no encontró a nadie que respondiera a esa descripción. Si el cazador de piratas no fuera tan celoso de su intimidad, habría tenido ocasión de tratarlo en el pasado y ahora podría identificarlo sin problemas, pero este pasaba la mayor parte del tiempo en alta mar, cumpliendo espléndidamente su misión, y no hacía vida social.

—¡Mina, querida! Me alegro de veros, habéis estado muy reclusa últimamente —señaló una voz a su espalda.

Odiaba que la llamaran de aquel modo. Y odiaba aún más escucharlo de labios de ese hombre. Venciendo las náuseas que empezaba a sentir, Wilhelmina

se giró para enfrentarse al señor Benedict Fitzgerald Merrybowe-Howe. La propuesta de matrimonio número cuatro.

—¡Benedicto! —saludó con un tono mucho más agudo de lo normal y utilizando la forma latina de su nombre para incomodarlo. No podía entender por qué, de todas las islas del Caribe, aquel hombre había tenido que recalar en la suya. Las mujeres de Inglaterra debieron de respirar aliviadas cuando el señor Merrybowe-Howe decidió hacer fortuna en las colonias.

Wilhelmina detuvo su mirada más tiempo del apropiado en la enorme peluca blanca con la que Benedict cubría su cabeza. Sonrió al recordar un comentario que había oído una vez a una de las muchachas de la cocina: «Cuanto mayor la peluca, menor el tamaño del... pie». El señor Merrybowe-Howe era famoso por su afición a los tocados ostentosos y, aunque se había vestido con sus mejores galas, más que un rico comerciante parecía el bufón de la corte.

Cuando él tomó su mano y la besó, Wilhelmina agradeció en silencio la protección que ofrecían sus largos guantes.

—Estáis más hermosa que nunca. Sin duda será por la magnífica noticia. ¡Aarhus ha sido apresado!

—Sí, una noticia fabulosa —aseguró—. De hecho, creo que deberían erigir una estatua del infalible capitán Anderson en cada puerto. Apuesto a que sería un método de disuasión tan útil como un galeón con doscientos cañones.

—Qué cosas se os ocurren, querida Mina. Pero no sería mala idea. Es innegable que ese hombre se merece un reconocimiento. Mis negocios nunca han ido mejor.

Maravilloso. Era estupendo saber que las hazañas del azote de los mares servían para que Benedict aumentara su patrimonio.

—Me alegro por vos —mintió, e hizo ademán de alejarse.

Pero él la sujetó por el brazo, poniendo su mano directamente sobre la única pulgada de piel que los guantes dejaban al descubierto.

—Deberíais saber que he hablado con el gobernador y me ha comunicado vuestra intención de desposaros y formar al fin una familia.

Wilhelmina ahogó una exclamación de sorpresa. Buscó a su padre entre los invitados y sus miradas se cruzaron.

No podía ser cierto. No podía creer que hubiera hablado de ella precisamente con Benedict, el último hombre sobre la faz de la Tierra con el que desearía compartir su vida.

Su padre no podía haberla traicionado de semejante forma. Pero en sus ojos

vio la verdad. Quería que se casara, y lo que ella desease no tenía importancia.

—Le he reiterado mis intenciones para con vos y se ha interesado por la marcha de mis muchos y prósperos negocios. El futuro parece prometedor. Venid conmigo. Me gustaría presentaros a mi madre. Ha venido desde Huntingdonshire y está ansiosa por conoceros.

«No, no, no». La mente de Wilhelmina se rebeló ante aquel destino, pero, incapaz de montar una escena, se dejó arrastrar por el salón. La fuerza con que Benedict tiraba de ella resultaba desconcertante. Cuando se detuvo, Wilhelmina estuvo a punto de chocar contra la mujer que tenía enfrente.

La señora Merrybowe-Howe era una réplica mayor y femenina de su hijo. Pequeña, gruesa y aficionada a las pelucas aparatosas. La madre de Benedict le lanzó una mirada de desprecio, aunque después suavizó su expresión para dirigirse a ella en un tono adulator.

—Encantada de conoceros.

Su pronunciación era tan fuerte, tan poco fluida que la piel de Wilhelmina se erizó al escucharla.

—El placer es mío, señora —respondió—. Siempre es una alegría conocer a alguien que acaba de llegar desde Inglaterra. ¿Estáis aquí de visita o pensáis quedaros a vivir en Port Royal?

Al instante se arrepintió de haberse mostrado educada. Esa conversación se estaba alargando más de lo que podía soportar.

—Lo segundo. Mi hijo afirma que este es un lugar muy seguro gracias al capitán Anderson.

¡Oh! Otra defensora del intrépido capitán. Como si en esa isla no hubiera ya suficientes.

—Ya iba siendo hora de que la marina arreglara el desaguisado que ha creado en esta parte del mundo. Es realmente vergonzoso que los barcos de mi hijo tengan que soportar semejantes agresiones.

Wilhelmina habría deseado reír ante la ironía de tal afirmación. Al fin y al cabo, pocos negocios limpios prosperaban en el Caribe. Los españoles expoliaban las riquezas de las Indias Occidentales; los ingleses, holandeses y franceses se las expoliaban a ellos, y al final de la cadena, los piratas trataban de conseguir su parte del botín. Pero la situación no tenía nada de divertida. Era trágica, casi tanto como el destino que le aguardaba si su padre decidía emparentar con aquella familia.

—Sin duda es un alivio que la gran armada de Su Majestad esté limpiando

estas aguas de sucios piratas para que los barcos de hombres honrados como Benedict puedan transportar sus riquezas con seguridad.

La señora Merrybowe-Howe no pasó por alto el sarcasmo y tomó nota de lo poco adecuada que era para su hijo. Wilhelmina vio cómo la juzgaba y la catalogaba con un NO enorme. Casi tan grande como el que ella misma había puesto en su mente a la idea de que aquella mujer se convirtiera en su suegra.

—No quiero ser grosera, pero debo buscar al insustituible capitán Anderson para felicitarlo en persona por su gran hazaña —dijo a modo de despedida.

—Iremos con vos —ofreció Benedict—. A mí también me gustaría saludar al hombre que atrapó a Aarhus.

Atravesaron el salón en busca del homenajeado, pero, al parecer, todavía no había llegado a su propia fiesta. Los invitados charlaban en pequeños grupos, y su tema era siempre el mismo: Aarhus. Su captura. Su ejecución.

Wilhelmina oyó retazos de conversaciones mientras recorría la sala tratando de poner distancia con la pareja formada por los Merrybowe-Howe.

—Dicen que pensaba secuestrar a la hija del gobernador y convertirla en su..., bueno, no necesito terminar la frase, ¿verdad?

—Yo he oído que atacó más de cuatrocientos barcos y robó una fortuna en oro y diamantes.

—Yo espero que se pudra en el infierno.

—Sí, sí. Es un monstruo.

—Un sanguinario.

—Un demonio.

La indignación de Wilhelmina crecía con cada comentario. Y se sublimó cuando comenzaron los brindis.

—¡Por el capitán Anderson, que ha dado caza al mayor pirata que jamás haya surcado estas aguas!

—¡Hurra!

—¡Por el Gobernador de Hierro, que ha limpiado el Caribe de la peor escoria de la humanidad y nos ha permitido a todos hacernos muy ricos!

—¡Hurra!

—¡Por Aarhus! —gritó Wilhelmina—. Porque su próxima ejecución nos ha ofrecido la excusa perfecta para organizar esta fabulosa fiesta. ¡Larga vida al insuperable capitán Anderson! Cuantos más piratas cace, más bailes podremos celebrar.

El salón se sumió en un denso silencio, y la atención de todos los invitados

se centró en ella. Benedict la observó con la boca abierta. Su madre, en cambio, lo hizo con una expresión que decía: «Lo sabía».

—¡Ups! —dijo llevándose una mano a los labios—. Me parece que no lo he hecho bien, ¿verdad?

—Wilhelmina —la llamó su padre.

—¿Sí, gobernador?

—Es suficiente.

—Sí, padre. Tienes razón —alzó la voz para que todos pudieran oírlo—, es suficiente. Basta ya de tanta hipocresía. Admitámoslo. El capitán Aarhus va a ser colgado mañana por hacer lo mismo que muchos otros que se escudan bajo una patente de corso. Es un ladrón, sí, pero nunca ha sido acusado de asesinato. Nuestro incomparable capitán Anderson está cazando a todos los piratas de forma indiscriminada. No le importa cuáles hayan sido sus crímenes. No distingue entre unos y otros. Los persigue, los acorrala y, cuando por fin los atrapa, los cuelga del palo mayor de su adorado barco. Sin un juicio. Sin permitir que esos hombres se defiendan de las acusaciones que pesan sobre ellos.

El gobernador Nightingale dio un paso hacia ella, dispuesto a arrastrarla fuera del salón, pero Wilhelmina le dirigió una mirada que lo dejó clavado al suelo.

—Dime, padre, ¿cuántos comerciantes han afirmado que los piratas hundieron su barco para cobrar el dinero del seguro? ¿Cuántos han proclamado a los cuatro vientos que su carga había sido robada por piratas cuando en realidad había sido vendida de contrabando en el continente? ¿Cuántos se han enriquecido traficando con mercancía robada? ¿Cuántos hombres han muerto por los delitos que otros han cometido, padre, cuántos han muerto por falsas acusaciones sin poder defenderse?

Aquellas palabras provocaron un rumor entre los presentes. Wilhelmina sabía que debía detenerse. Pero era demasiado tarde. Sus diques se habían roto y toda su rabia fluía de forma incontrolada.

—Hace años hubo piratas que gobernaron estas islas. Durante mucho tiempo fueron un instrumento político de la corona. Pero ahora tenemos a nuestra maravillosa Armada Real y a nuestro insigne capitán Anderson. —Se volvió para enfrentar a la señora Merrybowe-Howe—. Ahora no hace falta que los piratas ataquen los cargamentos de oro españoles porque ya no sale oro de las Indias y porque la armada británica es capaz de vencer en el mar a cualquier escuadra del Imperio. Ahora los piratas son una molestia para las pequeñas

compañías comerciales. Y hay que exterminarlos. Sin piedad. —Wilhelmina clavó la mirada en el rostro de su padre—. Pero no se puede acabar con las leyendas. No desaparecerán. Nunca desaparecerán.

Sin pararse a estudiar las caras de sus vecinos, dio media vuelta y abandonó el salón en dirección al jardín. No oyó los murmullos que se elevaron a su espalda ni tampoco las preguntas formuladas a su padre sobre su salud mental.

La mansión del gobernador se erigía sobre un promontorio de rocas en uno de los extremos de la playa. Cuando llegó al murete de piedra que delimitaba la propiedad, Wilhelmina se deshizo de los guantes y se quitó los zapatos. Después se levantó la falda del vestido y se desprendió de las medias. Saltó sobre el muro y comenzó el descenso por las rocas, iluminadas por la luz de la luna llena y por las antorchas que habían dispuesto con motivo del baile.

Una vez en la arena, caminó hacia el mar y se mojó los pies en la orilla. Soltó su falda y dejó que la tela se empapase mientras la brisa refrescaba su enfebrecida piel. Una nube tapó la luna, y por un instante se encontró rodeada de una densa oscuridad.

«Por favor», rogó, sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

«Por favor, dame una señal. Dime qué he de hacer. No permitas que este sea el fin de todo».

Había perdido su última oportunidad de ver a Aarhus. El insociable capitán Anderson no había llegado todavía a la fiesta, pero no tardaría en enterarse de su gran discurso.

Y al día siguiente Aarhus estaría muerto y su padre insistiría en casarla con un hombre como Benedict. Quizá con el mismo Benedict. Porque, tras su alegato, ningún otro caballero estaría dispuesto a aceptarla como esposa.

«Por favor».

El ruido de unos aplausos la sobresaltó. Wilhelmina se giró y apenas pudo distinguir una figura en la penumbra.

—Mis más sinceras felicitaciones, señorita —dijo una voz desde las sombras—. Ha sido una actuación espectacular. Los habéis dejado a todos boquiabiertos. Aunque reconozco que mi parte favorita ha sido cuando os habéis recogido la falda y me habéis mostrado partes de vuestro cuerpo que solo el afortunado que os despose debería tener el privilegio de contemplar.

Era un hombre. Y su voz era profunda, acariciante, ligeramente burlona. No podía adivinar sus rasgos, pero entonces la luna volvió a brillar, y Wilhelmina sintió un escalofrío que se convirtió en fuego cuando él se acercó.

—Capitán Blackhawk —se presentó el diablo—. Pirata del Caribe y, hasta el día en que me cuelguen, vuestro más ferviente admirador.

Capítulo 3

Desde que, siendo niña, su madre le contó la primera historia de piratas que oyó en su vida, Wilhelmina había soñado con ellos en incontables ocasiones. Los había recreado de mil y una formas diferentes: altos, bajos. Rubios, morenos. Feroces, malvados, valientes, descarados.

Pero su ilimitada imaginación jamás habría sido capaz de pergeñar un pirata como el que la observaba a unos pasos de distancia.

Era una sombra profunda de la que emanaba una fuerza sobrehumana, casi como salida de otro mundo. De un mundo donde los hombres doblegaban a los dioses del mar y las tempestades. De un mundo que no conocía límites, donde las riquezas estaban al alcance del más fuerte o del más listo, y donde los deseos más oscuros se convertían en realidad.

Iba vestido de negro de los pies a la cabeza, y, aunque no portaba armas a la vista, Wilhelmina supo que estaba preparado para la caza. Y, por el modo en que su mirada imperfecta brillaba en la noche, no cabía duda de que ella se había convertido en el botín.

—Esta es una propiedad privada y vos la estáis invadiendo sin autorización.

Su voz sonó mucho más firme de lo que esperaba mientras interiormente buscaba la mejor forma de escapar. La imprudencia siempre había sido su mayor defecto, y ahora se encontraba en una playa oscura, a suficiente distancia de su casa como para que nadie la oyera si gritaba pidiendo auxilio, y a merced de un hombre que haría temblar de temor al impertérrito capitán Anderson.

—Qué decepción —aseguró él con socarronería—. La gran defensora de los piratas tratando de ejercer sus derechos de propiedad sobre las playas y el mar. ¿Acaso no sabéis que el océano no tiene más dueño que aquel capaz de conquistarlo?

Dio un paso hacia ella y Wilhelmina retrocedió.

—Si os marcháis ahora, no gritaré, y vos no acabaréis vuestros días colgando

de una soga en el patíbulo. Pero, si os acercáis, alertaré a los guardias, y no tendréis ocasión de conquistar nada más.

—Me rompéis el corazón, princesa. Tras escuchar vuestro discurso estaba seguro de que os moriríais por conversar conmigo. Al fin y al cabo, soy una de esas leyendas que nunca desaparecerán.

Dio otro paso en su dirección, exudando arrogancia por cada poro de su bronceada piel. Esta vez Wilhelmina se negó a retroceder y permitió que él se acercara.

—¿Os consideráis una leyenda? —Su tono adquirió un matiz burlón—. ¿Cómo habéis dicho que os llamáis? ¿Blackpock? Jamás oí hablar de vos.

Su único ojo visible se entornó al oír el apelativo.

—Mi feudo —dijo, ignorando su provocación— son las aguas de Madagascar; es lógico que mis hazañas no hayan cruzado el océano. —La rodeó, y, aunque se colocó a su espalda, Wilhelmina pudo sentir su mirada acariciándole la piel—. O quizá no estéis tan bien informada como creéis.

Se volvió sobresaltada al sentir su aliento en el cuello y se enfrentó a él, ofendida por su afirmación.

—Soy la persona mejor informada que existe, y sé de varios piratas que navegan en aguas del Índico. Si vuestro nombre no ha llegado a Port Royal, entonces no sois ninguna leyenda.

Él sonrió.

—Quizá vos no hayáis oído hablar de mí, pero yo sí que os conozco. Y por eso estoy seguro de que, en cuanto libere a Aarhus, me convertiré no solo en el hombre más famoso del Caribe, sino también en... ¿vuestro héroe?

Wilhelmina inhaló con fuerza.

—¿Pensáis liberar a Aarhus?

—Ah. Ahora sí he despertado vuestra curiosidad. Alguien pronuncia ese nombre y el mundo desaparece a vuestro alrededor. ¿Acaso la hija del Gobernador de Hierro ha perdido el corazón por un pirata?

Lo que Wilhelmina sentía por Aarhus no tenía nada que ver con el amor. Era algo mucho más profundo, arraigado en el fondo de su alma y, desde luego, fuera de la incumbencia de un desconocido.

Se pasó una mano por el pelo en lo que podría parecer un gesto nervioso y caminó en dirección a las rocas.

—¿Os marcháis? —preguntó él—. ¿No queréis saber cuál es mi plan para liberar a vuestro amado?

Wilhelmina sintió un escalofrío extenderse por su cuerpo.

—No podéis ayudarlo a escapar. El fuerte Charles es una fortaleza inexpugnable. No seríais capaz de acercaros ni a mil pasos de él.

Blackhawk sonrió.

—No. Yo no podría hacerlo, pero vos sí. —La agarró por un brazo, incrustándole los dedos en la piel—. Y por eso, princesa, sois la llave que abrirá la prisión de Aarhus.

No había nada que pensar. Nada que considerar. Él estaba demasiado cerca y la retenía con fuerza. Así que Wilhelmina alzó el brazo libre y le clavó en el cuello la peineta que acababa de quitarse del pelo.

Acto seguido, echó a correr.

Lo oyó maldecir y lanzar un rugido estremecedor, pero no se molestó en mirar atrás. Sabía que no lo había herido de gravedad, tan solo lo había sorprendido, y esa pequeña ventaja le había servido para zafarse de su agarre y poder huir hacia las rocas.

Pero quizá debería haber meditado un poco mejor su propósito. Porque se hundía en la arena, el vestido le pesaba y jadeaba con cada respiración. Las rocas cada vez estaban más cerca, tenía que alcanzarlas, pero...

Cayó de bruces sobre la playa y la boca se le llenó de arena.

«Buaj».

Él la había atrapado con una facilidad asombrosa, y ahora volvía a estar a su merced. Solo que peor, porque ni siquiera escupiendo podía librarse del polvo que le cubría los dientes y la lengua.

Sintió cómo la giraba y comenzó a patalear. Él se sentó a horcajadas sobre sus muslos para inmovilizarle las piernas y después le sujetó ambos brazos por encima de la cabeza, sometiéndola por completo.

—Sois una gata salvaje.

—¡Idos al infierno!

Aun apresada, siguió retorciéndose como un animal en una trampa.

—Estaos quieta u os juro que os arrepentiréis.

—Soltadme o yo os juro que lamentaréis el día en que os cruzasteis en mi camino.

Él sonrió, pero la apretó con más fuerza.

—No deseo lastimaros; sin embargo, no puedo permitir que aviséis a los soldados que abarrotan vuestra casa y pongáis en peligro mi plan. He tardado mucho en idearlo.

Wilhelmina continuó forcejeando porque no estaba en su naturaleza rendirse sin luchar. Pero él era demasiado fuerte, jamás podría escapar de sus garras, y solo se estaba lastimando a sí misma. Tenía que encontrar otra forma de salir de aquella situación.

—¿Qué queréis de mí? —espetó, furiosa.

—¿Conocéis al alférez Hayes?

Wilhelmina lo conocía. Era un joven pelirrojo de apenas dieciocho años que defendía con ímpetu al capitán Anderson cada vez que ella echaba pestes sobre él. Esperaba de todo corazón que el plan de aquel bruto no incluyera hacerle daño.

Sin esperar confirmación, él prosiguió:

—Toda la guarnición de la ciudad está celebrando la victoria del cazapiratas, y han dejado al muchacho solo para custodiar al prisionero. Iréis al fuerte y convenceréis al alférez para que os deje verlo. Después le daréis esto.

Wilhelmina sintió la mano del pirata sobre su corpiño, rozando el escote del vestido. Inhaló con fuerza ante aquella caricia, sorprendida por la reacción salvaje que había despertado en su cuerpo. Si se hubiera sentado directamente sobre un brasero encendido, no habría experimentado tanto calor. La mirada masculina se deslizó sobre la piel expuesta de sus pechos y después subió hasta su rostro.

Durante un instante se quedó absorta en su oscura pupila, y después se dio cuenta de que él había prendido un broche de obsidiana en el centro de su vestido. Tenía la forma de un pájaro con las alas extendidas.

Un halcón negro.

—¿Una joya? ¿Queréis que le entregue una joya?

—Exacto.

—¿Y eso es todo? ¿Acaso es un broche mágico?

Él apretó sus muñecas con energía, castigándola por su impertinencia.

—Aseguraos de que lo recibe.

Cuando al fin la soltó, Wilhelmina se incorporó, aliviada, pero permaneció sentada sobre la arena.

—Vuestra misión es muy simple, princesa. Cumplidla y podréis dormir tranquila sabiendo que habéis liberado al hombre de vuestros sueños.

Ella se levantó, sacudió la arena de su vestido y lo miró desafiante.

—Haré lo que deseáis.

—Mentirosa. Tenéis toda la intención de traicionarme a la menor

oportunidad. Pero deberíais saber algo antes de tomar semejante decisión.

El pirata emitió un silbido, y de las sombras emergieron diez hombres armados hasta los dientes.

—Mis muchachos son sigilosos, ¿verdad? Capaces de introducirse en una mansión llena de marineros de la Armada Real y rebanarle el pescuezo al dueño sin que nadie lo note. Ellos se quedarán aquí velando por el bienestar de vuestro padre. Yo os seguiré y aguardaré hasta que hayáis concluido vuestra misión. Cometer una tontería podría costaros muy caro.

Wilhelmina ya no sentía inquietud. Ahora solo la rabia campaba a sus anchas por su cuerpo. Él la estaba poniendo entre la espada y la pared, y era incapaz de encontrar un modo de librarse de aquella situación.

—¿Y si no puedo entrar? El intransigente capitán Anderson ha prohibido las visitas al prisionero, y yo soy la última persona de esta isla a la que le franquearían el paso.

—Usad vuestros encantos, princesa. Seguro que, además de enseñar las garras, también sabéis ronronear.

Wilhelmina masculló una palabra que sonó como un insulto.

—¿Cómo decís?

—Pirata.

—Ah. Por fin os dais cuenta de que la realidad tiene poco que ver con vuestra imaginación, ¿verdad, Billie?

Wilhelmina ahogó un gemido de sorpresa.

—¿Cómo me habéis llamado?

—¿Acaso es un apelativo que solo utilizan vuestros amigos más íntimos?

Era un apelativo que solo una persona en el mundo había usado para dirigirse a ella.

—Si lo pensáis bien, Billie, vos y yo estamos a punto de convertirnos en algo más que amigos. Seremos... cómplices —manifestó el pirata con una sonrisa.

Wilhelmina alzó una de sus rubias cejas y lo miró como si fuera la mismísima reina y él, su más mísero vasallo.

—Para vos soy la señorita Nightingale, rata inmunda.

Él la agarró por un abrazo y susurró:

—Y para vos yo soy el capitán Blackhawk. Y ahora id a completar vuestra misión.

Se soltó y se alejó de él, ascendiendo por las rocas que bordeaban la playa para volver al lugar donde había dejado abandonados sus zapatos.

Cumpliría con su parte del trato, sí; tan solo porque le otorgaba la posibilidad que había estado esperando de volver a ver a Aarhus. Pero después... Cuando lo hubiera visto, encontraría la forma de cambiar las tornas. Hallaría el modo de que esa alimaña pagara por la angustia y el bochorno que le había hecho pasar.

—Sonreíd, señorita Nightingale —le ordenó él desde la arena—. Os he dado la oportunidad de realizar vuestro sueño.

Wilhelmina recogió los zapatos. Y los guantes. Y las medias. Y una pequeña piedra que lanzó con fuerza y extraordinaria precisión a la cabeza del pirata.

El guijarro le acertó justo en la frente, sobre el parche que cubría su ojo izquierdo.

—Sonreíd, capitán Blackhawk —replicó—. Disfrutad mientras enviáis a una mujer a haceros el trabajo sucio. Veremos quién de los dos continúa sonriendo cuando todo esto termine.

Se alejó de la playa, pero la risa del pirata la acompañó mientras se encaminaba hacia la prisión en la que se encontraba el único hombre que podía dar sentido a su futuro.

El fuerte Charles era una de las seis atalayas que protegían la ciudad de Port Royal. Erigido en el extremo oeste de la península, sus consistentes muros de ladrillo rojo perforados por decenas de cañones aseguraban una calurosa bienvenida a toda nave que osara atacar desde el mar.

Wilhelmina conocía a la perfección el trazado de la fortaleza porque había pasado un gran número de horas en aquel lugar, acompañando a su padre o departiendo con los soldados, contándoles historias y escuchando las que ellos tenían que contar.

Era cierto lo que el capitán Blackhawk había afirmado. El número de hombres que custodiaba el fuerte era muy inferior a lo habitual, y los guardias permanecían en las murallas, no en el patio. Se encaminó directa hacia la torre que albergaba las mazmorras, sosteniendo con firmeza el señuelo que tenía intención de utilizar para conseguir su objetivo.

El alférez Hayes permanecía sentado con las piernas apoyadas sobre una mesa de madera mientras apuntaba con su mosquete al muro que tenía enfrente y fingía disparar a un enemigo imaginario. Cuando la vio aparecer, estuvo a punto de caerse de la silla, pero se puso en pie de un salto, se cuadró ante ella y, atropelladamente, informó:

—Las visitas al prisionero están prohibidas.

—¿Quién dice que venga a ver al prisionero?

—Las visitas al prisionero están prohibidas —repitió el alférez Hayes como si lo hubieran adiestrado para ello.

—Quizá haya venido a veros a vos.

El muchacho desvió la mirada, sin perder la postura.

—¿A mí?

—Os han dejado muy solo la noche del gran baile.

—Me han encargado una misión muy importante.

—¿Impedirme ver al prisionero?

—Las visitas están...

—Sí, sí, sí. Prohibidas. Pero no he venido por eso. Entre vos y yo: la fiesta no estaba siendo un gran éxito y, cuando oí que os habían encomendado la misión de proteger al gran Aarhus, pensé que podría haceros una visita. Os he traído un trozo de pastel.

Wilhelmina se había detenido en la cocina antes de ir a la prisión y había robado un pedazo bien grande del bizcocho que la cocinera preparaba con granos de cacao molidos, segura de que al capitán Anderson no le importaría compartirlo con uno de sus hombres.

—Sentaos y comed. —El muchacho obedeció y, tras levantar la silla que había tirado, cogió la cuchara que Wilhelmina había llevado consigo y la hundió en el pastel—. ¿Está bueno?

—Delicioso —masculló el alférez con la boca llena.

—He traído de sobra. Incluso podríais darle un pedazo a vuestro prisionero, ya sabéis, a modo de capricho en su última cena.

—Las visitas están...

—Os han aleccionado bien y yo os he comprendido perfectamente. Pero, vamos, alférez Hayes. Estamos solos, y si me permitierais echar un vistazo, nadie se enteraría. Jamás. Sería... nuestro pequeño secreto.

—Las visitas están prohibidas —repitió el chico llenándose la boca de nuevo con más pastel.

Maldición. El capitán Anderson había adiestrado muy bien al muchacho. Nunca le permitiría acercarse a Aarhus. Pero tenía que hacerlo, no había otra opción.

—¿Os suena el nombre de Walter Moore, alférez Hayes?

—Claro. Tiene una granja de cerdos a unas millas de aquí.

—No. Walter Moore era un pirata.

—¿Y ahora cría cerdos?

—No. El de los cerdos es otra persona. Walter Moore desapareció sin dejar rastro hace años.

—¿Y por qué me lo contáis?

—Os doy conversación mientras coméis.

—Preferiría comer en silencio antes que oír una de vuestras historias de piratas.

—Nunca antes os habíais quejado.

—Eso es porque nunca me disteis la oportunidad. Resulta complicado intervenir cuando vos iniciáis uno de vuestros relatos.

—Seguid comiendo y escuchad —le ordenó, haciendo oídos sordos a sus protestas—. Walter Moore era uno de los mayores piratas que han surcado las aguas del Caribe. Su leyenda era tan inmensa como el océano, solo comparable, tal vez, a la de Barbanegra. Pero una noche el mar le jugó una mala pasada. Se enfrentó a una tormenta que destrozó su nave, mató a toda su tripulación y a él lo dejó varado en una isla desierta.

—Y allí murió a causa del sol y el hambre —intervino el muchacho, cargando una vez más su cuchara.

—No. El capitán Moore era un hombre afortunado, había sobrevivido a un naufragio y sobrevivió también a la vida en aquella isla desierta. Al parecer, semanas más tarde, un barco fondeó en la playa y lo rescató.

—¿Qué barco?

—El Valhalla. El capitán Aarhus se ofreció a devolverlo a la civilización, pero a cambio de un precio elevado. Moore debía desvelar la localización de su tesoro, el lugar donde guardaba el botín que había acumulado durante sus años en el mar.

—Creía que los piratas se lo gastaban todo en ron.

—Moore no era de esos. Él había atesorado una cantidad ingente de oro y joyas, y, en compensación por su vida, dibujó a Aarhus un mapa del sitio donde lo había escondido todo.

—¿Y dónde lo guardaba? —preguntó el alférez, mostrando interés.

—No lo sé. La historia cuenta que juntos se embarcaron rumbo a la guarida de Moore, pero, antes de alcanzar su destino, Moore desapareció sin dejar rastro y se llevó consigo el mapa. Se dice que Aarhus lo buscó sin éxito y que después zarpó hacia el lugar donde se suponía que estaría el tesoro. Él era el único que había visto el mapa, pero, aunque peinó varias hectáreas de tierra, no logró dar con él.

—Entonces ese tesoro se perdió para siempre.

—O eso es lo que cuentan.

—¿Qué insinuáis?

Ahora sí tenía toda su atención.

—Si hubierais descubierto un botín de proporciones inimaginables, ¿lo habríais pregonado a los cuatro vientos?

—¿Y arriesgarme a que otros quisieran robármelo?

—Exacto. Lo habríais gastado o quizá lo habríais guardado, tal y como hizo Walter Moore, esperando el momento en que tuvierais que darle la espalda al mar para vivir en tierra firme. Habríais fingido que estaba perdido y después escogido un lugar seguro donde esconderlo. Un secreto que os llevaríais a la tumba el día de vuestra muerte.

—Mañana...

La cuchara permanecía vacía, apoyada en el plato. El alférez se había olvidado incluso del pastel.

—Ajá. Yo creo que Aarhus encontró ese tesoro y creo que lo escondió para protegerlo. Y estoy convencida de que, cuando lo interroguemos, nos dará una pista sobre su paradero.

—¿A nosotros?

—Si fuerais a morir mañana, ¿no desearíais contarle a alguien vuestro mayor secreto?

—Pero las visitas al prisionero están prohibidas.

—Si Aarhus no habla, nadie se enterará de que entramos a verlo. Si, por el contrario, nos da una pista sobre la localización del tesoro, le entregaremos la información al capitán Anderson, y no le importará que desobedeciéramos sus órdenes.

—No sé...

—Vamos, alférez Hayes. ¿Sabéis lo que podría suponer para el capitán entregar una fortuna de semejantes proporciones al rey? Podrían nombrarlo almirante, y vos ascenderíais con él en el escalafón. Atreveos, capitán Hayes.

El muchacho dudó un segundo, pero enseguida asintió.

—Coged la tarta, quizá nos sirva para tentar al prisionero y hacerlo hablar.

Wilhelmina obedeció con una sonrisa. Era una cuentacuentos extraordinaria. Y una mentirosa excepcional. Tomó una pizca del pastel y se la llevó a la boca. El cacao era tan exquisito como su ficticia historia sobre el mítico tesoro de Walter Moore.

Su corazón se aceleró al saber que había logrado cumplir los deseos del capitán Blackhawk, pero sobre todo porque, después de tantos años, Aarhus y ella volverían a verse las caras. Y por fin obtendría su respuesta.

Capítulo 4

La escalera que descendía hacia las mazmorras era angosta, y Wilhelmina se vio obligada a hacer malabarismos, sosteniendo en una mano el plato con la tarta al tiempo que alzaba con la otra el ruedo del vestido para evitar caer de bruces y romperse algún hueso.

La oscuridad de aquel inframundo se agravaba como consecuencia de la escasa iluminación que concedían los faroles colocados a intervalos irregulares.

Wilhelmina siguió al alférez con el corazón latiéndole a toda velocidad en el pecho. Faltaba tan poco... Estaba tan cerca de conseguir su objetivo que apenas si podía respirar.

Llegaron al final de la escalera y se adentraron en una sala amplia con la cubierta abovedada. A la izquierda había un grupo de celdas pequeñas, todas vacías. A la derecha, solo una mucho más amplia, con barrotes de hierro en dos de sus lados. En su interior, apoyado contra la pared, un hombre permanecía sentado en el suelo de piedra, su figura oculta por las sombras.

Aarhus.

Al oírlos llegar, el prisionero se movió, y las cadenas que lo mantenían anclado al muro emitieron un tintineo metálico. Entonces habló, y el mundo de Wilhelmina se paralizó.

—Hayes, buen amigo. ¿Has decidido aceptar mi propuesta y unirme a mi tripulación?

—Os lo he dicho cientos de veces, capitán. Me gusta estar en el bando de los buenos.

—Precisamente por eso deberías convertirte en uno de los míos. El único demonio que conozco es tu intachable capitán Anderson.

Wilhelmina no podía hablar, no podía respirar; sin embargo, dio un paso al frente tratando de acercarse a aquella voz que le había robado el aliento.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el pirata al verla—. Eres un perro viejo, pequeño

Hayes. Pensé que no me escuchabas cuando hablaba, pero me has traído justo lo que quería para disfrutar de mis últimas horas con vida. Un trozo de pastel y una ramera de primera calidad.

—¡Capitán Aarhus! —gritó el alférez, soliviantado—. Ella no es esa clase de mujer. Se trata de la hija del gobernador. La señorita Wilhelmina Nightingale.

—Ah. Qué decepción. Pero la tarta sí es para mí, ¿no? Sería muy cruel por tu parte ponerme delante dos manjares como esos y negarme los dos, Hayes. Puedes quedarte con la puta, pero quiero un dulce en mi última cena.

—Capitán Aarhus... —murmuró el alférez en tono de advertencia.

—Él no es el capitán Aarhus —habló Wilhelmina al fin.

Aquel individuo no era su capitán Aarhus. No podía serlo. Su voz no era la misma que había amenazado a los ocupantes de un navío de la Armada Real hacía tantos años. O que había afirmado que, en su corazón, Wilhelmina albergaba el alma de una rebelde. Era tan alto y tan fuerte como el hombre con el que había soñado en incontables ocasiones. Era casi una réplica de su fantasía. Pero Wilhelmina sabía que los fantasmas no existen y que, si bien en su imaginación Aarhus tenía el aspecto de la primera vez que lo vio, en el mundo real habría envejecido. El prisionero desbordaba fuerza y juventud, mientras que el verdadero Aarhus debía de tener la edad de su padre.

—Señorita Wilhelmina, él es Aarhus.

—No. Es demasiado joven. Yo conozco al auténtico, asaltó mi barco. Este es un impostor.

—¿Estáis segura de lo que decís? —preguntó el pirata—. ¿Por qué no os acercáis un poco más para verificarlo?

Wilhelmina dio un paso adelante y el prisionero fue a su encuentro. La cadena de hierro que lo mantenía anclado al muro se tensó al límite cuando agarró los barrotes y expuso su rostro a la luz.

Era un hombre muy apuesto, de rasgos clásicos que parecían acuñados con un cincel. Sus ojos eran del mismo azul que aquellos que habían sondeado su alma siendo niña. Y, como aquellos, mostraban una fortaleza capaz de doblegar tempestades, pero no crueldad.

—Sois igual que él. Pero la vuestra no es su voz.

—Entonces tenéis un problema, alférez Hayes. —Se dirigía al muchacho, pero la miraba a ella—. Vais a colgar al hombre equivocado.

—Pero, señorita Wilhelmina, os aseguro que él es Aarhus. El capitán Anderson jamás cometería semejante error.

Wilhelmina no oía nada. Aquel no era el hombre con el que ansiaba reencontrarse, y eso solo podía significar una cosa.

—¿Quién sois?

El pirata la atravesó con su mirada azul, y Wilhelmina vio en ella una tristeza que le provocó un nudo en la garganta.

—Soy Christopher Aarhus —respondió—. Capitán del Valhalla. Pirata del Caribe. Único heredero y sucesor de Christian Aarhus, el hombre al que conocisteis. Soy el hijo del pirata a quien el gobernador Nightingale dio caza, apresó y condenó a muerte. No podía permitir que mi padre cayera en el olvido, así que me hice cargo de su barco y de su tripulación, y mañana me ahorcarán por sus pecados y por los míos. Ahora que sabéis quién soy, sed buena y dadme ese pedazo de tarta.

La sangre pulsaba frenética en los oídos de Wilhelmina.

Aarhus estaba muerto y la noticia jamás había llegado a su conocimiento. Durante años había soñado con el momento en que sus caminos volvieran a cruzarse, sin saber que no lo harían jamás porque su padre se había encargado de robarle esa esperanza.

Las piernas apenas la sostenían, y lo único que quería era salir de aquella mazmorra, llenarse los pulmones de aire salado y liberar las lágrimas que le ardían tras los párpados.

—Eh, princesa —insistió el pirata—. La tarta. Dádmela antes de que os desmayéis y termine aplastada contra el suelo. Sería un desperdicio.

Wilhelmina se dio cuenta de que él no miraba el pastel, sino su escote, o, más concretamente, el broche que Blackhawk había prendido en su vestido. Así que había reconocido el halcón negro. Y quería quedárselo. Pero si aquel hombre no era Aarhus, entonces no podía ayudarlo a escapar.

—¿Sabéis? —La examinó de arriba abajo—. Mi padre me habló de vos. De la noche en que asaltó vuestro barco. Dijo que el gobernador tenía por delante una ardua tarea porque su propia hija albergaba en su interior el alma de una rebelde. ¿Sabéis qué más dijo?

Atrapada por esas palabras, Wilhelmina dio un paso al frente.

—¿Qué más dijo?

—Que vuestros caminos volverían a cruzarse. Que había en vos un fuego especial que pocos en esta vida poseen. Dijo que os aguardaba una larga búsqueda, pero que tarde o temprano seríais capaz de encontrar la respuesta.

—¿La respuesta? —murmuró el alférez Hayes—. Señorita Nightingale, no

os acerquéis al prisionero.

—¿La repuesta a qué? —preguntó ella aproximándose peligrosamente a los barrotes.

—Señorita Nightingale...

—La respuesta a la pregunta que os ha traído a esta inmunda mazmorra. Formuladla; no solo conservo su nombre, también todos los secretos que guardaba bajo llave.

—Yo...

Cuando estuvo a su alcance, él la apretó contra los barrotes y la besó. Aquellos labios se apoderaron de su boca en una caricia salvaje, y el cuerpo de Wilhelmina se encendió como una hoguera en una playa oscura y desierta. Pero no era deseo lo que ardía en su interior, sino ira. No era eso lo que quería, no era esa intimidad la que ansiaba... Cuando sintió la punta de su lengua rozándole la boca, trató de eludir el abrazo usando la única arma disponible. Sus dientes.

De pronto se encontró libre, jadeante. El pirata estaba tendido en el suelo y la sangre manaba de su labio inferior y de una brecha en la sien izquierda. Pero sonreía. Porque en su mano derecha sujetaba el plato con el trozo de pastel. A su lado, el alférez Hayes sostenía su fusil en alto, y Wilhelmina supo que había utilizado la culata de madera para golpearlo.

—¿Os encontráis bien? —preguntó el muchacho.

Wilhelmina se pasó una mano por la boca para borrar todo rastro de aquel beso.

—Sí.

—Os dije que esto era una mala idea. Será mejor que nos vayamos. Sois despreciable, Aarhus.

El pirata se llevó un pedazo de tarta a la boca y sonrió complacido.

—Delicioso. —Pero, por el modo en que la miraba, Wilhelmina no estaba segura de que hablara del bizcocho.

Se volvió para salir de allí; sin embargo, la voz de aquel hombre la frenó de nuevo.

—Eh, princesa. Reconozco que ha sido un truco muy sucio, pero mañana van a colgarme y quería un pedazo de esto —alzó la tarta— y de eso —señaló su escote.

Entonces Wilhelmina se dio cuenta de que el broche había desaparecido y, aunque no pudo verlo, supo que él lo tenía.

—Disfrutad de vuestro bocado, Aarhus —espetó, furiosa—. Mañana habréis

desaparecido para siempre.

—No desapareceremos, princesa. Nunca desapareceremos.

Eso era lo que siempre había creído Wilhelmina. Pero después de aquella noche ya no estaba tan segura. Sin volver la vista atrás, ascendió las escaleras con el alférez Hayes pisándole los talones.

El mundo que conocía se estaba desmoronando. Y el futuro que le aguardaba, tanto a ella como a los piratas que asolaban los mares, era oscuro como una noche cubierta. Sin luna ni estrellas.

Aarhus, el Impostor, se había quedado con el broche, pero lo que no sabía era que, antes de entrar en el fuerte, Wilhelmina había descubierto la nota que escondía en su interior y había leído el mensaje: «Tortuga. Tres días». Blackhawk liberaría a ese Aarhus. Y ella se encargaría de que toda la flota de Su Majestad los estuviera esperando en el lugar donde se celebraría su reunión.

El mañana no se presentaba brillante para nadie.

Wilhelmina abandonó el fuerte tras asegurar al alférez Hayes que se encontraba bien. Sin embargo, había mentido. No estaba bien. No podría estar peor.

Atravesó el patio, que continuaba desierto, y salió por el portón, pero una vez fuera las fuerzas le fallaron y tuvo que apoyarse contra el muro de piedra. Se dejó caer hasta el suelo con la espalda resbalando sobre los sillares, se abrazó las rodillas y ocultó el rostro.

Aarhus estaba muerto.

El hombre cuyo recuerdo había alentado sus sueños más ocultos había desaparecido de la faz de la Tierra. Su padre lo había apresado y lo había matado. Y, al hacerlo, había acabado con todas las esperanzas de Wilhelmina.

¿Qué le quedaba ahora? ¿Qué había en el futuro para ella? ¿Un matrimonio con un hombre al que no amara? ¿Una vida confinada en los límites de aquella isla? ¿Madurar? ¿Envejecer? ¿Aceptar que sus sueños jamás se cumplirían y que debía poner su destino en manos de otro para que hiciera su voluntad?

Los ojos se le llenaron de lágrimas ante la idea de un porvenir que ya no le pertenecía.

—¿Estáis llorando?

Wilhelmina alzó la cabeza, sobresaltada. Era injusto que precisamente aquel hombre tuviera que presenciar su momento de mayor debilidad.

Pero ahí estaba. Mirándola desde las alturas, con aquel pelo negro suelto sobre los hombros, el parche oscuro cubriendo parte de su mirada turquesa y una

pequeña herida sobre la ceja izquierda provocada por el guijarro que le había lanzado en la playa.

—No.

—Me ha parecido escuchar un sollozo.

—Habréis oído mal.

Él se agachó hasta quedar a su altura y la observó de cerca. A esa distancia Wilhelmina no podía ocultar sus ojos rojos, pero le sostuvo la mirada con altivez.

—Quizá fuera un animal —ofreció él.

—Tal vez algún pájaro.

—Sí. Tal vez. —Bajó la vista a su escote, constatando la ausencia del broche —. Habéis cumplido con vuestra parte del trato.

—Con gran diligencia, además. Ahora, largaos de mi vista. Ya tenéis lo que queríais, dejadme en paz.

Cuanto antes desapareciera, antes podría ella regresar a casa e informar a su padre del lugar donde podría encontrar al impostor cuando escapara.

Pero él no se movió.

—¿Por qué no estáis eufórica? Acabáis de ver a Aarhus. Y sabéis que pronto recuperará su libertad y escapará de la muerte.

—Él no es Aarhus.

—¿Cómo decís?

—El hombre al que vais a liberar no es al que yo conocí. Es su hijo.

El capitán Blackhawk ni siquiera pestañeó al escuchar la noticia.

—Entre los hombres de mar es frecuente que los hijos sucedan a los padres. También lo es que el contramaestre usurpe el lugar del capitán cuando a este le llega el fin. Cuesta mucho labrarse la fama y no es algo que deba desperdiciarse.

—Pero su muerte debería haber sido...

—¿Qué?

—Ensalzada. Narrada en canciones para el recuerdo.

—Algunos hombres prefieren la inmortalidad.

—Pero es una mentira.

—Y mentir está mal, ¿eh, princesa?

Wilhelmina no quería seguir manteniendo esa conversación. Quería que la dejara sola para poder desahogarse y empezar a recomponer los pedazos en que se había quebrado su espíritu. Ese que hacía años había prometido conservar intacto.

—¿Por qué no me dejáis en paz? He hecho lo que queríais. Engañé al alférez Hayes para que me permitiera ver al prisionero. Robé un pedazo de tarta de la cocina para engatusarlo. Le conté una historia ridícula sobre un tesoro escondido, le entregué el broche a ese hombre despreciable e incluso he tenido que soportar que me besara. ¿No he hecho ya...?

Sus palabras quedaron inconclusas cuando la mano del pirata se posó sobre su cara.

—¿Qué acabáis de decir?

—Que ya he hecho suficiente.

—No. Antes de eso. Algo sobre un beso.

—A vuestro protegido le pareció apropiado aprovecharse de mí para endulzar sus últimas horas de vida.

El rostro del pirata se endureció y su solitaria pupila estalló en llamas.

—Lo mataré.

—Creí que ibais a liberarlo.

—Sí. Y cuando consiga de él lo que necesito, lo desollaré vivo, lo descuartizaré y daré de comer sus pedazos a los tiburones.

Wilhelmina apartó la cara para evitar su contacto. Porque su palma estaba caliente y le resultaba reconfortante sentirla contra la piel.

—¿Me dejaréis tranquila ahora?

Blackhawk se puso en pie. Su silueta, recortada contra la luz de la luna, resultaba imponente y la hacía consciente de su vulnerabilidad.

—¿Os gustaría escuchar una historia?

—¡No! Lo que deseo es que salgáis de mi vida para siempre y olvidar que este día existió.

—No va a ser tan fácil, princesa.

—¿Por qué no?

—Por el oro.

—¿Qué oro?

—El de la historia que no queréis escuchar pero que voy a contaros igualmente. Bien. Érase una vez...

—¿Érase una vez? ¿Vais a contarme un cuento para niños?

—Todas las historias que merecen la pena comienzan así. Como iba diciendo antes de que me interrumpierais, érase una vez un reino que poseía un vasto territorio fracturado por un inmenso mar. A un lado del océano, las tierras producían no solo extraños frutos, sino también metales preciosos de

incalculable valor. Durante siglos los reyes de ese imperio extrajeron los minerales y los utilizaron para costear guerras que les asegurasen el dominio de sus posesiones. Pero poco a poco empezaron a escasear. Todo el mundo pensaba que la hegemonía de ese reino llegaba a su fin, que su riqueza se había agotado. Hasta que, cierto día, un esclavo encontró un lugar donde la tierra producía el metal más puro y valioso que hubieran visto jamás.

Wilhelmina permanecía atenta a cada una de sus palabras, casi hechizada por el tono grave de su voz.

—El rey de aquel imperio —continuó el capitán— decretó que todo el oro fuera extraído de la tierra y llevado ante él para pagar las secuelas de sus derrotas bélicas. Hombres, mujeres y niños dedicaron varios años a extraer el mineral y convertirlo en lingotes. El tesoro no podía ser mayor. Entonces el rey ordenó formar una escuadra naval compuesta por nueve barcos. Seis de ellos eran buques de guerra y tres eran mercantes. El rey pensaba que su tesoro estaría protegido, pero...

—¿Pero qué? —preguntó, interesada.

—No contó con la ambición de los piratas. Hay uno, al que llaman Saint-Clair, que ha creado una alianza. Doce piratas unidos para obtener el mayor tesoro de la Historia.

—Es una locura —murmuró.

—Lo es. Pero no se trata solo del botín. Tres barcos cargados de oro suponen una fortuna que nadie en el Caribe ha conseguido jamás. Pero no lo hacen solo por eso. Lo hacen porque los están exterminando. Lo hacen para demostrar que los piratas nunca desaparecerán.

«No desapareceremos, nunca desapareceremos». Aquellas palabras resonaron en la mente de Wilhelmina y también en su corazón.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Los doce piratas han sido elegidos. La alianza está cerrada y yo no formo parte de ella. Pero Aarhus sí y, cuando lo libere, estará en deuda conmigo y tendrá que conducirme hasta su líder. Lamentablemente, no puedo pedir que me dejen unirme a ellos y presentarme con las manos vacías. Debo demostrarles que estoy a la altura. Pedirán pruebas de mis hazañas y...

—¿Y?

—¿Qué mejor prueba que haber secuestrado a la hija del Gobernador de Hierro?

Capítulo 5

Blackhawk se había librado de un rodillazo en una parte sensible de su anatomía. Pero había encajado una patada en la espinilla, un codazo en el estómago, un pisotón en el tobillo izquierdo y un mordisco en el brazo derecho. Y aunque la había amordazado y había conseguido atarla de manos y pies antes de echársela al hombro, ella no había dejado de luchar ni de resistirse un solo segundo.

Era una fiera salvaje. Y la admiraba por ello, pero empezaba a cansarse de tratar de mantener el equilibrio mientras la sentía retorcerse como una anguila fuera del agua. Quizá no fuera esa la forma en la que el dueño de la mercancía deseaba que la transportara, pero, por muy frágil que fuese, si no dejaba de moverse, iba a tener que tomar medidas drásticas.

Lo único que había funcionado hasta el momento había sido colocarle una mano sobre el trasero. Al instante ella se había quedado quieta, y todo su cuerpo se había tensado y se había vuelto más ligero. Pero el efecto solo había durado unos segundos. Poco después, la mercancía había comenzado a forcejear de nuevo, y no había tenido más remedio que volver a sujetarla por los muslos.

No faltaba mucho para llegar al puerto. Desde el fuerte Charles se había encaminado hacia el norte bordeando la costa, lejos de las calles en las que pudiera toparse con algún lugareño que diera la alarma al descubrir a un hombre transportando a la fuerza a una mujer maniatada. De haberse adentrado en la ciudad, ella habría conseguido alertar a todos los vecinos.

La oyó gruñir como llevaba haciendo todo el camino. No solo no paraba de moverse, tampoco había dejado de armar escándalo.

—Tendría que haberos drogado.

Ella gimió aún con más fuerza y pataleó con ganas.

—Pero no imaginé que os mostraríais tan contraria a la idea de vivir una aventura a bordo de un barco pirata.

La mercancía se agitó y exhaló una protesta airada, que sonó como un quejido a causa de la mordaza.

—Deberíais estar agradecida de que vaya a hacer realidad uno de vuestros sueños.

De algún modo, ella se contorsionó y logró golpearle con la rodilla en el pecho, dejándolo momentáneamente sin aliento.

Cansado de la situación, la depositó en el suelo, extrajo el afilado cuchillo que siempre llevaba oculto en su bota derecha y la amenazó con él.

—Se acabó el juego, princesa. He sido paciente, pero no pienso seguir aguantando vuestros ataques. De ahora en adelante permaneceréis en silencio y os estaréis quietecita, u os juro por lo más sagrado que el viaje a bordo de mi barco será una experiencia que hará que vuestras más horribles pesadillas parezcan dulces sueños en comparación.

Le colocó la punta de la daga en el centro del pecho y la deslizó por su cuerpo lentamente. Sin quitarle la vista de encima, se agachó y cortó el trozo de tela con la que le había atado los pies.

—Y ahora, moveos. No tenemos tiempo que perder.

Pero la mercancía era testaruda y se negó a obedecer. Emitió un gemido y alzó la cabeza, como si le estuviera pidiendo que se deshiciera también de la mordaza que la mantenía en silencio.

Desde luego. Así podría gritar cuanto quisiera y alertar a los cientos de soldados que bailaban en la mansión del gobernador.

—Ni hablar.

Ella gimió de nuevo, pero esta vez fue un quejido lastimero. Lo traspasó con sus enormes ojos azules brillantes de lágrimas no derramadas, y algo en el interior de Blackhawk reaccionó a esa mirada aun a su pesar.

Demonios.

—Si un solo grito sale de vuestra boca, os cortaré la lengua, ¿está claro?

Ella asintió ansiosa y se quedó muy quieta al sentir el extremo del puñal acercándose a su cara y rozándole la piel para cortar la tela.

—Ahora, moveos.

—¿Y las manos?

—No tentéis vuestra suerte.

—¿Qué diferencia supondría? Aunque corriera, me atraparíais. Si gritara, me cortaríais la lengua. Vos tenéis el cuchillo...

—Y estoy convencido de que, si os soltara las manos, seríais capaz de

apañaros para usarlo contra mí.

—¿Tan peligrosa me creéis?

La miró a los ojos y supo que la respuesta a esa pregunta era un rotundo «sí». Nunca en toda su vida se había cruzado con una mujer que se le pareciera. No solo era hermosa, con aquel cabello rubio desordenado enmarcando un rostro de facciones delicadas y unos ojos azules espectaculares. Había algo en ella, una fuerza poderosa que lo atraía como un canto de sirena. Y eso la convertía en una mercancía muy peligrosa.

—Mo-ve-os.

La empujó para que iniciara la marcha y sonrió al oírla mascullar una maldición.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —le preguntó volviendo la cabeza sobre su hombro.

—Llevaros hasta Tortuga.

—¿Y qué hay en Tortuga?

—Antros de perversión, mujeres de mala vida, asesinos y piratas. La escoria de la humanidad y el ron más barato que se pueda conseguir en todo el Caribe.

—¿Pensáis canjearme por un barril de licor?

—Voy a canjearos por un puesto en la alianza. Cuando Aarhus me desvele dónde se celebrará la última reunión, me presentaré allí con vos como regalo de bienvenida y os cambiaré por un lugar en el plan.

No necesitaba confesarle que lo habían contratado para transportarla hasta Tortuga. O que, una vez allí, jamás vería a los miembros de la alianza, sino al hombre que le había concedido su libertad a cambio de un trabajo como transportista.

Ella se detuvo y se giró para mirarlo.

—¿Me entregaréis a esos... piratas?

Ah. Así que la princesita tenía remilgos después de todo. El viejo Aarhus no le daba miedo, pero los hombres que formaban parte de la alianza no le inspiraban la misma seguridad.

—A menos que me encariñe con vos y decida conservaros a mi lado.

—Si me ponéis una mano encima...

—¿Qué haréis? Vos lo habéis dicho: si corréis, os atraparé. Si gritáis, os cortaré la lengua. Si me atacáis, sufriréis.

—Pero si me soltáis, os juro que no diré nada. No seáis temerario. Llevándome con vos solo conseguiréis que todos los barcos de Su Majestad

salgan a daros caza. ¿De verdad queréis despertar la ira del capitán Anderson?

No pudo evitar sonreír.

—¿Creéis que el cazapiratas lo dejaría todo por ir en vuestra busca?

—Se tomará como una afrenta personal mi secuestro. Él es... Bueno, siempre ha sentido algo especial por mí. Sé de buena tinta que pensaba pedir mi mano en matrimonio. Si os lleváis a su futura esposa, su venganza no tendrá límites. Os dará alcance tan rápido que ni siquiera podréis llegar a Tortuga, y cuando os encuentre, os colgará de la verga mayor de su barco.

Tenía que reconocer que su frágil mercancía no solo era peligrosa, sino terriblemente imaginativa.

—Sois rápida inventando mentiras, pero vuestros ojos os delatan. Además, aunque fuera cierto y quisiera recuperaros a toda costa, le resultaría difícil hacerlo sin su adorado barco, ¿no creéis?

Habían llegado a una pequeña cala iluminada por la luna llena. En la orilla había una barca de remos con dos hombres de pie junto a ella. Y fondeado a unas brazadas mar adentro, se hallaba el *Odyssey*. Un bergantín de tres palos y cuarenta cañones que representaba el orgullo de la Armada Real.

El barco más temido del Caribe.

La auténtica amante del capitán Anderson.

—¿Habéis robado su nave? —exclamó ella, sorprendida.

—Otra prueba de mi gran destreza. Con vos y con esa joya, no tendrán más opción que dejarme participar en el plan.

—Os matará.

—Antes tendría que alcanzarme.

La empujó en dirección a la barca de remos.

—Estáis loco.

—Prefiero pensar que soy audaz.

—Esperad, por favor —suplicó, y comenzó a alejarse de él—. Os lo ruego. Aún estáis a tiempo. Si tenéis su barco, no me necesitáis. Podéis dejarme en tierra. Esa nave os garantizará el puesto al que aspiráis, yo solo seré un estorbo...

—Princesa, si dais un solo paso más, os pasaréis atada de pies y manos el resto de la travesía. Sois mi prisionera y vendréis conmigo. Portaos bien, y quizá os devuelva a casa de una pieza. Desafiadme, y sufriréis las consecuencias.

Lo vio en sus ojos. Supo que iba a tratar de escapar de nuevo. Otra vez iba a intentar huir de él en una playa oscura. Pero esta vez no tenía peinetas con las

que sorprenderlo, porque se había encargado de desarmarla antes del secuestro. Aun así, estaba dispuesta a jugarse la vida, y eso hizo que su respeto por ella aumentara.

—¡Jack! —gritó.

Uno de los hombres que esperaban junto a la barca, el más alto de los dos, se acercó hasta ellos.

—¿Necesitas ayuda para cargar la mercancía en el bote?

Ella agrandó los ojos y trastabilló. Habría caído al suelo si él no la hubiera sujetado.

Sabía lo que estaba viendo. Un gigante de casi siete pies de estatura con una piel tan oscura como el mar nocturno y un pañuelo rojo en la cabeza.

—Vos sois, vos sois... —murmuró, impresionada.

—Mi contramaestre. El señor Jack Savage.

Ella empujó contra su cuerpo, retrocediendo.

—Pero os ahorcaron. El capitán Anderson os apresó y os colgó en alta mar.

El otro hombre, mucho más bajo y corpulento, se aproximó también.

—¿Acaso no podéis con ella entre los dos? ¿Tengo que ser yo el que siempre solucione los problemas?

—Y vos..., vos sois...

—Mi maestro artillero, el señor Moses Blackpool.

—Pero os hundisteis con vuestro barco cerca de Nassau hace años.

Si hubiera estado hecha de otra pasta, estaba seguro de que a esas alturas se habría desmayado. Pero permanecía en pie, luchando contra él, pretendiendo alejarse de aquellos dos espectros que se erguían ante ella.

Solo para atormentarla, se inclinó sobre su cuello y le susurró al oído:

—Bienvenida al barco de los muertos vivientes, princesa.

Nunca le habían gustado las historias de fantasmas. Sin embargo, su vida parecía haberse convertido en una de ellas.

El capitán Blackhawk la había alzado en brazos y la había depositado en la barca provocándole un estremecimiento. Cada vez que él la tocaba, el vientre de Wilhelmina se contraía, no de temor, sino de otra cosa a la que no podía poner nombre.

Los hombres empujaron el bote y, una vez en el agua, se subieron a bordo. Y ahí estaba ahora, sentada junto a tres piratas, rumbo al amado barco del capitán Anderson.

No había nada en el mundo que pudiera controlar. Ni siquiera su mirada

curiosa, que saltaba incrédula del señor Blackpool al señor Savage.

—Me está observando como si tuviera dos cuernos y un rabo —masculló el maestro artillero sin dejar de remar con energía—. No me gusta, te dije que llevarla a bordo sería una pésima idea.

—Tranquilízate, Belcebú —susurró el contraмаestre—. Solo está sorprendida de vernos con vida, ¿verdad, señorita Nightingale?

Wilhelmina asintió. Se inclinó hacia delante y, con las muñecas aún atadas, hundió los dedos en la mejilla barbuda del señor Blackpool.

—¡Eh! Las manos quietas. No soy un monstruo de feria.

—Sois real...

—Pues claro. De carne y hueso.

—Y algo de grasa —añadió el señor Savage.

—No tengo grasa. —Blackpool soltó los remos y flexionó su brazo derecho—. Todo esto es músculo. Y si no cierras tu estúpida boca, me encargaré de enseñarte un poco de respeto.

—Carne, hueso, grasa y un carácter pésimo...

—Basta —zanjó la discusión Blackhawk—. Sigue remando, Blackpool, no tenemos tiempo que perder.

El maestro artillero obedeció la orden, pero su rostro se ensombreció al descubrir que Wilhelmina no le quitaba ojo de encima.

—Dejad. De. Mirarme. Mujer. Del. Demonio.

—Lo lamento, pero no puedo evitarlo. Se suponía que estabais muerto. Y vos también —se dirigió a Savage—. El capitán Anderson os atrapó poco después de que el Odyssey comenzara a navegar por el Caribe. Ambos fuisteis de los primeros en caer.

—¡Ja! Haría falta mucho más que un niño imberbe de la armada para acabar con el gran Blackpool.

—Pero las historias...

—No deberíais creer todo lo que se cuenta —aseguró el señor Savage.

—¿Insinuáis que el capitán Anderson ha mentado sobre sus hazañas para engrandecer su leyenda?

Eso tenía mucho sentido. Los éxitos del incombustible capitán eran tantos que parecían demasiados para un solo hombre.

—Insinúo que entre la realidad y lo que llega a oídos de la gente hay una distancia tan ancha como el mismo mar.

—¿Pero dónde habéis estado todos estos años? Si seguís vivos, ¿por qué

nadie ha sabido nada durante tanto tiempo?

—Porque estaban sirviendo a mis órdenes en Madagascar —contestó Blackhawk.

Wilhelmina le lanzó una mirada por encima del hombro.

—¿Qué fue lo que pasó?

Los piratas caían en desgracia. Los barcos se hundían, las tripulaciones se amotinaban, los capitanes eran destituidos. Pero Blackpool y Savage tenían una fama comparable a la de los grandes filibusteros. Hombres como Francis Drake o Bartholomew Roberts. Y a seres como esos, solo la muerte podía arrancarlos de su timón y arrastrarlos fuera del mar.

—Lo que pasó —comenzó el señor Savage— es que nos hicimos viejos.

—Habla por ti. Yo estoy en la maldita flor de la vida.

—Y alguien más joven —continuó el contramaestre— nos superó en un juego al que, con el tiempo, le habíamos perdido el respeto.

—Bobadas. Yo sigo siendo el rey de ese juego. Solo decidí darle el mando a otro para poder dedicarme a lo que de verdad me gusta: mis cañones.

—¿Blackhawk os venció en el mar? —preguntó Wilhelmina.

—Podría habernos matado, pero nos ofreció servir a sus órdenes.

—¿En Madagascar?

—En ocasiones, es necesario cambiar de aires.

—Y ahora lo seguís en esta descabellada empresa para lograr un hueco en una alianza de piratas que pretende robar el mayor cargamento de oro que haya salido de las colonias.

—Nuestra última aventura antes de retirarnos.

—Yo no pienso retirarme —puntualizó Blackpool—. Moriré en un barco, abrazado a un cañón de doce libras.

—El mundo está cambiando y, aunque mi camarada no quiera asumirlo, ha llegado el momento de que nosotros también cambiemos.

—Moriréis antes de poder hacerlo si insistís en llevarme en contra de mi voluntad. ¿No os dais cuenta? El capitán Anderson no se detendrá ante nada hasta encontrarme, mi padre removerá cielo y tierra, será vuestro fin...

El señor Blackpool dejó de remar, y Wilhelmina se percató de que habían llegado al barco.

—Arriba, princesa —ordenó Blackhawk—. Se acabó la proclama disuasoria.

Una vez a bordo, no tendría escapatoria. Sin embargo, no era temor lo que hacía que la sangre corriera acelerada por sus venas. Había algo en el hecho de

estar a punto de abordar un barco robado por piratas, algo irracional, que la atraía con una fuerza poderosa.

El señor Savage ascendió por la escala hasta la cubierta y, a continuación, el señor Blackpool lo imitó.

Alguien lanzó una cuerda por la borda y Blackhawk tomó el extremo y lo anudó, creando una lazada que le pasó a Wilhelmina bajo los brazos.

—¿Para qué es esto? —preguntó ella, curiosa.

—Con ese vestido no podréis subir sola.

—Soy muy ágil, y una escaladora excepcional.

—Seguro que sí. Sujetaos bien. Y ni se os ocurra intentar convencer a otro miembro de mi tripulación para que os libere. Mis hombres son piratas, princesa, no soldados honorables, y ni uno solo de ellos confiará en vos.

De pronto, sintió cómo la elevaban en el aire. Aunque la cuerda le rozaba, la molestia no duró demasiado. Antes de darse cuenta, estaba a bordo del Odyssey, rodeada por un número abrumador de piratas que no le quitaban la mirada de encima.

Sin embargo, no tuvo oportunidad de examinarlos a conciencia, pues en cuanto las botas del capitán Blackhawk tocaron la cubierta, el mundo tembló bajo el rugido de una descomunal explosión.

Wilhelmina volvió su atención a tierra, al extremo oeste de la península, justo donde se alzaba el fuerte Charles. Una enorme columna de humo emanaba del recinto, y las llamas que surgían del interior iluminaban la noche.

—Una precisión matemática, señor Blackpool —dijo el capitán.

—Soy el mejor.

—Eres un presuntuoso —terció el señor Savage.

—Los genios podemos serlo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Wilhelmina.

—Mi plan para liberar a Aarhus —explicó Blackhawk, pero no dio más detalles—. ¡Moveos, muchachos! ¡Esa era nuestra señal! ¡Levad anclas y salgamos de aquí cuanto antes!

—Habéis atacado un fuerte de la armada...

—Y nuestra pequeña aventura no ha hecho más que empezar. Vamos, os enseñaré vuestro camarote.

La arrastró por la cubierta hasta el castillo de popa. Allí descendieron por las escaleras al puente inferior y continuaron a través de un oscuro pasillo hacia la puerta del fondo.

—Bienvenida a vuestra alcoba, princesa.

Abrió la puerta y se hizo a un lado.

Wilhelmina ojeó el interior y contó un camastro diminuto, un baúl y un viejo aguamanil.

Aquello no era una alcoba. Ni siquiera un camarote. Era una despensa más pequeña que el armario ropero de su dormitorio.

—Incluso Aarhus, el Impostor, gozaba en su celda de más espacio y mejor ventilación —señaló.

—Si lo deseáis, podéis dormir en una hamaca en cubierta. Seguro que a los muchachos les gustará la compañía.

Ni hablar.

—El camarote es muy acogedor. Gracias, capitán. ¿Me soltaréis ahora las manos?

Blackhawk sacó de nuevo su cuchillo y cortó la tela que había utilizado para maniatarla.

—No limitaré vuestros movimientos en el barco, pero recordad lo que os he dicho: no intentéis congraciaros con mi tripulación. Vuestro destino está en mis manos, y ni uno solo de mis hombres desobedecerá mis órdenes. Si colaboráis, vuestro viaje terminará en Tortuga. Si creáis problemas... ¿Estáis bien?

No. Wilhelmina no lo estaba. Ahora que había dejado de moverse, había descubierto un hecho preocupante.

El barco se balanceaba.

Era un movimiento tenue, suave. Arriba y abajo, arriba y abajo. Su estómago comenzó a revolverse al son de esa sutil cadencia. Arriba y abajo. Arriba y abajo. La cabeza comenzó a darle vueltas y más vueltas, y los objetos en torno a ella cobraron vida y empezaron a danzar siguiendo aquel mismo ritmo. Arriba y abajo. Arriba y abajo.

—Os estáis poniendo verde.

Wilhelmina trató de hablar, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—Estoy bien... es solo que... había olvidado... el balanceo...

Blackhawk sonrió.

—¿El balanceo? —repitió él, y Wilhelmina se percató de que también el capitán se movía. Adelante y atrás. Adelante y atrás—. ¿Acaso la gran defensora de los piratas se marea en el mar?

—Se me... pasará... La otra vez...

—¿La otra vez? ¿Solo habéis estado a bordo de un barco una vez? — preguntó Blackhawk, y su cuerpo comenzó a balancearse de derecha a izquierda, de derecha a izquierda.

Wilhelmina trató de fijar la mirada en su cara, pero cambiaba de posición al mismo ritmo que el resto del mundo a su alrededor. Todo empezó a darle vueltas. Se apoyó insegura en el torso del capitán y sintió los fuertes músculos bajo su mano sudorosa. Desprendía muchísimo calor. Respiró con fuerza, tratando de sosegar, pero no pudo evitar lo que sucedió a continuación.

Su estómago se rebeló.

Y vomitó sobre las lustrosas botas del capitán Blackhawk.

—Apestas.

De regreso en cubierta, Blackhawk derramó un cubo de agua sobre sus botas para limpiar los restos del vómito con el que su prisionera había tenido a bien obsequiarle.

—Ni una palabra, Jack.

—¿Significa eso que el camarote de nuestra invitada no es de su agrado?

—Significa que se marea a bordo de un barco. ¿Qué es bueno para las náuseas?

—Jengibre.

—¡Eh, Patrick! —gritó al hijo del timonel, un muchacho que se había embarcado hacía un par de años y que aprendía el oficio de su padre—. Di al cocinero que prepare una infusión de jengibre y tráemela de inmediato.

El chico corrió a cumplir su cometido.

—Qué atento —comentó Jack con una media sonrisa.

—Ella es una mercancía sumamente delicada, y prometí entregarla en Tortuga en perfecto estado.

—Todavía no puedo creer que aceptaras transportarla, precisamente ahora, con todo lo que tenemos entre manos.

—La paga era imposible de rechazar.

—¿Y estás seguro de que el dueño de la mercancía cumplirá con su parte del trato?

—No. Pero si se echa atrás, ya no me sentiré obligado a respetar mi deuda. Sea como sea, en cuanto entregue a esa mujer en Tortuga, volveré a ser el amo de mi propio destino.

—¿Y qué pasará con ella?

—No es nuestro problema. Le he dicho que forma parte de mi proyecto para

hacerme un hueco en la alianza, pero dentro de tres días saldrá de mi vida para siempre y se convertirá en el problema de otro.

—Espero que sea así de sencillo y que tu plan, como de costumbre, no se tuerza por el camino.

Blackhawk arqueó la ceja que no llevaba cubierta por el parche.

—Mis planes son infalibles.

—Pero sabes tan bien como yo que siempre quedan cabos sueltos, y que son justo esos lo que, cuando se desata el temporal, consiguen hundir el barco.

—Aquí tenéis, capitán. —Patrick le entregó una humeante taza de peltre.

—Justo a tiempo, hijo. El señor Savage estaba a punto de darme una de sus lecciones cuajadas de metáforas marineras.

El muchacho sonrió al contramaestre y salió corriendo. Chico listo.

—Por cierto, ¿tienes el documento?

—¿Qué documento? —Jack se recostó contra la borda y cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

—Mi carta de libertad. El señor Finnegan debía entregártela antes de zarpar.

—Dijo que no estaba lista, pero que podrías disponer de ella en cuanto se hubiera verificado que la mercancía llegaba intacta a su destino.

—Diablos, Jack, le advertí que no aceptaría el trabajo a menos que tuviera ese documento en mi poder.

—Ahí tienes el primer cabo suelto que podría hacer zozobrar esta nave. Y ahora será mejor que vayas a cuidar de la mercancía y te asegures de que se recupera pronto.

—Gracias por tu infinita sabiduría. Por cierto, bonito pañuelo, muy... colorido.

Jack siempre llevaba su afeitada cabeza al aire, pero aquella noche la había cubierto con un trozo de tela de un rojo similar a la sangre.

—Al contrario que tú, no necesito vestirme de negro para infundir miedo.

—Sí. Eres un pirata aterrador. Pero creo que te falta algo. ¿No había un loro a juego?

El señor Savage alzó la vista y señaló con la cabeza un pájaro de vivos colores posado sobre la verga seca.

—No solo habla —comentó—, sino que encima muerde.

Los labios de Blackhawk se curvaron en un amago de sonrisa.

—Cerciórate de que no picotea mis velas.

Mientras se alejaba hacia la cubierta inferior, oyó a Jack gritar:

—¡Baja aquí, maldito pajarraco!

Y al loro responder:

—Vete al infierno, Jack. Vete al infierno, Jack.

Blackhawk descendió las escaleras y regresó al camarote de la señorita Nightingale. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

La minúscula habitación se hallaba levemente iluminada por un farol que pendía de uno de los baos, y su prisionera yacía acurrucada en el pequeño camastro. Se había quitado el vestido, el corsé y buena parte de las enaguas, y las había dejado sobre el baúl. La mirada de Blackhawk se detuvo en los hombros desnudos, en la suave curva de los pechos y en la blancura de la ropa interior.

La reacción de su cuerpo al contemplar la piel femenina lo tomó por sorpresa. Ella no estaba revelando nada indecoroso; sin embargo, su mente había dibujado una imagen tan perversa como el pecado.

Se arrodilló junto al camastro, dejó en el suelo el cubo que había traído consigo y le tocó un brazo suavemente.

—Eh, princesa. Despertad. Os he preparado una infusión que os ayudará a calmar el mareo.

—Eso no existe —respondió ella con voz lastimosa, negándose a abrir los ojos—. La única forma de que se me pase es que hagáis que el barco deje de moverse.

—Sabéis que eso es imposible.

—Entonces devolvedme a tierra.

Era tenaz. Incluso debilitada por las náuseas, no perdía la oportunidad de escapar de aquella situación.

—Tomaos esto y os prometo que os sentiréis mejor.

Sus párpados se abrieron y lo miró con aquellos enormes ojos azules que seguramente habrían puesto al hombre más insensible de rodillas.

—Y si no funciona, ¿me permitiréis desembarcar?

—No.

—Entonces largaos y dejadme sufrir a solas.

Le dio la espalda, dando por zanjada la conversación.

—¿Así que os rendís? ¿Os ofrezco algo que podría haceros bien y lo rechazáis?

Renuente, lo miró por encima del hombro con los ojos entornados. Lo estaba evaluando, y al parecer no le había pasado desapercibido el doble sentido de sus palabras.

Se incorporó despacio y le quitó la taza de las manos.

—Es repugnante —declaró tras dar un trago.

—Es jengibre.

—¿Estáis seguro? No sabe a jengibre.

—Bebéosla de una vez y dejad de quejaros.

—Es fácil para vos decirlo. El gran lobo de mar que jamás se ha mareado a bordo de un barco.

Blackhawk hizo las prendas de Wilhelmina a un lado, se sentó sobre el baúl y la contempló antes de hablar.

—Eso no es del todo cierto. Tomaos la infusión y os contaré una historia que hará que os sintáis mejor.

—Odio vuestras historias. Todas terminan mal para mí.

—Esta no, ya lo veréis. La primera vez que subí a bordo de un barco tenía siete años.

—¿Siete? Yo suponía que habíais nacido en uno.

—¿No sois famosa por vuestra afición a las historias de piratas? Pues me cuesta creerlo, porque no dejáis de interrumpirme cuando trato de contaros una.

—De acuerdo, prometo estar callada.

Posó los labios de nuevo sobre la taza de peltre y lo observó por encima del borde.

—Bien. Como iba diciendo, la primera vez que me subí a un barco tenía siete años. Nací en una isla, pero jamás había salido a navegar. Nunca me gustó el mar.

—¿Un pirata sin agua salada corriéndole por las venas?

Blackhawk le lanzó una mirada de advertencia.

—Proseguid, por favor.

—Por última vez: tenía siete años cuando por primera vez subí a bordo de un bergantín. Mientras cruzaba la pasarela solo podía pensar en que si me caía al agua, moriría ahogado, porque no sabía nadar. Sin embargo, cuando puse los pies en cubierta y noté el balanceo, me sentí como en casa. Sentí que aquel era mi lugar. Cuando zarpamos, iba de un lado a otro corriendo mientras a mi alrededor la gente vomitaba por la borda. Me jactaba de ser el único, aparte del capitán, que no sufría el mal de la mar.

Ella abrió la boca para interrumpirlo de nuevo, pero al ver su intempestiva mirada decidió permanecer en silencio.

—Os alegrará saber que recibí el castigo apropiado por mi arrogancia. Dos

días después el barco atravesó una tormenta. Una de las peores que haya sufrido jamás. Las olas zarandeaban la nave, el agua se filtraba en la cubierta inferior. Era casi imposible mantenerse en pie. Fue el viaje más espantoso que recuerdo haber vivido, porque en el instante en que el viento comenzó a sacudir el barco, yo empecé a vomitar. Todo rodaba de un lado a otro. A veces el barco se alzaba para después caer en picado. Tardamos casi un día en dejar atrás esa tormenta, y durante todo aquel tiempo fui incapaz de mantenerme erguido. No sois la única que ha pasado por esto, princesa. Todos lo hemos hecho. Pero, creedme, mejorará.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Una historia preciosa, capitán. Pero... creo que voy a vomitar de nuevo.

Blackhawk le sujetó el pelo mientras vaciaba el contenido de su estómago en el cubo y las arcadas convulsionaban su frágil cuerpo. Se maldijo en silencio por haberle contado un relato tan estúpido. Debió haberse inventado algo que no incluyera barcos zarandeados y vómitos en alta mar.

—Lo siento —dijo cuando ella volvió a recostarse sobre la almohada—. Una pésima elección de historia. Os dejaré para que os calméis.

Se giró y abrió la puerta para marcharse.

—Gracias, capitán.

—De nada, princesa.

—¿Todavía os mareáis cuando hay tormenta?

—No, ya no.

Solo había vuelto a sentirse mareado mientras la observaba dormir acurrucada en aquella litera minúscula.

Salió al pasillo, llevando el cubo consigo, y apoyó la frente en el estrecho marco de la puerta. Comenzó a golpear la cabeza contra la madera una y otra y otra vez.

Eso no podía estar pasando. Era solo una mercancía. Un medio para conseguir un fin. En tres días se desharía de ella.

«Contrólate, maldita sea».

La voz de Jack lo sobresaltó.

—¿No te enseñaron que hay que usar los nudillos y no la frente para llamar?

Blackhawk se irguió y se dirigió a la escalerilla de cubierta. Al pasar junto a su contramaestre, le estampó el cubo y masculló:

—Vete al infierno, Jack.

Capítulo 6

Wilhelmina soñó toda la noche con agua. Agua que la sacudía de un lado a otro, que la ascendía a los cielos y la hacía descender a las profundidades marinas.

Fue también el agua la que la arrancó de esos sueños.

Un cubo de agua fría, en realidad.

Despertó con un grito de sorpresa y se incorporó en el camastro mientras trataba de entender por qué su pelo, su rostro y su ropa estaban empapados.

—Dormís como si hubierais pasado a mejor vida.

El capitán Blackhawk la observaba desde la puerta. Su enorme y oscura figura se cernía sobre ella como una sombra recortada contra la escasa luz que se colaba desde el umbral. Una sombra que sostenía un balde en la mano.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó, furiosa.

—Así es como tratamos en este barco a los perezosos.

—¡Pero yo no soy parte de vuestra tripulación!

—No. Vos sois mi prisionera y, como tal, deberéis acatar mis órdenes. Vestíos y subid a cubierta. Os mostraré cómo es la auténtica vida pirata.

El estómago de Wilhelmina rugió en ese momento a modo de respuesta. La noche anterior había vomitado cuanto había ingerido durante el día y, aunque no se sentía del todo segura en su propia piel, su cuerpo parecía estar recuperándose.

—Si queréis desayunar —dijo el capitán—, primero tendréis que ganaros la comida. Como el resto.

Abandonó la despensa sin que Wilhelmina pudiera contestar.

Con pies temblorosos, se puso en pie y agitó los brazos en el aire para comprobar su equilibrio. El barco persistía en su obstinado balanceo, pero, quizá porque se desplazaban a gran velocidad, parecía más tenue que la noche anterior.

Se aseó como buenamente pudo con el agua que encontró en la jofaina,

aunque el capitán le había ahorrado parte del trabajo, y después volvió a colocarse las ropas de las que tanto le había costado deshacerse la noche anterior. Prescindió de buena parte de sus enaguas y también del corsé. Le resultaría imposible ponérselo sin ayuda, y no había en ese barco ni una sola mujer a quien pudiera recurrir.

Era la única fémina a bordo de un barco pirata.

Y junto a la inquietud que le provocaba la idea de verse rodeada por un número ingente de hombres desconocidos y peligrosos, sintió también un atisbo de curiosidad. Por suerte, o por desgracia, no dispondría de mucho tiempo para satisfacerla. Su padre habría enviado a toda la flota en su busca, y el capitán Anderson andaría ya tras el rastro de su adorada embarcación. Pronto estaría de vuelta en casa.

Sin embargo, por el momento seguía siendo una prisionera, así que se trenzó el cabello húmedo y abandonó el camarote para cumplir el mandato del capitán.

En cuanto ascendió las escaleras que conducían a la cubierta superior, la luz y los sonidos despertaron todos sus sentidos. El mar bramaba al estrellarse contra el casco del barco. Las velas susurraban, henchidas por la brisa con sabor a sal. Los hombres gritaban órdenes, algunos cantaban, otros reían.

En mitad de aquella sinfonía, Wilhelmina oyó una voz estridente que repetía sin cesar:

—¡Izad la cangreja! ¡Izad la cangreja!

El sonido provenía de lo alto, de las jarcias, y, al alzar la vista para divisar su fuente, contempló cómo la gran vela del palo de mesana se desplegaba, hinchándose con el viento.

El barco cabeceó al ganar velocidad, y Wilhelmina sintió el suelo inclinándose bajo sus pies. Cuando estaba segura de que daría con sus huesos sobre la dura y resbaladiza cubierta de madera, unos brazos fuertes la sujetaron, evitando su caída.

—¿Os encontráis bien? —preguntó el capitán a su espalda.

—Sí, yo... Eso creo.

Se separó de él al instante, como si fuera una hoguera y ella temiera quemarse. A la luz del día, su imagen era tan poderosa como envuelta por las tinieblas de la noche. Quizá más.

—¿Sabéis coser?

Su mirada incompleta no se posó sobre ella al formular la pregunta, sino que permaneció fija en la arboladura.

Wilhelmina sabía coser. Wilhelmina era una diestra costurera. Odiaba la cantidad de horas al día que debía pasar entregada a esa labor, pero ello no significaba que no tuviera el mismo talento que la mejor bordadora de las colonias.

—¿Por qué queréis saberlo?

—El señor Peabody necesita ayuda con las velas. El pájaro del señor Savage ha estado muy entretenido durante la noche, y tanto el juanete de proa como el petifoque llevan ahora su sello. Sin duda una mujer terminaría el trabajo en menos tiempo.

Wilhelmina podría hacerlo. Zurcir unas velas no sería problema para ella, pero había en su interior una fuerza que la impelía a desafiar a aquel hombre. Él quería obligarla a cumplir su voluntad, pero ella no estaba dispuesta a ponérselo fácil.

—Lamento comunicaros, capitán Blackhawk, que soy una pésima costurera. Nunca he poseído ni la paciencia ni la atención al detalle necesarias para llevar a cabo semejante tarea.

Él se volvió y la perforó con su mirada turquesa.

—¿No sabéis coser?

—Ni tan siquiera enhebrar una aguja.

Se encogió de hombros y le dedicó una pequeña sonrisa.

—¿Y sabéis cocinar?

Wilhelmina sabía cocinar. La cocina era uno de sus lugares favoritos de la casa, y allí pasaba incontables horas, departiendo con la cocinera y sus ayudantes, viendo cómo desplumaban gallinas, destripaban pescados y desollaban toda clase de animales antes de echarlos a la cazuela. Y anotando recetas y aprendiendo todos sus secretos. Pero si él esperaba que le preparara la comida, más le valdría hacerlo sentado en un sillón mullido.

—Las mujeres de mi posición no requerimos esa clase de conocimiento. Tenemos cocinera.

—En tal caso, os asignaré una tarea para la cual no es necesaria ninguna cualificación. No requiere paciencia, tampoco atención al detalle, y, por tanto, incluso alguien de vuestra condición sería capaz de acometerla sin problema.

Se acercó a la borda y, con el pie, hizo deslizarse un cubo lleno de agua hasta que chocó contra sus zapatos.

—¿Veis al señor Blackpool?

El maestro artillero permanecía junto al timón, en el castillo de popa,

fumando en pipa. En cuanto Wilhelmina posó sus ojos sobre él, le devolvió una mirada furibunda, llena de hostilidad. Después escupió en el suelo.

—Os ocuparéis de que la superficie que están pisando sus botas quede inmaculada.

—¿Queréis que friegue la cubierta de vuestro barco?

Wilhelmina jamás se había encargado de la limpieza. Quitar el polvo, limpiar los suelos, pulir la plata... Esas sí eran labores en las que nunca había tomado parte.

—No queréis coser para mí, ni tampoco cocinar para mí. La única otra tarea para la que una mujer puede servirme es encargarse de la limpieza. Quiero que la dejéis reluciente. Y que os deshagáis de las ratas. Nuestro gato es buen cazador, pero va dejando sus víctimas desperdigadas por doquier.

La estaba poniendo a prueba. No entendía por qué ni qué pretendía conseguir con aquella artimaña, pero Wilhelmina sabía que estaba evaluando hasta qué punto podría presionarla antes de que se quebrara como una rama seca.

Le esperaba una buena sorpresa.

Levantó la barbilla, cogió el cubo y se encaminó hacia el castillo de popa. El capitán Blackhawk no sabía que su fortaleza de espíritu era equiparable a la del granito. Se detuvo en mitad de la escalera y se volvió hacia él.

Descubrió que la observaba con intensidad, todavía apoyado sobre el costado de estribor.

—Cuando concluya la tarea que me habéis encomendado, espero que me permitáis desayunar.

—Cuando concluyáis la tarea que os he encomendado, proseguiréis con la cubierta de proa.

Tirano.

—A vuestras órdenes, capitán. Pero si me caigo por la borda a causa de la inanición, os quedaréis sin regalo para granjearos un puesto en esa ridícula alianza.

—Esa sería una verdadera tragedia. Será mejor que os ate un cabo a la cintura para asegurarme de que no acabáis en el fondo del mar. ¡Patrick, trae una cuerda!

—Ni se os ocurra —siseó Wilhelmina.

Él se incorporó. Caminó hacia ella y apoyó su mano en la barandilla, avasallándola con su imponente figura.

—Vos no dais las órdenes aquí, princesa. Solo las obedecéis. Ahora,

comenzad a limpiar. Si vuestro trabajo me place, me comprometeré a que seáis debidamente alimentada.

—¿Y si no os place?

—Ansiaréis haberos lanzado por la borda.

Le dio la espalda y se dirigió hacia el otro extremo del barco.

Ella lo siguió con la mirada, observando cada uno de sus movimientos. Había algo en él que la atraía como la miel a las moscas. Una fuerza que parecía flotar a su alrededor y que Wilhelmina anhelaba tocar. Poseer. Quizá era porque parecía ser dueño de su destino, como si dominara los elementos en lugar de estar a merced de ellos.

O quizá se debía solo a que tenía hambre y él era quien vigilaba la llave de la despensa donde se guardaban las provisiones.

Terminó de subir las escaleras y se acercó hasta el lugar donde el maestro artillero continuaba fumando en su pipa. Dejó el cubo en el suelo y cogió el cepillo.

—¿De verdad hay ratas muertas por doquier?

El señor Blackpool frunció aún más su oscura mirada. Vació la cazoleta de su pipa y escupió de nuevo a los pies de Wilhelmina antes de abandonar el castillo de popa.

Perfecto.

Empezaría a limpiar justo por ahí.

—¿Te pidió el dueño de la mercancía que le dieras un escarmiento?

No. Tan solo quería que fuera trasladada. Ponerla a trabajar no había formado parte de su plan hasta la noche anterior, cuando la había visto débil y vulnerable postrada en aquel diminuto camastro y algo en su interior se había agitado como un enjambre de abejas.

—¿Has atrapado al pájaro? —replicó Blackhawk a su vez, ignorando la pregunta de Jack.

—No, pero tengo a los muchachos en ello.

—¿Insinúas que mis gaveros están cazando aves en lugar de controlando que las velas funcionen correctamente?

—¿De qué te serviría que se dedicaran a afianzar el foque si el pájaro lo picotea?

—¿Y por qué diablos ese maldito bicho se dedica a destrozar mi barco?

—Lo desconozco. Estará de mal humor. Como tú. ¿Cuál es tu problema?

La mercancía era su problema. O, mejor dicho, el hecho de que no fuera en

absoluto frágil, como había imaginado, sino inquebrantable.

La bonita señorita Nightingale había limpiado el castillo de popa con una eficacia sorprendente. Se había deshecho de las ratas, había encandilado a Patrick con sus encantos y conseguido que el muchacho le diera el desayuno, y después había dejado inmaculada la cubierta de proa. También había sustituido al señor Peabody en su labor de costurera, afirmando que sus puntadas eran demasiado largas y que la fuerza del viento acabaría por romperlas. Después había fregado la cubierta central. Y ahora jugueteaba con el gato, una bestia arisca e insociable, que parecía encantado de perseguir el cabo que ella hacía bailotear por el suelo.

—Ni siquiera sabía de qué color era —dijo Jack señalando con la cabeza al animal—. Jamás lo había visto a la luz del día. Incluso llegué a pensar que no existía y que las ratas simplemente se morían de aburrimiento.

Él solo había tenido un par de encuentros desafortunados con el felino, en la bodega, y también se había sorprendido al descubrir que no era negro, sino pardo.

La risa de la señorita Nightingale llegó clara hasta sus oídos.

—Las siete plagas caerán sobre nosotros por su culpa —sentenció Blackpool acercándose a ellos—. Las mujeres traen mala suerte. Muy mala suerte.

—Vamos, amigo, tú te quejas como una de ellas y todavía no nos hemos enfrentado a ningún problema grave.

—Eso lo dice el que se acicala como una jovencita antes de su baile de presentación en sociedad. Nunca he visto a un hombre lavarse tanto como lo haces tú.

—Quizá deberías probarlo más a menudo, Blackpool. Te sorprendería descubrir lo bien que huele el mundo a tu alrededor.

—Los hombres deben oler a hombre.

—Y los cerdos a...

Los dejó inmersos en otra de sus batallas verbales y se aproximó al lugar donde la señorita Nightingale permanecía sentada jugando con el gato.

Se cernió sobre ambos, oscureciendo el sol del atardecer, y ella alzó la vista al sentir su sombra.

—Capitán Blackhawk —dijo—. ¿Venís a encomendarme alguna otra tarea? Coincidiréis conmigo en que las cubiertas brillan relucientes y las velas han recuperado su esplendor. Espero haberme ganado una ración doble de rancho esta noche.

Se acuclilló frente a ella y la miró a la cara.

—¿Y no os gustaría también daros un baño antes de cenar?

—Eso sería... Un momento. ¿Acaso insinuáis que necesito bañarme?

La olisqueó.

—He estado con mujeres que olían mucho peor que vos.

—¡Me he pasado todo el día trabajando bajo un sol de justicia! Limpiando vuestro barco, zurciendo vuestras velas y deshaciéndome de vuestras ratas. Ninguna mujer se encontraría en mejores condiciones que yo después de haber sido sometida a una jornada tan ardua.

Estaba sucia, sí. Y despeinada. Y sonrosada. Olía a sudor y parecía cansada. Sin embargo, sus ojos destellaban incandescentes como las entrañas de una fragua a pleno rendimiento. No estaba quebrada. Su espíritu seguía intacto. Y la fuerza que emanaba lo atraía tan funestamente como la luz de una fogata a las polillas.

Se puso en pie y gritó:

—¡Echad el ancla! ¡Arriad las velas! Vamos a darnos un baño con los tiburones.

La señorita Nightingale lo observó con sus grandes ojos aún más abiertos a causa de la sorpresa. La tripulación se quedó en completo silencio. Ni un solo pirata se movió para obedecer a su capitán.

—¡¿No me habéis oído?! ¡Moveos! ¡Recoged trapo! ¡Echad el ancla! ¡Y que todos los hombres se preparen para darse un chapuzón!

Cogió a la señorita Nightingale del brazo y la puso en pie.

—¿Sabéis nadar?

—No —se apresuró a responder ella.

—¿Como tampoco sabéis coser o cocinar?

—Sí.

—¿Entonces sabéis o no sabéis?

—¡No pienso bañarme!

—Yo en vuestro lugar no apostaría la ración de rancho de esta noche, princesa. Después de una jornada tan dura, no os gustaría iros a la cama sin cenar.

—No pienso ponerme en cueros y saltar por la borda solo para que puedas chapotear con los tiburones.

Las palabras del señor Blackpool reflejaban a la perfección la opinión que le merecía a Wilhelmina la propuesta del capitán.

—Tu problema es que no sabes nadar —replicó Jack.

—Nunca me ha hecho falta aprender. Ni uno solo de mis barcos se ha hundido, porque soy lo bastante diestro con mis cañones como para mandar al infierno de las profundidades marinas a cualquiera que ose atacarme. Nadar es una habilidad que no me serviría para nada.

—Igual que la modestia es una cualidad que no te reportaría ningún beneficio.

—¿Acaso disponemos de tiempo para esta parada no programada? —preguntó Blackpool, dirigiéndose al capitán.

Blackhawk tenía la mirada fija en Wilhelmina. Sin apartarla, contestó a su maestro artillero:

—Si no vas a bañarte, Blackpool, vigila por babor. Que los hombres permanezcan en ese lado hasta que la señorita Nightingale y yo volvamos a cubierta. Y si ves asomar la aleta de un tiburón, dispárale un cañonazo.

Dio un paso en su dirección y ella retrocedió otro para alejarse de él.

—¿Sabéis cuánto pesa uno de esos vestidos cuando se moja? No os recomiendo bañaros con él.

—¡No deseo bañarme! Y no pienso desnudarme ante vos.

Todos los hombres permanecían atentos a su discusión. Y por primera vez desde que aquel pirata se había cruzado en su camino, Wilhelmina sintió una aprensión aguda perforándole el vientre. El modo en que no dejaba de mirarla la ponía más nerviosa de lo que jamás había estado antes.

—¡Todos al agua! —ordenó el capitán.

Por fin la tripulación se movilizó. Los hombres comenzaron a desvestirse, y uno tras otro abandonaron el barco saltando por la borda o descolgándose por las escalas de cuerda. Blackpool bajó al puente inferior para hacer compañía a sus cañones, y el señor Savage se quitó el pañuelo rojo que le cubría la cabeza, la camisa y las botas y se lanzó al agua con el resto de piratas.

En la cubierta solo quedaron el capitán y ella.

Blackhawk se agachó y extrajo su sempiterna daga de la bota derecha.

—No os acerquéis a mí.

—No tenéis escapatoria, princesa.

Con una velocidad inaudita, rasgó las cintas que mantenían en su lugar el vestido de Wilhelmina, y este cayó al suelo hecho harapos.

Ni siquiera tuvo tiempo de cubrirse, porque, con la misma rapidez, él la tomó en brazos y la sostuvo al borde del vacío.

—No, por favor...

Se aferró a él mientras el miedo a caer agarrotaba su cuerpo.

—Patalead con fuerza para emerger a la superficie.

Y, sin más ceremonias, la soltó.

Gritó hasta que el agua la acogió en su seno, arrastrándola hacia el fondo. Pero entonces todo su temor se evaporó y un placer profundo la inundó por completo. Allí se sintió segura. Protegida.

Limpia.

Antes de que tuviera oportunidad de comenzar a patalear, tal y como había indicado el capitán, un par de fuertes brazos la sacaron a la superficie.

—¿No os he dicho que pataleéis?! ¿Acaso no sabéis nadar?!

Ella se zafó de su agarre y puso agua de por medio.

—¡Sé nadar! ¡Pero os dije que no deseaba hacerlo! ¡Y mucho menos quería que me lanzarais por la borda desde esa horrible altura y sin darme tiempo para acostumbrarme a la idea!

—¿Acaso os dan miedo las alturas?

—¿Cuánto durará la sesión de baño? —preguntó, negándose a responder.

—Eso depende de vos. ¿Cuánto tiempo necesitáis para recuperar el aspecto de una mujer de vuestra condición?

Era insufrible.

Wilhelmina se alejó unas brazadas. Si tenía que bañarse, al menos lo disfrutaría.

Se tendió de espaldas, mirando al cielo, y se distanció de él. Buceó y salió a la superficie. Nadó un poco más, encantada de sentirse libre de nuevo; se alejó otro poco, volvió a sumergirse y emergió aún más lejos. Y de pronto notó una mano en su tobillo frenando su avance.

—¿Tratando de escapar a nado?

Sus dedos eran fuertes y su agarre, sólido. No le hacía daño; sin embargo, su contacto producía un extraño efecto en su cuerpo. Intentó zafarse, pero él no la soltó.

—¿Os da miedo que sea más rápida que vos en el agua?

—No. Solo me preocupa que os situéis en la ruta de caza de algún tiburón.

—Y si así fuera, ¿vos me protegeríais?

—¿De un tiburón? Si os cruzáis con uno, estaréis sola, princesa.

—Claro, lo olvidaba. No hay honor entre los piratas.

—Pero sí hay un desarrollado instinto de conservación. Quedaos cerca de mí

y, si veis una aleta asomar, usadme como escudo.

Wilhelmina no esperaba esa respuesta. En ese instante lo aborrecía por el bochorno que le había causado. Sin embargo, ella no era una cobarde. Y tampoco era de las que se protegían del peligro dejando que otros lo afrontaran en su lugar.

—Jamás haría algo tan poco... honorable.

—Claro que sí. Porque cuando la muerte acecha, no hay lugar para el honor, princesa. Sobrevive el más rápido, el más astuto, el que menos escrúpulos tiene en sacrificar a otros para salvar el pellejo.

—No habláis en serio.

—¿No?

—¿Sacrificaríais a vuestros hombres para garantizar vuestra supervivencia?

—¿Creéis que ellos dudarían en hacer lo contrario? Somos piratas, no miembros de la Armada Real. Y ni siquiera entre las filas de la flota de Su Graciosa Majestad hay hombres dispuestos a dar su vida para proteger la de otros.

—Eso no es cierto.

—Dudáis de mis palabras porque vivís en un mundo de fantasía donde los piratas son seres que se avienen a las reglas del honor. Pero ni siquiera los caballeros lo hacen. ¿Por qué habrían los piratas de cumplir unas normas que fueron creadas por una sociedad que los desprecia? ¿Que los está cazando como a perros y desea su extinción?

—No se trata de cumplir las normas, sino de hacer lo correcto.

—¿Lo correcto, decís? ¿Qué hay de beneficioso en sacrificar tu vida por los demás? En poner tu existencia a disposición de otro hombre para que la gobierne a su antojo. Seguro que vos lo entendéis mejor que nadie. ¿Acaso no es eso lo que en el fondo ansiáis? ¿Ser dueña de vuestro propio destino? No sois la única que busca libertad, princesa. Muchos de nosotros vivimos una vida que no elegimos y de la que no podemos escapar.

Wilhelmina lo miraba absorta, atrapada en cada una de sus palabras.

—¿Cómo..., cómo os convertisteis en... lo que sois?

Él la miró fijamente durante un segundo antes de responder.

—Contraje una deuda. Una deuda que todavía hoy estoy pagando y que, con un poco de suerte, quedará saldada cuando termine este viaje.

—¿Para eso queréis el oro? ¿Para saldar vuestra deuda y volver a ser libre?

—O para pasarme el resto de mis días tumbado al sol en una playa de arenas

blancas, rodeado de mujeres preciosas que cumplan mis órdenes sin rechistar.

Wilhelmina entrecerró los ojos, molesta por su réplica.

Insufrible e insolente.

Se merecía una lección.

—¡Ay! —se quejó de pronto.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó él, alerta.

—¡Ay! ¡Ay! Algo me ha picado.

En dos brazadas estaba junto a ella.

—¿Dónde?

—En la pierna, me duele mucho...

Cuando se movió para examinarla, Wilhelmina tomó impulso y lo hundió bajo el agua. Después se alejó con una sonrisa en los labios, que se ensanchó cuando Blackhawk emergió con su largo cabello negro pegado a la cabeza.

—¿Os parece divertido? —le preguntó él al ver su expresión.

—Muchísim...

La palabra quedó inconclusa en su garganta. El capitán la asió por una pierna y la arrastró, hundiéndola consigo bajo la superficie. Tomada por sorpresa, Wilhelmina probó un poco de su propio remedio, y descubrió que tragar agua salada no resultaba tan divertido como ver la cara de desagrado de Blackhawk.

Asomó tosiendo y escupiendo. Y abrazada al duro cuerpo del capitán. Él le retiró el pelo de la cara mientras ella lo agarraba con todas sus fuerzas.

—¿Estáis bien? No debería haberlo hecho, ha sido una estupidez...

Pero Wilhelmina sonreía. Porque nunca había tenido compañeros de juegos, hermanos o amigos con quien bañarse, y así era justo como había imaginado que sería. Divertido, excitante.

—Ni lo penséis —le advirtió el capitán leyéndole la mente.

Ella no lo escuchó. Tomó impulso sobre sus hombros, pero, de algún modo, él se mantuvo firme. Y como no se hundió en el agua, el rostro de Wilhelmina descendió sobre el del capitán y sus labios chocaron en un beso involuntario.

Asustada, sorprendida por lo que acababa de suceder, trató de escabullirse, pero él la sostuvo y le impidió escapar. Su mirada era inescrutable; su cuerpo emanaba una fuerza que hizo vibrar el de Wilhelmina.

—Lo siento —se disculpó ella—, no era mi intención, yo no...

No pudo terminar, porque el capitán Blackhawk la estrechó entre sus brazos y la besó. Al principio fue solo el roce de unos labios, cálidos y suaves contra su boca. Con los ojos abiertos, Wilhelmina permitió que él la acariciara como

ningún otro hombre había hecho jamás. En el fuerte Charles, el capitán Aarhus se había impuesto sobre sus deseos, pero el capitán Blackhawk la tentaba, la invitaba a dejarse llevar. Wilhelmina cerró los párpados y se perdió en aquel beso. En los labios que se movían sobre los suyos, en las manos que le acariciaban el cuerpo. Cuando sintió su lengua tratando de introducirse en su boca, se agitó por la sorpresa y abrió de nuevo los ojos, pero él le mostró el placer que podía sentirse en un beso profundo, ávido y lleno de una pasión que la envolvía por completo.

Se abandonó y se pegó a él tanto como le fue posible. Sus manos le rozaron el pelo, sus pechos se aplastaron contra el torso del capitán y su sangre vibró acelerada cuando lo acarició como nunca había acariciado a un hombre. Aquel beso era mágico, lo más asombroso que había experimentado en toda su vida, una verdadera revelación que debería durar para siempre.

Pero no lo hizo. Sin saber muy bien cómo, se encontró a una brazada de distancia. Blackhawk no solo había roto el beso, la había lanzado lejos, bien lejos de él. Y el vacío y la extrañeza que sintió en aquel momento la dejaron temblando, como si se estuviera bañando en unas aguas gélidas, y no cálidas como las del mar Caribe.

Él la miró como si fuera el ser más abyecto sobre la faz de la Tierra antes de espetar:

—No volváis a besarme jamás.

Mientras la sorpresa se tornaba en ira dentro de Wilhelmina, y antes de que tuviera oportunidad de responder, oyeron la voz de alarma del señor Blackpool.

—¡Tiburón a babor! ¡Tiburón a babor!

Capítulo 7

Nunca se vio un grupo de piratas salir más rápido del agua.

Los hombres se atropellaron en su prisa por regresar al barco tras avistar la aleta de un tiburón cortando la superficie por el lado de babor. Una vez a salvo en cubierta, se miraron los unos a los otros. Estaban empapados, jadeantes, excitados.

Y en distintos grados de desnudez.

Se echaron a reír.

Pero la risa se les congeló en los labios cuando Wilhelmina saltó sobre la borda, con las enaguas empapadas marcando cada una de sus suaves y femeninas curvas. Y contuvieron una exclamación de horror al contemplar cómo empujaba con todas sus fuerzas al capitán nada más alcanzar este la cubierta, lanzándolo de nuevo al mar.

Con la cabeza en alto y la ira brillando en su mirada, Wilhelmina se dirigió a la despensa que le servía de camarote, dejando tras de sí una tripulación pirata estupefacta por su atrevimiento e imprudencia.

Ella no temía las consecuencias. No podía pensar racionalmente, tan solo hervía en su interior.

Había besado a un pirata. Al hombre que la había secuestrado y que tenía planeado para ella un destino peor que la muerte.

Había besado a un pirata. Y había sido la experiencia más estimulante de toda su vida. Los labios aún le hormigueaban a causa del beso, y todavía podía sentir sus manos por todo el cuerpo.

Había besado a un pirata. Justo antes de que la rechazara. La humillación que había experimentado en ese momento era solo equiparable a la pasión que él había despertado dentro de ella.

Entró en su camarote y se dejó caer boca abajo sobre el diminuto camastro, la cara hundida en la almohada. ¿Cómo había podido cometer semejante

insensatez? Asqueada consigo misma, comenzó a revolverse sobre el jergón.

Jamás había dado un paso en falso de tal calibre.

Se cayó al suelo y continuó revolcando su frustración contra la dura madera.

Había enredado sus manos en ese maravilloso pelo, se había restregado contra él.

Dejó escapar un gemido al tiempo que su cuerpo se agitaba inquieto.

Lo había acariciado con los labios, ¡la lengua!, con todo el cuerpo.

De pronto, la puerta de la despensa se abrió, y se encontró mirando al hombre que, de ahora en adelante, protagonizaría sus sueños de venganza. Lamentablemente, no había sido devorado por el tiburón, tal y como ella había deseado que sucediera. No había en su cuerpo una sola marca de dientes. Ni en sus piernas desnudas, ni en su pecho bronceado y cubierto de gotas de agua, ni en su apuesto rostro.

—Salid de aquí —le exigió.

—Me parece que necesitáis que os recuerde que este es mi barco y vos, mi prisionera. El que da las órdenes soy yo.

Por toda respuesta, ella le lanzó la almohada a la que se había estado aferrando como un salvavidas.

Él la alcanzó al vuelo y le devolvió una sonrisa diabólica.

—¿Esta rabieta es porque no deseo que volváis a besarme?

—Me importan un comino vuestros deseos, capitán —aseguró mientras se incorporaba hasta quedar sentada—. Pero, solo para que conste, vos me habéis besado a mí, y no al revés.

—Vos lo habéis iniciado.

—¡Y vos lo habéis empeorado todo!

—¡Porque os habéis entregado a ello con gran descaro!

—¿Descaro? ¡Ja! Lo único que he hecho ha sido rozar mis labios con los vuestros. ¡Por accidente! Mi intención era hundiros bajo el agua, no incitaros para que pudierais aprovecharos de mí.

—¿Aprovecharme? ¡Ja! Os habéis restregado contra mí como una gata en celo. Si no os hubiera detenido, me pregunto hasta dónde me habríais dejado llegar.

—¿Entonces la culpa es mía? —estalló, soliviantada—. ¡Yo os he ofendido! ¡Yo os he abordado con mis grandes artes de seducción! Sin embargo, habéis sido vos quien ha introducido su lengua en mi boca. Así que no os hagáis la víctima.

Y la sorpresa había sido mayúscula al sentir esa caricia, porque ella jamás había imaginado un beso como el que había compartido con aquel hombre, ni tampoco que entre dos personas pudiera llegar a existir semejante grado de intimidad.

—Encantadora forma de expresarlo.

—Intento utilizar un vocabulario que podáis comprender con facilidad.

Su solitaria pupila brilló de exasperación.

—Os devolveré el favor. No volváis a tocarme —ordenó con un tono glacial—. No os acerquéis a mí. Nada de juegos ni bromas ni ardides. Mantened vuestros labios y vuestro cuerpo alejados de los míos, porque, si volvéis a ponerlos a mi alcance, tendréis que asumir las consecuencias. —Se agachó, de tal manera que los ojos de ambos quedaron a la misma altura—. Y la próxima vez no me detendré hasta obtener de vos una satisfacción completa. ¿Ha quedado claro?

Wilhelmina apenas si podía pensar, atravesada por esa mirada. Pero su naturaleza rebelde se impuso, como hacía siempre.

—Cristalino —respondió, mordaz.

Él se incorporó y dejó caer al suelo un montón de jirones de tela.

—Vuestro vestido. O lo que queda de él. Encontraréis ropa en el baúl. —Se volvió para salir, pero se detuvo antes de hacerlo—. Por cierto, si volvéis a lanzarme por la borda a un agua infestada de tiburones, os cortaré las manos y os haré contemplar cómo los alimento con ellas.

Cuando abandonó el camarote, Wilhelmina se desplomó de nuevo sobre el suelo de madera.

—Estúpido arrogante, déspota insoportable...

—Todavía puedo oíros, princesa.

Las palabras del capitán le llegaron amortiguadas desde el pasillo, pero fueron la gota que colmó el vaso. Cogió uno de los escarpines que tenía a mano y lo disparó con fuerza contra la puerta.

La risa masculina, profunda y acariciante, le arrancó un gemido de irritación. No le iba a suponer ningún problema mantenerse alejada de él.

—Espero que le hayas calentado el trasero...

La cazoleta de la pipa del señor Blackpool se iluminó en medio de la creciente oscuridad. El maestro artillero permanecía apoyado contra la borda de babor, fumando tranquilo. Blackhawk le lanzó una mirada irritada mientras se dirigía hacia el timonel.

—Yo diría que ha sido ella quien lo ha calentado a él —aseguró Jack, que aguardaba al pie de las escaleras que daban acceso al castillo de popa.

—¿No tenéis nada mejor que hacer?

—No puedes dejar que esa jovencita te desafíe delante de los hombres —insistió Blakpool—. Si se lo permites, se te subirá a la chepa.

—Oh, sí. La tendrás muy encima de ti, muchacho —apostilló Jack.

—¿Acaso os he pedido consejo? Sé lo que me hago. Idos a molestar a otro. Lo tengo todo bajo control.

Ascendió las escaleras en dos zancadas y le gritó al timonel:

—¡Señor Maguire! ¿Velocidad?

—Seis nudos, capitán.

—No es suficiente.

Necesitaba que la nave acelerara la marcha. Debía llegar a su destino cuanto antes. Comenzó a dar órdenes a los hombres y la actividad en el barco se tornó febril. La noche se abatía sobre ellos, pero el cielo estaba despejado y la luna iluminaría el camino. Desplegaron los foques y reorientaron el aparejo para aprovechar al máximo el viento. Los cabos restallaron y las velas, al henchirse, imitaron el sonido de un cañón al ser disparado.

—Si nos hacéis llegar a Tortuga mañana antes del crepúsculo, señor Maguire, os doblaré la paga.

—Dadlo por hecho, capitán —respondió el timonel con una sonrisa.

—¿A qué vienen las prisas? —le preguntó Blackpool cuando regresó a cubierta.

—Me parece que el muchacho está ansioso por entregar nuestra preciosa mercancía —respondió Jack, apoyado junto a él.

—Buscaos algo que hacer —masculló el capitán.

—Mis cañones están relucientes y listos para la batalla. —El maestro artillero dio una calada a su pipa.

—Y los hombres están lo bastante bien adiestrados como para arreglárselas sin mí —confirmó Jack—. ¿Tan peligrosa es la carga que transportamos que deseas deshacerte de ella cuanto antes?

Sí. Más aún de lo que había imaginado. Era una distracción que no podía permitirse, y el camino más corto hacia la ruina. Ese beso había sido como detonar un explosivo. La pólvora había ardido despacio, siseante, y cuando sus labios por fin lo habían acariciado, todo su cuerpo había estallado salvajemente de placer.

Ella era como una sirena que lo tentaba con su canto, y si se dejaba arrastrar por él, sabía que terminaría hundido en lo más profundo del océano.

—El encargo era transportarla hasta Tortuga —dijo—. Solo me aseguro de cumplir mi parte del trato con la mayor diligencia posible.

—Con una gran diligencia —se mofó Jack.

—Con una diligencia soberbia —añadió Blackpool.

Justo lo que necesitaba en aquel momento. Que un par de viejos lobos de mar hicieran burla sobre su patética situación.

Pasó por su lado y se dirigió hacia la proa, cerciorándose de que las velas estuvieran en perfectas condiciones.

—¡Patrick! —llamó al hijo del señor Maguire—. Cuando termines lo que estás haciendo, lleva la cena al camarote de la señorita Nightingale. —Notó que tenía a Blackpool y a Jack pegados a sus talones y añadió—: Y que a estos dos les den media ración esta noche.

—¡Eh! —exclamó Blackpool—. Con la comida no se bromea.

El chico sonrió y se alejó para llevar a cabo su tarea.

—Me pregunto qué pasó exactamente antes de que la muchacha decidiera arrojarlo por la borda para que esté de tan mal humor —murmuró Jack.

—Sí. No tuvo contemplaciones cuando lo lanzó a las fauces del tiburón —prosiguió Blackpool.

—Por un segundo temí por su vida. Habría sido una lástima que perdiera otra parte del cuerpo.

—Algunas partes son muy valiosas.

—Unas más que otras —concedió Jack—. Yo podría prescindir del dedo gordo de la mano izquierda.

—Y yo de la oreja derecha.

—¿Por qué de la derecha?

—Porque el izquierdo es mi lado bueno —aseguró Blackpool.

—Tú no tienes ningún lado bueno...

—¡Basta! —gritó el capitán—. No tengo tiempo para esto. Tú —se dirigió a su maestro artillero— vuelve con tus cañones y sácales brillo hasta que puedas ver reflejado en ellos tu apuesto lado izquierdo, y tú —le gritó a su contramaestre— atrapa a ese maldito pájaro. Está picoteando la mayor, y si le hace otro agujero, te juro que será lo único que podrás llevarte a la boca en los próximos días.

—Qué susceptible —murmuró Blackpool.

—Muy susceptible —convino Jack.

—Quizá no nos hemos dado cuenta y el tiburón sí que le ha dado un mordisquito.

—Desde luego. En su sentido del humor.

El capitán se alejó de ellos, rumbo a su camarote, con las risas resonándole en los oídos. Se adentró en el oscuro pasillo y, al pasar junto a la despensa que ocupaba la señorita Nightingale, escuchó un gruñido de cólera.

—¡Prefiero ir desnuda antes que ponerme estos monstruosos vestidos!

Apoyó las manos contra las jambas de la puerta. Aquella era justo la imagen que no necesitaba en su mente en ese preciso instante. Qué no daría él por verla completamente desnuda. Libre de esas capas de lino empapado que no habían mostrado nada y, al mismo tiempo, lo habían torturado con los secretos que escondían debajo.

Descansó la frente sobre la hoja y respiró hondo tratando de recuperarse.

—¿Otra vez así, muchacho?

La voz de Jack a su espalda lo hizo gemir de frustración.

—Ni una palabra.

—Vete al infierno, Jack —soltó el loro, que pasó caminando junto a ellos en ese momento.

Blackhawk le lanzó una mirada helada a su contramaestre antes de dirigirse a su camarote.

—Secundo lo que ha dicho tu pájaro, Jack.

Capítulo 8

A la mañana siguiente no hubo balde de agua que la despertara. Nadie vino a buscarla, de modo que, cuando el calor en la despensa que le servía de camarote comenzó a volverse asfixiante, Wilhelmina subió a cubierta vistiendo las enaguas de una fulana.

El baúl en el que, según el capitán Blackhawk, podría encontrar ropa que sustituyera su vestido hecho trizas sin duda había pertenecido antes a una de las estrellas de algún carísimo burdel de Madagascar. Todas las faldas eran escandalosamente cortas. Todos los corpiños, escandalosamente reveladores. Todas las enaguas, escandalosamente... coloridas. Y aunque al principio Wilhelmina se había sentido abochornada por semejante vestuario, su curiosidad y pragmatismo habían ganado la batalla.

Después de cenar, se había puesto a coser. Pasadas unas horas, y tras haber arreglado varias prendas, contaba con un conjunto no del todo recatado pero, al menos, sí aceptable. Las enaguas, sin embargo, no tenían remedio. Si alguien mirara bajo su falda, deduciría que era una meretriz.

—¿Qué diablos os habéis puesto?

Ah. El capitán Blackhawk no aprobaba su atuendo. O eso dejaba entender el tono de su pregunta, la blasfemia y la mirada turbulenta que le lanzó nada más aparecer en cubierta.

—Lo que habéis tenido a bien proporcionarme.

Él la examinó de los pies a la cabeza. Lo hizo tan lenta, tan intensamente que Wilhelmina se sintió desnuda.

—Parecéis una...

—Cuidado. Me ha costado mucho trabajo confeccionar una indumentaria respetable con los vestidos que había en el baúl.

—¿A eso lo llamáis respetable?

Su ojo derecho se clavó en la amplitud del escote. Nunca en toda su vida

había expuesto tanta piel, pero no había tenido otra opción. La falda azul que cubría sus provocativas enaguas había podido alargarse soltándole el dobladillo. El corpiño negro era el menos llamativo de todos y el que menos ceñía sus curvas, pero la camisa...

—¿Esa camisa es mía? —preguntó el capitán tomando entre sus dedos una de las cintas que Wilhelmina no se había anudado.

—Lo dudo mucho. Como podéis comprobar, es blanca, y vos parecéis tener aprecio solo por las prendas negras. Además, en todo caso, e hipotéticamente hablando, habría tomado prestada una de las camisas del immaculado capitán Anderson.

Soltó su mano con un golpe firme, pero él la sujetó por el brazo.

—¿Habéis entrado en mi camarote?

—¿Me acusáis de robaros la ropa y de allanar vuestros dominios? ¿Por quién me tomáis?

—¿Lo habéis hecho?

Desde luego que sí. En cambio respondió:

—No.

—Mentirosa.

Lo dijo en un susurro que le erizó la piel.

—La próxima vez que decidáis curiosear entre mis cosas y tomar prestada una de mis camisas, recordad que entre piratas el robo se paga con sangre.

—Insisto en que primero tendríais que demostrar que he cometido tal falta.

—Reconozco mis ropas. Y aunque no lo hiciera, si, como decís, el baúl estaba lleno de prendas como las que lleváis, dudo que incluyera una camisa blanca. De hecho, dudo que hubiera algo blanco. Así que decidme, princesa, ¿de qué color son vuestras enaguas?

Wilhelmina enrojció hasta que su piel se tornó del color que el capitán deseaba adivinar.

—Eso no es de vuestra incumbencia.

—Vamos. Ya os habéis levantado la falda y os habéis desnudado para mí. Sed buena y confesad. ¿Son rojas?

—Son terreno vedado para vos.

Él sonrió.

—Manteneos alejada de las corrientes de aire, princesa.

Wilhelmina no habría podido replicar aunque hubiera querido. Él se alejó hacia la proa y ella se quedó en la popa.

Colarse en el camarote del capitán había resultado arriesgado. Curiosear entre sus cosas, interesante. Pero hablar con él sobre el color de su ropa interior había sido perturbador.

—¡No puedo alcanzarlo, señor Savage!

Wilhelmina alzó la vista y observó al joven Patrick encaramado al mástil, tratando de coger el loro multicolor del contraмаestre. Por desgracia, el pájaro no parecía dispuesto a dejarse atrapar.

—Bicho infame... —gruñó el señor Savage—. Cuando te pille, vamos a tener una conversación sobre quién manda aquí.

—Yo podría alcanzarlo —aseguró Wilhelmina.

—¿Vos? —preguntó, incrédulo, el contraмаestre—. No os ofendáis, señorita, pero Patrick es nuestro hombre mono, y si él no ha sido capaz, dudo que vos lo seáis.

—No me ofendo, pero os equivocáis. Soy una escaladora excepcional; podría subir ahí arriba y tener a vuestro loro comiendo de mi mano en un suspiro.

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó el capitán desde la proa. Al parecer había escuchado toda la conversación y no estaba de acuerdo con la oferta de Wilhelmina.

Hombres.

—Parece que tendremos que esperar a otra ocasión para disfrutar de vuestra destreza en las jarcias —se lamentó el señor Savage—. Pescaré a ese bicho cuando baje a comer. ¿De verdad sabéis escalar o era solo un comentario para enervar al capitán?

—Siempre me ha gustado ver el mundo desde las alturas.

—Pero ayer parecíais asustada cuando el capitán os lanzó al agua.

—Porque me aterra la idea de caer. Pero el temor a lo que pudiera suceder en el descenso nunca ha menguado mi deseo de ascender hasta lo más alto.

—¿Y cómo de alto habéis llegado?

—Una vez escalé un cocotero.

—Permitidme que lo dude.

Wilhelmina sonrió y, de un salto, se sentó sobre un barril que había colocado junto al costado de estribor.

—Fue poco después de llegar a Port Royal. Pasaba los días enteros explorando la ciudad, sus puertos, sus calles y sus playas. Tenía que verlo todo y probarlo todo, porque el Caribe era un lugar mágico lleno de cosas extraordinarias de las que jamás había tenido noticia en Inglaterra. Uno de mis

mayores descubrimientos fueron los cocos.

—¿Los cocos? —preguntó el señor Savage con una ligera sonrisa.

—¡Sí, los cocos! Los comía a todas horas: para desayunar, para almorzar, para cenar... La cocinera de mi padre se encargaba de tener la alacena bien provista porque sabía que en cualquier momento me presentaría en su cocina en busca de mi dosis diaria.

—Os volvían loca los cocos.

—¿Loca? Estaba obsesionada con ellos. Por eso, fue un duro golpe llegar una tarde a casa, hambrienta después de haber pasado todo el día explorando las cuevas al oeste de la península, y descubrir que la cocinera no había podido ir al mercado y que mi padre se había tomado el último coco para desayunar.

—Apuesto a que estabais... desolada.

—Mucho —respondió ella, risueña—. Pero recordé el cocotero que había en el extremo norte del jardín y decidí proveerme yo misma.

—Podríais haber ido a comprarlos.

—Tenía trece años. Escalar un cocotero para conseguir mi manjar favorito era mucho más emocionante que pagar por él en uno de los puestos del mercado.

—Así que escalasteis el cocotero.

—Ajá. Lo hice. Había visto cómo los hombres trepaban por ellos en la playa, pero dominar la técnica no fue tan sencillo como yo pensaba. Tardé varias horas, pero, finalmente, alcancé las hojas. Y la vista desde aquella altura era tan espectacular que casi estuve a punto de olvidarme de la razón por la cual había llegado hasta allí.

—Los cocos.

—Los cocos.

—¿Cómo de alta era la palmera? —preguntó Patrick, regresando de un salto a la cubierta.

—No sé... Quizá unos diez pies.

—¿Diez pies? ¿Y llegasteis hasta arriba? —El muchacho parecía impresionado.

—Subir no fue problema. Pero cuando me disponía a soltar los cocos, una iguana apareció entre las hojas. Me dio un susto de muerte, perdí pie y me caí al suelo.

—¡Podríais haberos matado!

—Soy mucho más dura de lo que parece. Me dolía todo el cuerpo y tenía magulladuras por todas partes, pero nada que fuera a mantenerme postrada en

cama durante mucho tiempo.

—¿Y los cocos? —quiso saber el señor Blackpool, que se había acercado y parecía interesado en conocer el final de la historia.

De hecho, sin que se hubiera percatado de ello, había logrado captar la atención de buena parte de los piratas, que ahora permanecían atentos a cada una de sus palabras.

Wilhelmina se encogió de hombros y sonrió.

—Se me cayeron todos encima.

Los hombres estallaron en carcajadas.

—Al menos conseguí mi objetivo. Me recosté contra el tronco del árbol, cogí el machete que me había prestado la cocinera y abrí uno de los cocos. Nunca nada me ha sabido tan delicioso como el jugo y la carne de aquella fruta que me había ganado con sangre, sudor y lágrimas. Me comí uno y después otro y otro...

—¿Tres cocos?

—Puede que más.

—Mentirosa.

La voz del capitán Blackhawk le provocó un hormigueo de excitación. Estaba de pie junto al señor Savage, y su mirada tenía tal intensidad que parecía traspasarla.

—¿Cómo decís? —preguntó con fingida inocencia.

—Digo que mentís. En el jardín del gobernador Nightingale no hay ningún cocotero.

—Lo talamos poco después de aquel incidente.

—Otra mentira más. Sed sincera, princesa, reconoced que os lo habéis inventado todo.

—Puede que haya alterado el dato sobre la ubicación del cocotero, pero el resto de la historia sucedió tal y como la he contado.

—Y apuesto a que la altura del árbol en cuestión tampoco ha sido alterada, como su ubicación.

—Era un cocotero enorme —masculló, enfadada.

—¿Y dónde estaba exactamente?

—En la mansión de nuestro vecino, lord Caldwell.

—¿Y os dio permiso para jugar con sus cocos?

—Su palmera está tan al borde del jardín que apuesto a que las raíces se han extendido hasta adentrarse en nuestra propiedad. Una parte podría considerarse nuestra.

—O sea, que la respuesta es «no». Allanasteis una propiedad privada con el fin de apropiaros de bienes ajenos. Unos comienzos nada desdeñables en la vida delictiva...

Un silbido les llegó desde lo alto de la verga mayor. El loro del señor Savage parecía impresionado por su hazaña.

—Y decidnos —insistió el capitán—, ¿os descubrieron o vuestra pequeña transgresión quedó impune?

—Al atardecer, lord Caldwell salió a dar un paseo por el jardín. Yo... estaba medio dormida. Había comido demasiado y hacía calor y el golpe me había dejado exhausta...

—¿Y qué pasó? —preguntó él como si supiera la respuesta y estuviera saboreando el momento.

—Pensó que había sufrido un accidente y me zarandeó con el fin de devolverme la consciencia.

—¿Y lo logró?

Wilhelmina alzó la barbilla.

—Desperté, sí. Y vomité sobre sus zapatos.

Los hombres prorrumpieron en risotadas y el capitán Blackhawk le lanzó una sonrisa perversa.

—Apuesto a que vuestro romance con los cocos se apagó después de aquello. ¡Y ahora, volved al trabajo, muchachos!

Los hombres regresaron a sus tareas y el capitán se alejó de nuevo hacia la proa del barco. Wilhelmina se bajó del barril de un salto y fue tras él.

—¿Cómo sabéis que el jardín de mi padre no alberga ningún cocotero?

—Del mismo modo que sé que vuestra ropa interior es roja, que entrasteis en mi camarote y me robasteis esa camisa, y que la palmera a la que os encaramasteis no medía diez pies de alto. Sois transparente.

—Soy una mentirosa excepcional.

—No. Sois una distracción excepcional. Con vuestros enormes ojos azules y vuestra sonrisa y vuestro escote y esas manos que no paran de gesticular, conseguís que quien os escuche sea incapaz de centrarse en nada que no sea en vuestra historia y vuestro cuerpo.

—¿Y vos sois demasiado astuto como para dejaros engatusar por mis muchos encantos?

—Quizá. O quizá sea capaz de percibir algo que los demás no pueden.

—¿El qué?

—Vuestro interior.

¿Y no era injusto que, siendo eso lo que más anhelaba, fuera ese hombre en particular quien la viera de verdad?

—No tengo dobleces —replicó.

—Todos tenemos secretos.

—¿Y el vuestro es...?

Él se inclinó para susurrarle la respuesta:

—Odio los cocos.

Se marchó, dejándola sola y ligeramente turbada. De todos los hombres que había conocido en su vida, aquel era sin duda el más enervante, así que Wilhelmina decidió abandonar la cubierta y regresar a su despensa para poner remedio a un pequeño inconveniente. El capitán Blackhawk podía vanagloriarse de ver en su interior como si ella fuera transparente, pero no iba a permitir que se ufanara de saber algo tan íntimo como el color de su ropa interior.

—Responde a una pregunta, Patrick. ¿No me dijiste que habías conseguido varios vestidos de la viuda de un predicador?

El muchacho, que había tomado las riendas del timón para aprender el oficio de su padre, miró a su capitán, preocupado.

—Sí, de la vecina de mi tía Frances, en Kingston.

—¿Tu tía Frances vive junto a un burdel?

—¡No! La señora Porter es un pilar de la comunidad. Trabajó como institutriz en Inglaterra y se trasladó al Caribe después de casarse con el reverendo Porter.

—Pues yo diría que en su antigua vida fue una puta, Patrick, y te dio la ropa que usaba cuando ejercía el oficio más viejo del mundo.

—¿La señora Porter trabajaba en un prostíbulo? —preguntó el muchacho, sorprendido—. Lo siento, capitán. Debí haber comprobado el contenido del baúl.

—No es culpa tuya. Sigue al timón; antes de que caiga la noche quiero estar en Tortuga.

Lo último que necesitaba era que la mercancía se paseara por el barco con prendas que hubieran hecho las delicias de cualquier meretriz. Ya tenía suficiente con recordar aquel maldito beso cada vez que ella entraba en su campo de visión. Su aspecto así vestida era solo fuego con el que avivar fantasías que no deseaba tener. Fantasías que no se podía permitir.

Se acercó hasta el lugar en el que Jack oteaba el horizonte con su catalejo.

—¿Ves algo?

—Todavía no. Pero puede que te equivoques y tu corazonada no se cumpla.

—No es una corazonada, maldita sea. Los conozco. Sé cómo piensan, y no desaprovecharán la oportunidad.

—¿Y tú, muchacho? ¿Vas a desaprovechar la oportunidad? —preguntó Jack con una sonrisa.

—Desde luego que no. Espera, ¿de qué estamos hablando?

—De frutas tropicales.

No. Esa conversación no iba a tener lugar.

—Ni se te ocurra abrir esa puerta.

—Es joven...

—Demasiado mayor para seguir aún soltera.

—Preciosa...

—Si te agradan las rubias de ojos extraordinarios y aspecto angelical.

—Es valiente...

—Inconsciente, más bien.

—Sabe cómo convertir el ajuar de una fulana en un atuendo respetable...

—Respetable, un cuerno. Desnuda habría enseñado menos piel que con ese maldito corpiño.

—Y es mejor que tú contando historias.

—¿Cómo dices?

—Tenía más público del que tú has conseguido nunca.

—¡Porque era una mujer hablando sobre su obsesión con los cocos! Si se hubiera tratado de plátanos, a todos estos descerebrados se les habrían salido los ojos del cráneo.

—Me gusta.

—Pues no te encariñes con ella, Jack. Recuerda que es solo una mercancía que transportamos y que esta noche entregaremos en Tortuga. Ella es solo la llave de mi libertad, nada más.

—De nuestra libertad, querrás decir.

—No. Tú puedes ir y venir a tu antojo; ya lo sabes. El único que está encadenado a esa deuda soy yo. Pero en cuanto esa chica que tanto te gusta recale en Tortuga, volveré a ser dueño de mi destino.

—¿Y será ella dueña del suyo?

Jack le dio la espalda y clavó su mirada en el horizonte. Era estúpido hablar sobre la libertad con un hombre al que habían arrancado de su tierra y de su familia para ser vendido como esclavo. Jack ya no tenía amo, y si permanecía a

su lado era por propia voluntad. Pero no había nadie que se preocupara tanto por el destino de aquellos que vivían bajo los preceptos de otros. Incluso si se trataba de una joven de clase alta que jamás había sentido en su piel la dentellada metálica de unas pesadas cadenas.

—Ahí está —susurró su contramaestre, señalando un punto en el horizonte.

Blackhawk tomó el catalejo y enfocó el lugar al que Jack apuntaba.

—Justo a tiempo.

El vigía anunció la presencia de la nueva nave y la tensión en cubierta creció como la espuma.

Barco en el horizonte.

Bandera negra.

Piratas.

Con la atención de los hombres centrada en él, el capitán dio una simple orden:

—¡Recoged trapo y echad el ancla!

Ni un solo miembro de su tripulación se movió para cumplirla.

—Lo he dicho en voz alta, ¿no? —le preguntó a Jack.

—Te han oído. Creo que están paralizados a causa de la sorpresa. Entre el baño de ayer y lo de rendirnos hoy, has conseguido desconcertarlos.

—¡Recoged las velas! —gritó de nuevo—. ¡Echad la maldita ancla! ¡Y hacedlo antes de que os llene el cuerpo de plomo!

Los hombres se pusieron en movimiento, pero no con la presteza con que solían acatar las órdenes de su capitán.

—Así que vamos a entregarnos —comentó Jack.

—Aparentemente.

—¿Aparentemente? Supongo que eso significa que tienes un bonito plan.

—Uno realmente precioso.

—¿Y piensas compartirlo? Si los hombres supieran qué pretendes, seguro que se sentirían más inclinados a obedecer tus extrañas órdenes sin cuestionarlas primero. Deberías considerarlo; es una ventaja de primera cuando van a abordarnos.

—¡¿Qué diablos estás haciendo?! —gritó Blackpool, avanzando hacia ellos como si las furias del infierno le pisaran los talones—. ¡¿Es que piensas dejar que nos den caza?! ¡¿Has perdido la jodida cabeza?! —

—Blackpool, no te alteres —trató de apaciguarlo Jack—. Es perjudicial para tu viejo corazón.

—¡Tengo todos los cañones cargados y dispuestos para disparar, y este chico quiere hacer ondear la maldita bandera blanca!

—¿Chico? ¿Tengo edad para que me llames «chico»? —preguntó el capitán.

—¡Y para que te dé una buena tunda en el trasero por rendirte sin luchar, como un maldito cobarde!

—Quiere darme una tunda en el trasero —le dijo Blackhawk a Jack.

—Sí, lo he oído. Sus gustos se han vuelto extravagantes con la edad.

—¿A ti te ha dado una tunda en el trasero?

—No, pero apuesto a que le gustaría intentarlo.

—¡Par de bufones! —gritó Blackpool, asqueado—. Mientras vosotros bromeáis, ese barco se acerca a nosotros. ¡Ordena a los hombres que se preparen para luchar!

—No —sentenció el capitán—. Vamos a dejar que nos aborden. ¿Recuerdas aquella vez que perseguimos a Harry Winston hasta México?

—¡¿Ahora quieres ponerte a contar batallitas?!

—¿Lo recuerdas?

—Como si pudiera olvidarlo... —concedió el maestro artillero, más calmado—. Estuvieron a punto de volarme los sesos con una bala de cañón porque tú decidiste virar en el momento menos oportuno.

—Sabía que te acordarías. ¿Y recuerdas el carguero con el que nos cruzamos cuando regresábamos a casa después de haber hundido la nave de Winston?

—¿Esos chinos que creían estar en el Índico y que no se habían dado cuenta de que habían bordeado todo el maldito continente y navegaban por aguas del Caribe?

—Todavía nos queda un poco de aquello que nos regalaron, ¿verdad?

—Sí, pero para qué...

—No irás a... —comenzó Jack.

—Sí.

—Podría ser peligroso.

—Lo sé.

—Y la mercancía que transportamos...

—Estará a salvo.

—No sé si es buena idea.

—¡¿De qué diablos estáis hablando?! —estalló Blackpool, de nuevo furibundo.

Jack sonrió.

—El muchacho tiene un plan, mi viejo amigo. Y va a ser un verdadero espectáculo.

El baúl contenía enaguas rojas. Y también enaguas rojas. Y, ¡oh, sorpresa!, más enaguas rojas. Wilhelmina tendría que volver a ponerse su propia ropa interior.

Comenzó a desvestirse, y, justo cuando la falda caía al suelo dejando a la vista aquellas indecentes prendas, el capitán Blackhawk irrumpió en su despensa.

—¡Fuera de aquí! —le gritó mientras apresuradamente se colocaba de nuevo el vestido.

Pero él no obedeció. En lugar de abandonar la estancia, entró y cerró la puerta a su espalda.

—Sabía que eran rojas... —murmuró sin apartar la vista de ella y con la sombra de una sonrisa en la boca.

—¿Acaso nunca os enseñaron a llamar antes de entrar?!

—No tengo tiempo para los buenos modales. Vamos a ser abordados por un barco pirata.

Wilhelmina observó cómo se inclinaba y sacaba su daga de la bota derecha.

—¿Vais a entregarme a ellos? —La preocupación que la invadió quedó patente en sus palabras.

¿Dónde se había metido la flota de su padre? ¿Por qué el implacable capitán Anderson no había sido capaz aún de encontrar su venerada embarcación? Retrocedió varios pasos hasta que su espalda golpeó contra las cuadernas del barco.

—Vuestra aventura a mi lado todavía no ha terminado, princesa. No temáis.

—¿Y por qué empuñáis esa arma?

Él se aproximó.

—Es para vos. Para vuestra protección.

La hizo girar lanzándola al aire y después, sujetándola por el filo, le ofreció el mango para que la cogiera.

Pero Wilhelmina no se movió.

—¿Y qué se supone que debería hacer con ella?

—¿Vos qué creéis, princesa? Cuando nos aborden, si algún hombre se os acerca, quiero que la uséis.

—¿Queréis que se la clave?

—Exacto. No intentéis hacerle un corte. Agarradla con fuerza y hundidla en

una zona sensible. Después, retorcedla.

—¿Queréis que le clave la daga a un pirata en su... en la... en esa zona? — preguntó Wilhelmina dirigiendo su mirada hacia la entrepierna del capitán Blackhawk.

—¡Por todos los dioses, no! En el vientre, en el cuello, en el pecho a a la altura del corazón. En un lugar donde encontréis carne blanda. Si tratáis de clavársela ahí y falláis, os hará pedazos.

¿Y cómo iba ella a saberlo? Él había dicho que debía usarla en una zona sensible. Ella suponía que esa era la parte más vulnerable en el cuerpo de un hombre. Y así se lo hizo saber.

—Yo suponía que la zona más sensible era...

—¡Por todos los infiernos! No pienso seguir discutiendo este tema con vos —farfulló el capitán, azorado—. Quedaos aquí. Usad el baúl para atrancar la puerta. No abráis a nadie y, si alguien se os acerca, haced lo que os he dicho. Clavad la daga y retorcedla. ¿Me habéis entendido?

El capitán le tomó la mano y depositó en ella el arma con fuerza.

Wilhelmina la asió cerrando el puño con determinación. Nunca jamás se había visto en la tesitura de tener que blandir una daga de esas dimensiones contra un hombre, y no estaba segura de cuál podría ser el resultado si la posibilidad se convertía en realidad.

—¿Creéis de veras que tendré que utilizarla?

Blackhawk sonrió.

—Para llegar hasta vos tendrán que matarme. Y no tengo ninguna intención de morir hoy, princesa. Sois mi llave para entrar en la alianza. Y nada ni nadie va a impedir que consiga mi objetivo.

El capitán se dio la vuelta para salir, pero Wilhelmina lo detuvo con una pregunta.

—¿Quién es? ¿Quién va a atacar el barco?

Él se giró con una mirada tan oscura como el parche que cubría su ojo izquierdo.

—No me gusta el tono de vuestra voz. Suena como si, en lugar de estar aterrada por la posibilidad de morir de un modo doloroso y espeluznante a manos de un sucio pirata, sintierais curiosidad, excitación incluso, ante la perspectiva de presenciar un poco de acción.

No podría haberlo expresado mejor.

—Interpretáis mucho de una simple pregunta motivada por la más natural e

inocente necesidad de mantenerme informada.

—Si capto un solo atisbo de vuestras enaguas rojas en la cubierta, os juro por lo más sagrado que sabréis cuál es el castigo por desobedecer las órdenes directas del capitán de un barco pirata.

—Podríais encerrarme.

Él se acercó todavía más, hasta que Wilhelmina tuvo que estirar el cuello para sostener su mirada. Su voz sonó ronca y profunda cuando habló:

—Lo haría si esa cerradura tuviera una llave. Y apostaría diez hombres ante vuestra puerta si no los necesitara a todos arriba. Pero no voy a hacer nada de eso. Confiaré en que sois lo bastante lista como para no poner en riesgo vuestra vida y arriesgaros a sufrir las consecuencias.

No dijo nada más.

Cuando el capitán abandonó el camarote, Wilhelmina se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo. Sostuvo la afilada daga frente a sus ojos e imaginó qué se sentiría al hundirla en la carne de un hombre. Si se quedaba en aquella despensa, oculta como una de las ratas cuyos cuerpos inertes había limpiado el día anterior, quizá nunca tendría que averiguarlo. Si, por el contrario, infringía la advertencia del capitán y seguía las directrices de esa voz interna que siempre la empujaba hacia lo desconocido, quizá tuviera que usarla y experimentar personalmente la sensación que producía herir a otro ser humano. Quizá incluso sentiría en su propia carne el dolor que provocaba una puñalada. O incluso algo peor.

No era la primera vez que se encontraba ante una encrucijada así. Y los años transcurridos no habían apaciguado ni un ápice su espíritu aventurero. Ese que desdeñaba los peligros y solo consideraba las satisfacciones.

Él no había respondido a su pregunta. Y, ahora, eso era lo único en lo que Wilhelmina podía pensar. ¿Qué pirata osaría asaltar el orgullo del imbatible capitán Anderson?

Mientras elucubraba una respuesta y debatía sus opciones, se puso en pie y se deshizo de aquella escandalosa ropa interior. Sea como fuere, el capitán Blackhawk no atisbaría sus enaguas rojas en la cubierta del barco.

Capítulo 9

El Versailles era una de las mayores bellezas que surcaban las aguas del Caribe. Una goleta de líneas perfectas que, bien gobernada, podía alcanzar velocidades de vértigo.

Lamentablemente, Theodore Grant, el hombre que lo había ganado embaucando a la pobre viuda de un armador arruinado, no era digno de ostentar el timón. Y el capitán Blackhawk estaba más que dispuesto a poner remedio a esa inconveniencia.

La nave había sido avistada cerca de las costas de Jamaica el mismo día en que Blackpool había hecho saltar por los aires el fuerte Charles. Lo cual significaba que su tripulación se había enterado en primer lugar de que el adorado barco del capitán Anderson había sido robado por piratas.

Blackhawk sabía que los seguirían, porque había oído las historias que se contaban sobre Theodore Grant y su obsesión por acabar con cualquier barco que pudiera rivalizar con el suyo. También porque estaba lo bastante loco como para creer que podía conseguirlo.

El Versailles se aproximó por el lado de barlovento. Los garfios de abordaje unieron ambas embarcaciones y, desde la tabla de jarcia, se elevó un mensaje de bienvenida.

—¡Soy el capitán Grant! Por rendir vuestra nave se os perdonará la vida.

Jack sonrió.

Blackhawk sonrió.

La tripulación del Odyssey al completo sonrió al escuchar esas palabras.

—¿Puedo saber quién es el hombre que ha osado robar la joya de la Armada Real?

En el alcázar, junto al timón, el culpable le lanzó una mirada de soslayo a su contramaestre.

—¿Preparado para el espectáculo?

—Arriba el telón.

Se dirigió a la borda de estribor para revelar su identidad.

—¡Soy el capitán Blackhawk!

—Mis más sinceras felicitaciones, capitán. O sois un pirata muy diestro o estáis completamente loco.

Y ninguna de las dos razones había disuadido a Theodore Grant de la insensatez que podría suponer darles caza.

—Soy... afortunado —replicó Blackhawk—. El capitán Anderson cree haber acabado con todos nosotros y se muestra descuidado. Dejó esta belleza desprotegida el tiempo justo para que mis hombres y yo pudiéramos hacernos con el mando.

—¿Y por qué la habéis rendido sin luchar?

—Valoro más mi cuello que esta nave. Además, no es tan rápida como yo pensaba.

—Quizá sea demasiado para vos y necesite que la gobierne un hombre con más... experiencia.

—¿Por qué no tomáis el timón y me dais una lección?

Espoleado en su vanidad, Theodore Grant hizo que tendieran la pasarela y, junto con buena parte de sus hombres para guardarle las espaldas, abordó el Odyssey.

Blackhawk había oído rumores sobre el capitán del Versailles. Sobre su afición a la moda parisina, las ropas caras, los perfumes caros y las pelucas aún más caras. No obstante, verlo cruzar la plancha de madera con un atuendo que habría hecho llorar de envidia al mismísimo Rey Sol fue una sorpresa.

Dorado.

El brocado de su casaca era dorado. Sus calzas eran doradas. Su atusada y postiza melena era dorada. Toda su persona refulgía como oro bruñido y mirarlo resultaba casi cegador.

Subió al castillo de popa con paso decidido y se colocó tras la rueda. Aspirando con fuerza, cerró los ojos y pareció entrar en un estado de puro éxtasis.

—Así que esto es lo que siente ese malnacido mientras nos caza por todo el Caribe.

—Lo que sentía. La nave es vuestra. Ahora seréis vos quien experimente esa sensación.

El capitán Grant acarició el timón como si no pudiera creer su suerte.

—Nunca había oído hablar de vos —dijo.

—Mis hombres y yo navegábamos en aguas de Madagascar.

—¿Y puedo preguntar por qué habéis regresado?

—Echábamos de menos nuestro hogar. Y nos llegaron noticias sobre cierta alianza.

—¿Alianza?

Grant fingió ignorancia, pero era mucho más fácil calarlo a él que a la mujer rubia que se escondía en la cubierta inferior.

—Dicen que el capitán Saint-Clair ha conseguido convencer a otros piratas para unirse a él con el fin de asaltar un convoy de oro que partirá de Cartagena en una semana.

—¿En serio? ¿Piratas colaborando juntos? ¿Y comandados por Saint-Clair? No he oído nada tan ridículo en mi vida.

—¿De veras? Es una lástima. Mis hombres y yo anhelábamos formar parte de esa alianza. De hecho, teníamos un plan de tres pasos para conseguirlo.

—¿Tres pasos? Qué interesante.

—Mucho. El primero consistía en demostrar nuestra destreza. Por eso robamos este barco.

—El Caribe está plagado de piratas habilidosos en el arte del hurto. Y, según habéis señalado, la suerte tuvo mucho que ver.

—Pero ellos no tendrían que saberlo —aseguró Blackhawk con una sonrisa cómplice—. Eso nos lleva al segundo paso.

—Que sería...

—Entregar un regalo. No está bien pedir favores sin ofrecer nada a cambio, y por eso embarcamos con nosotros una mercancía de gran valor.

Los ojos de Theodore Grant brillaron de codicia.

—¿Y de qué podría tratarse?

—Ah. Un mago nunca desvela sus trucos. Aunque, si lográis quedaros con esta nave, la mercancía también será vuestra.

—¿Si lo logro? La habéis rendido, ya es mía.

—¿Seguro? Porque nuestro tercer paso para hacernos con un lugar en la alianza era conseguir que no pudieran rechazar nuestra petición. Y para ello debía quedar una plaza vacante.

—Pero la alianza está completa.

—Creí que no había ninguna alianza.

El cuerpo de Grant se puso en tensión y asió el timón con tanta fuerza que la

piel de sus nudillos se tornó tan blanca como la de su rostro.

—Os acercasteis hasta Port Royal porque os aseguraron que había llegado desde Francia un cargamento de pelucas del mejor artesano de París. Pero el mismo día de vuestra llegada descubristeis que no había tal cargamento y que el barco del capitán Anderson había sido robado.

—Vos habéis...

—La alianza está completa, y por ese motivo me he visto obligado a forzar una retirada. —Pasó por detrás de él y se inclinó junto a su oído—. La vuestra.

Blackhawk desvió la mirada hacia la proa a tiempo para observar cómo dos de sus hombres saltaban a cubierta con las ropas empapadas. Ambos le dirigieron un breve asentimiento con la cabeza.

Le pasó un brazo a Grant por los hombros.

—¿Os gustan los fuegos artificiales, capitán?

En ese instante, el Versailles explotó.

Una enorme columna de agua se elevó del mar y partió el casco del barco por la mitad. Acto seguido, el fuego comenzó a devorar la arboladura, que cayó en un lío de cuerdas, velas y madera.

El sonido de la deflagración fue estremecedor.

Y el anuncio que precedió al inicio de los fuegos artificiales. Porque, además de manipular el polvorín con el que viajaba Grant para que hiciera explosión, sus hombres habían depositado en la santabárbara del Versailles un puñado de juguetes de pólvora que los chinos a los que habían rescatado en el mar les habían obsequiado como muestra de agradecimiento. Al contacto con el fuego, estallaron, creando estelas de colores en el aire y silbando sin cesar.

Los hombres que se habían quedado en el Versailles se lanzaron por la borda para salvar la vida mientras el barco comenzaba a hundirse, sumido en una bola de fuego y humo de la que escapaban luces de deslumbrantes colores.

El resto de la tripulación se quedó inmóvil, observando cómo su nave se hacía pedazos frente a sus ojos y desaparecía lentamente bajo la superficie del agua.

Pero entonces recordaron que estaban en un barco enemigo.

Cuando los piratas del Odyssey cortaron las cuerdas de abordaje, se inició la lucha.

Los miembros de las dos marinerías desenvainaron sus armas y se lanzaron contra el enemigo profiriendo gritos de guerra. La tripulación del Odyssey era más numerosa y contaba con la ventaja de maniobrar en una nave conocida. Pero

los marineros del Versailles no iban a rendirse sin oponer resistencia.

Blackhawk se enfrentó a Grant, sable en mano.

—¿Os ha gustado mi pequeño espectáculo de bienvenida?

—¡Sois un iluso! ¡Nunca aceptarán a un desconocido en la alianza! —gritó Grant mientras trataba de repeler el ataque contra él.

—No tendrán opción. Vos ya no podéis participar. Acabáis de quedaros sin barco.

Blackhawk embistió con una furia incendiaria, descargando estocadas, a cuál más brutal, que su oponente era incapaz de devolver. Grant comenzó a hundirse bajo la fuerza de su asalto, trastabilló y a punto estuvo de perder pie.

Consciente de su superioridad física, Blackhawk se preparó para asestarle el golpe de gracia y lanzarlo por la borda para que naufragara junto con su nave. Pero entonces escuchó un grito femenino advirtiéndole del peligro que lo acechaba por la espalda. Se volvió justo a tiempo para detener la trayectoria de la hoja que habría acabado con su vida y después clavó su espada en el vientre de su atacante.

Cuando devolvió su atención al capitán Grant, este aferraba a la señorita Nightingale por la cintura, usándola como escudo y presionando el filo de su sable contra la garganta femenina.

—Bajad el arma, capitán Blackhawk.

De su boca escapó una blasfemia.

Y con los fuegos del mismísimo infierno ardiendo en su mirada turquesa, le dijo a su prisionera, sin necesidad de palabras, que, si sobrevivía a la amenaza de Theodore Grant, él acabaría con su vida.

No había rastro de la daga que le había entregado.

Había subido a cubierta desarmada.

Su plan no incluía acabar como rehén de un pirata.

Wilhelmina tan solo pretendía asomar la cabeza, ver quién era el inconsciente que se atrevía a abordarlos y regresar a su camarote antes de que el capitán Blackhawk se diera cuenta.

Y su plan estaba yendo a las mil maravillas hasta que había visto cómo un miembro de la tripulación de Theodore Grant se acercaba al capitán por la espalda, dispuesto a acabar con su vida.

Su instinto había tomado el mando. El grito de advertencia que había escapado de sus labios la había delatado, y por tratar de salvar la vida de un hombre, ahora estaba a punto de perder la suya.

La lucha se detuvo a su alrededor y todos los piratas permanecieron a la espera.

—He dicho que bajéis el arma —repitió el capitán Grant— o esta palomita se convertirá en pasto de los tiburones.

—¿Creéis que voy a rendirme por una mujer?

Los ojos de Wilhelmina se agrandaron a causa de la sorpresa. Acababa de salvar la vida de ese miserable y él no pensaba devolverle el favor.

—¿Por una tan bonita como esta? Sí, lo creo. ¿Quién sois, preciosa?

—¡Soltadme! —gritó Wilhelmina removiéndose contra él. Pero, al hacerlo, sintió la dentellada del metal en su cuello y supo que era mejor quedarse quieta.

—¿No veis la ropa que lleva? —expuso Blackhawk—. Es solo una fulana, Grant. Nos cruzamos con ella en una taberna de Port Royal y nos dijo que su sueño siempre había sido subir a bordo de un barco comandado por piratas. Así que la trajimos para que animara nuestro viaje. Si queréis matarla, hacedlo. Así me ahorraréis tener que pagar por sus servicios.

—Para ser una fulana, huele bien y parece muy... limpia.

—Justo ayer se dio un baño en el mar con los muchachos. Ya me entendéis.

Grant sujetó la cara de Wilhelmina con una de sus estilizadas manos y le apretó la mandíbula para que abriera la boca.

—Entiendo que estos no son los dientes de una puta.

—Mis hombres y yo somos muy selectivos en lo que respecta a los lugares donde anclamos nuestros barcos. Nos gustan los puertos limpios y seguros.

—Mentís.

—Levantadle las faldas y comprobadlo por vos mismo. Sus enaguas son rojas como la sangre. ¿Acaso una mujer respetable usaría ropa interior de ese color?

—Bien. Si tenéis razón, le rebanaré el pescuezo y seguiremos luchando. Pero si no, bajaréis el arma, o le rebanaré el pescuezo.

De cualquiera de las formas, el pescuezo de Wilhelmina saldría mal parado. Porque, tal y como había señalado el capitán Blackhawk, ella no era un eslabón imprescindible en su plan para entrar en la alianza. Se había asegurado la vacante de Theodore Grant y, si sobrevivía, ocuparía su lugar. Ella era un obsequio. Un gesto de buena voluntad. Pero también era superflua.

A ese hombre le daba igual si vivía o moría. Pero a ella no.

—Arriba esas faldas, señorita.

La mano de Grant aferró la tela azul de su vestido y la alzó hasta dejar al

descubierto las enaguas blancas.

También la daga que ella había atado a su muslo.

Con la velocidad de un rayo, empuñó el arma y cortó con ella el brazo que la tenía presa. Grant aulló de dolor y la soltó de inmediato.

—¡Al suelo! —gritó Blackhawk.

Wilhelmina obedeció y, echada sobre la cubierta, vio el sable del capitán atravesar el aire y hundirse en el hombro de Grant, que quedó clavado al castillo de popa.

La lucha se reavivó con fuerzas renovadas. Los hombres gemían, las armas restallaban, los cuerpos caían.

Se hizo un ovillo junto a unos barriles de agua y contempló cómo Blackhawk recuperaba su sable, asestaba varios puñetazos a un maltrecho Theodore Grant y, a continuación, lo arrojaba por la borda.

El resto de sus hombres acorralaron al enemigo contra el costado de estribor y lo obligaron a seguir a su capitán.

Cuando el Odyssey quedó libre de invasores, lo celebraron con un grito de guerra.

—¡Hurra!

—¡Buen trabajo, muchachos! —gritó Blackhawk—. ¡Y ahora, pongámonos en marcha!

Se acercó hasta Wilhelmina y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Os encontráis bien?

Le examinó el cuello y acarició con las yemas de los dedos el lugar donde el arma de Grant había presionado contra su piel.

—Sí, no me ha hecho nada.

—¡¿En qué diablos estabais pensando?! —vociferó de pronto—. ¡Os ordené permanecer en vuestro camarote!

—¡Si os hubiera obedecido, ahora estaríais muerto!

—¡No necesitaba vuestra ayuda!

—¡¿Acaso el ojo que os falta en la cara lo tenéis en la nuca?!—

—¡¿Y no os dije que usarais la daga en una zona sensible y la retorcierais después de haberla clavado?!—

—¡Disculpadme si no podía pensar en vuestras instrucciones cuando intentaba salvar mi vida porque vos os negabais a mover un dedo!

—Debería daros una tunda...

—Deberíais darme las gracias por haber salvado vuestro patético cuello

poniendo en riesgo el mío propio.

—Os advertí de lo que sucedería si desobedecíais mis órdenes.

—¡No! Me advertisteis de lo que sucedería si veíais mis enaguas rojas en cubierta. Y como bien habéis podido comprobar, ¡las que llevo ahora son blancas!

—¡Habéis puesto en peligro la vida de mis hombres!

—¡Y vos ibais a dejar que ese monstruo me rebanara el pescuezo!

—¡¿Ese monstruo?! ¡Ese monstruo es uno de los piratas a los que tan ardientemente defendéis! ¡Y nos habría hecho un favor a todos!

—¡Ingrato!

—¡Insensata!

—Creo que ya es suficiente —dijo el señor Savage, situándose entre ambos y manteniéndolos apartados con los brazos extendidos—. Vuestra presencia en cubierta pudo terminar en tragedia —le aseguró a Wilhelmina—, pero también es cierto que, de no haber estado aquí, quizá nuestro capitán no lo habría contado.

Él no dijo nada, pero ella sabía que se moría por rebatir esa afirmación. Su mirada era tan dura, su postura, tan amenazante, que de haberse encontrado con él a solas tal vez se habría sentido intimidada. Pero estaba demasiado furiosa por su falta de gratitud como para experimentar otra emoción que no fuera rabia.

—Me debe una disculpa —señaló.

—Venid a por ella y os daré lo que os merecéis.

—Nadie va a darle nada a nadie.

—A mí me están dando dolor de cabeza —gruñó Blackpool.

—Señorita Nightingale —prosiguió el contramaestre—, cualquier hombre en vuestra situación recibiría un castigo por haber desobedecido una orden del capitán.

—Pero si...

—Y cualquier hombre en vuestra situación recibiría una recompensa por haber salvado la vida del capitán.

—Pero ella no...

—Basta. Como contramaestre de este barco, es mi decisión que, en vista de las consecuencias de sus actos, el crimen de la señorita Nightingale sea perdonado.

Wilhelmina no podía creer que hubiera estado a punto de sufrir un castigo a manos de piratas. Por haber desobedecido una orden. ¿Qué le habrían hecho si

su presencia en cubierta no hubiera supuesto un beneficio para el capitán Blackhawk? Su curiosidad era demasiado grande como para consentir que quedara insatisfecha.

—¿Qué castigo me habríais impuesto de no haber salvado la vida del capitán?

Él se acercó con una mirada capaz de convertir en hielo la arena del desierto.

—¿Sabéis lo que es un gato de nueve colas? —susurró.

Wilhelmina casi pudo sentir la dolorosa mordida del cuero en su piel.

—A mí una vez me encerraron en la bodega durante tres días sin comida ni agua —terció Patrick.

—Yo tuve que carenar solo toda la amura de babor —reveló otro de los piratas.

—Yo perdí el meñique.

—Y yo, dos dientes bajo los puños de un antiguo capitán.

—¡Callaos, panda de lloricas! —gritó Blackpool—. Yo solía cortar lenguas y sacar ojos a aquellos que se atrevían siquiera a cuestionar mis órdenes. En mi barco no habríais durado ni dos días.

—Consideraos afortunada, señorita Nightingale —le susurró al oído el capitán Blackhawk—. Y disfrutad de vuestra fantasía durante las próximas horas, porque, cuando arribemos a Tortuga, os aguarda el mundo real. Y creedme si os digo que no va a gustaros nada.

Gritó a los hombres que reanudaran sus quehaceres y, cuando estos se pusieron en movimiento, se alejó a grandes zancadas hacia las escalerillas que conducían a la cubierta inferior.

Wilhelmina se acercó a la borda y se abrazó a sí misma. Las últimas palabras del capitán le habían helado los huesos, y por primera vez desde que se había iniciado aquella aventura, sintió auténtico temor.

Capítulo 10

El señor Maguire se ganó su recompensa.

Llegaron a Tortuga antes de que el último rayo de sol se ocultara tras el horizonte y el cielo, veteado de colores, comenzara a transformarse en un reflejo del mar oscuro. Antes también de que Wilhelmina pudiera prepararse para lo que se avecinaba o ideara un plan para evitarlo.

El barco no amarró en el puerto, sino que fondeó a unas brazadas de la playa. Desde su posición en cubierta, Wilhelmina observó el perfil de la isla mientras se ensombrecía con la llegada de la noche.

Tortuga.

Su mundo se ampliaba.

Cuando vivía en Inglaterra, ni una sola vez abandonó el condado de Kent. Nunca había visitado Londres, y tan solo conoció Dover el día en que se embarcó rumbo a Jamaica. Una vez allí, jamás había dejado Port Royal.

Pero ahora estaba a punto de poner los pies en Tortuga. La ciudad más pérfida del Caribe.

El capitán Blackhawk dio órdenes para que hicieran descender un bote y lo abordó sin tan siquiera dirigirle una palabra.

Fue el señor Savage quien se acercó a ella para ayudarla a bajar.

—Buena suerte, señorita Nightingale.

—¿No venís con nosotros?

—No, esta vez no.

—Pero yo creía que...

—Cuidaos. Y recordad que el destino nos pertenece a pesar de que otros crean poder gobernarnos.

Confundida por aquella extraña despedida, dejó que la descolgara hasta la barca. El capitán Blackhawk la sostuvo por la cintura y la ayudó a acomodarse. Después comenzó a remar hacia la playa.

—¿Por qué vuestros hombres no desembarcan?

—No estaremos en Tortuga mucho tiempo.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Convertiros en el problema de otro.

No dijo nada más.

Cuando alcanzaron la orilla, saltó al agua y la alzó en brazos para depositarla en la arena, evitando que se mojara. A continuación arrastró la pequeña embarcación para sacarla del mar y echó a andar sin preocuparse de que ella lo siguiera.

Wilhelmina fue tras él. Pero solo porque la noche en que se habían conocido había descubierto que una playa era el peor escenario para retarlo.

Se adentraron en una estrecha callejuela, oscura y silenciosa; sin embargo, el ruido fue aumentando a cada paso que daban.

La luz se hizo más y más intensa, el bullicio, las risas, la música...

Tortuga despertaba al anochecer, desperezándose con gran ostentación, preparándose para la fiesta.

Y qué fiesta iba a ser aquella.

Las tabernas se sucedían mientras avanzaban. Los parroquianos bebían y charlaban en la calle. Las mujeres se exhibían orgullosas, tentadoras.

Los colores y los olores eran excesivos, pero colmaban de emoción los sentidos de Wilhelmina. Jamás en su vida había imaginado un lugar como aquel. Ni en sus mejores fantasías Tortuga había estado tan llena de vida.

Su mirada abandonó el entorno y, al centrarse en el capitán Blackhawk, se percató del modo en que su sola presencia afectaba a aquellos con quienes se cruzaban.

Los hombres se apartaban, mirándolo con recelo.

Las mujeres se acercaban, mirándolo con deseo.

Caminaba como si el mundo le perteneciera, como si no se sintiera amenazado por nada, como si la palabra «temor» no existiera en su vocabulario.

Wilhelmina se detuvo y observó su espalda ancha cubierta por la casaca, su melena del color del carbón, sus piernas largas y fuertes enfundadas en unas calzas negras y unas botas de cuero.

Al instante, él se detuvo y volvió sobre sus pasos.

Cuando él la miraba, el cuerpo de Wilhelmina vibraba.

—Moveos.

—Desearía probar el ron —barbotó de pronto.

Por un instante, pareció sorprendido. Pero no era alguien al que le gustara ser descubierto con la guardia baja y lo ocultó rápidamente.

—He oído que los hombres son capaces de vender su alma al mismísimo diablo por un poco de ese brebaje —explicó—. Y si, como creo, voy a encontrar un destino peor que la muerte, me gustaría probarlo.

—Ni hablar.

—Vamos, capitán. ¿Una copita?

—El ron no se sirve en copa. Y vos no vais a catarlo.

—Oh, entiendo. No tenéis con qué pagarlo. Hasta que entréis en la alianza sois... ¿pobre?

—No vais a enredarme con vuestras historias, princesa. Os lo dije, para mí sois transparente.

—Ilustradme entonces, capitán, ¿qué es lo que pretendo?

—¿Aparte de volverme loco?

Wilhelmina recurrió a su enorme mirada azul y puso en ella toda su energía. Sabía que no era rival para el capitán Blackhawk en campo abierto. Si echaba a correr, él la atraparía en un segundo, igual que había hecho en la playa dos noches atrás. Pero, tal vez, en un local abarrotado, encontraría la forma de librarse de él y del destino que tenía reservado para ella. Después solo le restaría dirigirse al fuerte de la Armada. Porque incluso la ciudad más infame del Caribe, desde que el capitán Anderson surcaba sus aguas, tenía uno guardando sus costas.

—Capitán —insistió—, necesito darme valor para lo que sea que me tenéis preparado. Solo será un momento. Entremos en esta taberna. Miradla, hasta tiene el nombre perfecto.

Sobre la puerta del establecimiento ante el que Wilhelmina se había detenido pendía un cartel que rezaba La Última Parada, y recostada contra la fachada, una muchacha entrada en carnes observaba sus intentos por engatusar al capitán.

—Vamos, no seáis tan duro —intervino la mujer—. Dejad que la chica eche un trago. Apuesto a que la pobre nunca ha estado con un hombre y, a juzgar por vuestra altura, seguro que le hará falta animarse antes de que la partáis en dos.

Wilhelmina enrojeció al escuchar esas palabras y se negó a mirar al capitán. Sabía exactamente a qué se refería la mujer. Sabía exactamente qué instrumento la convertiría en dos mitades. Sin embargo, a pesar de su azoramiento, se enfrentó a aquella muchacha con decisión.

—¿Quién dice que vaya a ser mi primera vez?

—Lo lleváis escrito en la frente, niña. Pero no temáis. Podréis acogerlo. Si es diestro, quizá incluso os haga disfrutar. Y con esa carita de ángel que tenéis, en cuanto él os desflore, los hombres harán cola por meterse bajo vuestras faldas.

Wilhelmina se volvió hacia el capitán Blackhawk temiendo ver en su rostro una sonrisa burlona. En cambio, su expresión no era en absoluto socarrona. Su mandíbula estaba tensa, sus labios rígidos; parecía estar manteniendo una lucha interna consigo mismo.

—¿Os encontráis bien?

—Entremos. Ahora soy yo el que necesita un trago de ron.

La dejó sentada a una mesa y se dirigió al fondo de la taberna para pedir dos bebidas: una bien fuerte para él y otra aguada para su prisionera.

Era lista y ladina. Sabía cómo manipularlo, cómo enredarlo con sus encantos y su pose de muchachita inocente, pero era cierto que veía a través de ella. La fuerza bruta no le serviría de nada para escapar; oponerse a él físicamente sería una estupidez. Sin embargo, atraer al lobo a un lugar cerrado donde otros depredadores pudieran interesarse por su presa con el fin de desencadenar una pelea sangrienta que le permitiera escabullirse...

Lanzó un vistazo sobre su hombro y la pilló mirando a su alrededor con una sonrisa complacida. Había algo atrayente en el modo en que aquella mujer se enfrentaba al mundo. En cómo absorbía cuanto la rodeaba, como si se estuviera aprovisionando de recuerdos para un futuro en que el horizonte se limitara a las cuatro paredes de su hogar.

Ese no era su problema. Él había cumplido con su parte del trato. Estaban en Tortuga. Era hora de entregar la mercancía y recuperar su libertad.

—¿Habéis tenido un buen viaje, capitán?

Blackhawk se volvió y se encontró con el señor Zacharias Finnegan. Estaba sentado a una mesa en un rincón oscuro, y frente a él había un plato de peltre vacío y una manzana.

Era la última persona con la que esperaba toparse en aquel lugar.

—¿Qué hacéis vos aquí? —le preguntó.

—Me dijeron que en esta taberna preparaban la mejor anguila de todo el Caribe. Pero, después de probarla, puedo decir que, si bien se trata de una ejecución notable, alguien debería informar al chef de que el secreto de un buen guiso reside en la salsa. Le faltaba pimienta y le sobraba sal. —Se llevó el puño a la boca y contuvo un eructo—. Aun así, tras una larga travesía, me ha sentado de maravilla.

- No me dijisteis que vendréis a buscarla.
- No pensaba hacerlo. Pero su dueño insistió.
- Bien, pues ahí la tenéis. En perfecto estado de conservación.
- Lleg  is con un día de adelanto.
- El viento nos ha sido favorable.
- Espero que la mercancía no se haya dañado.
- No tiene ni un solo rasguño.

Aunque por su propia insensatez había estado a punto de perecer a manos de Theodore Grant. Lo que él había sentido al descubrirla en manos de aquel hombre no quería volver a experimentarlo jams  .

—He oído que el Versailles se hundió en alta mar —comentó el señor Finnegan.

-   Tan rápido ha corrido la noticia? Daños colaterales.
 - También he oído lo que hicisteis con el fuerte Charles en Port Royal.
 - Más daños colaterales.
 - Y que han visto a Aarhus a bordo del Valhalla no muy lejos de aquí.
 - Me traen sin cuidado los chismorreos que hayan llegado a vuestros oídos.
-   Hab  is traído el documento que debisteis entregarme antes de partir?

El señor Finnegan sacó un rollo de papel del interior de su chaqueta y lo colocó sobre la mesa.

—Firmado y sellado. En cuanto la mercancía est   en mi poder, seréis libre, capitán.

Al fin. Después de diez años dejando que otros manejaran los hilos, volvería a ser dueño de su vida para hacer su voluntad.

Alarg   la mano para tomar el documento, pero el señor Finnegan lo puso lejos de su alcance.

—Hay un pequeño detalle que debería comunicaros antes de concluir nuestro negocio.

Blackhawk se eriz  . Aquellas palabras no auguraban nada bueno.

—Hablad.

—Vuestro acreedor necesita que ejecut  is el trabajo que os había encargado antes de que esta pequeña diversión surgiera en el horizonte.

—Seguro que lo necesita. Pero el trato era que, una vez que entregara la mercancía en Tortuga, podría decidir sobre mi destino. Cumplir   el encargo anterior solo si me place.

—Ese es el problema, capitán. Vuestro acreedor necesita que os plazca. Y

por eso ha incluido una cláusula en vuestra carta de libertad.

Blackhawk le arrebató el papel y lo leyó. Después lo estrujó en el puño y se apoyó sobre la mesa, cerniéndose sobre aquella pequeña sanguijuela.

—¿De verdad queréis jugársela al diablo?

El señor Finnegan se echó hacia atrás en su silla y levantó las manos en señal de rendición.

—No matéis al mensajero, capitán. O al secretario, en este caso. Yo solo he redactado el documento y os lo he hecho llegar. Mi empleador es quien dicta las condiciones. Entregadme la mercancía, cumplid con vuestro encargo anterior y seréis libre.

—¿Y si no?

—Ya lo habéis leído.

Por segunda vez en su vida, volvía a encontrarse entre la espada y la pared. De nuevo tenía que plegarse a la voluntad de un hombre para salvar a otro de la muerte.

—Os haré entrega ahora de la mercancía. Llevaré a cabo mi encargo anterior. Y si vivo para contarlos, jamás volveréis a saber de mí.

—Sea.

—Al menos, la primera parte del trato, deshacerme de ella, será un verdadero placer.

—¿Tan pesada ha sido la carga?

Más de lo que jamás habría imaginado. Y, sin ella, su nave iba a partir muy ligera. Quizá demasiado.

—No tanto como lo será cuando la deje en vuestras manos —respondió en cambio—. Viene repleta de recuerdos, y apuesto a que se inflamará en cuanto descubra quién planeó su transporte.

El señor Finnegan tragó saliva y desvió la mirada hacia la mesa que ocupaba la señorita Nightingale.

—Capitán...

—¿Sí?

—¿Sabéis cuál es la primera regla de un buen transportista?

—¿De verdad tengo aspecto de que me importe?

—Os lo diré igualmente. La primera regla es nunca dejar la carga sin vigilancia al llegar a puerto. Porque siempre aparece alguien con los medios y la disposición de espíritu necesarios para robarla.

Blackhawk se dio la vuelta y observó cómo dos hombres corpulentos se

sentaban con Wilhelmina.

Piratas.

Los hermanos Jones, para ser más exactos. Dos de los bastardos más sanguinarios de todo el Caribe. Juntos, formaban una de las piezas clave de la alianza.

Profirió una maldición y se agachó para extraer la daga de su bota. Después le quitó al señor Finnegan la manzana que se había reservado para el postre.

—Ha sido un placer charlar con vos, pero, si me disculpáis, tengo un par de pescuezos que rebanar.

Capítulo 11

La señorita Nightingale permanecía sentada como si estuviera tomando el té con las damas de la alta sociedad de Port Royal en lugar de acompañada por dos de los piratas más despiadados de todo el Caribe.

Había que reconocerle algo a esa mujer: tenía mucha sangre fría.

Uno de los hermanos Jones se había acomodado a su lado; el otro, enfrente. Blackhawk avanzó sosteniendo en una mano la manzana y en la otra su enorme cuchillo.

Se detuvo al llegar a la mesa, cortó un trozo de la fruta, se la llevó a la boca y la masticó ante la curiosa mirada de sus tres espectadores.

Después le dijo al que se había sentado junto a Wilhelmina:

—Estáis en mi sitio.

El pirata esbozó una sonrisa, pero no se movió.

—No he visto vuestro nombre en la silla, capitán Blackhawk.

Así que no estaban allí por azar. Habían ido en su busca. Al igual que el señor Finnegan, los hermanos Jones habían recibido noticia de sus aventuras de los últimos días y habían arribado a Tortuga para encontrarlo.

Cortó otro pedazo de manzana y la masticó sin apartar la vista de la señorita Nightingale. Ella lo miraba con ojos cuajados de incertidumbre.

—¿Esta preciosidad también os pertenece? —preguntó uno de los Jones.

—Tocadla y os arrancaré el brazo. Después lo usaré para dejaros inconsciente a vos y para destrozar el cráneo de vuestro hermano.

El aludido soltó una carcajada.

—Ven a sentarte a mi lado, Jasper.

Cambiaron de sitio y Blackhawk ocupó el lugar junto a Wilhelmina.

—Estos caballeros tan amables me han invitado a un trago de ron —anunció ella.

Intentó llevarse el vaso de peltre a la boca, pero él se lo arrancó de las manos

y lo lanzó al otro lado del local.

Varios parroquianos los observaron curiosos.

—¿Sois abstemio, capitán Blackhawk?

—¿No os gustan las mujeres que beben?

El tono de voz de los hermanos Jones era amigable. Tenían buenos modales, eran altos, fuertes y, seguramente, las mujeres los encontraban atractivos. Pero él sabía que, bajo esa fachada civilizada, se escondían dos bestias salvajes.

—No me gusta que otros hombres inviten a mi mujer a un trago —respondió con voz letal.

—Solo estaban siendo solícitos con una joven sedienta —los defendió Wilhelmina.

—Exacto —corroboró uno de ellos—. Además de ofreciéndole nuestra protección. No es una decisión inteligente abandonar a una mujer hermosa en una taberna de mala reputación.

—Si no nos hubiéramos sentado con ella, cualquiera podría haber intentado hacerle daño —confirmó el otro.

—Ahora ya tiene quién la proteja. Largaos.

—Hemos oído lo que hicisteis con el fuerte Charles.

—Y también que robasteis el orgullo del capitán Anderson.

—También ha hundido el barco de Theodore Grant —les informó Wilhelmina.

Blackhawk contuvo una maldición.

—¿De veras?

Los hermanos Jones intercambiaron una mirada.

—¿Por qué? —preguntaron al unísono.

—Quería algo que me pertenecía —respondió—. Y no me gusta que intenten quitarme lo que es mío.

—También lo hizo para quedarse con su puesto en la alianza —reveló Wilhelmina.

Él la fulminó con la mirada.

—¿Alianza? —preguntó Casper, o quizá Jasper, Jones.

—¿Hay una alianza? —repitió Jasper, o quizá Casper, Jones.

—Doce piratas que pretenden robar el mayor cargamento de oro que haya salido nunca de las Indias Occidentales.

Blackhawk le colocó una mano sobre el muslo y apretó. Ella dio un respingo.

—¿Es eso cierto? ¿Y por qué nadie nos ha avisado?

—Caballeros —dijo ella, la perfecta dama de sociedad—, todos sabemos que, si una alianza de esas características se hubiera forjado, Casper y Jasper Jones habrían sido los primeros en conseguir un puesto en ella. Incluso habrían estado presentes en el momento de su creación.

Los hermanos sonrieron.

—¿Has estado conspirando a mis espaldas? —se preguntaron mutuamente y al unísono.

—Yo te lo cuento todo.

—Y yo nunca te he ocultado un secreto.

Blackhawk se comió otro trozo de manzana y examinó la taberna a su alrededor. Conocía el modus operandi de aquellos dos. Eran famosos por su cordialidad, por sus bromas y discusiones. Por distraer la atención de sus presas y, cuando estas se creían a salvo, abalanzarse sobre ellas y atacarlas sin piedad.

También sabía que los gemelos Jones eran avariciosos y odiaban la competencia. Quizá hubiera quedado un hueco libre en la alianza, pero no iban a permitirle ocuparlo. Con su plan, solo había molestado a las víboras. Y habían venido a buscarlo para deshacerse de él antes de que pudiera suponer una amenaza para ellos.

—¿Queréis que os cuente yo una historia?

—¡Oh, por favor! —resopló la señorita Nightingale.

—Adoro las historias.

—No tanto como yo.

—Érase una vez...

—Y ahí vamos de nuevo...

—... un par de hermanos a los que no les gustaba la fruta. Su madre puso en práctica mil y un ardides para que la probaran, les dio mil y una razones por las que debían hacerlo, pero sin éxito. Los hermanos tenían la ridícula idea de que era mala para ellos y de que morirían si tan siquiera se acercaban a ella lo bastante como para aspirar su olor.

—Una creencia extraña.

—A mí me encantan los mangos.

—Y a mí los plátanos.

—A mí me gustan los cocos —intervino la señorita Nightingale.

Blackhawk cortó otro trozo de manzana, el último. Lo masticó y arrojó el corazón a sus pies.

—La cuestión es —dijo— que tenían razón.

Agarró el borde de la mesa y la lanzó contra los hermanos, tirándolos al suelo.

Fue cuestión de un segundo que alguien atizara el primer puñetazo. Y, de pronto, la taberna se convirtió en un campo de batalla.

Junto a la salida, cuatro hombres se enzarzaron en una lucha a muerte con los puños.

—¡Corred hacia las escaleras! —le gritó a Wilhelmina.

Pero la orden no fue necesaria, porque ella ya huía en esa dirección. Esquivó una banqueta voladora y, veloz como un ave de presa, ascendió al piso superior.

Los hermanos Jones se incorporaron; sus rostros amables ahora lucían sedientos de sangre. De su sangre.

Golpeó al primero que se le acercó. Después, al segundo. Otro puñetazo al primero. Uno más al segundo. Cogió la silla en la que había estado sentado y la hizo pedazos contra la cabeza de uno de los gemelos. Después agarró la que había albergado a Wilhelmina y le dispensó el mismo destino contra el otro hermano. Ambos terminaron por el pavimento, gimiendo de dolor.

—Nos veremos pronto —dijo, y salió corriendo escaleras arriba, en busca de Wilhelmina.

Al final, el plan de su mercancía había dado resultado. Instigar una pelea con los hermanos Jones le había proporcionado la oportunidad perfecta para escapar de él. Pero, cuando la encontrara...

Llegó al fondo del pasillo y entró en la última habitación, la única que tenía la puerta abierta.

La señorita Nightingale se encontraba en el interior.

—¡Salid por la ventana! —le gritó.

Pero ella parecía estar paralizada.

Porque sobre la cama había un hombre arrodillado, tal y como había venido al mundo. Y de pie, a su lado, una mujer semidesnuda sostenía una fusta en la mano.

Wilhelmina inclinó la cabeza y los ojeó con indiscreción.

Pero Blackhawk no tenía tiempo para que ella satisficiera su curiosidad. La agarró por un brazo y la empujó hacia la ventana.

—Lamento la interrupción —se disculpó con la pareja—. Bonita fusta.

Salió y la arrastró afuera.

Corrieron sobre el tejado de la casa contigua, saltando de una cubierta a otra, hasta que llegaron al final de la calle y ya no hubo más tejados a los que saltar.

El último edificio colindaba con un campo y, junto a la fachada, había apilada una montaña de heno. Blackhawk escuchó un relincho y supuso que se encontraban sobre un establo. Nadie los seguía, pero no podían regresar por donde habían venido.

—Tendremos que saltar.

—Ni hablar —se negó ella.

—Este no es momento para ser una cobarde, princesa.

—Prefiero enfrentarme a los hermanos Jones antes que a una caída.

—Como gustéis.

En cambio, la tomó en brazos y la sostuvo al borde del vacío.

—No os atreváis...

Tal y como había hecho el día anterior, la soltó, esta vez sobre la montaña de heno.

Cayó con un grito, y poco después él la siguió.

Por desgracia, no había contado con que ella estaba cansada de que la tratara como un fardo.

Tampoco con el golpe que le propinó en la cabeza con un rastrillo en cuanto su cuerpo se hundió en el heno.

Ese era el momento de echar a correr.

El capitán Blackhawk no estaba inconsciente, pero se retorció de dolor y se aferraba la cabeza con las manos. Por un instante, Wilhelmina se sintió culpable por haberlo derribado sin ningún miramiento; sin embargo, debía aprovechar la oportunidad, debía huir. Ya.

Arrojó el rastrillo al suelo y recogió el ruedo de su falda para salir volando. Pero, cuando pasó junto a él, la agarró por el tobillo y la tiró sobre la montaña de heno.

Wilhelmina cayó a su lado y al momento lo tuvo encima, inmovilizándola con su poderoso cuerpo. Se preparó para afrontar su ira, las consecuencias de su atrevimiento, pero él no parecía estar furioso. Al contrario.

Se reía.

—Debo reconocer que tenéis valor.

Y también muy mala suerte.

—¡Soltadme! —exclamó al tiempo que se revolvía tratando de escapar.

—No tan alto, princesa. El golpe me está produciendo dolor de cabeza, y que gritéis no ayuda nada.

Entonces iba a dejarse los pulmones hasta que a él le sangraran los oídos.

Pero debía de ser cierto que aquel hombre era capaz de leerle la mente, porque, antes de que un solo sonido abandonara su garganta, la silenció con una mano sobre la boca.

—Sed buena. Me habéis golpeado, y os aseguro que me duele. Mucho. Acabo de romperme los nudillos peleando con dos hombres solo para protegeros...

¡Ja! Ella estaba perfectamente segura con los hermanos Jones, y así se lo dijo con la mirada.

—Os equivocáis —aseveró él como si, en efecto, conociera sus pensamientos—. Si ellos hubieran resultado victoriosos, os habrían desmembrado después de haberos usado como a una muñeca.

Wilhelmina se estremeció.

—Pero conmigo sí estáis a salvo.

Tanto como lo estaría a bordo de una balsa en pleno huracán.

—¿Acaso os he maltratado? ¿No os prometí que nada os sucedería si colaborabais?

Wilhelmina gimió. Era cierto que no le había hecho daño. Todavía. Sin embargo, el destino que tenía reservado para ella era tan terrible como para no permitirse pensar en él.

—¿De verdad creísteis en algún momento que os entregaría a un hatajo de piratas? ¿Tan despiadado os parezco?

Entonces dejó escapar un bufido. La había lanzado desde tres pisos de altura sobre una montaña de heno. La tenía inmovilizada con su cuerpo y silenciada con una de sus fuertes manos. No era precisamente un dechado de caballerosidad.

—Os sorprendería lo amable que puedo llegar a ser, lo fácil que os resultaría conseguir de mí todo cuanto deseáis.

Wilhelmina alzó una de sus rubias cejas, incrédula.

—Ponedme a prueba —la desafió él.

Movió la cabeza a un lado y a otro, tratando de librarse de su mano. Él la retiró de inmediato.

—¿Algo más?

—Quitaos de encima.

—No es eso lo que deseáis.

—¿No?

Wilhelmina se retorció bajo su cuerpo, presionando contra sus fuertes y

duros músculos.

—Estaos quieta.

—Alejaos de mí.

—Cuando dejéis de mirarme así.

—¿Y cómo exactamente os estoy mirando?

—Como si fuera un coco maduro y desearais devorarme. Como si anhelarais volver a besarme o, mejor aún, que yo os besara.

—Os tenéis en muy alta estima.

Pero, en cuanto él mencionó el beso, la sangre de Wilhelmina se encendió y comenzó a burbujear. Los recuerdos de su primer encuentro atravesaron su mente, y tuvo miedo de que él fuera capaz de ver también las pecaminosas imágenes que habían cobrado vida tras sus párpados.

—Parad. Ahora.

—¡No estoy haciendo nada!

—¿Eso creéis? Vuestra respiración se ha vuelto superficial. El pulso que os late en el cuello se ha acelerado. Y el rubor os ha enrojecido las mejillas. Dejadlo ya.

—Dejad vos de mencionarlo y quitaos de encima.

Pero él siguió sin moverse, y el cuerpo de Wilhelmina se inflamó con más intensidad.

—Es una pésima idea... —murmuró él.

—Solo tenéis que soltarme.

—No es tan fácil.

—Claro que sí. Levantaos y apartaos de mí.

—Como si pudiera moverme a mi antojo.

—Dijisteis que no deseabais que volviera a besaros.

—Mentí.

—¿Mentisteis?

—Como un vulgar y maldito bellaco.

Wilhelmina inspiró con fuerza y sus pechos empujaron contra el corpiño, amenazando con desbordarlo.

—Capitán... —murmuró.

—Al infierno con todo.

Con un gemido desesperado, Blackhawk se apoderó de su boca, de su cuerpo y de su alma. Fue un asalto a sus sentidos, y Wilhelmina no pudo evitar perder la razón.

Aquello estaba mal. Ese hombre era un delincuente, un pirata, pero allí donde la tocaba, su cuerpo estallaba en llamas.

Le echó los brazos al cuello, enredando los dedos en su largo cabello negro, mientras sus labios se encargaban de saborearlo entero.

Era alto y fuerte y peligroso. A pesar de ello, lograba que se sintiera segura y protegida. Y cuando posaba su mirada imperfecta sobre ella, hacía que se sintiera viva.

Gimió al sentir las manos de él presionando su costado, cerca de sus pechos. Con todos sus sentidos fuera de control, entrelazó una de las piernas con las suyas y se arqueó para reducir el espacio entre sus cuerpos.

«Ah, sí. Justo así».

Después, cegada por la lujuria, se apropió del timón y giró para colocarse encima. Él sonrió, sorprendido, antes de posar una mano en su nuca y atraerla de nuevo a sus labios.

Ambos estaban fuera de sí, perdidos en la pasión del momento, y por eso no oyeron el ruido de pasos acercándose. Ni el carraspeo que dejó escapar la sombra que se situó a su lado.

Pero sí oyeron sus primeras palabras.

—Es increíble lo que uno puede encontrarse en un rincón oscuro de Tortuga.

Se separaron sobresaltados, y Wilhelmina notó cómo todo el cuerpo del capitán Blackhawk se ponía en tensión.

Aarhus, el Impostor, salió de entre las sombras con una sonrisa en su apuesto y taimado rostro.

—La preciosa hija del Gobernador de Hierro revolcándose con un pirata —constató—. Y yo que tenía entendido que no erais esa clase de mujer.

—Christopher... —murmuró, amenazante, Blackhawk.

El otro hombre cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ah, claro. Sabía que algo no encajaba. Mis disculpas, capitán Anderson, por haberos confundido con uno de esos sucios y viles piratas a los que disfrutáis dando caza.

Capítulo 12

El capitán Anderson contempló cómo aquellas palabras removían las piezas del rompecabezas en que se había convertido la mente de Wilhelmina, disparándolas al aire y colocándolas todas en su sitio al caer.

Una vez que el puzle estuvo completo, se incorporó y quedó sentada a horcajadas sobre sus caderas.

Tenía el pelo alborotado y los labios hinchados, pero sus ojos eran pasto del desasosiego.

Le acercó una de las manos a la cara y le arrancó el parche. Cuando sus dos iris turquesas se clavaron en ella, los de Wilhelmina se oscurecieron y después se llenaron de rencor.

—Puedo explicarlo...

Ella le asestó un puñetazo en el ojo que acababa de descubrir, y los dos gimieron a causa del dolor.

Al instante se puso en pie, como si mantener el contacto con él le resultara intolerable.

—Sois despreciable.

—Princesa... —comenzó, intentando incorporarse.

—No os acerquéis a mí. No quiero oír ni una sola palabra. Me habéis engañado. Me habéis hecho creer que erais un pirata y, en realidad, sois... vos sois... Sois el hombre que los caza.

Sí. Él era el capitán Anderson, el hombre que el Gobernador de Hierro había empleado para limpiar las aguas del Caribe.

Y para dar una lección a su preciosa e inquieta hija.

Cuando Wilhelmina escuchó toda la verdad de sus labios, lo observó con más odio del que jamás había visto en la mirada de una mujer.

Tras la confesión, ella se volvió para poner tierra de por medio. Cuanta más tierra, mejor.

—Billie, esperad...

—No. Ese de ahí —señaló una robusta construcción de piedra que se erigía a menos de un cuarto de milla de distancia— es el fuerte de la armada. No me hacéis falta para volver a casa. No deseo veros nunca más.

Pero sus deseos no eran órdenes para él. Debía entregarla sana y salva como parte del trato, y eso era justo lo que pensaba hacer. Jamás se perdonaría que algo malo le sucediera mientras permanecía a su cuidado.

Cuando ella comenzó a alejarse, se puso en pie para seguirla.

—¿No te olvidas de algo? —le preguntó el capitán Aarhus—. ¿Por ejemplo, de mí?

Sí. Durante un momento, se había olvidado por completo de él. Durante un momento, su universo se había reducido a dos inmensos ojos azules cargados de decepción.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó, observando cómo Wilhelmina aumentaba la distancia que los separaba.

—Solo he seguido el rastro de destrucción que has dejado a tu paso. Los hermanos Jones no están nada complacidos.

—Debería haber acabado con ellos en la taberna.

—Pero entonces habrías desequilibrado la alianza. Y no es eso lo que te conviene cuando estás deseando entrar en ella. Por cierto, has llegado un día antes de lo previsto.

—El viento soplaba a mi favor. Ahora dime dónde será la reunión.

—¿Y ya está? ¿No vamos a intercambiar más cortesías o a contarnos nuestras batallitas? Ha pasado mucho tiempo, Nathaniel.

—Te encerré en el fuerte Charles hace exactamente cinco días y sé bien qué has estado haciendo. Además, tengo cosas más importantes de las que ocuparme.

—¿Como ir en busca de la señorita Nightingale?

Por ejemplo.

—Dame la posición.

—Primero, te daré las gracias por haberme sacado de la cárcel. El señor Blackpool sabe cómo volar un fuerte. ¿No fuiste capaz de encontrar una forma más silenciosa de ejecutar mi fuga?

—Moses no tiene muchas oportunidades de usar su pólvora en tierra. Debo dejar que el viejo se divierta cuando surge la oportunidad.

—Al menos podrías haber tenido la deferencia de ponerme sobre aviso —respondió Aarhus, furioso—. La explosión estuvo a punto de dejarme sordo.

—Mis disculpas. No sabes cuánto lo lamento. Y ahora, sé un muchacho agradecido y dime dónde se celebrará la reunión de la alianza para que pueda entrar en ella y poner fin de una vez por todas a esta... condena.

Aarhus entrecerró los ojos.

—¿Crees que todo terminará si acabas con ellos?

—Sí.

Su deuda volvía a estar ligada a su capacidad para destruir la alianza desde dentro. A descubrir cómo, cuándo y dónde doce barcos pirata iban a asaltar un convoy español de oro, y a mandar los efectivos necesarios para detenerlos y apresarlos a todos.

—¿Y qué pasará conmigo?

—Lo sabes. Revélame la localización, apóyame cuando solicite un puesto en la alianza, y vivirás. Ya conoces mi política.

—Sí. El capitán Anderson y su plan de rehabilitación para piratas arrepentidos. No pienso formar parte de tu maldita tripulación, como Jack o Blackpool.

—Si me ayudas, no habrá ninguna tripulación de la que formar parte.

Porque por fin podría dejar el mar, la caza, la vida que no había escogido, sino que le habían impuesto.

—El caso es que, si acabaras con todos, me quedaría un poco... solo.

—Serás el rey de los mares. Nadie te hará la competencia.

—¿Y qué gracia tendría eso? Mi objetivo nunca ha sido el oro, Nathaniel, sino la gloria.

—No dispongo de tiempo para esto. —Sacó su sable y apuntó con él a la garganta de Aarhus—. ¿No deseas colaborar? Bien. Prepárate a morir, porque lo harás tarde o temprano, y mejor que sea bajo mi espada que colgando de una soga en el patíbulo.

Aarhus sonrió.

—Te encantan los gestos dramáticos, ¿verdad? Veinticinco grados ocho minutos norte, setenta y siete grados treinta y cinco minutos oeste.

—¿Nueva Providencia?

—Dentro de dos días, al atardecer. En una cala en el extremo norte de la isla. Nathaniel bajó su arma.

—¿Podré contar contigo?

—Sí, Nate. Podrás. Me has librado de la horca, otra vez, y me aburre estar en deuda contigo. Ya va siendo hora de que todos cuadremos nuestras cuentas

pendientes. Abandona Tortuga y ten cuidado con los hermanos Jones. No les gusta la competencia, y aún menos que los humillen.

Aarhus se volvió para perderse entre las sombras.

—Eh, Chris.

Cuando el pirata lo enfrentó, le asestó un puñetazo en la mejilla. Un rechazazo brutal que a punto estuvo de lanzarlo al suelo.

—Eso es por haberte sobrepasado con la señorita Nightingale en el fuerte Charles. Tócala de nuevo y te desollaré vivo.

La risa de Aarhus lo acompañó mientras echaba a correr para dar alcance a Wilhelmina.

Era la mujer más necia, cándida y ridícula sobre la faz de la Tierra.

Un parche y un disfraz habían sido suficientes para engañarla. Mientras creía correr peligro a manos de un pirata, en realidad estaba en brazos del único hombre capaz de protegerla.

Con razón siempre se había sentido segura a su lado.

El capitán Blackhawk no era más que un sueño. Un espejismo que habían puesto en su camino para burlarse de ella.

—¡Billie!

No. Ella era Wilhelmina. La hija del gobernador de Jamaica, pronto la esposa de algún rico comerciante. No Billie. Billie era su más secreta fantasía, una ilusión que se había hecho añicos en cuanto había descubierto que el hombre que más despreciaba en el mundo era el único que la había hecho sentir viva. El único que la había hecho desear más.

—¡Esperad, Billie!

Cuando él la atrapó, ella se revolvió como una serpiente para evitar su contacto.

—No volváis a ponerme las manos encima, capitán Anderson.

—No lo haré, pero dejad al menos que me asegure de que llegáis sana y salva hasta el fuerte.

—¿Ahora os preocupa mi seguridad?

—Siempre. Nunca pretendí haceros daño. Mi misión consistía en transportar una mercancía muy valiosa hasta Tortuga y entregarla intacta, sin un solo rasguño.

Suerte que él no podía ver la grieta que se había abierto en su corazón.

—Misión cumplida, entonces. Espero que mi padre solicite vuestro ascenso como recompensa. Habéis interpretado un papel espléndido. El inigualable

cazapiratas ha conseguido una nueva hazaña: convencer a la señorita Nightingale de que no hay nada como el hogar.

—Vuestro padre solo deseaba que vivierais un poco antes de...

—Antes de obligarme a sentar la cabeza. Antes de convertirme en la esposa de un hombre respetable.

Y lo que había conseguido era romperla por dentro.

Su padre la conocía mejor de lo que pensaba. Sabía cuál era su mayor anhelo, pero lo había menospreciado. Había dado por sentado que una aventura efímera sería suficiente, cuando, en realidad, ella ansiaba más. Mucho más. Lo que el gobernador Nightingale no entendía era que ella deseaba algo que durase para siempre, no solo unos días. Lo que buscaba era un futuro, un modo de vida, no una distracción.

—Os ha proporcionado la aventura que siempre deseasteis.

—Y a vos, una diversión impagable.

—¿Cómo decís?

—Debéis de haber disfrutado mucho gracias a mí. Vos y vuestros hombres. Inventando historias sobre alianzas de piratas y barcos repletos de oro. Vistiéndoos como renegados y haciendo bromas a costa de la inocente Wilhelmina Nightingale, que realmente creía haber sido secuestrada por piratas. ¿Los hermanos Jones también estaban implicados en vuestro ardid?

—No todo ha sido mentira.

Y, por un segundo, Wilhelmina creyó que hablaba sobre los momentos de intimidad que habían compartido.

—¿Ah, no? Miraos. Tenéis unos ojos preciosos. Los dos. —Le tiró el parche que había estado apretando en el puño—. ¿Revolcaros conmigo en una calle de Tortuga no formaba parte de vuestro plan? ¿Acaso no estaba incluido entre las peticiones de mi padre para hacer más realista mi pequeña aventura?

—No hagáis eso, Billie.

—Idos al infierno, y recordad que para vos soy la señorita Nightingale.

—¿Señorita Nightingale? —preguntó una voz a su espalda.

—¿Ha dicho señorita Nightingale? ¿Nightingale como el gobernador de Jamaica, Linus Nightingale? —aventuró otra voz idéntica a la anterior.

Los hermanos Jones permanecían a escasos pasos de ellos y, al parecer, habían sido partícipes de su conversación.

Wilhelmina se había alejado del fuerte de la armada y sus pasos la habían conducido hasta la playa donde habían dejado el bote. Un lugar apartado,

desierto, donde nadie acudiría en su auxilio. También era un paraje oscuro, lo cual facilitó que el capitán volviera a colocarse disimuladamente el parche sobre el ojo izquierdo.

—¿Tú crees que será su hija?

—No sé. Había oído que se trataba de una solterona, pero esta es demasiado bonita como para no haber encontrado marido todavía.

—Yo digo que es ella.

—Yo digo que también.

—Y ahora va a ser nuestra.

—Sí, toda para nosotros.

Ambos sonrieron. Tenían los rostros magullados y restos de sangre en la piel. Jasper desenvainó su espada. Casper amartilló su arma.

—Hoy debe de ser nuestro cumpleaños.

—Madre nunca nos hizo un regalo tan valioso.

—Madre nunca nos hizo un regalo.

—Pero esto compensa todos sus descuidos.

El capitán Blackhawk, es decir, el capitán Anderson se tensó a su lado y la colocó sutilmente a su espalda. Como si pudiera protegerla solo con su cuerpo y no se encontraran, de nuevo y por su culpa, en una situación peligrosa.

—¿Habéis vuelto a por más? —preguntó él.

—En realidad pasábamos por aquí...

—... y os hemos oído discutir.

—Nos hemos acercado...

—... y hemos descubierto quién es ella en realidad.

Wilhelmina apretó la mandíbula, furiosa consigo misma. Por lo visto, los hermanos Jones solo habían escuchado el final de su discusión, lo cual era un alivio. Pero si no hubiera necesitado ponerlo en su sitio y decir la última palabra...

—Bien —respondió el capitán Anderson—. Ahora podéis marcharos por donde habéis venido o prepararos para dar cuenta de vuestros pecados cuando acabe con vosotros.

Jasper Jones se rio.

Casper Jones lo imitó.

Wilhelmina notó cómo todas sus extremidades se agarrotaban a causa del temor.

—¿Os habéis vuelto loco? —le susurró al capitán.

Él le dirigió una mirada tan libre de alarma, tan llena de seguridad que el miedo de Wilhelmina se evaporó al instante.

—Quiere que demos cuenta de nuestros pecados, Jasper.

—¿Tú tienes algún pecado del que dar cuenta, Casper?

—Nos hemos marchado de la taberna sin pagar el trago de ron al que hemos invitado a la señorita Nightingale.

—He matado al posadero, así que dudo que le importe.

—Entonces, estamos limpios como un par de recién nacidos.

—Y cree que va a acabar con nosotros.

—Pero solo es un hombre.

—Y nosotros somos dos.

—¿No os he dado una paliza hace poco? —les recordó el capitán Anderson.

—Esta vez necesitaréis ayuda para reducirnos.

—¿Por ejemplo, la mía? —ofreció el capitán Aarhus saliendo de entre las sombras.

Wilhelmina nunca se había alegrado tanto de ver a alguien como en aquel momento. Al menos ahora, si la violencia que permanecía latente en el ambiente estallaba, el número de contrincantes estaría igualado.

—Lárgate, Christopher. No te necesito.

—¿Desde cuándo te dedicas a proteger a otros piratas, Aarhus?

—Desde que este me sacó de la cárcel.

Los hermanos Jones parecieron confundidos.

—No entiendo nada. ¿Tú entiendes algo?

—No, pero estoy harto de esta conversación. ¿Podemos empezar a rebanar cabezas ya?

Wilhelmina se aferró a la casaca negra del capitán Anderson. Estaba furiosa con él y era incapaz de creer una sola palabra que saliera de su boca, pero en aquella situación era el único que podía garantizar su seguridad. El único en quien podía confiar.

Él agarró su mano y la apretó con fuerza entre la suya, transmitiéndole calma.

—No vais a rebanarle el pescuezo a nadie —manifestó Aarhus.

—¿Por qué no te vas a asaltar algún barco y dejáis que nos divirtamos un rato? —preguntó uno de los Jones.

—Sí, Christopher. ¿Por qué no haces exactamente lo que te ha sugerido este imbécil y dejáis que me entretenga un poco con él y con su estúpido gemelo?

Los Jones no parecieron apreciar su comentario, y Wilhelmina le clavó las uñas en la mano para que dejara de provocarlos. Él volvió a mirarla y esta vez le sonrió.

Aquel hombre se había vuelto loco.

—Lo haría —dijo el capitán Aarhus—, pero todos mis hombres están en tierra.

Wilhelmina oyó ruido de pisadas sobre la arena y, al girarse, se encontró cara a cara con un buen número de sombras a su espalda.

La tripulación del Valhalla.

—Tendrás que conformarte con divertirte con la señorita Nightingale. ¿Por qué no os buscáis un lugar oscuro y privado mientras mis muchachos y yo tenemos una charla con los hermanos Jones?

Wilhelmina dejó escapar el aire que había estado reteniendo. Pero el capitán Anderson no parecía complacido.

—Esto no cambia nada —le dijo a Aarhus.

—Lo sé.

—Estás firmando tu sentencia de muerte, Aarhus —amenazó uno de los Jones.

—No será la primera vez.

—Eh, capitán Blackhawk —dijo el otro gemelo—. Si queréis entrar en la alianza, ella será el precio que tendréis que pagar. Disfrutadla mientras podáis, porque, cuando volvamos a vernos, será nuestra.

—Hazme un favor —le pidió Anderson al capitán Aarhus—, córtales la lengua o, cuando volvamos a vernos, se la cortaré yo.

Tiró de ella rumbo a la orilla, al bote que habían dejado varado sobre la arena, sin volver la vista atrás, como si no le preocupara un ataque por la espalda.

La acomodó dentro y devolvió la embarcación al agua.

—¿Por qué Aarhus nos ha ayudado?

—Porque me lo debe.

—¿Y por qué insistíais en pelearos con los hermanos Jones?

—Porque habría podido con ambos.

—¿Con los dos?

Wilhelmina lo había visto pelear. Solía superar en fuerza y tamaño a sus adversarios, y siempre se movía como si no temiera perder. Ella no era rival para él, quizá pocos lo fueran, pero dos hombres podrían haberle hecho daño. Podría

haber resultado vencedor, pero ¿y si lo hubieran herido de gravedad?

—No temáis, princesa. Os lo he dicho: conmigo estáis a salvo. Por eso vuestro padre os puso en mis manos.

Claro. Para darle una lección. Para demostrarle que el mundo no era como ella lo imaginaba. Que era más duro, más cruel, más despiadado. Que no estaba segura ahí fuera, sola, y que su lugar se encontraba entre las cuatro paredes de la casa de un marido que la protegería de todo mal.

No protestó cuando, al llegar al barco, él la ayudó a subir a bordo. Los miembros de la tripulación la observaron sorprendidos, como si no esperaran verla de nuevo allí.

Aquellos hombres que no eran piratas, sino miembros de la Armada Real. Hombres al servicio de su padre.

—Señorita Nightingale... —comenzó el señor Savage.

Pero ella no le permitió continuar. Cuando el capitán Anderson saltó a la cubierta, ella se dirigió hacia su diminuto camarote. Allí se echó sobre el camastro y dejó que la oscuridad la envolviera.

Rezó para el sueño llegara cuanto antes y no tuviera que pensar más.

—Creí que tu deber era entregarla en Tortuga.

Sí. Ese era el plan. El maldito plan que tan precisamente había trazado y que tan estrepitosamente había fracasado.

—¿Qué hace ella a bordo? —insistió Jack.

—Viene con nosotros.

Se arrancó el parche de la cara y se frotó el ojo izquierdo. La única ventaja de que la señorita Nightingale hubiera descubierto la farsa era que podría dejar de usar ese maldito incordio durante un tiempo.

—¿Te has vuelto loco?

—No tengo otra opción.

—Siempre hay opciones, Nathan. Da la vuelta, llévala a casa.

—No puedo. Los hermanos Jones estaban en Tortuga. Saben quién es ella y van a exigirla como pago por dejarme entrar en la alianza.

—Pero el gobernador...

—El gobernador puede irse al infierno. Le dije a su lacayo que este era el peor momento para llevar a cabo su absurdo plan y no me escuchó. Insistió en que debía ser ahora. La traje hasta aquí cuando podía haber conseguido la localización nada más liberar a Aarhus. He perdido varios días en esta aventura ridícula y solo he conseguido hacerle daño...

—Su padre tendrá que lidiar con las consecuencias.

Nathan apoyó los antebrazos sobre la borda y contempló el mar oscuro, que se confundía con el cielo nocturno.

—Deberías haber visto su rostro cuando descubrió la verdad.

—La vi cuando regresó al barco. Todos la vimos.

—Maldito sea ese hombre por haberme obligado a esto ofreciéndome lo único que sabía que no podría rechazar.

—Deberías hablar con ella...

—No creo que quiera escucharme. Además, hay cosas que no puedo contarle. No quiero seguir mintiendo.

—¿Y ocultar la verdad no es mentir?

—Guarda tus sermones para otro, Jack. Tengo graves problemas de los que ocuparme.

—¿Más aún?

—Mis planes de libertad han volado por los aires.

—¿Qué decís de volar? —quiso saber Blackpool, que subía en ese instante de la sala de armas—. ¿Tengo que volar algo? Mis cañones están preparados.

—Tienes la mecha muy corta, amigo —dijo Jack.

—Mi mecha es de un tamaño considerable —replicó el maestro artillero.

Nathan se incorporó y paseó la vista por la cubierta, asegurándose de que sus hombres efectuaban las labores necesarias para zarpar lo antes posible.

—Me encontré con el señor Finnegan en Tortuga —dijo.

—Ese hombre sí que parece tener una mecha diminuta.

—El gobernador ha incluido una cláusula en mi carta de libertad. Debo acabar con la alianza y tachar todos los nombres de la lista.

—¿No íbamos a hacerlo de todas formas? —preguntó Jack.

—Sí, claro que sí. Pero deseaba que fuera una decisión libre, no forzada por una deuda que contraje hace diez años.

—Siempre podemos desaparecer... —propuso Blackpool.

—No, no podemos. Porque entonces el gobernador Nightingale me golpearía donde más me duele.

—¿Crees que sería capaz de hacerle daño a su propia hija?

—¿Qué? —Nathan frunció el ceño, confuso—. ¿De qué diablos estás hablando?

—No sé, has dicho que te golpearía donde más te duele, y yo...

—¡Ella no es mi punto débil!

—¿Ah, no?

—Sí, muchacho —intervino Jack—. ¿Estás seguro de que no lo es?

—Cerrad el pico.

—Entonces, ¿la entregarás a cambio de un puesto en la alianza?

—No. Solo tengo que idear otro plan.

—El tiempo apremia...

—Me quedan dos días.

—Será mejor que pienses rápido. Muy rápido.

—Déjalo en paz, Blackpool. Al cachorro se le ocurrirá algo.

Sí. Eso esperaba. Necesitaba reagruparse. Valorar sus opciones, cambiar el plan si era preciso. Necesitaba hacer lo que fuera para acabar con aquellos piratas de una vez por todas.

Su libertad dependía de ello.

Su destino estaba ligado a ello.

—Quizá debamos improvisar...

—Me voy con mis cañones —dijo Blackpool—. Cuando el chico habla de improvisar, al final soy yo el que tiene que salvar el día.

Capítulo 13

Mientras permaneció encerrada en su camarote, Wilhelmina tuvo tiempo de contar cuántas tablas de madera conformaban el suelo, las paredes y el techo de su despensa. También cuántos palmos de largo medía su colchón. No los suficientes. Y cuántos remaches tenía el baúl y cuántas faldas, cuántas medias, cuántos corpiños y cuántas camisas albergaba dentro.

Pero, sobre todo, tuvo tiempo de contar las cicatrices de su cuerpo. Y de recordar cómo se las había hecho.

Tenía una en la rodilla de cuando se precipitó al vacío desde una de las almenas del fuerte Charles. Otra en la planta del pie de la vez en que se clavó un trozo de madera de un barco naufragado. Una más en la espalda, que se hizo al caer de aquel cocotero. Y otra en el abdomen de la ocasión en que se cortó con una piedra mientras buceaba en busca de tesoros perdidos.

No eran tantas, pero delataban una vida de aventuras. Una vida que había pasado a la historia hacía mucho tiempo y que acababa de llegar a su fin.

Llamaron a la puerta y por ella entró Patrick portando un paquete bajo el brazo y sosteniendo una bandeja con su comida.

Gracias a los cielos; estaba famélica.

—Sois mi héroe.

El chico se sonrojó.

—Os he conseguido algo especial de postre.

Wilhelmina fijó la vista en la bandeja y descubrió un coco troceado, listo para degustar.

—¿De dónde lo habéis sacado? —preguntó con una sonrisa.

—Tengo mis recursos. Puedo conseguiros casi cualquier cosa.

—¿Incluso a bordo de un barco en mitad del océano?

—Ponedme a prueba.

—¿Un baño caliente?

—Eso es demasiado fácil. Pedid algo más complicado.

—¿Unas enaguas de un color que no me haga sonrojar cuando las lleve puestas?

El chico sí que se sonrojó. De nuevo.

—Ah... Eso. Yo... Cometí un error... Un error imperdonable, pero no sabía, quiero decir, no se me habría ocurrido...

—No pasa nada, Patrick. Solo bromeaba.

—Os conseguiré algo decente. Lo prometo.

Wilhelmina se sentó en la cama y comenzó a dar cuenta de su comida.

—¿Cuándo os alistasteis? —le preguntó.

—Yo no soy un marino de la armada, señorita.

—Pero navegáis a las órdenes del capitán Anderson.

—Porque mi padre es su timonel. Y me está enseñando el oficio. Aunque cree que sería más valioso como intendente.

—Apuesto a que sí. Pero no entiendo cómo podéis viajar a bordo de un barco de Su Majestad.

—La tripulación del capitán es... heterogénea. Marineros de la armada, sí, pero también hombres que han elegido servirle solo a él. Antiguos piratas, como Blackpool o el señor Savage. O mi padre.

—Y el mío permite esta situación...

—Somos la tripulación más temida del Caribe. Y obtenemos resultados. El gobernador es lo bastante listo como para aceptar algunas irregularidades siempre y cuando el trabajo salga adelante con éxito. Y nadie tiene tanto éxito como nosotros.

Ningún otro capitán de la armada, ninguna otra tripulación, había dado caza a tantos piratas como la del Odyssey. Aquel era un barco legendario, y sobre él se extendía un halo de misterio en el que Wilhelmina nunca se había atrevido a zambullirse. Quizá porque odiaba lo que aquellos hombres hacían. O porque el capitán Anderson había sido tan hábil escondiéndose de ojos curiosos como lo había sido acabando con la piratería en el Caribe.

Sea como fuere, había muchos secretos que debía desvelar.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A Nassau.

—¿Para qué?

—Porque allí es donde se reunirá la alianza por última vez antes de asaltar el convoy de oro español.

Así que todo eso era cierto.

—¿Y cómo va el capitán a convencer a esos piratas de que lo dejen unirse a ellos sin entregarme a cambio de formar parte de su empresa?

—No lo sé, señorita. Creo que está pensando en ello.

—¿Cuántos años tiene?

—Ah... No estoy seguro. Algunos menos que mi padre, creo.

—¿Y sabéis dónde nació?

—En una isla de las Bahamas. Cayo Esperanza.

—¿Y qué podéis decirme sobre su familia?

El chico desvió la mirada.

—Tengo que volver al trabajo. Mi padre quiere que lo sustituya al timón.

Pero Wilhelmina necesitaba respuestas. Y Patrick era su mejor opción para conseguirlas.

—¿No os quedáis a hacerme compañía mientras despacho la comida que me habéis traído?

—Me encantaría, señorita, de verdad que sí, pero el capitán es muy estricto en sus órdenes.

—Y no le gustará que me hayáis hablado sobre su pasado.

—Me ha pedido que os dé esto. —Dejó sobre la cama el bulto que acarreaba bajo el brazo—. Volveré más tarde a por la bandeja y os traeré agua para que podáis asearos.

Patrick desapareció antes de que ella pudiera sonsacarle más respuestas.

Mientras tomaba el postre, el sabor del coco le hizo recordar exactamente cómo se había sentido aquella vez, en lo alto de aquel cocotero. Y sintió que algo dentro de ella seguía intacto. Algo le decía que su espíritu no se había quebrado. Quizá estaba tan solo un poco magullado.

Cuando terminó su comida, desenvolvió el paquete que le había entregado Patrick y vio una pastilla de jabón perfumado, un peine y un libro de cuentos. Todo pulcramente ordenado sobre una prístina camisa blanca, similar a la que ella misma había robado días atrás.

Si el capitán Anderson creía que con aquellos presentes iba a apaciguarla, se equivocaba. Ella acababa de descubrir su identidad, pero él estaba a punto de conocer a la verdadera Wilhelmina Nightingale.

La noche había traído consigo una suave brisa que acariciaba las velas como un amante diestro y cuidadoso.

—¿Qué tal llevas nuestro nuevo plan?

Reclinado sobre la barandilla del castillo de popa, Nathan suspiró. No necesitaba que lo presionaran aún más. Era consciente de cuánto se jugaban, del peligro al que se exponían; debía encontrar la solución al problema que tenía entre manos y debía hacerlo ya.

Pero no necesitaba que Jack le formulara la misma pregunta cada vez que se cruzaban.

Lanzó un pequeño silbido y, desde lo alto del palo de mesana, se oyó:

—¡Vete al infierno, Jack!

El señor Savage sonrió.

—Has amaestrado muy bien a mi pájaro. ¿Ahora habla cuando se lo ordenas?

—Me resulta muy útil cuando quiero ahorrar saliva en obviedades.

—Deduzco que eso significa que todavía no tienes nada.

—No. Sin embargo, acepto sugerencias. Soy el capitán, pero el resto de la tripulación, tú incluido, tenéis cerebro.

—Yo de momento me decanto por la opción de Blackpool.

—¿Volarlos a todos por los aires?

—Volarlos a todos por los aires.

—Sabes que en la reunión solo estarán los cabecillas. Y ni siquiera estoy seguro de que Aarhus consiga convencerlos para que se entrevisten conmigo en Nassau.

—Yo no me preocuparía por eso. Puede que Saint-Clair tuviera la idea y que Redskin comande a los hombres, pero si hay alguien con auténtico poder en la alianza, ese es Aarhus. Además, querrán conocerte. Querrán saber del hombre que robó este barco y secuestró a la hija del gobernador. Y los hermanos Jones querrán su oportunidad para hacerse con ella.

Oyeron ruidos de pisadas y vieron cómo la señorita Nightingale emergía de su camarote. Al fin.

Nathan contempló su perfil, iluminado por los faroles que alumbraban la cubierta. Se había cambiado de camisa y lucía el pelo suelto, húmedo y reluciente.

Había usado los objetos que le había enviado con Patrick.

—¿Vas a hablar con ella? —le preguntó Jack.

—No creo que quiera hablar conmigo.

—Entonces lo haré yo.

Jack bajó las escaleras y se acercó a Wilhelmina, que se había colocado con

las palmas apoyadas sobre la borda. Desde donde estaba, Nathan podría escuchar toda su conversación con claridad.

—Señorita Nightingale, me alegro de veros en cubierta —la saludó Jack.

—Señor Savage.

—Espero que no nos guarde rencor.

—A vos no. Y a los hombres tampoco. Es obvio que obedecían órdenes. Él único que debería preocuparse es el capitán.

Nathan suspiró. Sí que estaba preocupado. Más de lo que podía admitir. Que ella estuviera enfadada con él le resultaba casi insoportable.

—Es un buen hombre, señorita —aseguró Jack, lanzándole una mirada de soslayo—. El mejor que conozco.

—Es un mentiroso.

—¿No lo somos todos? Las mentiras a menudo son necesarias para garantizar la supervivencia. En especial cuando se vive en un mundo tan peligroso como el nuestro. ¿Acaso vos nunca habéis fingido ser alguien que no sois?

Ah, el bueno de Jack. Era todo un maestro.

Ella lo miró molesta.

—Jamás he secuestrado a una persona haciéndome pasar por otra. No la he sometido a trabajos forzados, obligado a darse un baño con los tiburones, amenazado con mil y una pesadillas indescriptibles y atemorizado con un destino terrible. Solo para divertirme.

—Creedme que no ha sido divertido para él. Ni para ninguno de nosotros. Tan solo cumplíamos los deseos de vuestro padre.

—Mi padre... ¿Tenéis hijos?

—No. Nunca hubo oportunidad.

—Y si la hubiera habido, ¿recurriríais a cualquier medio a vuestro alcance para que disfrutaran la vida que deseáis para ellos?

—Quizá.

—¿Incluso a costa de su libertad?

La señorita Nightingale acababa de tocar un punto sensible. Y Nathan se preparó para una de esas historias con moraleja que tanto le gustaban a Jack.

—No recuerdo mucho de mi infancia, señorita Nightingale, ni de mi familia. Para mí son sombras que se pierden en las brumas del pasado, retazos de sueños que no estoy seguro de que fueran reales. Me apresaron cuando solo era un muchacho, me metieron en un barco y, cuando llegamos a tierra, me vendieron

como esclavo. Me compró el capitán de un barco, el Risen Star, y pasé a bordo de aquella nave diez años de mi vida. No fueron malos años: aprendí todo lo que debe saberse sobre el manejo de un barco. Sobre las corrientes, los vientos y las estrellas. Hasta que una noche fuimos asaltados por piratas.

—Señor Savage...

Jack...

—Había oído historias, ¿sabéis? Sobre piratas que liberaban a tripulaciones esclavizadas. Y, por un instante, pensé que había llegado el momento. Que por fin volvería a ser libre.

Pero no había sido así. Nathan dio un paso adelante dispuesto a acabar con aquella historia.

—El Leviathan no llegó para liberarnos, sino para atarnos a un sádico que gobernaría nuestros destinos con mano de hierro.

—Redskin...

El nombre fue tan solo un susurro en los labios de Wilhelmina.

El más infame de todos los piratas del Caribe, Balthazar Redskin, que se había ganado el apodo por el color que lucía su piel tras cada uno de sus asaltos, teñida por la sangre de sus víctimas.

Jack solo asintió.

—A veces creemos que el mundo es tal y como lo imaginamos, y no nos damos cuenta de que puede ser mucho más cruel de lo que jamás podríamos haber soñado. Yo he visto el lado más oscuro que la vida puede ofrecer, y os juro que, si tuviera hijos, me aseguraría por todos los medios a mi alcance de que ni un ápice de esa oscuridad pudiera alcanzarlos.

Ella permaneció en silencio un instante.

—¿Cómo acabasteis formando parte de la tripulación del capitán Anderson?

—No lo sé. Creo que me contó una de sus historias sobre un futuro mejor, una vida mejor. Me dejé embaucar por un hombre más joven, más listo y más motivado que yo. Él me ofreció el perdón a cambio de cinco años de servicio. Y yo acepté. Quizá porque tenía su espada en mi cuello cuando me lo propuso. Pero de eso hace ya ocho años. Y seguiré a su lado mientras continúe navegando en este barco. Lo cual puede que sea mucho mucho tiempo, porque, desde que liberamos a Aarhus, el plan del capitán para acabar con la alianza y saldar su deuda se ha ido al infierno.

—¿Qué clase de deuda es la que tiene que saldar el capitán?

—Jack —dijo Nathan desde el alcázar—, tu pájaro está acosando a mi vigía.

En efecto, el loro del contraamaestre revoloteaba alrededor del señor Peabody, picoteando su cabeza cada vez que este se despistaba.

—¿Y quieres que suba a buscarlo?

—Tú lo metiste en mi barco, encárgate de él. Si me encargo yo, tendremos pájaro a la brasa para cenar.

Miró a Wilhelmina y contempló sus ojos cargados de preguntas. Pero él no podía responder a ninguna.

Ella retiró la mirada, se despidió de Jack y se volvió para regresar a su camarote. Al pasar junto a Nathan, le dijo:

—Si algo le sucede al pájaro, responderéis ante mí.

Y desapareció bajo cubierta.

Jack soltó una carcajada.

—Me gusta esa chica.

«Y a mí», pensó el capitán. «Y a mí».

Un poco más tarde, aquella misma noche, Wilhelmina llamó a la puerta del capitán Anderson.

—Adelante.

Entró en el camarote, una estancia mucho más amplia y cómoda que la celda en la que ella se había recluso, y cerró con suavidad.

El capitán permanecía sentado tras su escritorio de madera y dejó los papeles que había estado leyendo para dedicarle toda su atención.

—Gracias por venir a verme, señorita Nightingale. Hay un asunto de extrema importancia que debo tratar con vos.

—Apuesto a que sí. Y apuesto a que incluye una desconsolada petición de ayuda para que solucione el pequeño escollo que los hermanos Jones han interpuesto en el camino de vuestro magnífico plan.

—Habéis acertado.

—La cuestión es, capitán, que me debéis unas cuantas explicaciones. Y no pienso mover un dedo hasta que hayáis respondido a todas mis preguntas.

Él se reclinó sobre la butaca, entrecerró los ojos y le hizo un gesto para que prosiguiera.

—Disparad.

Wilhelmina se adelantó un par de pasos y comenzó a curiosear entre las pertenencias del capitán.

—¿Cuál es vuestro nombre completo?

—Nathaniel Wilhelm Anderson.

—¿Wilhelm?

—Compartimos muchas más cosas de lo que creéis.

Seguro que sí. Pero un nombre era solo un nombre.

—¿Cuántos años tenéis?

—Cumpliré treinta y tres en otoño.

Entonces era nueve años mayor que ella.

Pasó la mano sobre un mapa del cielo y se giró para formular su siguiente pregunta.

—¿Cuál es vuestra constelación favorita?

—¿Habláis en serio?

—Desde luego.

—¿Pensáis utilizar vuestra ventaja para preguntarme mi nombre, mi edad y cuál es mi constelación favorita?

—Solo estoy entrando en calor. También me interesa saber qué color preferís y qué otros secretos me estáis escondiendo. ¿Y bien?

Él pareció confuso.

—Constelación favorita.

—Orión.

Claro. El cazador. Cuál si no.

—¿Color?

—Azul.

—Yo habría apostado por el negro.

—He dicho azul. Como el mar.

—En realidad, el Caribe es verde azulado. Turquesa. Como vuestros ojos.

—Las mujeres y sus nombres para los colores. El mar es azul, la hierba, verde. Punto.

—Además de los loros, ¿hay algún otro animal al que no le tengáis especial aprecio?

—Esta conversación es ridícula.

—No tanto como vuestro plan para darme una lección. O para acabar con la piratería en el Caribe, si a eso nos referimos.

—¿Tenéis alguna objeción a mi forma de llevar a cabo la misión? Hasta ahora nadie se ha quejado.

—Porque no habrán tenido oportunidad. ¿Cómo iba alguien en su sano juicio a cuestionar las prácticas del indubitable capitán Anderson? Sois una especie de dios afincado en la Tierra para salvarnos a todos de las garras de los piratas.

—¿Creéis que soy un dios?

—Creo que sois un impertinente.

—Y yo, que vos sois una ingenua.

Wilhelmina sonrió. Él era bueno. Siempre le habían gustado las discusiones, pero, por desgracia, nunca le había resultado fácil encontrar un rival que estuviera a su altura y que no temiera airar al gobernador poniendo en su sitio a su díscola hija única.

—Os sorprendería descubrir hasta qué punto conozco el mundo en el que vivo.

—Permitidme que lo dude. Ni siquiera sabíais quién era yo.

—Porque sois un hombre inaccesible. ¿Os escondíais por algún motivo en particular?

—No me gustan las multitudes. No soporto las reuniones sociales plagadas de hombres y mujeres ávidos de chismorreos, que solo buscan banalizar una lucha que se está librando a base de sangre, sudor y lágrimas. Y no soporto ser asediado por jóvenes a la caza de un marido que las libre de sus inapetentes e inútiles vidas.

Wilhelmina cogió una figura de vidrio que mantenía en su sitio unos planos y deseó lanzársela a la cabeza.

—¿Habéis urdido ya la forma de entrar en la alianza?

—Estoy en ello.

—¿Vuestro gran ingenio os ha abandonado?

—Solo ha estado un poco distraído.

—Os alegrará saber, entonces, que yo sí tengo un plan.

—¿De veras? —preguntó él.

—No hace falta que sonéis tan incrédulo. Mi linda cabecita es capaz de idear las más inconcebibles historias. Ya deberíais saberlo.

—¿Y por qué queríais ayudarme después de todo por lo que habéis pasado?

—Porque sigo a bordo de vuestro barco. Y sé que no me estáis llevando a casa, luego sois mi única esperanza de regresar sana y salva. Ayudaros a mantener la cabeza sobre vuestros hombros es mi única posibilidad de volver con vida junto a mi padre y poder poner las cosas en claro con él.

—Entonces no os importa mi cabeza...

—No demasiado. Tenéis unos ojos bonitos y unas facciones armoniosas. Seguro que las mujeres encuentran muy atractivos vuestros rasgos...

—Ahorradme los cumplidos e ilustradme con vuestra gran inventiva.

Wilhelmina se detuvo frente a la maqueta de un barco de vela. Estaba realizada en madera y esculpida con todo detalle. No era una réplica del Odyssey. Parecía más ligero, más ágil, incluso, como si su cometido no fuera la guerra, sino llegar a los confines del mundo en el menor tiempo posible.

Era hermoso, también. Como el rostro del capitán, a pesar de lo que había insinuado.

—Habéis liberado al nuevo capitán Aarhus para que os proporcione una entrevista con los miembros de la alianza. Deduzco que él persuadirá a sus socios para que se reúnan con vos ahora que el capitán Theodore Grant se ha quedado sin barco.

—Probablemente.

—Vuestra única esperanza es convencer a esos hombres de que con vos a su lado el éxito de la empresa quedará garantizado. Pero tenéis un pequeño problema: yo.

—Exacto.

—Los hermanos Jones exigirán que me entreguéis, pero ambos sabemos que no podéis hacerlo porque debéis devolverme indemne a mi padre. Por suerte para vos, tenéis la excusa perfecta. Justo frente a vuestros incólumes ojos.

—¿Cómo decís?

—Miradme bien. Tengo todos los dientes, soy fuerte y joven, y estoy en perfecto estado de salud.

—¿De qué diablos estáis hablando?

—¿Acaso no es obvio para el impávido capitán Anderson? ¿El hombre aficionado a los relatos? ¿No sois capaz de pergeñar una historia de amor? Vais a decirles que no podéis entregarme porque os habéis enamorado loca y perdidamente de mí.

Capítulo 14

A la mañana siguiente Wilhelmina decidió pegarse a los talones del señor Blackpool y poner a prueba la paciencia del maestro artillero.

Ahora que ya no era una prisionera obligada a realizar las tareas más arduas, había decidido satisfacer su curiosidad sobre el funcionamiento de un barco legendario e, incluso, contribuir en la medida de lo posible.

Había intentado seguir al vigía, el señor Peabody, pero se rio de ella cuando afirmó que sería muy capaz de escalar a la cofa sin ayuda. También lo había intentado con el timonel, el señor Maguire, que igualmente se rio al oír que su sentido de la orientación era inigualable y que sabía muy bien cómo leer un mapa. Y con el cocinero, el señor Murdock, que no hizo otra cosa sino reírse cuando trató de explicarle cómo preparar un delicioso bizcocho elaborado a partir de granos molidos de la planta del cacao.

Blackpool había sido el siguiente en su lista. Y aunque amenazó con lanzarla por la borda nada más verla aparecer, se resignó a tener una sombra que lo acompañara durante sus labores diarias y que formulara preguntas sobre las particularidades de su trabajo.

Incesantemente.

—¿Cuánta distancia es capaz de recorrer uno de vuestros proyectiles?

—¿Qué sucede si se moja la pólvora?

—¿Cómo os aseguráis de mantenerla seca?

—¿Cuánto tiempo se tarda en recargar un cañón?

—¿Qué número de hombres son necesarios para dispararlo?

—¿Por qué se les llama troneras a las troneras?

Ante su enésima pregunta, Blackpool recurrió a las amenazas.

—Permaneced en silencio u os convertiré en la mujer bala.

—No me dais miedo, señor Blackpool —respondió ella alzando una de sus rubias cejas.

—Yo no hago amenazas en balde, señorita. Al capitán y a Jack podéis manejarlos a vuestro antojo, pero el gobernador no tiene poder sobre mí. El hombre que controla los cañones no le teme a nada.

Y por eso era justo la persona junto a la que quería estar. Porque, si todo se torcía, si el capitán no aceptaba su ayuda o si insistía en usar una excusa diferente a la que ella le había proporcionado, quizá el señor Blackpool fuera su única esperanza.

—Entonces vos tampoco sois un miembro de la marina.

—¿He dicho yo eso?

—Pero no teméis la ira de mi padre.

—¿Debería un hombre con veinte barriles de pólvora tener miedo de otro?

—¿Entonces sí sois miembro de la armada? ¿Dejasteis la piratería y os enrolasteis para servir a las órdenes del capitán Anderson?

—¿Yo? ¡Ja! El gran Moses Blackpool solo se sirve a sí mismo. Si continúo a bordo de este barco es porque ese chico me necesita para seguir con vida. De no ser por mis cañones, hace tiempo que se habría convertido en comida para peces.

—Así que seguís navegando porque os importa ese chico...

—¿He dicho yo eso? ¡Me estáis confundiendo, mujer! Dejad vuestras artimañas y decidme qué queréis saber.

—Cómo habéis terminado aquí, en este barco, sentado conmigo, sometido a mi interrogatorio.

—¿Cómo? Fácil. La culpa es de esos inusualmente grandes ojos azules que tenéis. Con ellos miráis a los hombres como si fueseis un precioso cachorro necesitado de protección. Y los usáis para hipnotizarlos y conseguir de ellos vuestros propósitos.

¿Tanto poder tenían sus ojos? Y ella sin saberlo.

—¿Habláis de estos ojos? —preguntó abriéndolos desmesuradamente para, a continuación, pestañear varias veces.

—Sois como Medusa, pero, en lugar de convertir a los hombres en piedra, vos les ablandáis el corazón.

—Oh, Blackpool. Eso es lo más bonito que me han dicho nunca...

—Bobadas —dijo el maestro artillero quitándole hierro al asunto.

—Bajo ese aspecto rudo y malhumorado, escondéis un alma bondadosa.

—¿Bondadoso, yo? ¡Ja! Dejad que os cuente una historia...

—Oh, no...

La experiencia de Wilhelmina con las historias que había oído a bordo de ese

barco no podría ser peor.

—Me alisté cuando tenía solo quince años —comenzó Blackpool, ignorando su débil protesta—. Mi padre era techador y creí que el mar me depararía un futuro lejos de la pobreza que siempre había conocido. Durante diez años serví a las órdenes de distintos oficiales, hasta que se cruzó en mi camino el capitán Lafferty, un sádico que trataba a su tripulación como si estuviera compuesta de esclavos.

Wilhelmina se encogió y suspiró resignada. Aquel relato no auguraba nada bueno, pero se lo merecía por haber preguntado.

—Todos los hombres tenemos un límite, ¿sabéis, señorita? Cuando se traspasa, nos convertimos en animales. Hubo un motín a bordo del Endeavour. —El maestro artillero calló un segundo, perdido en sus recuerdos—. El capitán y los oficiales perecieron. El resto nos convertimos en convictos, renegados. Piratas.

El pasado de Blackpool era similar al de muchos otros. Hombres que, enfrentados a capitanes crueles, decidían poner fin a su esclavitud y se convertían en aquello contra lo que habían jurado luchar.

—Las historias que se contaban sobre vos no eran las de un sanguinario, sino las de un pirata capaz de hazañas extraordinarias para apresar un barco cargado con un botín de incalculable valor. Erais famoso por no tener rival cuando decidíais disparar vuestros cañones. Me sorprende que el capitán Anderson os apresara.

—No tanto como me sorprendió a mí que lo hiciera. Resulta que el chico sabía que no podría vencerme en el mar, así que lo hizo en tierra, cuando estaba lejos de mis pequeños. Es un cabrón muy listo, quiero decir, un hombre muy listo. Ese muchacho siempre ha sabido cuáles eran nuestras debilidades, quizá porque la sangre pirata corre por sus venas.

—¿Cómo habéis dicho?

—¿Eh? ¿Qué? Oh, fijaos, una bala de cañón. ¿Os gustaría aprender a dispararla?

—¿El capitán era un pirata? ¿Uno de verdad?

—¿He dicho yo eso? Coged esto. —Y dejó caer la pesada esfera en su regazo—. Vamos a hacer unas prácticas de tiro para corroborar que los cañones están en perfecto estado. No queremos que nadie nos pille con el culo al aire... quiero decir, con las bolas al aire, quiero decir... No sé qué quiero decir.

Wilhelmina sonrió.

—Está bien, Blackpool. Hagamos explotar algo.

Una historia de amor.

Iba a presentarse frente a algunos de los más temidos y despiadados piratas del Caribe y les iba a contar una historia de amor.

Cielos. Iban a hacerlo pedazos después de haberse carcajeado en su estúpida cara. Pero tampoco es que a él se le hubiera ocurrido un plan mejor. La historia de la señorita Nightingale era la única que había sobre la mesa. Al menos de momento.

De cualquier modo, esa excusa tampoco le garantizaría un puesto en la alianza. Porque, incluso si le permitían quedarse con ella, al final tendría que entregar una prueba de su lealtad. Una prenda. Y no había ninguna de la que pudiera prescindir.

Observó las velas infladas por el viento y se acercó al señor Maguire para darle instrucciones sobre el rumbo. Llegarían a Nassau justo a tiempo. Después barrió el puente de su nave con la mirada, buscando a la mujer que lo había llevado a esa situación, y no encontró rastro de ella.

La había visto aquella mañana persiguiendo a varios de sus hombres, tratando de ser útil y aprender algo de ellos.

Su espíritu era inquebrantable. No solo era hermosa, sino fuerte como una roca, y no podía entender cómo no había un hombre ahí fuera que la hubiera reclamado como suya hacía tiempo.

Cualquiera se sentiría orgulloso de tenerla por esposa. La vida al lado de una mujer como la señorita Nightingale prometía estar llena de aventuras, de pasión, de sorpresas...

Primero oyó el silbido.

Después, la explosión.

Por último, los gritos de júbilo.

—Pero qué demonios...

Alguien había disparado una bala de cañón desde su propio barco.

—¡Blackpool!

Bajó corriendo al puente inferior. Allí encontró a su maestro artillero aplaudiendo y a su mercancía dando saltos y gritando entusiasmada.

—¡Ha sido impresionante, señorita!

—¡Una más, Blackpool! ¡Una más! ¡Sé que puedo acertarle!

—¡¿Acertarle a qué?! —bramó Nathan.

Los dos se quedaron quietos y se volvieron sorprendidos. En sus rostros se

dibujaron idénticas miradas de inocencia, como si no acabara de pillarlos en falta.

—¿Qué demonios estás haciendo, Blackpool?!

—Calibrar mis cañones.

—¿Con la señorita Nightingale como ayudante? ¿Dónde diablos están tus hombres?

—Supongo que en la cubierta superior, cumpliendo con alguno de tus trabajos.

—Blackpool...

—La culpa ha sido mía —confesó ella—. Sentía curiosidad por el funcionamiento de las armas y le pedí que me hiciera una demostración. Lo lamento mucho, no volverá a suceder.

Seguro que no. Sus delatores ojos azules decían que, en cuanto se diera la vuelta, ella ejercería de nuevo su santa voluntad.

—¿A qué diablos le estabais disparando?

Entonces sí que se encogieron. Pero se atropellaron el uno al otro en sus prisas por soltar la mejor mentira.

—¿Un madero!

—¿Un barril!

Nathan se acercó hasta la tronera y oteó el mar que se extendía frente él. A unas cuantas brazadas de la nave, divisó una pequeña figura de madera. Con la forma de un barco.

—¿Habéis estado disparando a la maqueta de mi prototipo?!

—¿Era una maqueta? —preguntó Blackpool—. Pensaba que era un adorno que habías comprado para decorar tu camarote.

—Sí que parecía un adorno. Y necesitábamos un objetivo.

—Y a la señorita se le ocurrió que un barco, aunque fuera de juguete, sería una buena idea.

—No sabía que era tan importante para vos, capitán.

Y un cuerno. Era rápida inventando mentiras, pero sus ojos siempre la traicionaban. De nuevo se había adentrado en sus dominios y le había birlado uno de sus objetos personales.

—Voladlo —le ordenó.

—¿Cómo? —preguntó ella, sorprendida.

—Prended la mecha. Disparad. Y volad el barco.

—¿Estás seguro, chico? Podemos recuperarlo. Le diremos a Jack que flete

un bote para que lo recojan...

—La señorita Nightingale quería comprobar el funcionamiento de un cañón y ha tenido el mejor maestro que podría encontrar. Ahora va a demostrar que, como aprendiz, está a la altura de su mentor y le va a acertar de lleno a esa maqueta. O, de lo contrario, sufrirá las consecuencias por haber entrado en el camarote de un capitán de la Armada Real y haber robado una pertenencia muy valiosa.

—¿Cómo?

La señorita Nightingale iba de sorpresa en sorpresa.

—Chico, es un blanco muy pequeño... Además, yo lo cogí. Ella no...

—Ella puede asumir las consecuencias de sus actos, ¿cierto?

—Por supuesto —respondió veloz. Alzó la barbilla y se preparó para cumplir la orden que le había dado.

—Fallad y, esta vez, el señor Savage no os salvará de recibir el castigo.

—Nathaniel, te estás extralimitando...

—Cierra la boca, Blackpool, esto es entre la señorita Nightingale y yo.

—No temáis por mí. Soy muy capaz de dar en el blanco.

—Bien. Porque la pena para el robo entre piratas es la pérdida de un miembro valioso. Y entre marineros...

—Dos días de cárcel. Un ratito a la sombra en una celda pequeña y todo solucionado —trató de bromear su maestro artillero.

—El castigo son veinte latigazos.

—Que no recibiré porque acertaré de lleno al objetivo.

—¿Qué tal si le ofreces a la chica tres intentos?

—Tiene uno.

—No necesito más.

Dios, era extraordinaria. Nathan no tenía idea de qué diablos hacía, pero ella le estaba dando una lección que no iba a olvidar jamás.

—Bien, Billie, hazlo como te he enseñado.

—¿Billie?

—La chica necesita un mote. No puede ir por ahí con un nombre que solo le sentaría bien a una mujer anciana a punto de estirar la pata.

—La chica es la señorita Nightingale.

—Pues mientras esté bajo mi mando —sentenció Blackpool—, se llamará como yo decida. Y he decidido que se llame Billie.

—Bien, Billie, no decepciones a tu maestro.

—Haré que os sintáis orgulloso, Blackpool.

Primero dispuso la carga de pólvora en su lugar. Después cogió el proyectil, que debía de pesar al menos doce libras, y lo introdujo por la boca del cañón. Luego orientó el arma. Se inclinó para apuntarla y pareció calcular la distancia, la velocidad a que se desplazaban, incluso el sentido del viento.

Finalmente se volvió hacia él y sonrió.

—Poneos detrás de mí, capitán. No quiero que el retroceso os cause ningún daño.

Con lentitud, hizo lo que ella le pedía y se situó a su espalda, aunque todos sus instintos le gritaban que hiciera lo contrario. Se colocó tan cerca que incluso pudo oler el aroma de la pólvora en su pelo. Ella se removió, como si hubiera notado que la olisqueaba, pero se separó aún más del cañón, casi presionando contra su pecho.

Después prendió la mecha.

Y entonces el arma se disparó.

Bum.

El retroceso la empujó contra su cuerpo y él la atrajo entre sus brazos para protegerla. El agua explotó al contacto con la bala, y Blackpool se asomó a la tronera para verificar si había dado en el blanco.

Nathan no necesitaba que le confirmaran lo que ya sabía.

—¡Le has dado, Billie! ¡Lo has hecho trizas! ¡Eres la mejor armera que he tenido nunca!

Pero ella no miraba el mar. Lo miraba a él. Se había girado entre sus brazos, y estaba tan cerca que solo con bajar la cabeza podría devorar sus labios y saborear la pólvora en su propia boca.

—¿Conmuta eso mi condena por el crimen que he cometido contra vos? —preguntó ella.

Podría haberle pedido la luna en aquel momento y él no hubiera esperado a la caída de la noche para conseguírsela.

—Sí.

—Entonces iré a buscar algo de comer. El temor por la integridad de mi propia piel me ha abierto el apetito. Con vuestro permiso, capitán incivilizado.

Y se alejó de ellos con paso firme.

—Ejem... —masculló Blackpool.

—¿Qué?

—¿Así es como se desarrolla el cortejo entre los jóvenes de hoy en día?

—No sé de qué me hablas.

—Creo que las flores funcionan mejor que la amenaza de castigos corporales.

—Estamos en alta mar. ¿Ves algún jardín por aquí?

—También he oído que los cumplidos surten efecto. Por ejemplo, decirle a una mujer que es bonita, o que tiene los nervios de acero por acertar a un blanco tan pequeño bajo la amenaza de ser azotada con un látigo.

—Eres todo un experto en la materia, Blackpool. Me pregunto por qué nunca te has casado.

—Mi amor verdadero es el mar.

—Entonces quizá deberías aprender a nadar.

—Y tú más vale que recuerdes quién es el padre de la chica. Y lo que te hará si se entera de que has desembalado su mercancía y la has catado sin su permiso.

—Una gran metáfora. ¿Alguna otra perla de sabiduría que quieras compartir conmigo?

Blackpool sacó la pipa del interior de su casaca antes de responder.

—Una mujer con esa puntería es un tesoro. Y hay tesoros por los que merece la pena luchar. Apresta tus armas, chico, porque la batalla acaba de dar comienzo y promete ser legendaria.

Capítulo 15

Todos los miembros de la tripulación comenzaron a llamarla Billie. Era extraño no oír su nombre, aquel que la había acompañado durante tantos años, y empezar a ser reconocida por otro. Por un apelativo que reflejaba un nivel mayor de confianza. Un símbolo de pertenencia.

La puerta del camarote donde se encontraba se abrió, y por ella entró el hombre cuyos dominios había vuelto a invadir.

El capitán Anderson.

El cazapiratas.

Nathaniel.

Nathan.

Nate.

Ni siquiera sabía cómo lo llamaban sus más allegados.

—Tenéis que enmendar esa horrible costumbre de entrar en mi camarote y curiosear entre mis cosas —dijo él.

Billie soltó los planos que había estado inspeccionando.

—Lo haré. Pronto. En cuanto haya tenido ocasión de revisar todos vuestros efectos personales.

—No encontraréis nada comprometido.

—No es eso lo que estoy buscando.

Se volvió y se enfrentó a él. Sobre su ojo izquierdo lucía el parche que el capitán Blackhawk había usado durante varios días.

—Podéis llamarme Billie, el Tuerto —bromeó—. No resulta cómodo, por no mencionar la pérdida de visión. Imagino que no debió de resultaros sencillo llevarlo a todas horas solo para ocultarme vuestra identidad.

—No fue solo por vos. Era parte de mi disfraz. Para hacer el conjunto más realista y que el recuerdo de mi persona fuera el de un hombre con un solo ojo. Las personas no suelen recordar las caras. Dadles un rasgo definitorio y será lo

único que puedan describir con el paso del tiempo.

—¿Vais a poner en práctica mi plan? —preguntó, dirigiendo la conversación hacia donde ella deseaba.

El capitán se sentó en la cama, con una pierna apoyada sobre el colchón, y la observó detenidamente.

—Sí.

—Bien. ¿Hay algo que os gustaría saber sobre mí para dar más credibilidad a nuestra historia de amor?

—¿Cuál es vuestro segundo nombre?

—Augusta.

—Cielos... Blackpool ha hecho bien al rebautizaros.

—Me gustan mis nombres. Los dos.

Aunque el de Billie despertaba algo que durante años había permanecido adormecido en su interior.

—¿Cuál es vuestro color favorito? —continuó él.

—El azul.

—¿Y vuestra constelación favorita?

—Orión.

—¿Me estáis dando las mismas respuestas que yo os ofrecí para que parezca que somos totalmente compatibles?

—No. Puede que simplemente lo seamos.

Tan distintos por fuera y, al mismo tiempo, tan similares por dentro.

Se quitó el parche de la cara y lo lanzó en su dirección. Él lo atrapó al vuelo. Su agilidad era asombrosa, y constatarla le provocó un aleteo en el vientre.

—Vos y yo vivimos en mundos diferentes —dijo—. El vuestro es tan amplio como el mismo mar. No hay en él barreras infranqueables, ni fronteras que os impidan recorrerlo a vuestro antojo. El único límite es el horizonte. Mi mundo, por el contrario, es mucho más pequeño, reducido a las dimensiones de una isla en medio de un vasto océano, a las cuatro paredes de una mansión donde un hombre controla todos mis movimientos. Y, sin embargo...

Guardó silencio un segundo.

—Continuad.

—Al caer la noche, ambos contemplamos el mismo cielo estrellado.

Él rozó el parche con el pulgar y Billie sintió la caricia en su propia piel.

—En realidad, las estrellas ocupan posiciones diferentes en otras partes del mundo.

Hombres.

—Era una comparación perfecta y acabáis de estropearla.

El capitán se puso en pie y se alejó hacia su escritorio, como si su conversación hubiera perdido interés y estuviera preparado para centrar su atención en algo más urgente. O con más atractivo.

—¿Sentís algo?

Él se dio la vuelta con una interrogación en su apuesto rostro.

—¿Sentís algo por mí? —reiteró Billie.

—¿Qué me estáis preguntado?

—Cuando me tocáis, cuando me besáis e introducís vuestra lengua en mi boca, ¿sentís algo? ¿O solo fingís? Nelly, mi doncella, asegura que los hombres no pueden simular la pasión, pero creo que vos seríais la excepción que confirma la norma. Manifestáis ser capaz de ver a través de mí, de saber cuándo miento tan solo con mirarme a los ojos. Pero para mí vos sois un misterio. Y no tengo la más remota idea de lo que pasa por vuestra mente cuando estáis a mi lado. Como ahora.

—¿Qué sentís vos?

—Fuego.

—¿Y de verdad creéis que podría permanecer indiferente mientras ardéis en mis brazos?

Ojalá la respuesta a esa pregunta fuera «no».

—Una vez me referí a vos como el impávido capitán Anderson.

—Deberíais marcharos, volver a vuestro camarote y dejar de jugar a este juego. Podríais lastimaros.

—No hay quién os entienda...

Asió el pomo de la puerta y la abrió para abandonar aquella habitación y a aquel hombre tan difícil de descifrar. Pero no pudo dar un solo paso. Él cerró de nuevo con un golpe seco sobre su cabeza y la obligó a mirarlo.

—¿Creéis que podría fingir esto?

Le tomó una mano y se la llevó al pecho, a la altura del corazón. Latía inusualmente acelerado, y el de Wilhelmina no tardó ni un instante en acompañarse a su ritmo.

Él se inclinó y susurró junto a oído.

—¿Creéis que podría fingir esto?

Le alzó una pierna, colocándola junto a su cadera, y la apretó contra su cuerpo.

Un fogonazo la recorrió por entero cuando la estrechó con fuerza, y un gemido ahogado escapó de su garganta al notar la excitación de él presionando su vientre.

Incluso ella sabía que ciertas reacciones no podían provocarse con premeditación. Lo miró a los ojos y vio el fuego que ardía en sus profundidades.

Con un jadeo, se aferró a su camisa y atrajo su boca para besarlo. Él respondió al asalto con una pasión tan abrasadora como la suya, y juntos se abasaron en una hoguera de deseo que parecía no consumirse jamás.

Se ciñó a él con más ansia, ofreciéndose entera, saboreándolo con sus labios y su lengua, enredando los dedos en su espesa melena. Y él la levantó para estrecharla aún más contra su cuerpo, apretando sus nalgas, haciéndole sentir hasta que punto su deseo era real y no fingido.

Wilhelmina poseyó sus labios, sus caderas, su cuello, su espalda, su pecho. Y él se dejó esclavizar, resistiendo cada embate, entregándose por completo. Pero, finalmente, con un gemido desesperado, se alejó de ella, desanudando sus cuerpos, tratando de sofocar el incendio que habían provocado en ellos.

—Por todos los infiernos... —masculló, torturado.

Wilhelmina, en cambio, se sentía llena de vida, excitada, imparable. Se mordió el labio inferior, anhelando volver a tenerlo en sus brazos, justo cuando él se volvió para enfrentarla.

—No se os ocurra mirarme así.

—¿Cómo? —preguntó ella, fingiendo inocencia.

—Lo sabéis muy bien. Como hacéis siempre que estamos cerca el uno del otro. Manteneos apartada de mí.

—¿Por qué?

—Porque no deseo que volváis a besarme jamás.

—Mentís.

—¿Ahora sí sois capaz de leer lo que dicen mis ojos?

—Acercaos un poco. Este lugar no está muy bien iluminado. Dejad que os vea mejor.

—Ni hablar. Salid de mi camarote. Ahora. Y no regreséis por aquí. Nunca.

Wilhelmina sonrió. Jamás en su vida había sentido tanto poder como en aquel instante. Y debía reconocer que resultaba embriagador.

—Como gustéis, capitán. Lamento haberme sobrepasado con vos. Respetaré vuestros deseos y no volveré a molestaros.

—Billie.

—¿Sí, mi capitán?

Él frunció el ceño al oír ese posesivo.

—¿Tengo vuestra palabra de que os mantendréis alejada de mí?

—Desde luego, capitán. Todo lo lejos que este barco me permita.

Cuando abandonó el camarote, se recostó sobre la puerta. Se tocó los labios hinchados y una sonrisa se dibujó en su rostro.

No iba a hacer honor a su promesa.

Fue como darle munición a la mejor tiradora que hubiera conocido jamás. Nathan debería haber mentido, haberle dicho que no sentía nada cuando ella lo acariciaba. Cuando lo besaba. Cuando le enredaba los dedos en el pelo y lo tentaba con su cuerpo.

Confesar la verdad había sido un paso en falso. Confiar en que ella cumpliría su promesa y se mantendría alejada, una ingenuidad.

A la mañana siguiente lo estaba esperando junto a su puerta. Y se mantuvo a su lado durante todo el día. Aquella jornada, en lugar de seguir a sus hombres, se dedicó a seguirlo a él.

No lo tocó ni una sola vez. Pero allá donde fuera, estaba ella. Y cada vez que miraba en su dirección, se encontraba con sus vigilantes ojos azules.

—¿Tienes una sombra? —le preguntó Jack cuando logró dar esquinazo a Wilhelmina.

—Una maldición —respondió él.

—¿Seguro? Parecías muy contento mientras ella te contaba esa historia sobre la vez en que se deshizo de uno de sus pretendientes arrojándolo por una ventana.

Porque era divertida. Y, aunque en el pasado hubiera dicho lo contrario, una narradora excepcional. Él conocía muy bien el poder que tenían las historias. La atracción que generaban, el control que podían llegar a ejercer sobre los hombres. Su magia. Billie era una hechicera de las palabras.

—A mí me tiró por la borda, así que me alegra saber que no fui el único al que casi mata por haberla enfadado.

—Deberías andar con cuidado o tu coartada terminará por convertirse en realidad.

—Sé lo que hago.

—¡Señor Savage! —dijo ella, apareciendo de la nada—. Os alegrará saber que he conseguido que vuestra mascota aprenda una frase nueva.

—Algo más amable, espero.

Ella sonrió y se encogió de hombros. Nathan empezaba a conocerla lo suficiente como para saber que tramaba algo.

—Mucho más amable.

—¿Qué diablos le habéis enseñado al pájaro? —preguntó Nathan, temiéndose lo peor.

—Os lo mostraré.

Lanzó un silbido y el loro voló desde una de las vergas hasta posarse en su antebrazo.

—Bien, Lucille...

—¿Lucille? —repitió Nathan alzando una ceja.

—¿Le habéis puesto nombre a mi pájaro?

—Desde luego. ¿Cómo si no iba a obedecer cuando le diera una orden? «Pajarraco» es un término con el que no se siente identificada...

—¿Es una hembra?

—No podría asegurarlo. Pero no me gusta ser la única mujer a bordo, así que de ahora en adelante lo será. Capitán, necesitaré vuestra colaboración.

—Ni hablar.

—¿Acaso os da miedo esta pequeña belleza? —preguntó mientras acariciaba el plumaje multicolor de Lucille.

—Ella no, vos.

—Soy totalmente inofensiva.

—Y un cuerno.

—El chico colaborará. —Jack accedió gustoso en su nombre.

—Lucille es un poco tímida, pero le gustaría pedirnos algo, capitán. El problema es que necesita saber de antemano que vuestra respuesta será afirmativa.

—Esto no me gusta...

—El cachorro acepta encantado todo lo que Lucille tenga a bien proponerle.

—¡Sí, capitán! ¡No decepcionéis a la dama!

Los muchachos se habían reunido en torno a ellos y permanecían atentos a lo que Billie había preparado.

—¿Y bien?

—De acuerdo.

—Decídselo a Lucille.

Nathan gruñó, pero ella se mantuvo firme.

—No hablará a menos que vos lo hagáis primero.

—Sea cual sea vuestro deseo, Lucille, lo cumpliré con gusto.

—Maravilloso. —Acarició al loro y se inclinó hacia él, como si fuera a susurrarle al oído—. Díselo, Lucille. Pídeselo.

—Dame un besito, capitán.

Al escuchar la descarada súplica del pájaro, todos los miembros de la tripulación estallaron en carcajadas. El estruendo pareció asustar al animal, que salió volando antes de que Nathan se viera obligado a cumplir su promesa.

—¡Tendréis que subiros a las jarcias, capitán, para darle un besito a vuestra dama!

—Sí, cachorro —terció Jack sonriendo—. Ve a por ella.

—Creo que me haré de rogar. ¡Y ahora, volved todos a vuestros puestos! —ordenó a los muchachos—. ¡Y recordad que la dama ya ha elegido un pretendiente, así que nada de intentar propasaros con ella!

Los hombres, Jack incluido, retornaron a sus quehaceres de buen humor.

Billie permaneció a su lado, observándolo con una enorme sonrisa en la cara.

—Muy divertido.

—Lucille es una chica muy lista.

—Casi tanto como vos. ¿Sabéis que estáis incumpliendo lo que me prometisteis?

—Lo sé.

—¿Vais a dejar de hacerlo?

—No.

—Estáis jugando con fuego...

—Será porque deseo quemarme.

Sin embargo, a pesar de esas palabras, le dio una tregua. Lo dejó solo, retirándose con un contoneo de caderas que encendió una hoguera en sus entrañas. El pájaro descendió para posarse sobre su hombro.

—Tu adiestradora me va a volver loco —confesó.

—Dame un besito, capitán.

Y el capitán hizo realidad su deseo.

Capítulo 16

Al día siguiente, antes del atardecer, arribaron a las costas de Nassau. Wilhelmina subió a cubierta una vez que el ancla se hubo afianzado en el lecho marino, preparada para el encuentro con los miembros de la alianza.

—Me siento tentado de dejaros en el barco.

Se dio la vuelta y se encontró de nuevo cara a cara con el capitán Blackhawk.

Nathaniel vestía completamente de negro y se había colocado el parche sobre el ojo izquierdo. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. La primera vez que lo había visto había sentido exactamente lo mismo. Temor, y la más pura excitación que pudiera recordar.

—Me necesitáis.

—En realidad, no. Podría decirles que me harté de vuestra cháchara y os lancé por la borda.

—No soy famosa por mi incontinencia verbal.

—Ja. ¿Cuántas historias me habéis contado en estos pocos días?

—Casi tantas como las que me habéis contado vos a mí. Además, eso no me convierte en una muchacha frívola que parlotea sin cesar, sino en una narradora muy prolífica.

—Será peligroso —dijo él, retomando el tema—. No estarán todos los miembros de la alianza, solo sus cabecillas, pero debéis hacer todo cuanto os diga, cuando os lo diga y... sin rechistar. No quiero oír ni una sola palabra salir de vuestra boca.

Wilhelmina arqueó una ceja.

—¿Me llevaréis amordazada?

—No me tentéis.

—Yo la protegeré —prometió Blackpool, colocándose a su lado—. Junto a mí estaréis segura, Billie. Nadie se atreverá a desafiar al legendario y temido y peligroso y...

—... y pagado de sí mismo Moses Blackpool —terminó el señor Savage—. Cielos, amigo, nadie se te encara solo por no tener que escuchar tu incesante palique. A ti es a quien deberíamos llevar amordazado.

—Tú y yo —dijo el maestro artillero señalando primero el pecho de Jack y después el suyo propio— tendremos una charla cuando todo esto termine.

—Entonces espero no salir con vida —sentenció el contramaestre.

—No bromees con eso —lo amonestó Nathan. Y su expresión se tornó aún más oscura.

Wilhelmina sintió la gravedad que lo recorría en sus propios huesos e instintivamente se aproximó más a él. Como si su mera presencia pudiera apaciguarlo, y sus dotes para adiestrar aves locuaces pudieran servir también para amaestrar al halcón negro que se retorció inquieto en el interior del capitán.

Él la perforó con su mirada, de nuevo incompleta, y le tomó la mano para ayudarla a bajar hasta el bote que los llevaría a la playa.

La mitad de la tripulación abandonó el Odyssey y caminó por la arena hasta el lugar que el capitán Aarhus les había señalado, una cueva horadada en el acantilado que protegía la cala en el extremo norte.

La entrada estaba custodiada por dos guardias que, apoyados contra la roca, parecían aburridos. Uno de ellos emitió un silbido al verlos llegar.

—Caramba —dijo—, qué cantidad de hombres armados.

—Y qué preciosidad de mujer —comentó con una sonrisa su compañero.

Nathan se tensó a su lado.

—Venimos a la reunión.

—Santo y seña —respondió el que había hablado primero.

—¿Santo y seña? —repitió Blackpool—. ¿Qué tal este santo —sacó su sable — y esta seña? —Desenfundó su pistola.

—No.

—Os queda solo una oportunidad de acertar.

—Me los voy a cargar —aseguró el maestro artillero.

—Esto es obra de Christopher... —confirmó el capitán.

—Sí.

—Deja que los degüelle. Será un segundo.

En ese instante el falso capitán Aarhus hizo su aparición.

—¿Así es como me das las gracias por invitarte a participar en nuestra reunión? —le preguntó a Nathan—. ¿Amenazando a mis hombres?

—¿Podemos pasar ya?

—Sois demasiados. La invitación a la fiesta era solo para el capitán y su hombre de confianza. Y para la dama que quiera acompañarlos, por supuesto.

Aarhus se llevó un dedo a los labios, y Wilhelmina supo que estaba rememorando el beso que le había robado.

Esbozó una amplia sonrisa cuando la punta de un sable se acercó al cuello del Impostor y presionó contra su bronceada piel.

—¿Qué te dije en Tortuga? —El tono de Nathan fue bajo y letal.

—No la he tocado. Estoy a tres pasos de ella.

—Demasiado cerca.

El capitán Aarhus inclinó la cabeza y entornó los ojos para observarlos a ambos.

—Esto va a ser muy, pero que muy divertido. Elige a uno de tus hombres; el resto se queda fuera.

—Jack entrará conmigo.

—¡¿Cómo?! —estalló Moses—. ¡No pienso permanecer al sol mientras vosotros seguís a este rubito al interior de la boca del lobo!

—¿Rubito? —preguntó el rubito capitán Aarhus.

—Blackpool —señaló el capitán—, te quedas al mando. Si en una hora no hemos salido, ya sabes lo que debes hacer.

—Pero...

—Nada de peros.

El maestro artillero refunfuñó furioso por tener que obedecer una orden directa. Pero antes de que se adentraran en la cueva, le envió una última amenaza a Aarhus.

—Si le pasa algo a ella, te arrancaré uno a uno los pelos de tu rubia cabecita, te llenaré todos los orificios del cuerpo de pólvora y me sentaré a contemplar cómo haces bum.

Aarhus se limitó a sonreír, pero, mientras avanzaban por el estrecho acceso a la cueva, se volvió para preguntar:

—¿A qué viene esa obsesión con mi pelo?

El pasadizo se ensanchó hasta desembocar en una gruta mucho más amplia de lo que Wilhelmina hubiera imaginado. Era casi circular, con un techo que se elevaba a gran distancia del suelo y el enorme tronco retorcido de un árbol muerto justo en el centro.

Estaba iluminada por el brillo de varias antorchas, y allí Wilhelmina descubrió a los hermanos Jones codiciándola con los ojos. Sin embargo, fue el

hombre que permanecía recostado contra el tronco quien le provocó un estremecimiento de puro temor.

Balthazar Redskin.

No era un tipo corpulento. Alto, sí, pero también esbelto, con los ojos oscuros y el pelo lacio del color de la arena que pisaban en aquel momento. Por las arrugas que surcaban su rostro, Wilhelmina dedujo que debía de tener unos años más que Jack, quizá los mismos que su propio padre. Pero su frialdad era contagiosa, y su crueldad se expandía en oleadas imposibles de repeler.

—Vaya, vaya, vaya. Mirad a quién tenemos aquí —dijo—. El hombre del que todos hablan, la joven más famosa del Caribe y, ¿qué ven mis ojos?, su perro guardián renacido de entre los muertos.

—Redskin —lo amonestó Aarhus.

—¿Qué? ¿No se me permite disfrutar de este momento? Estamos a punto de convertirnos en reyes y me alegra saber que los esclavos vuelven a tener amo.

—Cierra la boca o...

—¿O qué? ¿No tengo razón? Dinos, Jack, ¿cómo has conseguido regresar desde el infierno? Celebré una fiesta grandiosa el día en que el capitán Anderson te colgó del palo mayor de su barco —dijo mientras acariciaba una cicatriz que dividía su garganta en dos.

El señor Savage no pronunció una sola palabra, pero Aarhus lo hizo en su lugar.

—Lástima que la suerte no acompañara la noche en que te rajó el cuello para escapar de tu nave.

—Sin duda, ¿verdad, muchachos?

—Una auténtica tragedia —concedió Jasper Jones.

—Una inmensa fatalidad —corroboró Casper Jones.

—Aseguraos de domarlo bien, capitán Blackhawk. Os puedo asegurar por experiencia que no se trata de un perro fiel...

Wilhelmina dio un paso al frente, pero él la sujetó por un brazo.

—Falta Saint-Clair —fue lo único que respondió Nathaniel.

¿Eso era todo? ¿No iba a defender a Jack de los ataques de aquella escoria humana?

—Sí, nuestro amuleto de la suerte. Estaba por ahí, meando. ¡¿Has terminado de vaciar tu diminuta vejiga, Saint-Clair?! Estoy deseando empezar nuestra reunión —aseguró Redskin.

Del fondo de la cueva surgió una sombra que se movía titubeante. La

leyenda decía que el capitán Saint-Clair llevaba una pata de palo, pero Nathaniel le había asegurado que conservaba las dos piernas y que solo se trataba de un defecto al caminar.

El hombre que se acercó hasta ellos no era tan alto como Nathan o Jack. Ni tan corpulento. Llevaba el pelo castaño encrespado, y su cojera se acentuaba con cada paso que daba.

Cuando llegó a su altura y la luz de las antorchas iluminó su rostro, Wilhelmina ahogó una exclamación.

Porque el pirata a quien el mundo entero conocía como Saint-Clair no era otro que Tobias Raleigh.

El niño que la había acompañado en su viaje desde Inglaterra al Caribe.

El niño al que ella había dejado tullido.

Todavía podía oír el ruido de los huesos al quebrarse contra la cubierta del barco.

El día en que Aarhus, el auténtico Aarhus, abordó el navío de línea en el que viajaba, Wilhelmina se encaramó a la cofa y allí permaneció hasta bien entrada la noche. No hubo forma de hacerla bajar, y el pequeño Tobias subió para intentar persuadirla. Sin embargo, sus tácticas resultaron ser inadecuadas.

—¿Lloras porque ese pirata no te llevó con él? —le preguntó—. ¿De verdad creías que te convertirías en una de ellos? No eres más que una niña que no sabe nada sobre barcos y que vomita en cuanto el mar se revuelve un...

Wilhelmina se abalanzó sobre él y lo golpeó con todas sus fuerzas, descargando en su escuálido cuerpo la furia que la consumía por dentro. Ambos se precipitaron al vacío. Si la tabla de jarcia del palo de mesana no hubiera amortiguado su caída, podrían haber muerto.

En cambio, Wilhelmina salió ilesa y Tobias acabó con una pierna rota que, al parecer, no había sanado bien.

—Volvemos a encontrarnos, Wilhelmina —la saludó él con una sonrisa.

—Tobias.

—¿Lo conocéis? —preguntó Nathan a su lado.

—La señorita Nightingale es la responsable de que en los días de lluvia sea incapaz de levantarme de la cama.

—¿Lo dejasteis tullido?

—Fue un accidente —trató de disculparse ella.

—Dejadme adivinar: lo lanzasteis al vacío desde un balcón.

—Desde la cofa de un navío de línea de la Marina Real —apuntó Tobias.

—Increíble.

—Tobias, no sabéis cuánto lamento...

—¿Lamentar? Me hicisteis un favor. Mi lesión me impidió seguir los pasos de mi padre. La armada habría sido para mí un destino peor que la muerte. Además, desde que sufrí aquel accidente, la suerte no ha dejado de sonreírme.

El capitán Saint-Clair era famoso por su buena fortuna. Su barco jamás había sido apresado, nunca había atravesado una tormenta peligrosa, nadie había sido capaz de herirlo.

Tan proverbial era su buena estrella que había conseguido aglutinar a los últimos piratas del Caribe en una aventura que los convertiría en leyendas.

—Entonces, ¿no me guardáis rencor?

—No. Os estoy agradecido, y por eso quedaréis a mi cargo cuando el capitán Blackhawk os entregue como pago por entrar en nuestra alianza.

Los hermanos Jones estallaron en protestas.

—¡Redskin! Nos prometisteis una recompensa.

—¡La chica es nuestra!

—¡Ya basta! —gritó Redskin—. La hija del Gobernador de Hierro permanecerá a mi lado hasta que me decida a pedir el rescate de un rey por ella.

—¿Sabes qué deberías pedir, Redskin? —intervino Aarhus—. Al capitán Anderson. Podrías intercambiarla por el cazador de piratas y disfrutar desollando vivo a ese bastardo...

Echó un vistazo hacia Nathaniel y sonrió.

—No es mala idea. Me encantaría tener por fin a ese cabrón cara a cara y ver cómo se retuerce de dolor.

Wilhelmina trató de abrir la boca, pero el capitán le apretó el brazo, forzándola a guardar silencio.

—En realidad —aclaró Nathan—, la señorita Nightingale se queda conmigo. Yo la secuestre y he decidido que no deseo deshacerme de ella.

—¿En serio? —respondió Redskin con un gesto lascivo—. No me lo digáis. Le habéis tomado cariño.

—Lo cierto es que ha sido mi maestro artillero quien se ha encariñado. Creo que desea convertirla en su aprendiz.

—Yo la convertiría en mi aprendiz... —comenzó Jasper Jones.

—... atada a mi cama —terminó Casper Jones.

Los gemelos se rieron, y Wilhelmina sintió cómo Nathan se preparaba para atacar. Pero fue el capitán Aarhus quien, de improviso, le asestó un puñetazo en

la cara al último que había hablado.

—Gracias —le dijo Nathan.

—¿Por qué diablos has hecho eso, Aarhus?! —gritó el pirata apretándose la nariz.

—No soporto las bromas groseras —aseguró el capitán.

—Demuestran una gran falta de inteligencia —coincidió Nathan.

—No como la ironía.

—O el sarcasmo.

—Un buen juego de palabras.

—Aunque la violencia tiene sus ventajas.

—Sobre todo romper narices.

—El crujido es lo mejor.

—¡Suficiente! —gritó Redskin—. Si queréis entrar en la alianza y ocupar el lugar de Grant, necesitaréis mucho más que el apoyo de Aarhus.

—Os he demostrado que mi tripulación es mejor que cualquiera de la de los capitanes que forman esta coalición. Volamos el fuerte Charles y liberamos a uno de los vuestros. Robamos el orgullo del capitán Anderson. Secuestramos a la hija del Gobernador de Hierro y hundimos el barco de Theodore Grant en el fondo del mar. Y todo lo hicimos sin una sola baja. ¿No es prueba suficiente de que tenernos a vuestro lado será una garantía de éxito?

—Yo creo que tiene razón, Redskin —defendió Saint-Clair.

—Queremos a la chica —dijeron los hermanos Jones al unísono.

—Por encima de mi cadáver —gruñó Nathan.

—Si deseáis parte del botín —continuó Redskin—, antes tendréis que pagar un precio. Demostrar vuestra lealtad a esta alianza. Hacer un sacrificio como prueba de que estáis dispuesto a poner vuestra vida al servicio de nuestra causa.

—Os daré algo que lleváis mucho tiempo queriendo.

Wilhelmina no sabía a qué podía referirse, pero, aun así, el miedo se enroscó en su espina dorsal como una serpiente a punto de atacar.

—¿Qué podríais entregarme? —preguntó el pirata.

Jack dio un paso al frente y habló por primera vez desde que habían entrado en la cueva.

—A mí.

Capítulo 17

El trato era sencillo.

A cambio de un puesto en la alianza y de una parte del botín que obtendrían asaltando el convoy de oro español, el capitán Blackhawk iba a poner la vida de su contramaestre, de su amigo, en manos del hombre que deseaba verlo muerto.

—No podéis... —comenzó Wilhelmina.

—Recordad lo que os pedí.

Nathaniel la fulminó con la mirada, obligándola a guardar silencio.

—¿Aceptáis el trato? —le preguntó a Redskin.

—Queréis endosarme a vuestro perro.

—No. Lo que estoy haciendo es ofrecer como aval de mi lealtad al hombre más valioso de mi tripulación. Quedará bajo vuestra custodia, y así sabréis que me esforzaré al máximo por llevar a cabo vuestro plan y que no me atreveré a traicionar vuestra confianza. Cuando llegue el momento de repartir el botín, Jack volverá a mi lado. Intacto.

Pero Wilhelmina sabía que la vida del señor Savage correría peligro. Porque Nathan no iba a asaltar el convoy, iba a dar caza a aquellos hombres. Y en cuanto descubrieran su traición, la vida de Jack no valdría nada para ellos.

No podían sellar ese pacto.

—¿Cómo gobernaréis el barco sin un contramaestre? —preguntó uno de los hermanos Jones.

—Mil veces mejor que vos el vuestro.

—Trato hecho —aceptó Redskin—. Casper, Jasper, ponedle la correa a mi nueva mascota.

Wilhelmina clavó la mirada en el señor Savage, pero su rostro era una máscara impenetrable que no dejaba entrever ninguna emoción.

El suyo, en cambio, debía de mostrar a quien quisiera verlo el horror que sentía en aquel momento.

—Ocuparéis el lugar de Grant, lo cual significa que tendréis que despachar al navío que irá en vanguardia, junto con el capitán Aarhus. Atacaremos en una semana, al amanecer. Cuando el convoy atraviere las islas de los Cangrejos —dijo, refiriéndose a un pequeño archipiélago en aguas de poco calado que debía navegarse con extrema precaución y en el que la tierra solía estar cubierta por un manto de crustáceos—, se verá obligado a romper su formación. Lo estaremos esperando a la salida.

—Demasiado peligroso. Es el lugar perfecto para una emboscada. Si nos descubren antes de que todos los barcos hayan cruzado la barrera de los cayos, podrían quedarse rezagados y jamás tendríamos acceso a ellos.

—Cierto. Pero esperarán el ataque de un solo pirata. No a todos nosotros. Aguardaremos hasta que estén en mar abierto. Enfilarán hacia el este, pero al alba, con el sol de frente, vuestro barco y el de Aarhus serán invisibles. Poseéis las naves más rápidas de la alianza: llegaréis los primeros y comenzaréis el ataque. Nosotros nos aproximaremos después desde el norte y el sur. Los cercaremos y hundiremos a los escoltas en el fondo del Caribe. El tesoro será nuestro. Y después... no habrá quién pueda detenernos.

Un frío agudo se instaló en el interior de Wilhelmina. Si su plan tenía éxito y Nathan era incapaz de pararlos, aquel hombre se convertiría en indestructible. Los piratas no desaparecerían. Reinarían en el Caribe, pero bajo el gobierno de un carnicero sin corazón.

—Una semana. Al amanecer. Mis hombres y yo estaremos preparados.

—Bien.

—Si cuando volvamos a encontrarnos veo un solo rasguño en el señor Savage, os arrancaré el corazón del pecho con mis propias manos. Y después me quedaré con vuestra parte del botín.

Redskin prorrumpió en carcajadas.

—Lo segundo, sin duda, me dolerá mucho más que lo primero. Largaos y preparaos para la batalla de vuestra vida.

Nathaniel lanzó una última mirada a Aarhus, y el capitán hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Wilhelmina se dirigió a Saint-Clair y susurró solo para sus oídos:

—Aseguraos de que no sufra ningún daño, Tobias, o me encargaré de que vuestra suerte cambie. Yo os entregué la fortuna y yo puedo arrebatárosla. Tenedlo en cuenta.

Nathaniel tiró de ella para sacarla de la cueva, pero no pudo evitar que fijara

su mirada una última vez en Jack. En su figura estoica y serena. En su pañuelo rojo. En sus puños apretados a la espera de que los hermanos Jones lo cubrieran de cadenas.

Cuando regresaron a la playa, Wilhelmina se soltó de su agarre como si quemara.

—¿Qué acabáis de hacer?! ¡No podéis dejar al señor Savage en manos de esos monstruos!

—¿Monstruos? No era así como os referisteis a ellos en el baile del gobernador. No eran monstruos entonces, sino hombres que merecían vuestro respeto y admiración.

—Balthazar Redskin y los hermanos Jones jamás fueron objeto de mi admiración. ¿Cuál es vuestro plan? ¿Cómo vais a recuperarlo? ¿Por qué teníais que dejarlo en manos de su mayor enemigo?

—¡Porque él se ofreció! —estalló Nathan—. ¡Porque sabía que esa era la única forma de garantizar mi puesto en la alianza! ¡Porque la otra alternativa consistía en entregaros a vos, y esa era una opción que nos habría conducido a todos a la muerte! Ni se os ocurra cuestionar mis motivos. Todo esto lo estoy haciendo por vos. Porque, desde que vuestro padre me obligó a cargar con su preciada mercancía, he tenido que modificar mis planes, ¡y ahora acaba de costarme la vida de mi mejor amigo! ¿Queréis culpar a alguien por lo que acaba de pasar ahí dentro? Hacedlo. Culpaos a vos misma. Porque sois la única responsable.

Echó a andar hacia los botes con el resto de la tripulación pisándole los talones.

—No temáis, Billie —la tranquilizó Blackpool—. Jack es fuerte, y el capitán Aarhus no dejará que nada malo le pase.

—¿Por qué?

—Porque se lo debe a Nathaniel. No le tengáis en cuenta al muchacho lo que acaba de deciros. Era su rabia la que hablaba; no tenéis la culpa de nada. Vivimos en un mundo cruel y a veces debemos tomar decisiones difíciles. Por suerte, contamos con un elemento decisivo del que ellos carecen.

—¿Cuál?

—Yo.

Wilhelmina no pudo esconder una diminuta sonrisa.

—Jack estará bien, Billie. Ahora, volvamos al barco. Debemos empezar a preparar mis cañones.

Y aunque sabía que la estaba incluyendo en sus planes solo para animarla, Wilhelmina deseó formar parte de aquello. Participar de algún modo para asegurarse de que el sacrificio de Jack no fuera en vano.

Sin embargo, no podía quitarse de encima la sensación de que el precio de aquella operación iba a ser mucho más alto de lo que nadie esperaba pagar.

—Quiero una disculpa.

Nathan se arrancó el parche nada más saltar sobre la cubierta del Odyssey.

—Señor Maguire —dijo, ignorando los deseos de Blackpool—, poned rumbo a Port Royal.

—A la orden, capitán.

—¿Me has oído?

Sí. Lo había oído.

—¿Y por qué te debo una disculpa, Blackpool?

—A mí no. A Billie. Has sido muy duro con ella, y no se lo merecía.

Cierto. Había volcado sobre ella toda la rabia que sentía bullir en su interior. Había sido injusto, pero en poco tiempo sus caminos volverían a separarse y quizá fuera mejor así.

—Sabes muy bien, muchacho, que nada de esto es culpa suya. Si hay alguien inocente a bordo de este barco, esa es ella.

—Lo sé.

—Entonces le pedirás perdón. Y te ocuparás de que entienda que no debe preocuparse por Jack, porque Aarhus se encargará de protegerlo.

—Lo haré.

—Bien. Y ahora me voy a sacar brillo a mis balas de cañón. Grabaré el nombre de Redskin en una de ellas y la reservaré para hundir el Leviathan en el fondo del mar.

La noche había caído y la temperatura había descendido varios grados. Una bruma densa comenzaba a formarse sobre la superficie del agua, elevándose más allá de la línea del horizonte.

—¡Estad alerta, señor Peabody! —le gritó al vigía.

El camino de regreso a Port Royal no entrañaba peligro, pero la niebla siempre lo hacía sentir incómodo. Como si fuera un mal presagio. El aviso de que algo oscuro se cernía sobre ellos.

Bajó a la cubierta inferior y se detuvo al pasar junto a la despensa de Billie. Debería disculparse cuanto antes. No obstante, pasó de largo y se encerró en su camarote; se deshizo de la casaca y guardó de nuevo el parche de cuero en su

baúl.

Odiaba aquel disfraz. Odiaba lo que representaba y odiaba llevarlo.

Odiaba tener que esconderse.

Si el gobernador Nightingale no controlara su existencia, su vida sería muy diferente.

Pasó la mano por los mapas que atestaban la mesa de su escritorio y retiró las cartas náuticas. Bajo ellas contempló los planos de la maqueta que Billie y Blackpool habían hecho saltar por los aires.

Algún día...

Si lograba acabar con todos los piratas que había en su lista, al fin sería libre. Después de diez años, saldaría su deuda y entonces podría dejar el mar, la caza, establecerse, formar una familia...

Se quedó sin aliento al pensar en lo cerca que estaba de obtener lo que siempre había anhelado. En lo nítido que se había presentado el futuro ante sus ojos.

Y en el precio que podría pagar para conseguirlo.

Sabía que Aarhus cuidaría de Jack. Que encontraría la forma de protegerlo y ponerlo a salvo antes de que el plan se llevara a cabo. Se lo debía por haberle salvado la vida.

Sus hombres responderían al desafío, los barcos de la armada pondrían fin al proyecto de los piratas. Y Billie estaría a salvo. En casa. Junto a su padre.

Una vez que la devolviera a su hogar, no volvería a verla.

Tanto si Nathan sobrevivía como si perecía en la batalla, sus caminos divergerían, porque, si lograba su objetivo, se establecería en las colonias y se alejaría del Caribe para siempre.

Ella se convertiría en madre y esposa, y sus mundos dejarían de estar conectados y serían de nuevo ajenos el uno para el otro. Sus vidas habían convergido durante apenas unos días, pero volverían a separarse en cuanto ella estuviera de regreso en casa.

La aventura había concluido, la lección había sido impartida; era hora de retomar la rutina y seguir adelante. A pesar de que Billie se mereciera mucho más, a pesar de que se mereciera un mundo que él no podía poner a sus pies.

Apartó sus funestos pensamientos de la mente y salió al pasillo dispuesto a darle lo único que sí podía ofrecerle: una disculpa.

Antes de que pudiera llamar a su puerta, un estruendo resonó al otro lado, y una fuerza descomunal lo hizo trastabillar y caer contra el mamparo opuesto.

Alguien les había disparado.

Los atacaban.

Y entonces sintió el segundo disparo de cañón.

Capítulo 18

Bum. Bum. Bum.

Así hasta en diez ocasiones. Al ritmo de los latidos de su corazón, hasta que se hizo el silencio y el pulso de Nathan dejó de retumbar con cada nueva explosión.

Billie salió de su camarote caminando de espaldas. Tropezó con sus pies y cayó sobre él. Nathan la hizo girar en sus brazos y la examinó a conciencia en busca de sangre, heridas, dolor.

—¿Os encontráis bien?

Asintió con la cabeza, pero su mirada estaba cargada de desconcierto. Curiosamente, no había en ella ni rastro de temor.

—Hay un arpón clavado en el casco.

—¿Pero os encontráis bien? —insistió, frenético.

Ella volvió a asentir.

—Ni siquiera me ha rozado.

Se pusieron en pie, y Nathan entró para comprobar que lo que decía era cierto. En efecto, el casco de la nave había sido atravesado por un arpón. Los dientes de metal se aferraban a la madera como un depredador a su presa.

Jamás había visto nada parecido. Los cañones disparaban balas, no... aquello.

—Vamos.

Tomó a Billie de la mano y ascendió con ella a cubierta.

La niebla lo cubría todo, apenas podía ver la cofa de su propio barco, mucho menos la silueta del que los había atacado.

Entonces, varias luces brillaron en el lado de estribor, y una voz rompió el silencio en que había quedado inmersa su tripulación a causa de la sorpresa.

—¿Os gustan mis nuevos juguetes, capitán Blackhawk? —preguntó Casper Jones.

Una sensación de fatalidad se instaló en su pecho.

Casper Jones nunca salía de caza solo.

—¡Preparaos para otro ataque! —les gritó a sus hombres. Y protegió a Billie con su propio cuerpo, apretándola contra las escaleras que ascendían al castillo de popa.

La pesadilla se repitió de nuevo. Diez cañones dispararon contra el Odyssey, esta vez desde el lado de babor. Y, por la ausencia de fuego, astillas y pólvora, Nathan supo que Jasper Jones disponía de los mismos juguetes que su hermano.

—¿Sabéis qué le sucede a un pájaro cuando tiran de sus alas en direcciones opuestas? —preguntó el pirata con un deje de profunda satisfacción en su voz.

Billie se revolvió entre sus brazos y susurró contra su cuello:

—Quieren partir el Odyssey en dos.

Pero los arpones clavados en el casco solo abrirían agujeros. No podrían arrastrarlos hasta el fondo del mar. Y si la mitad de sus cañones estaban inhabilitados, no serían capaces de responder con fuego.

Solo tenían que cortar las cuerdas y atacar.

Se separó de Billie para dar la orden justo cuando dos nuevos disparos los alcanzaban desde lados opuestos. Un arpón se incrustó en el palo de mesana. El otro, en el trinquete.

—¿Listo para ver cómo destrozamos la joya de la Armada Real, capitán Blackhawk? —preguntó Casper Jones.

—Lamentaréis el día en que oísteis hablar de la alianza y os cruzasteis en nuestro camino —vaticinó su gemelo.

Ambos capitanes dieron la orden y sus barcos comenzaron a maniobrar, distanciándose de su víctima.

Notó la mano de Billie aferrando la suya con fuerza y supo que ese era el momento.

—¡Cortad las cuerdas! —gritó a sus hombres—. ¡Preparaos para responder con fuego!

Bajó raudo a la cubierta inferior, arrastrando consigo a Billie, y, al llegar a la sala de cañones, pronunció una sola palabra:

—Blackpool.

—A vuestras órdenes, capitán —respondió el maestro artillero con una sonrisa.

El estruendo de los cañones del Odyssey al escupir llamas e ira por las troneras resultó ensordecedor.

—¡Recargad!

—¡Disparad!

—¡Fuego a discreción!

El puente se llenó de pólvora, y fuera el mundo se convirtió en un infierno rojo que iluminaba la noche como si fuese pleno día.

Los arpones arrancaron parte del casco. El trinquete se partió por la mitad y cayó sobre el timón, atrapando bajo su peso al señor Maguire.

Casper Jones se preparó para responder con una nueva andanada.

Pero entonces fue atacado desde estribor.

El Valhalla le estaba disparando.

Jasper maniobró para ir al rescate de su hermano. Y su decisión les costó la vida a ambos. Los cañones del Odyssey descargaron su furia de nuevo, esta vez acertándole por debajo de la línea de flotación.

La niebla y el humo lo cubrían todo, pero el fuego arrasaba las naves de los hermanos Jones y su luz resplandecía con fuerza en medio de la oscuridad más profunda. Los gritos de los hombres que se preparaban para rendir cuentas de sus pecados rompían el silencio en que se había sumido el mar tras las últimas andanadas de los cañones.

Nathan se acercó a Billie y la estrechó entre sus brazos. Sin embargo, no era ella, sino él, quien necesitaba consuelo.

El Valhalla había llegado en el momento preciso para salvarlos de un destino aciago. Y eso solo podía significar una cosa.

Aarhus había dejado a Jack solo.

Fue como viajar atrás en el tiempo. De nuevo volvía a ser aquella niña que presencié cómo un pirata abordaba su nave.

El capitán Aarhus cruzó al Odyssey sobre una pasarela de madera, y sus botas resonaron tal y como lo habían hecho las de su padre hacía tantos años.

Saltó sobre cubierta y buscó al capitán Blackhawk con la mirada. Lo encontró de pie, junto al timón, asegurándose de que el señor Maguire no había sufrido lesiones graves.

Cuando sus ojos se encontraron, Nathan se acercó hasta su salvador con pasos firmes y premeditados. Al llegar a su altura, le estampó el puño en la cara.

El capitán Aarhus le devolvió el golpe, y ambos se enzarzaron en una pelea que terminó sin vencedor cuando los hombres los separaron, reteniendo a cada uno lejos del otro.

—¿Es esta tu forma de darme las gracias por haber evitado una masacre?!

—preguntó Aarhus, furioso.

—Te pedí solo una cosa...

—¿Y qué esperabas? ¿Que me quedara sentado mientras los hermanos Jones alardeaban de cómo te eliminarían?

—¡Dejaste a Jack solo!

—¡Jack puede cuidar de sí mismo! ¡Salvar tu vida era más importante! ¡Soltadme de una vez!

Los hombres obedecieron. Aarhus se llevó una mano a la mandíbula e introdujo un par de dedos en su boca.

—¡Por todos los infiernos! Creo que me has roto una muela.

—Regresa por donde has venido. Ahora.

—¿Y cómo llegaréis a tierra?

Billie observó el estado del trinquete y del timón. Los arpones de los hermanos Jones habían provocado serios daños. El Odyssey no podría navegar en esas condiciones. Tendrían que remolcarlos hasta una isla cercana donde pudieran realizarse las reparaciones necesarias.

—Nos las arreglaremos.

—¡No seas estúpido, Nate! ¡No voy a dejarte varado en medio de la nada!

—Necesitamos su ayuda —reconoció Blackpool.

—Jack lo necesita más que nosotros.

—Saint-Clair se encargará de que no le pase nada.

—¡Saint-Clair no tiene ningún poder sobre Redskin! —bramó Nathan.

Wilhelmina nunca lo había visto tan desesperado. Estaba fuera de sí, como si por primera vez se sintiera incapaz de mantener el control. Quizá porque le habían arrebatado las riendas y la vida de uno de sus hombres, de uno de sus amigos, corría peligro, y él no podía hacer nada para salvarlo.

—Os ayudaremos a llegar hasta la isla más próxima y después volveré junto a Jack.

Nathaniel no respondió. Se dirigió hacia la cubierta inferior, pero la voz de Aarhus lo detuvo.

—Sabes cuál es nuestro destino, ¿verdad, Nate?

No obtuvo respuesta.

Los hombres se pusieron en movimiento, preparando el barco para que pudiera ser remolcado.

Aarhus se acercó hasta ella frotándose la mandíbula.

—Siempre ha tenido un increíble gancho de derecha.

—¿Por qué lo ayudáis? ¿Por qué veláis por su seguridad una y otra vez? — preguntó.

No entendía el nexo que parecía unir a aquellos dos hombres.

—Porque me salvó la vida, y odio estar en deuda con él.

—Imagino que ahora ya estáis en paz.

—Ni de lejos, princesa. —Su mirada se perdió en el horizonte—. ¿Alguna vez habéis tratado de liberar a un animal que ha caído en una trampa?

—No.

—¿Y sabríais cómo hacerlo?

—Probablemente.

—Entonces id con él. Y aseguraos de que no se hace daño intentando escapar.

No había nada que deseara más. Sin embargo, un detalle le impedía moverse.

—¿Qué pasará con... los hombres de los hermanos Jones?

El capitán Aarhus la atravesó con una mirada idéntica a la de su padre, y, por un instante, el pasado y el presente se confundieron y juntos colapsaron su mente.

—No preguntéis y no tendré que mentiros.

Wilhelmina lo vio alejarse hacia su nave. Las incógnitas no dejaban de aumentar, de modo que fue en busca de la única certeza que existía para ella en un mundo cada vez más incierto.

Oyó un portazo.

Después, otro.

Otro más.

Y otro.

Cuando llegó al camarote del capitán, la puerta estaba entreabierta. Nathan permanecía de pie, con los brazos apoyados en el casco del barco, a ambos lados del agujero dejado por uno de los arpones de los hermanos Jones.

Entró y cerró suavemente.

—Largaos.

Wilhelmina no iba a acatar sus órdenes. No estaba allí para hacer lo que él quisiera. Estaba allí porque la necesitaba, aunque no pudiera aceptarlo.

—He dicho que...

—Os he oído. Y, para que no quede ninguna duda, esta es mi forma de ignorar vuestros deseos.

Se reclinó contra la puerta y giró la llave en la cerradura.

—No tenéis idea de lo que...

—¿No? Admito que os resultó muy fácil engañarme, hacerme creer que erais otra persona, pero os aseguro que no soy tan cándida como creéis.

—Dijisteis que vuestro mundo era diminuto.

—Pero me gusta conversar con personas que han viajado más allá de los confines de la Tierra. Me encantan las historias que tienen que contar.

—No parecíais muy interesada en las mías.

—Quizá porque no auguraban un final feliz.

—A veces, princesa, las historias terminan terriblemente mal.

Nathan abandonó su lugar junto al casco y se sentó sobre la cama, descansando los antebrazos en las rodillas y fijando la mirada en el suelo.

Ella nunca lo había visto como en aquel momento. El enorme peso que cargaba sobre los hombros parecía a punto de aplastarlo.

—Yo creo que siempre hay esperanza.

—Sois una ilusa.

—Y vos, un pesimista.

—Ingenua.

—In-... ¿inesperanzado?

«¿Desesperanzado?».

Nathan sonrió. Tenía una sonrisa preciosa. Wilhelmina estaba ahora a solo tres pasos de él, porque con cada nuevo insulto se había movido hasta cubrir la distancia que los separaba.

—Deberíais marcharos e intentar dormir un poco —sugirió él.

—No tengo sueño.

—No podéis quedaros aquí.

—¿Por qué?

Ahora estaba a solo un paso. Uno más, y se encontraría tan cerca que podría alargar la mano y hundirla en ese cabello negro que se moría por acariciar.

—Porque no hay nada que pueda ofreceros.

Si hubiera dicho cualquier otra cosa, quizá lo habría dejado solo. Pero iba a demostrarle que se equivocaba.

Dio el último paso y se colocó entre sus piernas. Le rodeó el cuello con los brazos y lo obligó a alzar el rostro para mirarla.

Los ojos de Nathan eran los más bonitos que había visto jamás. Mirarse en ellos era como contemplar el mar Caribe: puro, inmenso y pleno de leyendas.

Le acarició el pelo y susurró:

—Yo sí tengo algo que ofrecerte.

Lo besó con el corazón en la boca, entregándole todo cuanto albergaba en su interior. Gimió contra sus labios cuando él deslizó las manos por su cintura, y se rio cuando una de ellas se desplazó hacia su trasero.

—No me acostumbro a que me toques ahí —confesó.

—Tienes que irte.

—Me quedo.

Devolvió la mano de él al lugar donde estaba antes y la bajó un poco más.

—No puedo encenderme y apagarme a tu antojo. No podré detenerme.

—No es eso lo que deseo. Esto es lo que deseo.

Volvió a apoderarse de su boca, con más ansia esta vez, ofreciéndose por completo, tomando de él lo que tanto anhelaba, hasta quedarse sin aliento.

—Vete.

—No.

Y para demostrarle hasta qué punto era férrea su determinación, se separó de Nathan y comenzó a desnudarse. Soltó las cintas del corpiño y lo dejó caer un lado. La camisa que él le había enviado compartió el mismo destino. Se deshizo de la falda, de las enaguas rojas que se había visto obligada a ponerse esa mañana, y quedó cubierta únicamente por la casi transparente camisola blanca.

El capitán le sostuvo la mano cuando asió el borde para quitársela también, pero ella se sacó la prenda por la cabeza y se exhibió desnuda ante él, a excepción de las medias de seda que permanecían anudadas a sus muslos. Lo miró y se encontró con el mar Caribe en pleno huracán.

—¿Por qué no tienes miedo? —preguntó él, logrando que su piel vibrara con cada palabra.

—Porque sé que no vas a hacerme daño.

—Claro que te haré daño.

—No es esa clase de dolor la que me asusta. Además, también me proporcionarás placer, ¿verdad?

Él dejó escapar una sonrisa triste. Wilhelmina estaba desnuda y Nathan todavía no la había mirado. No había apartado los ojos de su cara, como si la estuviera protegiendo incluso de sí mismo. Nunca había sentido menos miedo. Nunca había estado más segura. Y nunca había deseado tanto que la tocaran.

—Última oportunidad —ofreció él.

Wilhelmina se arqueó ligeramente por toda respuesta.

Y entonces los ojos de Nathan descendieron por su cuerpo, acariciando cada

pulgada de piel. Sus manos no la habían rozado todavía y, sin embargo, sentía como si la estuvieran recorriendo entera. Cuando hundió los dedos en sus caderas, ella dejó escapar un gemido de anticipación.

La besó en el vientre y después en la cintura. Fue ascendiendo por su cuerpo lentamente y, con la nariz, la acarició entre los pechos justo antes de lamerla y apoderarse de uno de sus pezones.

—Ah...

No tenía ni idea de que pudiera sentirse de esa forma. De que el ardor que percibía entre las piernas pudiera aumentar aún más mientras él la torturaba con su lengua. Abandonó el pezón para centrarse en el otro y después siguió acariciándola con los labios en las clavículas, el cuello y, al fin, en la boca, en un beso abrasador.

La envolvió con sus brazos y Wilhelmina se perdió en ellos. Porque, cuando Nathan la besaba, no podía pensar, solo podía notar cómo su cuerpo se tornaba incandescente y clamaba por una satisfacción que únicamente él podía ofrecerle.

La tumbó sobre la cama y se colocó entre sus muslos, acariciándola con las manos, pero sin abandonar su boca. Ella estaba completamente desnuda y él todavía llevaba la ropa puesta.

Le rodeó la cintura con las piernas, atrayéndolo a su centro, y le arrancó un gruñido de pura excitación. Trató de quitarle la levita, de abrirle la camisa, de poder sentirlo piel con piel y saber si él también ardía en su interior.

Él sonrió contra su boca ante su evidente muestra de desenfreno.

—Vas a destrozar mi ropa favorita, princesa.

—Entonces desnúdame de una vez.

Obedeció.

Se separó de ella e hizo lo que le pedía. Envío la casaca al extremo opuesto del camarote. Se sacó la camisa negra por la cabeza mientras ella no perdía detalle de sus fuertes músculos ondeando con cada movimiento. Después se deshizo de las botas.

Wilhelmina se incorporó sobre los codos para seguir admirándolo. Todo él era fuerza y poder. Su piel estaba bronceada por el sol, sus músculos eran largos y definidos. Su cuerpo era lo más excitante que había contemplado jamás.

Y entonces se quitó las calzas, y los curiosos ojos de Wilhelmina volaron hacia su entrepierna.

—Oh...

Así que ese era el gran misterio. Grande, sin duda. Interesante, también.

Extraño. Atrayente...

—No me mires así.

—Como si tuviera algún control sobre mis ojos en este momento.

Él le alzó la barbilla y la obligó a abandonar su escrutinio.

—Podrás examinarlo a tu antojo más tarde. Ahora hay otra cosa que requiere tu atención.

Le dio un beso suave en los labios antes de tumbarla de nuevo sobre el colchón. Pero él no se colocó encima, como había hecho antes. La aferró por los muslos y tiró de ella hasta situarla en el borde de la cama.

Después Wilhelmina sintió el aliento de Nathan entre las piernas antes de que la tomara con su boca.

—Cielos...

Su cuerpo se arqueó como si hubiera sido atravesado por un rayo. El placer estalló tras sus párpados como un fogonazo, y fue incapaz de contener los gemidos que escapaban de su garganta mientras él la... saboreaba.

Enredó los dedos en su larga melena a la vez que en su interior la tensión se hacía más y más fuerte. Un poco más y explotaría como una bala de cañón, desencadenando el caos en su interior.

Pero él no la dejó alcanzar ese punto.

Se acomodó sobre ella, todavía perdida en una niebla densa de deseo insatisfecho, y la penetró.

El dolor no fue tan intenso como había esperado, pero, aun así, su cuerpo se tensó y se aferró al de Nathan como si de esa forma pudiera calmar la incomodidad que experimentaba.

—Lo siento —susurró él junto a su cuello.

Y le besó la garganta, el mentón y después, la boca.

Durante un tiempo permaneció quieto, pero luego una de sus manos se aventuró hacia el sur y comenzó a acariciarla justo donde lo necesitaba.

Cuando el dolor retrocedió lo suficiente, Wilhelmina se curvó y abrió la boca pidiendo más. Él la complació con uno de sus enloquecedores besos y empezó a moverse en su interior.

Al principio resultó extraño. Pero el roce se volvió una cadencia que avivó el fuego, haciéndolo arder con fuerzas renovadas. La tensión en su vientre se despertó de nuevo, prometiendo un placer más intenso del que jamás había sentido.

—Billie...

Su voz le provocó un escalofrío. Era como la pólvora siseando antes de una detonación. Sus movimientos se ajustaron. Sus jadeos se acompasaron. Él estaba en su interior, más cerca de lo que nadie había estado antes. De lo que nadie estaría jamás.

Con ese pensamiento, llegó una sacudida, un goce puro que la recorrió de la cabeza a los pies, tensando su cuerpo, forzándola a apretarse contra Nathan como si deseara que el placer pasara de uno a otro a través de la piel.

La explosión lo arrasó todo y dejó a Wilhelmina rota en mil y un pedazos.

En medio del caos, notó cómo Nathan salía de su cuerpo y, con la frente apoyada en sus pechos, emitía un gemido salvaje. Después, se dejó caer a su lado con la respiración acelerada, tanto como la suya.

Ella se giró y se acurrucó contra su costado.

—Vaya... —consiguió articular al fin.

—Sí, vaya.

La atrajo entre sus brazos y Wilhelmina descansó la cabeza sobre su torso.

—¿Puedo ahora examinar esa parte de ti que me ha proporcionado tanto placer?

No podía verlo, pero sabía que él sonreía.

Y a eso se reducía todo. A que Nathan pudiera olvidar durante algún tiempo los peligros a los que se enfrentaban. A que ella se sintiera segura y protegida. A que ninguno de los dos tuviera miedo.

—¿No prefieres dormir?

Se incorporó un poco y dirigió su atención a ese apéndice que la tenía intrigada.

—Tal vez luego.

Capítulo 19

El aliento de Billie le hacía cosquillas en el pecho.

Ella dormía profundamente, boca abajo, medio echada sobre su cuerpo y atrapándolo con uno de sus esbeltos brazos.

Su larga melena rubia le caía desordenada sobre la cara, ocultándole el rostro. Tenía la boca ligeramente abierta, quizá debido a la posición, y su respiración le acariciaba la piel en un ritmo constante.

Eso lo había despertado del sueño más reparador que podía recordar.

Se habían quedado dormidos a causa de la extenuación, después de que ella examinara cada pulgada de su cuerpo. Dos veces. Lo había excitado más allá de cualquier límite y lo había arrastrado a un mundo de placer inimaginable.

La noche anterior nunca debió haber sucedido, y, sin embargo...

Alguien llamó con suaves golpes a la puerta, y notó cómo Billie se revolvía a su lado buscando postura, clavándole la rodilla cerca de una zona que esa mañana se encontraba especialmente sensible.

Se levantó despacio para no despertarla y fue a abrir.

—Estamos cerca de la costa —le anunció Blackpool.

—Bien.

—¿Alguna orden?

—Que todos los hombres se preparen para desembarcar.

—De acuerdo. ¿Eso es una marca de dientes? —preguntó, señalando con un dedo hacia su pecho.

Nathan se llevó una mano a la altura del corazón.

—¿Algo más?

—Piensas ponerte unos pantalones antes de bajar a tierra, ¿no?

Ni siquiera se había molestado en vestirse antes de abrir la puerta. No tenía nada que ocultar. En aquel barco era imposible mantener un secreto. Y su maestro artillero lo conocía del derecho y del revés.

—Te veré luego, Blackpool.

—Ella me gusta, muchacho.

—Y a mí también.

—Entonces quizá deberías aprovechar los días que pasemos en la isla para enderezar las cosas, dejar el mal camino y volver al redil. ¿Me he explicado con claridad?

—Meridiana.

—Insolente.

—Me han llamado cosas peores.

Cerró la puerta mientras Blackpool se alejaba por el pasillo y se quedó contemplando a Billie.

Seguía tumbada boca abajo, con los brazos extendidos y las piernas separadas, una doblada hacia su pecho. El pelo le ocultaba la cara y la sábana blanca solo cubría sus preciosas posaderas.

Dormía como hacía todo lo demás. A conciencia, sin miedo, tratando de obtener siempre el mayor partido.

Se removió como si estuviera despertándose; estiró el brazo sobre el colchón, se incorporó un poco, después se dio la vuelta y el pelo se le enredó en el cuello.

—Buenos días.

Ella se incorporó del todo, sobresaltada, y lo miró con ojos desorbitados. Después se cubrió la cabeza con la sábana.

—¡Estás desnudo!

Nathan no pudo evitar sonreír.

—Ayer ya viste todo lo que hay que ver.

—Pero era de noche y la iluminación era tenue y ahora el sol está en lo alto y...

—¿Crees que soy diferente a la luz del día?

—¿Podrías cubrirte, por favor?

Nathan nunca había escuchado una petición más ridícula.

—Listo —dijo después de un momento.

Ella hizo a un lado la sábana para cerciorarse.

—¡Sigues desnudo! —lo acusó antes de volver a esconderse.

—Anoche no te importó cuando me examinabas con detenimiento...

—Es muy poco delicado que me recuerdes lo que pasó anoche.

Nathan se sentó en la cama junto a ella y le retiró la sábana de la cabeza.

—¿Desearías que no hubiera sucedido?

—Yo no he dicho eso.

—Porque no puedes borrarlo. Te di muchas oportunidades para abandonar esta habitación intacta y tú las despreciaste todas.

—Es solo que no estoy acostumbrada.

Hizo que la sábana se deslizara hasta sus caderas, dejando sus pechos al descubierto.

—Eres aún más hermosa a la luz del día.

—Tú pareces mucho más grande con tanta luz.

Nathan sonrió. Y la besó en los labios.

—Deberíamos hablar.

—No.

—Billie...

—Cuando todo esto termine. Cuando hayas recuperado a Jack, cuando vuelva a casa con mi padre y tú lleves a cabo tu plan para acabar con la alianza. Entonces quizá te conceda una entrevista en la que tú podrás exponer todo lo que quieres contarme ahora.

—No puedes cerrar los ojos y fingir que nada ha cambiado.

—Claro que puedo. Tengo una gran habilidad para posponer lo inevitable. ¿Cómo crees si no que he logrado permanecer soltera tanto tiempo?

—Deberíamos...

Ella lo besó para acallarlo y él tuvo que aferrar las riendas para controlar el deseo que amenazaba con desbocarse.

—No va a funcionarte —susurró, a pesar de no creer en sus propias palabras.

Billie se arrodilló y le echó los brazos al cuello.

—¿Ah, no?

Usó sus labios para torturarlo.

—Tus técnicas de distracción no sirven con...

Pero no terminó la frase, porque su boca se encontró con el pezón que Billie tan descaradamente le había puesto delante.

—Apuesto a que puedo hacer que te olvides del mundo —aseguró ella con un gemido de placer.

Nathan la tumbó sobre la cama y se acomodó entre sus piernas. No había otro lugar donde prefiriera estar ni podía pensar en otra cosa que no fuera el placer de sentirla vibrar bajo su cuerpo.

—Demuéstramelo.

Cayo Esperanza brillaba bajo el sol de la mañana rodeado por las turquesas

aguas del mar Caribe. Era una isla pequeña, donde vivían solo unos centenares de personas, con un promontorio en el centro sobre el que destacaba la construcción de una robusta y hermosa iglesia.

Wilhelmina paseó la vista por el puerto, observando curiosa las casas de piedra que lo bordeaban y los barcos de pescadores que salpicaban la bahía. El Odyssey y el Valhalla parecían fuera de lugar allí amarrados, como dos colosos en un mundo en miniatura.

Mientras Nathan revisaba los daños y daba órdenes a los carpinteros para que iniciaran los arreglos, lo contempló maravillada.

Aquel hombre le había pertenecido durante unos momentos mágicos. Y Wilhelmina, que siempre se había sentido una extraña, que jamás había logrado formar parte de nada, de pronto experimentaba una conexión más fuerte que el hierro con alguien que hasta hacía poco tiempo había sido el villano en todas sus fantasías.

Él le lanzó una mirada en ese instante y ella le sacó la lengua, haciéndolo sonreír.

—Parece que se os dan muy bien los animales.

Wilhelmina acarició las plumas de Lucille, que reposaba tranquila sobre su antebrazo, y se volvió hacia el capitán Aarhus.

—Tengo mano para las aves.

—Sobre todo para los halcones.

Al instante Nathan estaba a su lado.

—¿No deberías prepararte para zarpar? —le preguntó al pirata.

—Estoy aprovisionándome. Y mis hombres necesitan descansar. Además, no puedo venir a casa y no saludar a la familia. ¿Vas a ir tú a visitar a la tuya, Nate?

—¿Tienes parientes aquí? —La voz de Wilhelmina denotó su sorpresa.

Patrick había mencionado que el capitán había nacido en Cayo Esperanza, pero a ella ni siquiera se le había ocurrido imaginar que él pudiera tener familia. En su mente, el capitán Anderson había sido siempre un hombre sin rostro, sin pasado ni futuro. Mucho menos, gente de su sangre que podría alegrarse por sus triunfos y llorar por sus fracasos.

—Mi padre y mi abuela —respondió.

—Oh.

—¿Cuándo partirás? —le preguntó Nathan a Aarhus.

—Esta tarde. En cuanto hayan reparado los desperfectos. No debería llevarles mucho tiempo.

—Bien. No me falles.

Nathan la tomó de la mano para marcharse.

—Eh, princesa —los detuvo Aarhus—. Tengo una curiosidad que me gustaría satisfacer.

—Christopher... —gruñó Nathan.

—Decidme, señorita Nightingale, ¿habéis encontrado ya respuesta a la pregunta que deseabais plantearle a mi padre?

Billie recordó el motivo que la había impulsado a saltar por la ventana de su casa. La razón por la cual había ansiado incluso tomar parte en la fuga del auténtico capitán Aarhus.

El nuevo esperó su réplica, pero no había nada que ella pudiera ofrecerle.

—Puede que estéis a punto de encontrarla.

Y, sin más, se marchó, rumbo a su nave.

—¿A qué se refería? —preguntó Nathan.

—No tengo ni idea.

—Deberías recordar que sé cuándo mientes.

Ella se volvió con una sonrisa. Que pudiera leer su expresión o la inflexión de su voz y fuera capaz de reconocer cuándo era sincera y cuándo no le provocaba un aleteo en el vientre.

—No creo que mi ropa sea apropiada para conocer a tu familia —dijo, cambiando de tema.

—Estás preciosa.

—¿Quién miente ahora?

Él la tomó por la cintura y se aseguró de que no hubiera miradas indiscretas antes de besarla en los labios.

—Te he visto dormida, con el pelo alborotado y la boca abierta, e incluso entonces estabas hermosa.

Ella le dio un golpe en el pecho y se alejó de él.

—Yo no duermo con la boca abierta.

—Claro que sí. También roncas —susurró contra su cuello.

—¡Embustero!

Como mucho admitiría que su respiración podía resonar en el silencio de la noche.

—Además, ¿cómo lo sabes? Apenas he pegado ojo.

—Por culpa de esa perversa e impropia curiosidad que te empeñas en satisfacer, en menoscabo de tus necesidades más básicas. Te propuse dormir

unas horas y tú te empeñaste en continuar con tus... averiguaciones.

—¡Ja! Tal y como lo dices, suena como si te hubiera atado con cadenas y te hubiera utilizado en contra de tu voluntad para realizar misteriosos experimentos contigo.

Caminaban a la par, pero, de pronto, él se detuvo.

—¿Te gustaría encadenarme a una cama?

—¡Cállate!

No podía creer que estuviera hablando de aquella manera con un hombre. Con semejante libertad y audacia. Lucille, que viajaba en su antebrazo, aprovechó ese momento para contribuir a la conversación.

—Dame un besito, capitán.

Nathan soltó una carcajada.

—Me enviáis señales contradictorias, señoras.

Pero su risa se apagó en cuanto llegaron a una bonita construcción de piedra. Las ventanas estaban repletas de flores, y a Wilhelmina le llegaba el sonido del mar desde la parte trasera.

En el frente había un colorido jardín y un huerto donde dos mujeres trabajaban con grandes sombreros de paja sobre la cabeza.

Nathan la tomó de la mano y se encaminó hacia ellas. La que permanecía de pie sosteniendo una cesta llena de hortalizas tenía un rostro amable y una figura rotunda. La otra, que permanecía arrodillada recolectando, demostraba una agilidad que la hacía parecer más joven, pero Wilhelmina se dio cuenta de su error en cuanto la mujer alzó la vista y pudo ver las marcas que el tiempo había dejado en su rostro y en su cabello.

—Mi cosecha de calabaza va a ser la mejor de toda la isla, Mary —afirmó, satisfecha—. Verás cuando se entere el padre Thomas de que sus pasteles no podrán rivalizar con los míos este año.

—¿Todavía compitiendo con el párroco del pueblo por ver quién elabora las mejores tartas, abuela?

La anciana se giró y entrecerró los ojos para mirarlo.

—Mary, ve a por el pastor. El príncipe de las tinieblas se ha presentado en nuestra puerta.

Wilhelmina sonrió. El aspecto de Nathan, vestido de negro y con el pelo suelto, sin duda posibilitaba la comparación.

—Enseguida, señora Isabella —dijo Mary—. Le pediré que traiga el crucifijo y el agua bendita.

—El diablo no se acercaría ni a dos leguas de vosotras dos —aseveró Nathan —. El infierno sería un lugar mucho menos pacífico si tuviera que albergaros a ambas.

—Yo solía tener un nieto precioso, ¿te acuerdas, Mary?

—Un niño adorable de pelo negro, sí. Todo el día iba pegado a tus faldas.

—Hablabas sin cesar y me miraba como si yo fuera la mujer más sabia sobre la Tierra.

—Y te traía flores que arrancaba de tu jardín.

—Y manzanas que robaba de mi huerto.

—Era un pillastre encantador. ¿Qué fue de él?

—Lo ahogué mientras dormía para evitar que se transformara en el demonio y llegara el día en que tuviera que soportar sus desplantes.

—Abuela...

—Fue lo mejor —sentenció Mary.

—Es suficiente. —Nathan soltó a Wilhelmina y enfiló hacia las mujeres.

—¡Corre, Mary! —gritó la anciana poniéndose en pie de un salto.

—¡Cogeré el rastrillo, Isabella! ¡No dejaremos que nos lleve con él!

Enarbolaron sus armas y amenazaron a Nathan con ellas, manteniéndolo a distancia.

—En el fondo deseáis que os atrape. Os pasasteis toda mi infancia agobiándome con vuestros besos. Reconoced que os morís por darme un abrazo.

—Vanidoso.

—Presumido.

«Inmodesto», pensó Wilhelmina.

—Mojigatas. Venid a mis brazos.

—Dame un besito, capitán —graznó Lucille, y voló hasta posarse en la rama de un manzano.

Wilhelmina sonrió. Y un enorme calor se extendió por su pecho al ver cómo Nathan jugaba con aquellas mujeres. Lo imaginó en el futuro, en ese mismo jardín, rodeado de niños que reían y corrían alborozados, y se dio cuenta de hasta qué punto se había equivocado al juzgarlo sin tan siquiera conocerlo.

Notó una presencia a su lado antes de escuchar una voz que acalló todos sus pensamientos, paralizó su mundo y le heló el corazón.

—Así que ha vuelto a casa.

Wilhelmina se volvió y su mirada se encontró con la de un hombre al que solo había visto una vez en su vida. Un hombre que la había marcado como

ningún otro, a excepción quizá de Nathan.

—¡Christian! —gritó la anciana—. ¡Dile a tu hijo que saque sus pezuñas de mi huerto! ¡Me está destrozando las calabazas!

Hijo.

La mente de Wilhelmina comenzó a girar sin control.

Nathan clavó sus ojos turquesas en ella y, por primera vez, pudo leer en ellos la verdad.

—Billie... —susurró, dando un paso en su dirección.

Levantó una mano para impedirle que se acercara. Después devolvió la atención al hombre que tenía a su lado. El pelo rubio, los ojos azules fríos como el hielo. El tiempo había pasado por su rostro, pero era él.

El auténtico capitán Aarhus estaba vivo.

Antes de que la inmensidad de los acontecimientos pudiera tragársela, Wilhelmina salió corriendo.

Capítulo 20

Cuando el pecho comenzó a arderle, Wilhelmina se detuvo. Las piernas apenas la sostenían tras la carrera por la playa, así que se dejó caer sobre la arena con la vista fija en el horizonte.

Aarhus estaba vivo. El auténtico capitán Aarhus estaba vivo.

Y el ínclito capitán Nathaniel Anderson, cazador de piratas y leyenda de la Armada de Su Graciosa Majestad, era su hijo.

El corazón se le hizo añicos ante esa nueva farsa, y las lágrimas contenidas le quemaron tras los párpados.

No sabía nada sobre el hombre al que se había entregado. Nathan pertenecía a una estirpe de piratas, y ella no lo conocía en absoluto. ¿Quién era en realidad el hombre del que se estaba enamorando?

—Sois veloz.

Wilhelmina no desvió la mirada del horizonte, pero esa voz volvió a provocarle un estremecimiento, como le sucedía siempre que la escuchaba.

—Soy una idiota.

—Eso no es cierto. Os recuerdo. La jovencita que se enfrentó a mí aquella noche hace tantos años era lista como un lince y tenía el valor de un guerrero.

—Pero ya no soy esa niña. Ella pasó muchos años tratando de cumplir su promesa: ser fiel a sí misma y mantener su espíritu intacto. ¿Y para qué? Para acabar convertida en la atolondrada protagonista de un sofisticado embuste. Soy un fraude.

—¿Os gustaría escuchar una historia?

—¿Un cuento que empiece con un: «Érase una vez...»?

—¿Los hay de alguna otra clase?

—No quiero más historias. Solo quiero la verdad.

—Entonces permitidme que yo os la ofrezca. —Notó cómo él se sentaba a su lado en la arena—. La noche en que abordé vuestro barco vos visteis un pirata

como el que narran las leyendas. Pero la oferta que le hice a vuestro padre era sincera. Si la hubiera aceptado, habría hecho todo lo que estaba en mi mano por acabar con la piratería. A cambio de una condición.

—¿Cuál? —Le prestó toda su atención.

—El perdón para mis hijos. Todos los padres sueñan con que sus vástagos sigan sus pasos, pero yo me hice pirata para volver a sentirme vivo. Christopher lo hizo por la aventura, sin embargo, Nathan habría sido más feliz llevando otra vida.

—Le gustan los barcos, he visto sus dibujos.

—Pero no le gusta robar, destruir. Le gusta crear. Cuando vuestro padre rechazó mi oferta, pensé que se abstendría de ir tras de mí. Pero cumplió su juramento. Un año después me atrapó cerca de Dominica. Nos atrapó, debería decir. A mí y a mis muchachos. Nos encerró a todos en el fuerte Charles y, mientras nos interrogaba, vuestro padre se acordó de mis palabras.

—¿Que si quería acabar con los piratas debería asociarse con uno?

—Exacto. Pero yo no fui el elegido; jamás se habría fiado de mí, de modo que escogió al más joven de mis hijos. Si Nathan se unía a la Marina Real y consagraba su vida a acabar con la piratería, si usaba todo cuanto había aprendido de mí y de los hombres a los que había conocido en sus años en el mar para cazar piratas, salvaría mi pellejo y el de Christopher. Ni siquiera dudó antes de aceptar.

Cada respiración se le hacía a Wilhelmina más complicada a medida que la historia avanzaba. Lo que su padre había hecho...

—Yo me alejé del mar, pero Christopher se negó a aceptar semejante destino. Asumió el mando del Valhalla y, durante diez años, ha estado poniéndoles las cosas difíciles a vuestro padre y a su propio hermano.

—Entonces, esa era la deuda que Nathan debía pagar. Por eso aceptó fingir mi secuestro y llevarme hasta Tortuga a bordo de su barco.

—Vuestro padre le aseguró que podría abandonar el servicio si le hacía ese favor. No creo que haya nada que Nathan desee tanto como dejar de perseguir a hombres como su hermano. A hombres como yo.

—Y, sin embargo, su sentido del honor ha sido lo bastante fuerte como para cumplir con su parte del trato durante todos estos años. O el amor por su familia.

—¿Podríais perdonarle por no haberos dicho la verdad?

—Antes tendría que pedirme disculpas, y no lo ha hecho ni una sola vez por todas las mentiras que me ha contado. Mejor, por las verdades que ha callado.

—¿Sabéis de que me arrepiento yo?

Wilhelmina negó con la cabeza.

—De haber insinuado, aquella noche, que os llevaría conmigo. Si no hubiera posado mis ojos en vos y vuestro padre no hubiera sentido que estabais en peligro, quizá no se habría empeñado con tanto ahínco en darme caza. Tal vez no habría sentido la necesidad de tomar como rehén a uno de mis hijos en venganza.

—Mi padre no es tan cruel como lo pintáis.

—No digo que lo sea. Todos haríamos cualquier cosa con tal de proteger a nuestros hijos. Algún día lo sabréis.

—No estoy tan segura de ello...

—Sé cuál es vuestro mayor miedo, señorita Nightingale. Porque es el mismo que atormenta a todos los que albergan un corazón rebelde. Ansiáis tener lo mejor de dos mundos y teméis no ser capaz de conservarlo. Creéis que debéis renunciar a uno de vuestros sueños en favor del otro porque os han enseñado que no podéis tenerlo todo.

Wilhelmina devolvió la vista al horizonte. Nathan tenía razón, era transparente. Todo el mundo era capaz de escudriñar su interior como si solo estuviera protegida por una capa de agua cristalina.

El capitán Aarhus conocía la pregunta que la atormentaba durante las noches que pasaba en vela. ¿Cómo podía anhelar con tanta fuerza ser libre y vivir un sinfín de aventuras extraordinarias y, al mismo tiempo, gozar de una existencia sencilla y tranquila con su propia familia? ¿Cómo podía hacer que dos sueños tan dispares tuvieran cabida en una misma vida? Más aún: si tuviera que renunciar a uno de ellos, ¿cuál escogería?

Volvió la mirada hacia el capitán Aarhus y deseó con todas sus fuerzas que conociera también la respuesta.

—¿Cómo puedo seguir siendo salvaje en un mundo lleno de normas? —dijo—. ¿Cómo puedo ser yo misma cuando la gente que me rodea no me acepta tal y como soy?

—Construid vuestro propio mundo y rodeaos de personas que aprecien la fuerza que anida en vuestro corazón.

—¿Así de fácil?

—Conocí una vez a una mujer como vos. Tenía fuego en las venas, la cabeza en las nubes y los pies en la tierra. Era un espíritu libre que se movía con la fuerza de un vendaval, e ingobernable como un barco que va a la deriva. Por sus

venas corría sangre india, y la tierra la llamaba con la misma fuerza con que lo hacía el mar. Era una mujer que caminaba entre dos mundos, a ambos pertenecía y no quería renunciar a ninguno.

—¿Y qué fue de ella?

—Vivió su vida según sus propias normas y disfrutó cada minuto hasta que la enfermedad se la llevó. —Una sombra de pesar descendió sobre la mirada del capitán—. El vacío que dejó la muerte de mi esposa fue lo que me impulsó a convertirme en pirata. Era un muerto vagando sobre la Tierra, y lo único que me hacía sentir vivo era la euforia que acompañaba a la caza. Ella habría despreciado al hombre en que me convertí...

Un coco se desprendió de su rama y cayó en la arena con un golpe seco. El capitán Aarhus lo tomó entre sus manos y lo agitó.

—Hace mucho tiempo que no pruebo uno de estos.

Las comisuras de la boca de Wilhelmina se curvaron de forma involuntaria.

—Apuesto a que lleváis encima algo con que abrirlo.

El antiguo pirata le lanzó una sonrisa torcida, tan similar a las de Nathan que sus entrañas se retorcieron de añoranza. Después, igual que había hecho su hijo a bordo del Odyssey antes de que Theodore Grant los abordara, sacó una enorme daga de su bota derecha.

Abrió un agujero en la corteza y se lo tendió para que pudiera beber el líquido que la fruta guardaba en su interior.

—Veo que os gustan los cocos.

Wilhelmina se relamió y, sonriendo, se pasó el dorso de la mano por la barbilla para limpiarse las gotas que le habían resbalado por la cara.

—¿Me dejáis que os cuente yo ahora una historia?

—Me encanta este pajarraco.

Nathan observó cómo Christopher acariciaba las plumas de Lucille mientras permanecía sentado a su lado en los escalones de entrada a la casa.

Debería haber ido tras Billie para contarle toda la verdad y acabar al fin con las mentiras, pero su padre se lo había impedido.

En cambio, se había quedado atrás para explicarle la situación a su abuela y había recibido un rapapolvo que le había hecho enrojecer las orejas. Por si eso no hubiera sido suficiente, Christopher había llegado en el momento preciso para presenciarlo y, mientras aguardaban el regreso de Billie, su hermano se había empeñado en demostrar que tenía talento no solo para gobernar barcos, sino también para amaestrar animales.

—Chico malo, Nate. Chico malo, Nate.

Lucille aprendía a una velocidad inusitada.

—Cielos, este pájaro vale una fortuna —aseguró Christopher—. Nunca había visto un loro con esta capacidad de aprendizaje.

—Por su bien, deberías enseñarle algo más agradable que decir, o esta noche tendremos ave a la parrilla para cenar.

Como si hubiera entendido sus palabras, el loro revoloteó hasta colocarse en el hombro de Christopher, en busca de protección.

—No te preocupes, Lucille. No dejaré que te haga daño.

—Dame un besito, capitán.

—Además —continuó—, cuando estoy en casa, la abuela siempre prepara mi plato favorito. Porque soy su nieto preferido. El primogénito, el más guapo, el más listo, el capitán del barco más veloz...

—... y el que tiene más posibilidades de morir a manos de su hermano pequeño antes de que caiga el sol.

En ese momento el viento trajo el sonido de risas en su dirección. Nathan se puso en pie de un salto, a tiempo para ver llegar a Billie junto a su padre. Ambos se reían de algo que ella le iba contando, pero, en cuanto sus ojos se posaron sobre él, su rostro se ensombreció y la risa murió en sus labios.

—Billie... —comenzó.

Ella pasó por su lado sin dirigirle una sola palabra. Una sola mirada.

—Vaya, ha sido como una ráfaga de viento helado. Incluso Lucille ha emigrado a climas más cálidos.

En efecto, el loro había abandonado su lugar en el hombro de su hermano y se había posado en el alféizar de una ventana.

—Cierra la boca, Chris, o te la cerraré yo.

—Estoy deseando ver cómo lo intentas.

—¿Qué le has contado? —le preguntó a su padre.

—Lo que tú deberías haberle dicho cuando tuviste oportunidad, Nathan. La verdad.

—Sí, Nate. Ya sabes: «La verdad os hará libres» y demás.

—Cállate, Chris.

—Tendrás que disculparte con ella.

—Lo haré.

—Sí, Nate. Ponerte de rodillas y demostrarle tu sincero arrepentimiento.

—Voy a matarte ahora mismo.

Si su padre no se hubiera interpuesto, su puño habría terminado incrustado en la mandíbula de su hermano. Porque necesitaba liberar la tensión que agarrotaba sus músculos, y Christopher parecía más que dispuesto a enfrentarse con él.

—Nada de peleas. La última vez que estuvisteis en casa destrozasteis la mesa del comedor, dos ventanas y la colección de porcelana de vuestra abuela.

—Fue una comida familiar memorable —evocó Christopher.

—Tras la cual diste con tus huesos en la cárcel.

—Porque envenenaste mi comida.

—Solo agregué un poco de polvo para dormir a tu plato preferido.

Para entrar en la alianza, había necesitado que uno de los cabecillas lo apoyara. Su hermano había sido la elección más lógica, pero Nathan no podía arriesgarse a que lo descubrieran. Así que había creado toda una farsa para justificar su decisión. Había drogado a Christopher, lo había encerrado en el fuerte Charles y después lo había rescatado de su cautiverio. De esa forma, nadie cuestionaría los motivos del capitán Aarhus para admitir a un desconocido en la alianza.

Sin embargo, a Christopher no le había hecho ninguna gracia que lo manipulara de aquella forma sin su consentimiento.

—¡Basta! —gritó su padre cuando ambos volvieron a encararse.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó Nathan, furioso.

—Comer con mi familia. Es domingo. Y no podremos zarpar hasta la pleamar. Además, creo que ya va siendo hora de que pongas todas las cartas sobre la mesa.

—¿A qué diablos te refieres?

—Tú y yo sabemos que un cargamento de oro como el que la alianza desea atacar es no solo improbable, sino un milagro. Hace décadas que no sale ninguno con tales dimensiones. Y, de conocer su existencia, el rey habría enviado corsarios para asaltarlo, en lugar de arriesgarse a perderlo en una operación para acabar con un puñado de piratas.

—Ese puñado de piratas es nuestra única prioridad.

—Te estoy ayudando, Nate. Y me estás ocultando información.

—Porque no me fío de ti —confesó al fin—. Porque, en el fondo, eres como ellos, y la única razón por la cual colaboras conmigo es para salvar tu pellejo y poder seguir robando un día más.

Era su ira la que hablaba, no su mente. Y, desde luego, no su corazón.

Christopher cogió a Lucille del alféizar de la ventana y se la colocó en el hombro.

—Pronto tu deuda quedará saldada. Asegúrate de no haber pagado un precio demasiado alto por ella.

Entró en la casa mientras la mirada de Nathan permanecía fija en su espalda.

—¿Sabes lo que estás haciendo, hijo?

—Lo tengo todo controlado.

—Bien. Y dime, ¿dónde está Jack?

Nathan se perdió en los ojos azules de su padre. Eran exactos a los de Christopher y tenían el color del cielo invernal. Los suyos eran herencia de su madre, al igual que el tono del pelo o su afición a crear reproducciones de ideas que existían solo en su cabeza.

Antes de entrar en casa, su padre le puso una mano en el hombro.

—Un capitán no es un dios, Nathan. Creí haberte enseñado al menos eso. Hay cosas que escapan a nuestro control. No pases por encima de todo y de todos para cumplir tu misión, porque, cuando termine, quizá descubras que el sacrificio no ha merecido la pena.

Lo dejó solo en el jardín, cavilando sobre los mil y un cabos sueltos que podrían hacer zozobrar su plan. No podía controlarlos todos, pero al menos debía intentarlo. La otra opción era hundir él mismo su nave en el fondo del mar. Y no pensaba rendirse. Nunca. Jamás.

Capítulo 21

Wilhelmina estaba haciendo picadillo la patata que tenía entre manos.

—Querida —le dijo Isabella—, no paguéis con mis tubérculos la ira que sentís hacia mi nieto.

Pero no era tan sencillo.

Su enfado no había disminuido un ápice a pesar de la nueva información que el capitán Aarhus, el auténtico capitán Aarhus, había compartido con ella. Y el calor que se respiraba en aquella cocina no contribuía en absoluto a apaciguar su mal humor.

Nathan tenía motivos sobrados para hacer lo que hacía, pero podría haber confiado en ella, haberle contado alguno de sus secretos en vez de permitir que estos la dejaran estupefacta. Podría haberse sincerado antes de que ella se entregara a él y se convenciera de que entre ambos existía un vínculo especial. Una conexión que no podría sentir con nadie más.

Echó la diminuta patata que acababa de pelar en la olla que había sobre la mesa y cogió una nueva para someterla a la misma tortura. Una bien grande, para poder hincar en ella el cuchillo con ganas.

—Iré a por más patatas —murmuró Isabella. Antes de que abandonara la cocina, Wilhelmina la oyó decir—: Tú eres el responsable de que la guarnición vaya a ser más escasa de lo normal.

Levantó la vista y se encontró con el cuerpo de Nathan ocupando el vano de la puerta. Sus ojos lanzaron rayos y centellas en su dirección, lo atravesaron con toda la rabia que hacía vibrar su cuerpo. Él no se atrevió a moverse de su lugar.

—¿Guardas todavía alguno de los vestidos de mamá, abuela?

—Claro, en el desván. ¿Por qué? ¿Vuelves a necesitar disfraces para una de tus misiones?

—¿Qué? No. Esto no tiene nada que...

—Hace algunos años —le explicó Isabella a Wilhelmina—, me pidió que le

confeccionara un par de vestidos lo suficientemente grandes como para sentarle bien a alguien de su tamaño.

—Bobadas.

—Uno era verde y el otro, violeta, y que me parta un rayo ahora mismo si no fueron Jack y él quienes los usaron para atrapar a alguno de esos maleantes a los que persigue por todo el Caribe.

—Ponte a cubierto, abuela, porque estás a punto de chamuscarte. Nunca he llevado faldas.

—Mentiroso.

—¿Podría tomar prestado alguno de los vestidos de mamá para la señorita Nightingale?

Wilhelmina alzó la vista de su víctima comestible y la clavó en los ojos turquesas de Nathan.

—¡Claro! —exclamó la anciana—. Debería haberseme ocurrido a mí. En cuanto terminemos de preparar la cena, subiremos al desván y buscaremos algo que podáis usar.

—No es necesario, Isabella, de verdad...

—Tonterías. Los vestidos de mi hija os sentarán perfectamente. Ella tenía más o menos vuestra talla. Y respecto a ti —señaló a Nathan—, acércate y colabora. Así acabaremos antes.

—¿Desde cuándo permites la entrada de seres culinariamente ineptos en tu cocina?

—Desde que has mencionado los vestidos y me he dado cuenta de que estaría muy a gusto repantigada en una butaca viendo cómo la señorita Nightingale se los prueba en lugar de estar aquí de pie, pasando calor y cocinando para ti, tu hermano y tu padre. Siéntate y pela patatas.

Nathan obedeció y se acomodó frente a Wilhelmina.

Ella lo ignoró de forma deliberada, aunque sintió el fuego de su mirada penetrándola hasta los huesos.

Cuando ya no pudo soportarlo más y se obligó a encararlo, él sacó su enorme puñal de la bota y cogió una patata del montón que había en el centro de la mesa.

—Ejem —carraspeó Isabella.

—Está limpio —aseguró Nathan a su abuela—. Soy muy escrupuloso con mis cuchillos. Ya sabes que no me gusta degollar a nadie con un arma en mal estado.

Isabella bufó y se dedicó a remover la sopa. Nathan se puso a pelar, a gran

velocidad y con asombrosa destreza. Le quitó la piel a su tubérculo en una sola tira rizada, sin ni siquiera echarle un vistazo a lo que se traía entre manos, con la mirada clavada en Wilhelmina.

El cuerpo de ella se incendió por dentro a causa de la excitación pero también del fastidio.

Si después de lo que había pasado creía que podía hacerla estallar en llamas con solo una mirada...

Él tomó otra patata del montón y se dispuso a pelarla. Más lentamente esta vez, como si la acariciara, y Wilhelmina sintió que sus ojos hacían lo mismo con ella. Arrancarle una capa de piel para dejarla expuesta. Y a su merced.

Solo respiraban mientras Isabella canturreaba junto a los fogones.

Wilhelmina soltó el cuchillo y se llevó una mano al cuello para enjugar una gota de sudor que le corría por la garganta.

—Hace mucho calor aquí dentro... —susurró. Y se echó el pelo sobre un hombro, dejando el otro al descubierto.

Nathan inhaló con fuerza.

Pero siguió pelando su patata.

—Abriré la puerta de atrás para que haga corriente —se ofreció Isabella.

Wilhelmina se soltó el lazo de la camisa y exhibió la piel del escote, cubierta de sudor. Bajó la tela hasta que casi quedó oculta por el corpiño, mostrando ante los ojos de Nathan el nacimiento de sus blancos y jóvenes pechos.

—Estoy ardiendo... —afirmó en lo que casi pareció un jadeo.

—Enseguida correrá el aire —dijo Isabella.

La frente de Nathan se perló de sudor, pero mantuvo la mirada prendida en sus ojos, desviándola apenas cada vez que ella se movía, atisbando detalles cautivadores y obligándose a no recrearse, a devolver la atención de nuevo a sus pupilas.

Y la tira de piel de patata cada vez era más larga.

Entonces Wilhelmina sintió la corriente de aire en la espalda, se levantó el pelo sobre la cabeza para que le acariciara el cuello y dejó escapar un gemido de placer.

—Mmm...

—¡Maldición! —masculló Nathan, y se llevó a la boca el dedo que acababa de seccionarse con su propio cuchillo.

—¡Apártate de mi comida, muchacho! Me vas a estropear la guarnición.

—Tu preocupación me conmueve, abuela. —Cogió un trapo que reposaba

sobre la mesa y lo apretó contra la herida.

—Te has abierto la cabeza tantas veces que soy incapaz de recordarlas todas. Disculpa si me preocupa más mi cena que un cortecito de nada en el dedo. Aunque, sinceramente, me decepcionas. Creía que eras mucho más diestro con esa daga.

Nathan clavó de nuevo la mirada en Wilhelmina.

—Sí, bueno. Estaba distraído.

Ella recuperó su patata y su cuchillo y volvió a la tarea.

—Fuera de mi cocina; lisiado no me sirves de nada.

—Podrías usarme como probador oficial.

Wilhelmina no deseaba que se quedara. Quería que él y que aquellos ojos con poder para hacerla sentir desnuda desaparecieran de su vista.

—Buen intento. Ve a buscar algo a lo que disparar.

Nathan abandonó la cocina solo porque su abuela lo empujó a través de la puerta.

Al fin tendría un poco de paz. Ahora que había conseguido derramar su sangre, Wilhelmina se sentía un poco menos airada y un poco más satisfecha.

Cuando Isabella la observó con la cabeza ladeada, recordó el estado de su escote.

—Definitivamente vamos a buscaros algo menos revelador antes de cenar.

Nathan no podía recordar la última vez que su madre había llevado ese vestido, pero jamás olvidaría el aspecto de Wilhelmina aquella noche.

Se había acostumbrado a verla con ropas toscas y vulgares, y, aunque jamás estaría tan hermosa como cuando la tuvo desnuda entre sus brazos, acababa de recordar de dónde procedía ella. Cuál era su mundo. Y cuál debería ser su futuro.

Antes de que le diera tiempo a reaccionar, Christopher la ayudó a sentarse a la mesa y después ocupó el lugar vacante a su lado. Era sorprendente la violenta naturaleza que adquirirían sus pensamientos cada vez que su hermano se acercaba a Billie.

—Nathan, ¿por qué no aprovechas que estamos todos reunidos para expiar tus pecados y explicarnos hasta el más mínimo detalle sobre la más que agradable presencia de la señorita Nightingale en esta casa? —sugirió su abuela.

Sentado frente a ella, la miró directamente y contó a su familia la historia completa. Cómo su padre le había pedido que fingiera un secuestro. Cómo debía proporcionarle una aventura. Cómo las cosas se habían torcido y, en lugar de devolverla a casa, se había visto obligado a conservarla a su lado.

—Esa —dijo su abuela al terminar— es la cosa más atroz que he oído jamás. Debería darte vergüenza, Nathan, haberte prestado a una bajeza de semejante calibre.

Suerte que en su narración había evitado incluir los sucesos de la noche anterior.

—No ha sido tan horrible como lo ha contado —lo defendió Wilhelmina.

Pero lo hizo sin posar sus ojos sobre él.

«Vamos, Billie, mírame».

—Los hombres de mi hijo se habrán comportado en vuestra presencia, espero.

—Desde luego.

—Lo dices como si mi tripulación estuviera formada por la escoria del mar.

—Piratas, contrabandistas, asesinos, ladrones... —enumeró Christopher.

—Mira quién fue a hablar. ¿Acaso en tu barco faenan miembros de la flor y nata de la sociedad?

—Siempre me pregunté cómo sería... —intervino Billie dirigiéndose al cabeza de familia—. Desde que vos abordasteis nuestro barco, en realidad. Mi padre nunca aprobó esa fascinación, y creo que toda esta farsa fue su forma de demostrarme que el matrimonio era una opción de futuro mucho más halagüeña para mí. La alternativa era permanecer soltera anhelando una vida que jamás se convertiría en realidad.

—Yo también haría cualquier cosa con tal de evitar el matrimonio —indicó Christopher.

—Razón por la cual nunca tendré bisnietos correteando por esta casa.

No era la primera vez que su abuela insistía en el tema. Y, como en anteriores ocasiones, ambos hermanos pusieron los ojos en blanco y se resignaron a recibir un nuevo sermón.

Sin embargo, su padre les ahorró el sufrimiento.

—El mar es una amante traicionera. Te seduce como una sirena con su canto de libertad, pero no te consuela por las noches, no te da calor cuando tienes frío y no responde cuando la llamas pidiendo auxilio.

Nathan se volvió hacia él y en su expresión pudo ver lo mucho que echaba de menos a su madre. Lo que habría dado por volver a tenerla entre sus brazos. Christian Aarhus, mejor que nadie, sabía que hay vacíos que ni siquiera el océano es capaz de llenar.

—¿Eso iba dirigido a mí —preguntó Christopher— o a ella?

—Yo en vuestro lugar escogería un hombre muy viejo como esposo —le recomendó Isabella—. Así enviudaríais joven y podríais ser dueña del resto de vuestra vida.

—Abuela, eso es lo más cínico que te he oído decir nunca —aseguró su hermano.

—Bueno, la otra opción es que se case por amor. A mí me funcionó. Y a vuestro padre también.

Nathan devolvió la vista al rostro de Wilhelmina y se sorprendió al descubrir que, esta vez sí, ella lo miraba. De un modo tan intenso que los latidos de su corazón adoptaron un ritmo desaforado.

—La solución perfecta sería que Wilhelmina escogiera a uno de nuestros muchachos, ¿no te parece, Christian? De esa forma, nos libraríamos al menos de uno de ellos, y yo podría por fin acunar a un precioso bebé en mis viejos brazos.

Billie se atragantó y alargó la mano hacia su copa.

—Gran idea —coincidió Christopher con un atisbo de sonrisa.

—Cierra la boca.

Si su hermano consideraba siquiera la posibilidad de acercarse a Wilhelmina, lo descuartizaría.

—Elegid, señorita Nightingale —insistió Chris—. Podéis tener a vuestros pies a un marinero de la armada con una paga mediocre y un futuro incierto o a uno de los mayores piratas del Caribe, capitán de un barco legendario y poseedor de una fortuna demasiado grande para ser contada.

—Tan grande como tu ego —gruñó Nathan.

—¿Qué escogéis?

Aquello era una ridiculez. Sin embargo, la perforó con la mirada, pendiente de su respuesta.

«¿Qué escoges, Billie? ¿Me escogerías a mí?».

Ella pareció leer la pregunta en sus ojos y, antes de responder, le propinó una patada por debajo de la mesa.

—En realidad, preferiría casarme con un hombre cuya profesión no estuviera relacionada con el mar.

—¿En el Caribe? —El tono de Christopher reflejó su escepticismo—. ¿Queréis convertirlos en la esposa de un campesino?

Nathan recibió otra patada en la espinilla y por fin entendió por qué lo estaba golpeando. Quería que la ayudara a cambiar de tema, pues, de todos los asuntos posibles sobre los que conversar, aquel no estaba entre sus favoritos. Ladeó la

cabeza y sonrió, complacido de que recurriera a él. Incluso usando la fuerza.

—¿Qué haces todavía en tierra, Christopher? ¿No deberías estar preparándote para zarpar?

—¿Quieres que me marche sin probar el pastel de calabaza de la abuela? El postre es la mejor parte de la comida. Déjame en paz.

—Nadie va a irse —intervino Isabella.

—Dijiste que partirías antes del atardecer.

—Aún faltan horas para eso. ¿Por qué intentas amargarme la comida?

—He dicho que nadie va a marcharse —insistió su abuela.

Ambos la ignoraron de nuevo.

—Un trozo de pastel, y largas amarras.

—No recibo órdenes de ti.

—Pero las recibirás de mí. —Isabella se levantó de la silla y apoyó las manos sobre la mesa—. Nadie va a abandonar esta isla en los próximos días.

—¿De qué estás hablando, abuela? —preguntó Nathan, confuso.

—De la tormenta.

—¿Qué tormenta? —quiso saber Christopher.

—La que está a punto de desatarse sobre nosotros y puede que se convierta en un huracán. Tantos años navegando y sois incapaces de reconocer las señales. A veces me pregunto cómo habéis conseguido sobrevivir durante tanto tiempo.

Mientras Nathan sopesaba las implicaciones de una tormenta en su futuro, se oyó un trueno a lo lejos y las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer.

Wilhelmina sorbió su té mientras los hombres discutían.

Nathan quería zarpar antes de que la tormenta los dejara incomunicados. Christopher quería quedarse en la isla hasta que pasara el peligro. El antiguo capitán Aarhus quería que ambos se callaran, e Isabella quería que todos se alejaran de su colección de jarrones de porcelana antes de que les diera por pasar a las manos y terminara siendo ella quien pagara las consecuencias.

—Si la tormenta se transforma en un huracán —le preguntó a Isabella mientras los hombres continuaban gritando—, ¿estaremos a salvo en la isla?

—Desde luego, siempre y cuando sea de intensidad moderada y no como el de hace treinta años, que estuvo a punto de convertir este lugar en un peñón deshabitado.

—Abuela —la reprendió Nathan—, no hace falta que seas tan gráfica. Si la tormenta se transforma en un huracán, la iglesia será un refugio más que seguro para todos los vecinos del pueblo.

Lo dijo mirándola a ella, tratando de transmitirle confianza. Wilhelmina se lo agradeció, pero su decisión de no dirigirle la palabra seguía en pie, de modo que desvió la vista en cuanto terminó de hablar.

—El caso es que la iglesia sería un lugar estupendo para refugiarnos si pudiéramos poner un pie en ella —murmuró Isabella, y se llevó la taza a los labios para dar un largo sorbo a su té.

—¿Qué insinúas? —le preguntó Christopher.

—Vuestra abuela tuvo una discusión con el padre Thomas y él le ha prohibido la entrada a la iglesia hasta que pida perdón.

—Abuela...

—No pienso disculparme con un chico que apenas tiene edad para leer las partes más explícitas de las escrituras.

—Se pelearon por quién la tenía más grande.

—¿Qué?! —exclamaron Christopher y Nathan a un tiempo.

—La cosecha. De calabaza. Su competencia es legendaria en esta isla.

—¿Y quién la tiene más grande? —preguntó Wilhelmina escondiendo una sonrisa tras su taza de té.

La mirada oscura y pecaminosa que Nathan lanzó en su dirección la hizo enrojecer.

—Yo, por supuesto —aseguró Isabella con convicción—. A su cosecha aún le faltan años para estar a la altura de la mía.

—Te disculparás. Mañana —le ordenó el capitán Aarhus.

—Ni hablar.

—Lo harás. Por la señorita Nightingale. Para que podamos devolverla sana y salva a su casa.

—Los Anderson no nos disculpamos.

—Tú no eres una Anderson, Isabella. Ni siquiera yo lo soy.

Wilhelmina dirigió su mirada al rostro del capitán. En sus ojos bailaban, juntos y revueltos, la sorpresa, la curiosidad y el temor.

—¿Cómo?

—Mi verdadero apellido es Andersen —explicó él—. Lo cambié cuando llegué al Caribe para evitar problemas. Aarhus es el puerto donde nací. En Dinamarca.

—¿Vuestro verdadero nombre es Christian Andersen?

—Exacto.

—¿Sois danés?

De pronto se sintió mareada. Como si el mundo a su alrededor se hubiera convertido en un lugar desconocido donde nada encajaba. Un lugar del que nada sabía y que no dejaba de sorprenderla.

—Creo... —su voz sonó insegura—. Creo que me gustaría irme a descansar.

—Desde luego, querida. Os mostraré vuestra habitación —se ofreció Isabella.

Cuando pasó junto a Nathan, él la sostuvo por el brazo.

—¿Te encuentras bien?

Ella solo asintió, sin ni siquiera volverse a mirarlo.

La habitación que Isabella había preparado para ella en el piso superior era pequeña pero acogedora. Tenía una ventana desde la que podían verse el jardín trasero y el mar.

Se quitó el vestido que se había puesto para la cena y se sentó sobre la cama.

El capitán Aarhus había dicho que la devolverían sana y salva a casa.

A casa.

Pero ella no deseaba volver. Sabía que ya no podría acompañar a Nathan a bordo del Odyssey, porque ante él se alzaba un futuro incierto y lleno de peligros. Su misión de acabar con la alianza era una cuestión de vida o muerte, y Wilhelmina ya no cumplía ninguna función en ella. Sin embargo, no quería quedarse en tierra esperando noticias, muerta de la preocupación.

Podía estar furiosa con Nathan, pero, aun así, la idea de separarse de él la llenaba de incertidumbre.

—Billie.

Su nombre le llegó desde el pasillo. Aunque solo fue un susurro, reconoció la voz al instante.

Se acercó hasta la puerta, pero no la abrió.

—Me merezco tu silencio. Te he ocultado demasiados secretos y debería haberte contado la verdad desde el principio.

Oyó un ruido, como si él se hubiera sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la madera. Ella lo imitó en su lado de la puerta.

—He visto tu cara ahí abajo, cuando mi padre te ha dicho su nombre. Parecías perdida, como si de pronto te hubieras despertado de un sueño. Igual que un niño que descubre los hilos que mueven los títeres y se da cuenta de que la magia no es más que una mentira.

Y quizá así era justo como se había sentido.

—Era un padre estupendo, ¿sabes? Me enseñó a gobernar un barco cuando

yo apenas levantaba unos palmos del suelo, y también me enseñó a amar el mar. Pero entonces nuestra madre murió y, de pronto, se encontró varado en la oscuridad, sin rumbo ni estrellas que guiaran su camino. Al principio se dedicaba solo al contrabando. Después asaltaba barcos de los enemigos de la corona. Al final la línea se disolvió y solo buscaba el desafío que lo hiciera sentirse vivo. Christopher y yo seguimos sus pasos. Mi hermano, movido por la aventura. Yo, por continuar con la tradición familiar, supongo.

Wilhelmina recostó la cabeza contra la madera mientras la voz de Nathan le atravesaba la piel y se enroscaba en sus huesos.

—Fue un alivio que tu padre nos apresara. Eso me pareció entonces. Pensé: «Este es el final». Pero solo fue el principio. He odiado cada día de los últimos diez años. Cada barco que he capturado, cada hombre que he cazado. Y cuando tu padre me ofreció recuperar la libertad a cambio de proporcionarte una aventura, no lo dudé. Ni un solo instante.

Ella podía entender que un hombre sediento de libertad hiciera cualquier cosa con tal de recuperarla.

—Cuando pase la tormenta, mi padre se encargará de devolverte a Port Royal.

Se incorporó como un resorte y estuvo a punto de abrir la puerta y enfrentarse a él cara a cara.

—No deberías temer el futuro, Wilhelmina. Eres una mujer extraordinaria y puedes tener todo cuanto desees. Yo me encargaré de que así sea.

¿Cómo iba a hacerlo? No estaba en su mano, no tenía tanto poder. Solo ella podía coger las riendas de su destino, desafiar al mundo y tomar aquello que tanto ansiaba.

Ella no quería odiar los próximos diez años. No quería arrepentirse de lo que pudo haber sido. No quería envejecer soñando con una vida alternativa.

—Supongo que estás dormida y que le he abierto mi corazón a una puerta.

Sintió cómo él se ponía en pie y lo imitó. Asió el pomo y dudó qué debía decirle. Cómo explicarle el tumulto que rugía en su interior.

Cuando se asomó al pasillo, no había rastro de Nathan. Pero la sombra del capitán Aarhus, del inimitable capitán Aarhus, avanzó desde el hueco de la escalera.

—Buenas noches, señorita Nightingale.

—Buenas noches, señor Andersen.

Se metió en la cama y supo que, si lograba quedarse dormida esa noche, si

era capaz de apagar las voces en su cabeza el tiempo suficiente como para verse arrastrada a la inconsciencia, soñaría con un hombre de ojos turquesas y voz susurrante que permanecía a su lado mientras ella empuñaba el timón de un bergantín rumbo al horizonte.

Capítulo 22

A la mañana siguiente, Wilhelmina acompañó a Isabella en su peregrinación a la iglesia.

—Es inaudito el que yo tenga que disculparme. Si sobrevivimos a la tormenta, mis bisnietos sabrán que fue gracias a que su bisabuela se sacrificó por su familia y se dobló ante un muchachito imberbe. Esta es una humillación de la que nunca me recuperaré...

La iglesia de Cayo Esperanza era una construcción de piedra excesivamente grande para una congregación tan pequeña, pero, según le contó Isabella, databa de cuando la isla había estado bajo dominio español, y todo el mundo sabía que, para esas gentes, cuanto más grandes los templos, mejor.

Las puertas de madera se hallaban abiertas y el interior permanecía fresco y silencioso. Aunque las ventanas saeteras dejaban entrar algo de luz, la iglesia se encontraba sumida en la penumbra.

Wilhelmina palpó uno de los robustos pilares que sostenían las arquerías de las naves laterales y respiró aliviada. Resistiría el embate del viento. Estarían seguros tras esos muros.

Si la mujer que murmuraba imprecaciones a su lado se disculpaba, claro.

—¡Isabella!

Un muchacho alto y moreno, delgado como un junco y de aspecto juvenil, se acercó con paso apresurado desde el altar. Lucía el pelo ensortijado y no parecía tener edad suficiente para regir los destinos de una congregación.

—Padre Thomas —lo saludó Isabella con aire distante.

—¡Se avecina una tormenta! ¡Un huracán! ¿Os habéis enterado? ¡Tenemos que avisar a los vecinos, reunir provisiones y realizar los preparativos necesarios para acomodar a todo el mundo en la iglesia!

—Hace una semana que os avisé de que el tiempo cambiaría y vos asegurasteis que me equivocaba.

—Dije que vuestros dolores podrían deberse al reuma.

—Dijisteis que era una mujer de edad muy avanzada que padecía alucinaciones.

—Y vos, que mi cosecha de calabaza era tan diminuta que no merecía tal nombre. Y que, sin duda, era reflejo del tamaño de otras áreas de mi ilustre persona. Hablando de lo cual, ¿habéis venido a disculparos?

Isabella tardó varios segundos en contestar.

—Sí.

—Quedáis perdonada. Ahora, presentadme a vuestra acompañante y comencemos con los preparativos.

Wilhelmina sonrió. ¿Era cosa de familia evitar decir: «Lo lamento»?

—Claro, padre Thomas, ella es... es...

El reverendo agachó el cuello, como si quisiera ayudar a Isabella a continuar con la presentación.

—Ella es... ¡Ella es mi sobrina! ¡Ja!

¿Sobrina? La actitud de Isabella era triunfante, como si hubiera resuelto un acertijo irresoluble.

—¿Vuestra sobrina? No sabía que tuvierais más familia aparte de los hombres impíos con los que vivís...

—Sobrina nieta, en realidad. Es hija de la hermana de Christian.

—¿Vuestro yerno tiene una hermana?

—La tenía. ¿Nunca os hablé de ella?

—No. Recuerdo cada nimio detalle de todas vuestras historias, y jamás mencionasteis otros parientes.

—Se trata de uno de esos secretos familiares —dijo Isabella bajando la voz

—. La muchacha se enamoró de un hombre que su familia no aprobaba. Un...

—¿Un qué?

—Un español. Moreno y de escasa estatura. Y católico, además.

—Oh, una tragedia, sin duda.

—Desterraron a la pobre chica. Cuando se casó, le negaron el saludo. Murió hace poco, y Christian ha decidido recuperar la relación con su hija. Pero la joven no habla nuestro idioma. Es danesa, padre. Y solo Christian es capaz de comunicarse con ella.

El sacerdote asintió, comprensivo.

—¡Me alegro mucho de conocerlos! —gritó a continuación, como si la potencia de su voz pudiera superar la barrera del idioma.

Wilhelmina no tuvo que fingir sentirse confundida.

—No le gritéis a la muchacha. Es muy tímida. Y la familia de su padre ya era lo bastante ruidosa. A Wilhelmina le gusta el silencio.

—Bueno, no habrá mucho de eso por aquí en los próximos días. ¡Lamento vuestra pérdida! —gritó de nuevo en su dirección—. ¡Bienvenida a nuestra pequeña isla! ¡Si necesitáis cualquier cosa, no dudéis en acudir a mí! Y ahora, pasemos a organizar los preparativos, Isabella.

—No hay que organizar nada, padre. Ya está todo planeado. Ayer convoqué una reunión con las mujeres del pueblo y nos hemos repartido las tareas.

—¿Todo? ¿No queda nada?

El sacerdote parecía tan decepcionado que Wilhelmina sintió lástima por él.

—No —aseguró Isabella.

—¿Provisiones?

—Hecho.

—¿Mantas?

—Hecho.

—¿Agua?

—Hecho.

—¿Velas?

—Hech..., quiero decir, creo que...

—¡Ja! ¡Faltan las velas! Yo me encargaré de la iluminación. Puede que fuera el cielo se torne negro, pero en la casa del Señor brillará la luz del sol.

Y con una enorme sonrisa en su aniñado rostro, abandonó la iglesia, entusiasmado por haberse asignado una tarea de crucial importancia.

Wilhelmina se volvió hacia Isabella para preguntar:

—¿Soy mitad danesa, mitad española?

—Lo lamento mucho, querida, pero explicarle al padre Thomas vuestra situación habría creado un nuevo cisma entre nosotros.

—Supongo que tendré que permanecer callada en su presencia durante los próximos días.

—Os aseguro que es mucho mejor no darle conversación.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Duplicar las reservas de agua. Si el padre Thomas se encarga de las velas, podéis estar segura de que provocará un incendio.

Regresaron a casa cuando el sol comenzaba a ocultarse tras el horizonte, después de haber pasado el día de un lado a otro, trabajando codo a codo con las

mujeres del pueblo para asegurarse de que todo estuviera listo en el momento en que la tormenta se cerniera sobre ellos.

Wilhelmina volvía cargada con dos cestas llenas de provisiones, e Isabella llevaba en brazos varias frazadas de tela para confeccionar vendas. Sus respectivos bultos eran pesados, pero Wilhelmina no podría haberse sentido más útil ni más feliz.

Observar a Isabella dirigir los preparativos, verla comandar a las mujeres y dar órdenes a los hombres había sido revelador. En más de una ocasión se había sorprendido a sí misma pensando que esa era justo la clase de persona en que desearía convertirse algún día. Por primera vez, su modelo había sido real, tangible, y no una fantasía pergeñada por su activa imaginación.

En cierta forma, la determinación que exhibía le había recordado a su padre. El gran Linus Nightingale, gobernador de Jamaica y dueño y señor de su destino. Wilhelmina se preguntó qué excusa habría inventado para justificar su ausencia. Si se preocuparía por su bienestar y qué esperaría de ella una vez que regresara a casa.

Pero la verdadera cuestión era qué esperaba ella del futuro. Cómo lograría tener lo que tanto ansiaba, o si lo que Nathan le auguraba se haría realidad.

Cuando se aproximaron al jardín trasero, oyeron ruidos de martillo y vieron cómo los hermanos colocaban tablas para proteger las ventanas. Nathan permanecía subido a una escalera mientras Christopher le alcanzaba los listones que había apilados en el suelo.

Pero, en cuanto se percató de su presencia, el pirata soltó el madero que sostenía en alto para ir a su encuentro. Nathan estuvo a punto de perder el equilibrio al intentar cogerlo al vuelo.

—Maldito seas...

—Señorita Nightingale —dijo Christopher, ignorando a su hermano—, permitidme que os ayude con esa carga.

—No es necesario, de verdad, no es tan pesada.

Pero ya le había quitado las dos cestas de las manos.

—¿Vas a ayudarme a mí también? Porque la mía sí tiene un peso considerable —señaló Isabella, mordaz.

—Abuela, tú eres fuerte como una roca. Apuesto a que no te supondría ningún problema llevarme a mí en brazos.

—Malcriado.

—Blandengue.

Isabella le estampó las frazadas de tela en el pecho con una sonrisa, y Christopher tuvo que hacer malabarismos para que no se le cayeran al suelo.

—Esto me pasa por desplegar mis exquisitos modales y mostrarme servicial ante las damas —murmuró el capitán Aarhus.

—Deja de lloriquear y sígueme. Necesito que me ayudes en la cocina.

Abuela y nieto entraron en la casa, y Wilhelmina se quedó en el jardín observando cómo Nathan clavaba un madero con destreza.

Se había quitado la camisa y su espalda bronceada brillaba bajo la luz dorada del atardecer. Sus músculos eran hermosos. Suaves y ondulantes, llenos de fuerza y poder. Ella nunca había prestado demasiada atención a su propia espalda, pero seguro que no era ni tan espléndida ni tan poderosa.

Las yemas de los dedos le hormiguearon ante la idea de acariciarle la piel.

Se había atado el pelo con una cinta de cuero y le caía recorriendo la columna vertebral, dividiendo su espalda en dos. Las calzas negras se le ceñían a los músculos de las piernas y también a los del... trasero.

Wilhelmina jamás se había detenido tanto tiempo en esa parte de la anatomía de un hombre, pero todo lo que tenía que ver con Nathan la subyugaba.

Se acercó hasta la pila de maderas y tomó una entre sus manos. Él la observó con mirada interrogante y ella la alzó para que pudiera cogerla.

—No tienes por qué hacerlo; puedo encargarme solo. Has pasado todo el día fuera de casa, debes de estar cansada.

Wilhelmina no respondió, tan solo continuó sosteniendo la tabla en alto.

—Así que sigues sin hablarme...

Nathan tomó el listón y lo colocó sobre los que ya cubrían la ventana en la que estaba trabajando.

Sí, seguía sin hablarle. Y mantendría su voto de silencio hasta que le escuchara pronunciar dos simples palabras que le debía desde hacía tiempo.

Cuando terminó de asegurar el madero, tendió la mano para que ella le pasara otro. Al hacerlo, le rozó sin querer los dedos y una descarga los sacudió a ambos.

—Es por la tormenta —manifestó él—. A veces suceden estas cosas.

Pero Wilhelmina no creía que la culpa fuera de los elementos. Había algo más. Como una corriente que fluía entre ellos, que de vez en cuando se incendiaba.

Cuando el último madero estuvo clavado en su lugar, Nathan saltó de la escalera y recogió su camisa del lugar donde la había dejado.

—¿Podrías decirle a mi abuela que no vendré a cenar? Necesito ver a Blackpool para comprobar que los hombres están bien y el barco, protegido.

No esperó respuesta. Wilhelmina lo observó mientras se alejaba por la playa. Deseaba ir tras él, deseaba que él se quedara... Deseaba cualquier cosa menos sentir cómo la distancia entre ellos aumentaba y la fuerza del viento crecía.

Capítulo 23

Nunca volvería a tomar un trago de ron sin pensar en Billie.

Sentado en un rincón de la única taberna del pueblo, Nathan jugueteaba con la botella de vidrio oscuro que reposaba sobre la mesa mientras su mente visitaba los recuerdos que había acumulado durante los últimos días.

Su fuerte siempre habían sido los planes bien ejecutados, sin cabos sueltos ni posibilidad de error. Sin embargo, desde que Wilhelmina había entrado en su vida, el control del que siempre había alardeado se había esfumado. Todo era improvisación. Todo era incertidumbre.

Todo era puro caos.

—¿Estás borracho?

Christopher se sentó frente a él y se llevó la botella a los labios.

—Ni siquiera la he tocado. Solo la he pedido para que el tabernero no me eche del local. Creo que le gustaría volver a casa con su familia...

—¿Y no deberías hacer tú lo mismo?

—Necesitaba pensar.

—¿En cómo vas a arreglártelas para que la bonita señorita Nightingale te levante el castigo de silencio?

En cómo iba a arreglárselas para alejarse de ella sin mirar atrás, en realidad.

—¿A qué has venido, Christopher? —preguntó, molesto.

—Estoy en una misión de rescate. Dijiste que no vendrías a cenar, pero ha pasado un día, Nathan. Y ella estaba preocupada.

Respiró con fuerza y se recostó contra la pared de piedra.

—¿Te ha pedido que vengas a buscarme?

—¿Pedir? —Christopher contuvo una carcajada—. «Ordenar» es el término adecuado. Tiene un aspecto frágil, pero una voluntad de hierro. Es digna hija de su padre.

—Sí, lo es.

—¿En qué estabas pensando cuando aceptaste convertirla en parte de tu plan?

—En mi libertad.

En lo único que había pensado durante años. En volver a ser dueño de sí mismo. En poder elegir qué hacer con el resto de su vida y no tener que preocuparse nunca más por si algún día tendría que dar caza a su propio hermano.

Christopher escrutó su rostro antes de hablar. Desde que eran niños, siempre había sido capaz de leer sus sentimientos fijándose tan solo en los pequeños detalles que los delataban. Igual que él hacía con Wilhelmina.

—Nunca te he dado las gracias, Nathan.

—Dime que no vas a ponerte sentimental conmigo.

—Cierra la boca y deja hablar a tu hermano mayor.

—Solo si prometes que no llorarás y me darás un abrazo.

—Prometo no intentar estrangularte con mis propias manos.

—Dame la botella —exigió al tiempo que se la arrebató—, necesitare alcohol para infundirme valor y soportar las lágrimas del inmovible capitán Aarhus.

—Debería haber acabado contigo cuando eras un bebé.

—Perdiste tu oportunidad.

El tono de Christopher se tornó solemne cuando habló de nuevo:

—Eres mi hermano, Nathan. Mi hermano pequeño. Y tengo una deuda contigo que no creo que pueda saldar. Te sacrificaste para salvar mi vida y la de nuestro padre...

—Diablos, Christopher. Clávame un puñal en el corazón y acaba con mi sufrimiento.

Con un movimiento rápido y preciso, que demostraba su capacidad para comportarse de un modo letal con sus adversarios, Christopher extrajo una daga y le apuntó con ella al pecho.

—Déjame terminar, porque solo voy a decir esto una vez. Te debo la vida, y haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que tu estúpida cabeza sigue sobre tus hombros cuando muera. Siento haber dejado solo a Jack, pero tú eres mi prioridad, Nathaniel. Tu seguridad es más importante para mí que la de ninguna otra persona.

No necesitaba oírlo. En el fondo sabía que era cierto. Siempre habían cuidado el uno del otro y, aunque ahora se encontraran en bandos opuestos,

luchando en una guerra que ninguno había escogido, la lealtad que se profesaban era inquebrantable.

—Exceptuando a la abuela —trató de bromear.

—Ella no me necesita para mantenerse a salvo. Tú y tu maldito plan para acabar con la alianza sois los únicos que me quitáis el sueño.

—Lo tengo todo bajo control.

—No tienes nada bajo control. Pero, por suerte, tu hermano mayor está aquí para protegerte. Como cuando éramos niños.

—Entonces tú eras el único del que necesitaba protección.

—¿Qué? —exclamó Christopher, fingiendo sentirse ofendido—. Siempre he sido un hermano ejemplar.

—Una vez me ataste al bauprés del Valhalla.

—Y tú me lanzaste a la bodega de un pesquero cargado de bacalao.

Ambos sonrieron.

—Qué buenos recuerdos...

—Los mejores. —Christopher clavó su daga en la mesa—. Y ahora, dime, ¿qué vas a hacer para ganarte el corazón de la señorita Nightingale?

—No quiero ganarme su corazón.

—Y yo no quiero hacerme con el mayor botín de oro de la Historia. Vamos, Nathan...

—No tengo futuro. Cuando pase la tormenta, pondré en marcha un plan en el que podría perder la vida. Y si los piratas de la alianza no caen en mi trampa, su padre volverá a ser mi dueño.

—Dramatizas.

—No tengo nada que ofrecerle. ¿Por qué iba a atarla a una vida de incertidumbre e inseguridad?

—¿Por amor?

Nathan alzó las cejas. No podía creer que aquellas palabras hubieran salido de boca de su hermano.

—¿Te estás oyendo?

Christopher frunció el ceño.

—Sí, lo sé. Sueno como una alcahueta.

—Además, ¿qué sabes tú del amor?

—Tengo una mujer en cada puerto. —Le dio un trago a la botella—. ¿Qué más hay que saber?

—¿Sus nombres?

—No me pidas tanto, Nate. Suficiente tengo con intentar recordar sus caras.

—¿Y cómo es la que tienes aquí?

—¿Bromeas? La abuela me desollaría vivo si me enredara con una de las chicas del pueblo.

—Entonces, lo que he oído sobre la señora Smith son habladurías.

La noche anterior Blackpool lo había puesto al tanto no solo del estado de sus hombres y su nave, sino también de todos los chismes que circulaban en la isla sobre la vida amorosa de su hermano. Cómo su maestro artillero había obtenido esa información con tanta premura era un dato que prefería desconocer.

—¿La señora Smith?

—Rosalind. La mujer del herrero.

La botella de ron comenzó a cambiar de manos alternativamente.

—¿Una pelirroja? ¿De ojos verdes?

—No. Morena, de ojos castaños. Hace unos años, cuando todavía estaba soltera, intentaste propasarte con ella en el huerto de la abuela.

—¡Ah, Rosalind! Ahora sí me acuerdo. Nos revolcamos junto a las calabazas... ¿Y por qué has pensado que tenía algo con ella?

—Porque se rumorea que no te ha olvidado.

—Dejo una huella imborrable en las mujeres.

—Sin duda. ¿Sabes que tiene un cerdo como mascota?

—¿En serio? ¿Y por qué no se lo come?

—Porque es un cerdo enano. Nació con algún defecto y ella se encariñó con el animal.

—Rosalind siempre tuvo un corazón sensible...

—Nunca se separa de él.

—Las mujeres son seres extraños...

—La gente dice que quiere a ese cerdo más que a su marido.

—Muy extraños...

—También dicen que lo bautizó en recuerdo de su gran amor.

—¿Eh...? —Christopher detuvo la botella a escasas pulgadas de su boca.

—Son una pareja inseparable. Rosalind y su pequeño cerdo Chris.

El Chris humano golpeó la mesa con el vidrio y atravesó a su hermano con su fría mirada azul.

—¿Le ha puesto mi nombre a un trozo de tocino?!

Las carcajadas de Nathan llenaron los albores de la noche mientras, en el exterior, el viento aullaba a una luna cubierta de nubes de tormenta.

Wilhelmina bostezó por enésima vez aquella madrugada. Era la tercera noche que había mal dormido por culpa de Nathan y el cansancio comenzaba a hacer mella en su estado de ánimo.

Permanecía sentada en los escalones de entrada de la casa de Isabella, con la cabeza sostenida de modo precario sobre una mano, mientras veía cómo el cielo se desprendía dificultosamente de la oscuridad nocturna.

El amanecer no estaría salpicado de colores, sino de nubes grises que amenazaban con descargar con furia sobre la tierra.

Había llegado el momento de buscar refugio.

A sus pies, varias cestas repletas de provisiones aguardaban para ser transportadas hasta la iglesia. El día anterior había ayudado a Isabella a recolectar los frutos maduros del huerto y a empaquetar todo lo necesario para hacer frente a los imprevistos que pudieran surgir durante los próximos días.

Estaban listos para partir. Lo único que les faltaba era Nathan.

Wilhelmina no sabía dónde estaba ni si se encontraba bien. La preocupación la consumía por dentro, y por eso había obligado a Christopher a ir en su busca. Pero habían pasado muchas horas, toda la noche, en realidad, y ninguno había vuelto a casa.

Hasta que lo viera, hasta que pudiera mirarse en sus ojos azul turquesa y asegurarse de que estaba sano y salvo, Billie no podría volver a conciliar el sueño. De ahí que se hallara exhausta y, al mismo tiempo, activa y excitada como si la hubiera alcanzado un rayo.

Las risas penetraron en su aturullada mente como un sonido incongruente, traído por el viento.

Levantó la vista y la imagen de dos hombres acercándose por el camino asaltó sus retinas.

Bromeaban y se reían a carcajadas.

Ambos parecían muy contentos.

Y ella había pasado la noche en vela por su culpa.

La preocupación de los últimos días se mezcló con el insomnio que había padecido hasta crear una mezcla letal en sus venas. La ira tomó el control de su cuerpo y la incendió por dentro.

—¡Tú! —gritó.

Miró a su alrededor y tomó una de las verduras que había en las cestas.

Una col.

—¡Eres el hombre más egoísta que he conocido en mi vida!

Con fuerza, lanzó la col directa a la cabeza de Nathan. Pero él la esquivó con facilidad.

—¿Ahora sí me hablas? —preguntó él.

Qué gran desfachatez.

Soltando un bufido, Wilhelmina tomó otra hortaliza. Una lechuga.

—¡Oh! Ya lo creo que te hablo. ¡Y me vas a escuchar! Eres el ser más indeseable del mundo.

Volvió a apuntar el proyectil a la cabeza de su enemigo, y de nuevo él lo eludió con facilidad.

—No conoces a muchos hombres.

—¿Te parece sensato provocarla? —murmuró Christopher.

Wilhelmina se aprovisionó de más munición. Una yuca.

—¡Tú cállate! —le gritó al capitán Aarhus—. ¡Esta es una discusión privada!

Arrojó la yuca a la frente de Christopher, pero este, agachando la cabeza, evitó también la colisión.

¡Hombres!

—Yo me largo.

Al pasar por su lado para entrar en la casa, le susurró:

—Acaba con él, tigresa.

Wilhelmina agarró un manojito de zanahorias.

—¡Eres infantil!

Zanahoria lanzada, zanahoria esquivada.

—¡E insoportable!

Nueva zanahoria lanzada, nueva zanahoria esquivada.

—¡E inaccesible!

Resto del manojito lanzado, resto del manojito esquivado.

—¡¿Es que no hay forma humana de acertarte?!

Wilhelmina se llenó los brazos de nueva munición.

—¡Hace días que no duermo por tu culpa!

Una berenjena.

—¡Y vuelves a casa después de haber estado emborrachándote en una taberna!

Un tomate.

—¡Y, además, no dejas de moverte y no consigo que mis verduras te den en la cabeza!

—¿Quieres mi sangre?

—¡Sí! —gritó, furiosa—. ¡Y también quiero que pases tres noches en vela muerto de la preocupación! —Piña—. ¡Y sin parar de pensar en si me habrá sucedido algo malo! —Raíz de jengibre—. ¡Quiero que no seas capaz de probar bocado a causa de la incertidumbre! —Patata, patata, patata—. ¡Y que te remuerda la conciencia por haberte dejado llevar por el orgullo! ¡Y que te arrepientas de las últimas palabras que me dijiste!

Tenía las manos vacías y le había lanzado a Nathan todo el contenido de una de las cestas.

—¿Se te ha acabado la artillería, princesa?

Wilhelmina miró a su alrededor y se hizo con uno de los cocos que coronaban otra de las cestas a sus pies.

—Ojalá nunca te hubiera conocido.

Lanzó el proyectil con fuerza, pero esta vez él no lo esquivó. Lo atrapó con una mano y lo arrojó de nuevo, estrellándolo contra el tronco de un árbol cercano. En tres zancadas llegó hasta ella, la tomó entre sus brazos y la besó hasta que ambos se quedaron sin aliento.

Ah, cielos.

Fue como si toda la angustia de los últimos días se desvaneciera y fuera sustituida por una pasión arrolladora que convertía su cuerpo en una hoguera, en un refugio, en una tormenta y en el más perfecto paraíso.

—Lo siento —susurró él contra su boca.

—Te perdono.

Wilhelmina se colgó de su cuello para acercarlo cuanto pudo, aferrándose a él como a un cabo en la cubierta de un barco barrida por las olas. Si lo soltaba, se perdería. Y no quería vagar a la deriva en la oscuridad. Le dijo con sus besos cuánto lo había extrañado, cuánto lo necesitaba, y él respondió con la misma ansia y la misma necesidad.

—Billie... —jadeó contra sus labios.

—¡Nuestras provisiones! —gritó Isabella desde el umbral de la puerta—. ¡Mis verduras! ¡¿Por qué os habéis ensañado con mis pequeñines?!

Nathan la soltó y la colocó a su lado, asiéndola con una de sus manos. Ella se agarró a su brazo, incapaz de separarse de él.

—Mis disculpas, abuela. He tropezado con la cesta y las provisiones se han desparramado por el suelo.

Isabella los observó con una de sus oscuras cejas alzada.

—¿Le habéis acertado en la cabeza, querida?

Wilhelmina sonrió.

—No.

—Hombres. Nathan, recoge todo lo que la señorita Nightingale te ha lanzado y pueda ser salvado y prepárate. Nos marchamos después del desayuno.

Cuando Isabella volvió dentro, Nathan le rodeó la cintura con los brazos para besarla de nuevo. Esta vez con menos urgencia, pero con una ternura que hizo que a Wilhelmina se le erizara la piel.

—Así que por fin te dignas a aparecer.

La voz del señor Andersen los obligó a separarse de nuevo.

—Sí, padre. Ya he vuelto a casa.

—¿Le habéis acertado en la cabeza, muchacha?

Wilhelmina contuvo una carcajada.

—No.

—La próxima vez. Entrad, el desayuno está en la mesa y nos espera un día importante.

—Ahora mismo, padre.

—Sí, exacto, ahora mismo. Adentro.

—Pero...

—No me repliques, chico. La señorita Nightingale no ha comido demasiado en los últimos días y necesita reponer fuerzas.

Nathan le dedicó una mirada cargada de preocupación.

—Entonces, vayamos a alimentarte.

—Primero tenemos que recoger las verduras de Isabella —le dijo ella, reteniéndolo a su lado.

—Cierto. Tenemos que recoger las verduras, padre. Órdenes de la abuela.

El capitán Aarhus inclinó la cabeza en un gesto de escepticismo.

—Si no habéis entrado antes de que me sirva el café, volveré a salir.

Cuando desapareció en el interior de la casa, Wilhelmina tiró de Nathan y volvió a fundirse en un beso con él.

Capítulo 24

La iglesia de Cayo Esperanza refulgía iluminada por más de un millar de velas encendidas. El padre Thomas había cumplido su objetivo, y los habitantes del pueblo eran recibidos por una luz cegadora en cuanto traspasaban las puertas del templo.

Wilhelmina entró seguida por Nathan, y para entonces el lugar rebosaba de actividad. Las tripulaciones del Valhalla y del Odyssey compartían espacio con los lugareños y sus animales. Perros, gatos, gallinas, cerdos, varias tortugas, un burro y una iguana campaban a sus anchas por el lugar. Lucille abandonó su antebrazo y se posó en el púlpito, pasando a formar parte de aquella improvisada arca de Noé.

Un pequeño cerdo con manchas se acercó a sus pies y le mordisqueó el ruedo del vestido.

—¡Eh, pequeñín! Eres una monada...

—Igualito que su homónimo —murmuró Nathan—. Intentando hincarles el diente a las mujeres bonitas...

—Muérdete la lengua —dijo Christopher, a su lado—. Y mantén a tus hombres alejados de los míos.

—¿Por qué? ¿Te da miedo que alguno decida cambiar de bando?

—Por favor. Mala paga, mala comida, malos patrones.

—Tú estarías muy guapo con una casaca azul...

—Mejor con una soga al cuello. Hablo en serio, Nathan, di a tu tripulación que guarde las distancias.

—¿Por qué no os dividís la iglesia? —propuso Wilhelmina—. La nave de la epístola, para tus hombres, Nathan; la del evangelio, para los tuyos, Christopher.

—¿Y la del centro?

—Será zona neutral.

—Veremos.

El nuevo capitán Aarhus no parecía muy conforme con la solución, pero se alejó para reacomodar a sus hombres. Wilhelmina se encaminó en la dirección opuesta para buscar un lugar en el que extender las mantas donde pasaría la noche.

—Tienes mano izquierda —aseguró Nathan con una sonrisa.

—Es solo sentido común. Los hombres sois tan patéticos... Encontráis cualquier motivo para pelearos en lugar de buscar formas pacíficas de coexistir.

—No puedes esperar que individuos con filosofías de vida tan opuestas compartan el mismo techo sin que se rompan unas cuantas cabezas.

—Las mujeres podríamos hacerlo.

—Porque sois seres mucho más racionales que nosotros.

—Eso desde luego. El problema es que os encanta desenvainar vuestras espadas.

Nathan se acercó a ella y le rozó la espalda con el pecho. Después le susurró al oído:

—Estás en lo cierto, princesa. ¿Quieres saber las ganas que tengo de desenvainar la mía?

El cuerpo de Wilhelmina se encendió al instante, pero no iba a amedrentarse ante sus insinuaciones, así que le lanzó una mirada irónica por encima del hombro.

—Muy sutil. ¿Pretendías conseguir alguna reacción de mi parte?

—Justo esta. —Le acarició la cintura y un estremecimiento de placer la recorrió de pies a cabeza.

—¡Señorita Anderson!

La voz del padre Thomas los hizo separarse al instante.

—¡Qué bien que la encuentro, señorita Anderson!

Aunque estaba a solo un paso de ella, el volumen de la voz del sacerdote era lo bastante alto como para oírse incluso al otro lado del océano.

—¿Por qué gritáis? —le preguntó Nathan.

—¡Para que la señorita Anderson me entienda mejor!

—No está sorda. ¿Y por qué os referís a ella como señorita Anderson?

—¡¿No es así como se llama?!—

—Ja, ja... Serr mi apellido, ¿verrdad, prrimo?

Wilhelmina ahogó una maldición. ¿Ja, ja? ¿De dónde había salido eso? Debería haberse ceñido al plan y guardar silencio frente al padre Thomas. Si Isabella no le hubiera contado aquella historia sobre su identidad, ahora no

tendría que fingir aquel ridículo acento.

Nathan alzó una ceja.

Sí, la situación era absurda. Pero ese no era el momento de explicarle por qué motivo había comenzado a hablar como una súbdita del Sacro Imperio Romano Germánico.

—¡Necesito vuestra ayuda, señorita Anderson! ¡La viuda Franssen está enferma, y me preguntaba si podríais acompañarla durante un rato! ¡Es holandesa y le vendría bien hablar con vos!

—Perro serr idiomas diferentes...

—Además —intervino Nathan—, la señorita Anderson me estaba ayudando a acomodar a mis hombres, padre.

—Vuestra tripulación está formada por varones hechos y derechos, capitán. Estoy seguro de que pueden encontrar la forma de acomodarse solos. La señora Franssen, por el contrario, no tiene familia que se ocupe de ella.

—Yo irr a su lado, padrrre Thomas. Mi prrimo ayudarr hombrres, yo acompañarr señorra Frranssen.

No era eso lo que deseaba, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Mentir de aquella forma tan flagrante a un pastor en una iglesia sin duda traería consecuencias, de modo que haría lo que el muchacho le pedía e intentaría salvar su alma.

—¡Maravilloso! ¡Y cuando terminemos con la señora Franssen, colocaremos unas cuantas velas más, haremos un censo de la población animal y repartiremos unos cuantos libros de salmos entre la tripulación del Valhalla!

Wilhelmina echó un último y desolado vistazo a Nathan y rezó para que su penitencia diera resultado.

Billie conversó con la señora Franssen. Después ayudó a elaborar un listado con todos los animales que los habitantes del pueblo habían llevado consigo a la iglesia. Luego repartió libros de salmos entre los hombres de Christopher.

Había anochecido y ella había pasado todo el día junto al padre Thomas. Y Nathan solo había podido observarla desde la distancia, reprimiendo las ganas de liarse a golpes con un hombre de Dios.

—No me gusta —masculló Blackpool a su lado.

—A mí tampoco.

—Deberías hacer algo.

Ambos permanecían de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando cómo Billie se reía a carcajadas porque la manga del padre

Thomas había comenzado a arder, por culpa de su obsesión con las velas, y alguien le había lanzado un cubo de agua a la cabeza para apagar las llamas.

—Algo drástico —farfulló el maestro artillero—. Antes de que ese muchachito imberbe nos robe a Billie.

—¿Por qué no lo arrojáis fuera para que lidie él solo con los elementos?

Christopher se colocó frente a ellos, bloqueándoles el campo visual.

Nathan gruñó. Blackpool lo imitó.

—También podríais cortarlo en pedacitos y servirlo en la cena.

Sus ceños se pronunciaron.

—Tal vez deberíamos trocear a tu hermano —sugirió Moses.

—Su carne nos mataría a todos. Es una serpiente venenosa.

—Y vosotros dos sois patéticos. Dejad que os dé una lección.

Christopher se dirigió hacia el lugar donde Billie trataba de secar al mojado padre Thomas, le susurró algo al oído al reverendo y este salió corriendo. Dejando a Billie sola y a merced de Christopher.

Nathan la perforó con la mirada. «Vamos, Billie. Mira hacia aquí. Estoy aquí». Pero ella no pareció recibir el mensaje y se marchó con su hermano, colgada de su brazo.

—Lo mataremos mientras duerme —aseguró Blackpool.

—Sin duda lo haremos.

Nathan buscó refugio en la cripta.

La iglesia estaba abarrotada, el calor resultaba asfixiante y los ruidos lo enervaban. Su mal humor había alcanzado su punto álgido cuando, tras la cena, Billie comenzó a narrar una de sus historias a los hombres de Christopher, mientras él la observaba desde el otro lado del templo conteniendo las ganas de provocar una trifulca para recuperarla.

Ni una sola vez en todo el día había cruzado su mirada con la de ella. Y no porque no hubiera pasado tiempo observándola. Viendo cómo se movía, cómo sonreía, cómo fingía aquel horrible acento cada vez que el padre Thomas se acercaba a ella.

No debería estar sintiendo eso. Y menos en ese momento, en ese lugar, cuando todo su mundo se desmoronaba a su alrededor y empezaba a tener dudas sobre si al final saldría victorioso.

La tormenta podía trastocar todos sus planes. La vida de Jack pendía de un hilo. El control había escapado de sus manos como agua entre los dedos, y no sabía cómo recuperarlo.

Igual que no sabía cómo combatir el anhelo que lo asaltaba cada vez que veía a Billie sonreír.

Se tumbó sobre el sepulcro de piedra maciza que había en el centro de la cripta y se tapó los ojos con un brazo.

Si tan solo pudiera silenciar esa voz que le susurraba que todo iba a salir mal...

—Oh, este lugar es precioso.

Las palabras de Billie hicieron que se incorporara hasta quedar sentado sobre la tumba.

Ella se acercó a él, todavía sin mirarlo, paseando la vista por las columnas que sostenían las bóvedas y los sepulcros que se alineaban en las paredes. Y cuando por fin sus rodillas se tocaron, ella lo traspasó con sus profundos ojos azules y le regaló una sonrisa que lo inflamó por dentro.

—Hallo, primo.

Nathan la tomó por la cintura y la besó con ansia, poniendo en aquel beso todas las emociones que ella despertaba en su interior, haciéndola gemir, llevándola al mismo abismo en el que se consumía.

—Te he echado de menos... —susurró ella cuando se separó para tomar aliento.

—¿En serio? Parecías encantada acompañando primero al padre Thomas y después rodeada por los piratas de Christopher.

Billie le cogió un mechón de pelo y comenzó a jugar con él, enredándolo en uno de sus largos dedos.

—¿Estás celoso?

—Muerto de celos.

—¿En serio? —preguntó, sorprendida.

—Ni siquiera me has mirado en todo el día.

—Eso no es cierto, Nathan. Si lo fuera, no sabría que tu abuela te obligó a colocar sacos en la puerta cuando el agua comenzó a colarse por debajo. Ni que mantuviste una conversación con tus hombres para convencerlos de que el padre Thomas no decide quién va al infierno. Ni que has intentado sin éxito enseñar a Lucille una nueva frase ni que...

Nathan la besó de nuevo. Porque no importaba qué hubieran hecho ambos durante toda la jornada; ahora estaban juntos y solos, y la necesitaba demasiado como para perder el tiempo con palabras.

—Llevo horas soñando con que vinieras a rescatarme —confesó ella contra

su boca—. Y con que me trajeras a un lugar como este para hacer exactamente esto.

Él sonrió, porque ella siempre conseguía encender un poco de luz en su oscuridad.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres hacer, Billie?

—Ya lo sabes.

—Pero me gustaría oírte decirlo.

—Pues a mí no me gustaría decirlo.

—Vamos, no seas cobarde. Dime: «Nathan, quiero que me hagas...».

—Nathan, quiero que me hagas...

No pudo evitar sonreír de nuevo con ella. Pero le apretó la cintura, en un punto donde sabía que tenía cosquillas, para castigarla por su insolencia.

—Billie.

—Quiero que me hagas el amor.

—¿Aquí? ¿En una cripta? ¿Con todo el pueblo de Cayo Esperanza sobre nuestras cabezas? Eres una descarada, princesa.

—¡Y tú eres imposible!

Trató de separarse de él, pero Nathan no iba a dejarla escapar. Todavía no. Quizá nunca.

—Si te sirve de consuelo, no eres la única a la que este lugar le provoca deseos pecaminosos. Era muy popular entre la gente del pueblo. Por eso el padre Thomas lo selló hace tiempo. Aunque no hizo un gran trabajo, viendo lo poco que me ha costado acceder a él.

—No es el lugar, Nathan. Tú eres el que me provoca deseos pecaminosos.

—Ni la mitad de los que tú me provocas a mí, princesa. Pero no debes avergonzarte por lo que sientes. Por lo que desees. No importa lo raro que pueda ser...

Aunque acompañó su comentario de una sonrisa, los ojos de ella parecieron enturbiarse.

—Lo que vimos en aquella taberna de Tortuga...

Ah. Por fin salía el tema. Nathan había estado esperando el momento en que Billie se sintiera lo bastante cómoda como para traerlo a colación.

—A algunas personas les resulta placentero experimentar cierto grado de dolor.

Ella no parecía escandalizada, sino curiosa.

—¿Y a ti?

—A mí me gusta cuando me tiras del pelo o cuando hundes tus dientes en mi piel, porque significa que tu deseo es tan fuerte que eres incapaz de mantener el control.

—¡Yo no hago eso!

Habían pasado días desde que hicieron el amor, y Nathan estaba seguro de que no quedaban marcas en su cuerpo que pudieran sacarla del error. Le tomó la mano que jugueteaba con su pelo y la enredó con más fuerza.

—No quiero hacerte daño...

—No puedes hacerme daño.

Billie tiró de su cabello, suave pero firmemente, y lo obligó a arquear el cuello, dejándolo a su merced. El deseo brilló en sus ojos antes de devorarlo con su ávida boca. Nathan se dejó hacer, consintió que ella marcara el ritmo, la intensidad, que fuera ella quien lo explorara mientras sostenía las riendas aferrando su cabello. Entonces le mordió con delicadeza el labio inferior, y Billie se retiró, sorprendida.

—Ahora tú —le ordenó.

Y ella obedeció gustosa. Pero era una aprendiz aventajada e iba un paso por delante de él. Le mordió los labios, le arañó el cuello con los dientes en una caricia que arrasó su cuerpo con una descarga de placer y lo hizo saltar cuando le colocó una mano donde su erección presionaba contra las calzas.

—¿Te he hecho daño?

¿Daño? Nathan no podía pensar. Volvió a colocar la mano de Billie allí donde latía por ella. Soltó sus calzas y la dirigió al interior, piel contra piel, arrancándose un gemido de placer. Y cuando ella lo envolvió con sus dedos, la animó a acariciarlo.

Más fuerte.

Más fuerte.

Hasta que el deseo se volvió una tortura insoportable.

Se lanzó a por su boca mientras le arrebatava el corpiño, abriéndole la camisa, liberando sus pechos, dejándola desnuda para él.

Billie lo imitó; se deshizo de la casaca y de la camisa y apretó su torso desnudo contra él. Entonces Nathan la alzó por la cintura y la sentó directamente sobre sus caderas. Y mientras seguía devorándola con los labios, buscó entre capas y capas de tela la entrada al Cielo. Cuando la encontró, gimió desesperado al acariciarla y sentir el calor y la humedad que lo aguardaban.

—Estás lista para mí —jadeó.

Y, con un golpe de caderas, se introdujo en su interior. Billie se aferró a él con uñas y dientes, y Nathan echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gruñido desesperado. Porque estar dentro de ella era el paraíso. Y sentirla sobre él, alrededor de él, envolviéndolo entero era tan tormentosamente placentero que podría haber muerto en aquel instante y no le habría importado.

La miró a los ojos y sonrió.

—Ahora tú mandas, princesa. Tú tienes el control.

—Nathan...

La guio hasta que ella estuvo lo bastante segura como para tomar las riendas. Y dejó que lo torturara con un ritmo lento y enloquecedor. Porque, cada vez que ella se movía contra él, cada vez que se retiraba y volvía a hundirlo en su interior, Billie dejaba escapar un gemido tan puro, tan revelador que se habría arrancado un brazo antes que negarle ese placer.

Tenía la boca entreabierta, los párpados entornados y las mejillas sonrosadas. El sudor comenzaba a aparecer en el valle entre sus pechos, y su aspecto era tan erótico, tan sincero en su pureza que Nathan estuvo a punto de perder la razón.

La asió con fuerza y la besó en la boca mientras susurraba órdenes que ella se apresuraba a obedecer.

—Más rápido...

—Más fuerte, Billie. Así, así...

Y cuando ya no pudo más, cuando el control se desbocó y amenazó con destruirlo, la acarició entre las piernas y ella estalló en una oleada de placer que lo atrapó en su interior, consumiéndolo con la fuerza de una explosión que lo redujo a cenizas.

Se dejó caer sobre el sepulcro, jadeante, con Billie aferrada a su pecho, todavía unidos, ambos arrasados por la pasión.

En cuanto la respiración dejó de ser un problema, ella preguntó:

—¿Cómo se llama?

—¿Te refieres al placer?

Ella asintió.

—Milagro.

Notó la sonrisa de Billie contra su piel. Pero no había otra forma de definir lo que sucedía cuando ambos se encontraban. Lo que eran capaces de generar en el instante en que sus cuerpos se unían, se fundían; se amaban. La destrucción, la tempestad, el gozo, la magia.

Billie se incorporó y su pelo rubio acarició el vientre de Nathan mientras lo

examinaba.

—¿Qué?

—No hay ninguna marca de dientes. No es cierto que te muerda cuando pierdo el control.

Él se incorporó también y se giró un poco para que ella pudiera ver las líneas rojas que asomaban en su hombro.

—Soy un monstruo —aseguró, contrita.

—Mi monstruo.

Más tarde, una vez que se recuperaron de una segunda oleada de placer y el pecho de Nathan llevaba el sello de Billie, se vistieron y salieron de la cripta.

Y Nathan supo que las marcas desaparecerían, pero aquel lugar, aquella noche, permanecerían grabados a fuego en su memoria para siempre.

Capítulo 25

Era medianoche, pero en el exterior la tormenta se había recrudecido, de modo que casi nadie parecía dormir en el interior de la iglesia.

El viento y la lluvia azotaban los muros de piedra con violencia e incluso los animales permanecían inquietos, temerosos de lo que la naturaleza tuviera reservado para ellos.

Wilhelmina se dirigió a la nave de la epístola, donde los hombres del Odyssey se habían acomodado para pasar la noche. Lucille, posada en el brazo de Blackpool, murmuraba, nerviosa, palabras ininteligibles mientras el maestro artillero le acariciaba el plumaje tratando de calmarla. Al pasar junto al capitán Aarhus, el primer capitán Aarhus, este le lanzó una mirada cargada de significado a su hijo.

Wilhelmina conocía esa mirada. La había visto muchas veces en el rostro del gobernador. Con ella la recibía después de cada una de sus muchas aventuras, cuando regresaba a casa excitada por haber sobrepasado todos los límites y haber disfrutado inmensamente en el proceso. Era una mirada que le recordaba que las normas se habían fijado por un motivo y que todos sus actos tenían consecuencias. Puede que hubiera gozado infringiéndolas, pero había llegado el momento de pagar por esos momentos de placer robado.

Colocó sus mantas junto a las de Nathan mientras pensaba en qué sucedería cuando aquella aventura llegara a su fin y tuviera que regresar a casa. ¿Cuál sería el precio de la libertad que había experimentado durante los últimos días?

—Aun cuando no se oyera el rugido del viento —dijo él—, dudo que alguien fuera capaz de dormir con tanta luz.

La iglesia permanecía encendida como en un día de fiesta. Al parecer, la reserva de cera del padre Thomas era lo bastante grande como para abastecer a toda la isla durante un año.

—Pues yo pienso dormir durante horas y horas en cuanto me tienda sobre

estas mantas.

Porque apenas había podido pegar ojo las tres noches anteriores y la idea de dejarse llevar por el sueño le resultaba deliciosa. Nathan se arrimó a ella hasta que sus cuerpos se tocaron.

—No debería haberte mantenido despierta tanto tiempo —susurró.

—No ha salido de mis labios una sola queja al respecto —respondió ella con una sonrisa.

—Puedes usarme como almohada.

—Ese era mi plan.

Un trueno retumbó en el exterior, pero ellos no lo oyeron. Estaban perdidos el uno en el otro, en su pequeño y privado universo, donde no había cabida para nada que no fuera el crepitar de la tensión que desprendían sus cuerpos. Ni siquiera para el carraspeo del padre Thomas.

—¡Capitán Anderson! —insistió el sacerdote, llamando la atención sobre ellos.

—Reverendo —murmuró Nathan. Mantuvo un segundo más su mirada fija en ella y después se giró, exasperado—. ¿Deseáis algo?

—En realidad, así es. He visto que la señorita está disponiendo sus mantas junto a las vuestras.

—¿Y vuestro deseo es...?

—Que la señorita duerma junto a Isabella, en la capilla. No es apropiado que una joven soltera permanezca rodeada de marineros.

Wilhelmina gimió en su interior. No quería volver a alejarse de Nathan. Quería pasar la noche junto a él, apoyada en su pecho.

—Es mi prima, padre, somos parientes.

—Eso no supone ninguna diferencia, capitán. Sigue siendo inadecuado. La señorita Anderson tendrá que acompañarme.

Nathan lanzó una mirada hacia la capilla, donde su abuela y Mary dormían plácidamente, y después pronunció una sola palabra:

—No.

El padre Thomas lo observó boquiabierto.

—¿Cómo decís?

—Digo que la señorita se queda donde está.

Un sentimiento cálido se extendió por el cuerpo de Wilhelmina y reventó en su pecho cuando él le tomó la mano. Pero, por mucho que deseara permanecer a su lado, sabía que el reverendo tenía razón y que no valía la pena montar una

escena. A pesar de que pronto tendrían que separarse y aquella fuera su última oportunidad de estar juntos.

—No preocuparr, primo. Yo irr con abuela. Estarr bien.

Le lanzó una mirada tranquilizadora a Nathan, pero él no hizo caso.

—No vas a ninguna parte.

La colocó a su espalda, como si intentara protegerla del diablo y no de un ministro del Señor.

—Capitán Anderson —lo amonestó el padre Thomas—, esta es mi iglesia y se cumplirán las normas más estrictas del decoro. No pienso permitir ningún tipo de relajación de la moral. Estamos en una situación peligrosa y no vamos a dar motivos a nadie para que nos considere prescindibles o merecedores de alguna clase de castigo. La señorita vendrá conmigo.

El padre Thomas dio un paso al frente, pero Nathan se irguió frente a él, y Wilhelmina hubiera jurado que lo oyó gruñir.

—¡Por todos los diablos, capitán! —El reverendo ahogó una exclamación al percatarse de su blasfemia—. Os comportáis como un bruto en celo. ¡Maldición! Digo... ¡Es vuestra prima!

Nathan esbozó una sonrisa.

—No es mi prima.

La confusión arrasó el rostro del padre Thomas.

—¿Qué insinuáis?

—La señorita no es familiar mío. No nos unen lazos de sangre. En realidad, podría decirse que es mi prisionera.

Wilhelmina se apresuró a inventar una excusa.

—No hacerr caso. Mi prrimo gustarr brromas. Yo, prrisionerra, porr favorr.

Pero Nathan parecía decidido a confesarlo todo y poner fin a las mentiras.

—La señorita es la hija del gobernador Nightingale. La secuestre en Port Royal hace una semana y durante todo este tiempo ha viajado sola, sin acompañante, a bordo de mi barco. Y no vais a llevárosela a la otra punta de esta maldita iglesia, porque ya ha dormido conmigo antes.

Wilhelmina no sabía si estar eufórica u horrorizada. El padre Thomas había perdido el color del rostro.

—¡Isabellaaaaa! —tronó.

La anciana se despertó al instante, asustada. Pero no se decidió a abandonar el refugio de las mantas.

—¡¿Por qué me gritáis, muchacho infernal?! ¡Estaba soñando con una

magnífica cosecha de calabaza!

—¡Venid aquí! ¡Ahora!

A regañadientes, la mujer se puso en pie y sorteó los cuerpos de sus vecinos, todos despiertos y pendientes de la escena que se desarrollaba frente a ellos, para acercarse hasta el reverendo.

—¿Alguna cuestión bíblica que deseéis tratar a estas horas de la noche, padre?

—¡¿Es esta mujer vuestra sobrina nieta?!

Isabella le lanzó una mirada resignada a Wilhelmina.

—En primer lugar, no es necesario que alcéis tanto la voz. Soy vieja, pero no estoy sorda. Y, en segundo lugar, sobrina nieta quizá no sea el término apropiado para definir los lazos que nos unen; tal vez sería más correcto decir «futura sobrina nieta» o «sobrina nieta en proyecto», ya que anhelo con todas mis fuerzas que, tarde o temprano, y en el hipotético caso de que este hombretón de aquí no se comporte como un cabeza hueca, la señorita Nightingale pase a ser mi nieta política.

—¡Me dijisteis que era de vuestra familia!

—Tal vez adelanté acontecimientos.

Isabella le guiñó un ojo a Wilhelmina y esta no pudo evitar sonreír.

—Entonces no sois danesa. Vuestro acento es falso... —murmuró el padre Thomas—. ¡Ooohhh! Vos —se dirigió a Wilhelmina— vendréis al otro lado de la iglesia ahora mismo. Vos —señaló con el índice a Isabella— tendréis que hacer penitencia por esto durante muuucho tiempo, y en cuanto a vos, capitán —lo miró a los ojos y movió la cabeza negativamente—, para vos no hay remedio. Estáis condenado.

El joven agarró a Wilhelmina por un brazo y Nathan sujetó al reverendo por el otro.

—Os lo he dicho, chico —susurró en un tono de voz glacial—. Ella se queda.

—Por encima de mi frío, rígido y putrefacto cadáver, capitán.

—Ahora no podré volver a dormirme imaginando vuestra muerte, padre —murmuró Isabella.

Wilhelmina tenía que poner fin a aquel despropósito. Clavó sus ojos en los de Nathan y trató de hacerlo entrar en razón.

—Suéltalo.

Pero él se mantuvo firme. Su mirada mostraba una determinación tal que, por

un instante, Wilhelmina temió lo que pudiera hacer a continuación.

Y no sabía hasta qué punto sus temores eran fundados.

—Hay una forma de arreglar este asunto, padre —afirmó Nathan.

—No veo cuál pueda ser, capitán.

Al fin soltó el brazo del reverendo y se volvió hacia Wilhelmina antes de dar su respuesta.

—El matrimonio.

Una hora más tarde, Wilhelmina continuaba sentada en el suelo con la mirada perdida mientras, a su lado, Aarhus hijo y Blackpool discutían sobre quién acompañaría a la novia hasta el altar.

—Es mi aprendiz, así que seré yo quien la entregue en matrimonio —sentenció Moses.

—¿Tu aprendiz? ¿Acaso posees algún talento que legar a las nuevas generaciones? —se mofó Christopher.

—Mira, chico. Yo comandaba barcos piratas cuando tú todavía no habías aprendido a controlar tus esfínteres.

—No hace falta ser grosero, Blackpool. Billie va a casarse con mi hermano; es lógico que sea yo quien la lleve del brazo hasta el altar. Además, soy la opción más apuesta.

—Serás un guiñapo sanguinolento cuando acabe contigo —aseguró el otro hombre poniéndose en guardia—. Además, yo le di ese nombre. Y soy maestro artillero en la joya de la Armada Real. Su padre sufriría una apoplejía si descubriera que la entregó un sucio pirata.

—¿Sucio pirata? ¿Necesitas que te recuerden de qué cloaca saliste, Blackpool, el Sanguinario?

—Te voy a...

—Esto es ridículo —terció el padre Thomas.

—¡Suficiente! —exclamó Isabella, poniendo fin a la discusión—. Yo la entregaré.

—¡Una mujer no puede entregar a otra en matrimonio! —respondió, exasperado, el reverendo.

—¿Quién lo dice? Además, soy lo más parecido a un familiar que tiene esta joven.

—¡No os unen lazos de sangre!

—Nimiedades. Si ellos pueden hacerlo, yo también.

—Lo echaremos a suertes —propuso Blackpool.

Wilhelmina permanecía ajena a todo. Aquella palabra, matrimonio, había puesto su mundo patas arriba, y de pronto era incapaz de oír nada que no fuera el fragor de la batalla que se libraba en su interior.

Notó cómo la levantaban del suelo y la apartaban del tumulto que se había formado a su lado.

—Wilhelmina.

Un par de fuertes manos se posaron en sus hombros y, de repente, se encontró mirando los profundos ojos azules de Nathan.

—Sé que esto no entraba en tus planes.

—¿Quieres casarte conmigo solo para que pueda dormir a tu lado esta noche?

—No. Quiero casarme contigo para protegerte.

—¿De qué?

—Del futuro al que tendrás que enfrentarte tarde o temprano.

El futuro.

Ese que Wilhelmina era incapaz de visualizar por mucho que lo intentara.

—No puedo casarme contigo.

Wilhelmina Nightingale no podía casarse con el capitán Anderson. Con el enemigo al que había despreciado durante tanto tiempo. El pretendiente que su padre habría escogido para ella si se lo hubiera permitido. El hombre que la convertiría en la mujer más envidiada de Port Royal. El cazapiratas.

—Debes hacerlo.

—¿Este era tu plan desde el principio? ¿Secuestrarme para darme una lección y después seducirme para que tuviera que casarme contigo y convertirme así en la clase de mujer que mi padre siempre ha querido que sea?

—Jamás soñé que me casaría con alguien como tú, Wilhelmina.

—¿Y eso qué significa?

Su mirada, aunque intensa, no reflejaba nada, y ella era incapaz de descifrarla.

—No importa. La cuestión es que mi plan siempre fue devolverte a casa una vez que llegáramos a Tortuga. Todo lo que pasó después no fue premeditado. Pero el caso es que nuestros actos pueden acarrear consecuencias.

—No es algo seguro...

—Sé que no quieres aceptarla, pero necesitas la protección de un marido. Necesitas mi apellido por si las hubiera. Y para que los rumores sobre las causas de tu ausencia durante estos días no te destruyan.

—Me trae sin cuidado lo que la gente diga de mí.

—Pero sí te molesta lo que puedan murmurar sobre tu padre. Oí las historias que se contaban sobre ti, Wilhelmina. Tus pequeñas aventuras, tus excentricidades. Pero no había ninguna ciertamente escandalosa, nada que pudiera arruinar tu buen nombre o, mejor dicho, el buen nombre del gobernador. Podrías haber cruzado todos los límites y lo sabes. Te lo dije. Puedes conseguir todo cuanto te propongas. Pero, en el fondo, nunca has querido hacerle daño. El amor que sientes por él es lo que te ha mantenido anclada a la tierra y es el motivo por el que aceptarás casarte conmigo.

Él tenía razón, claro.

Su excusa siempre había consistido en culpar a su padre de no permitirle ser libre. Pero la verdad era que ella no deseaba una vida que la alejara de su única familia. Del único hombre que la había amado tal y como era, desde siempre.

—No te ofrezco un matrimonio duradero —dijo Nathan—. No sé si sobreviviré a la alianza...

—No digas eso.

—Es la verdad. Quizá no salga con vida de esta, pero eso sería beneficioso para ti, porque, como la viuda del capitán Anderson, gozarías del respeto que desea el gobernador y de la libertad con la que tanto has soñado.

Wilhelmina le tiró del pelo para acercarlo a ella.

—No. Vas. A. Morirte.

—Tampoco voy a tocarte de nuevo.

—¿Cómo?

—Si no hay... consecuencias, y si finalmente sobrevivo, podrás pedir la anulación del matrimonio y seguir con tu vida.

—¿Y si hay... consecuencias?

—Tú decidirás.

Trató de imaginarse a sí misma con una pequeña consecuencia en brazos. Criándola, educándola, siendo responsable de su bienestar. Y sintió temor. Porque, ¿cómo iba a lograr ella hacer feliz y mantener a salvo a esa pequeña consecuencia?

—Serías una madre maravillosa, Wilhelmina. Jamás dudes de ello.

Y él sería un padre asombroso, sobre todo si también conseguía leer los pensamientos de sus propios hijos.

—¿Aceptas ser mi esposa?

Wilhelmina asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar la palabra que

cerraba para siempre una puerta y abría otra hacia un mundo desconocido.

—Necesitarás esto —le dijo el capitán Aarhus a su hijo. Y le entregó un anillo de plata con una piedra turquesa en el centro—. Era de tu madre. A ella le habría gustado que tu esposa lo llevara.

Nathan aceptó la joya y abrazó a su padre.

—Nunca imaginé, cuando nuestros caminos se cruzaron, que acabaríais formando parte de mi familia, señorita Nightingale.

—Yo tampoco.

—Siempre me arrepentí de aquella noche, por todo lo que desencadenó. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero ahora, aquí, me pregunto si lo que ocurrió en el pasado no fue el principio de una historia que estaba predestinada a suceder. Porque, ¿de qué otra forma mi hijo, que ansiaba convertirse en armador y vivir en el continente, se habría encontrado con la hija del gobernador de Jamaica?

Sí. ¿Cómo habrían podido converger su camino y el de Nathan si años atrás el capitán Aarhus no hubiera entretejido sus destinos?

No podía responder a esa pregunta. Tampoco quería hacerlo. Porque, ahora que lo había conocido, era incapaz de imaginar un futuro en el que Nathan no existiera.

Él le había ofrecido un matrimonio pasajero, pero Wilhelmina no iba a casarse con él solo por un tiempo. Cuando jurara amarlo y respetarlo hasta que la muerte los separara, lo haría de verdad. Y rezaría para que el final los encontrara a ambos dentro de muchos muchos años.

—¿Me haríais el honor de acompañarme hasta el altar, capitán Aarhus?

—¡¿Qué?! —bramó Blackpool—. ¡No! ¡Yo he ganado!

—¡Nos has hecho trampas! —aseguró Isabella.

—Sí. Mi palito era el más largo —terció Christopher.

Wilhelmina sonrió, pero se colgó del brazo del hombre que, durante años, había sido el motor de su destino para que la entregara al que, si dependía de ella, en adelante se convertiría su futuro.

Perros, gatos, gallinas, cerdos, varias tortugas, un burro, una iguana, Lucille, las tripulaciones del Odyssey y del Valhalla y todos los habitantes de Cayo Esperanza asistieron a la boda de la señorita Wilhelmina Augusta Nightingale con el capitán Nathaniel Wilhelm Anderson.

Tampoco les quedó otra opción.

En el exterior era noche cerrada, pero la tormenta bramaba con fuerza y nadie se habría atrevido a enfrentarse al viento y la lluvia que asediaban el refugio de la iglesia.

Seguro que no era así como Billie había imaginado su boda. En un lugar desconocido, rodeada de extraños, sin familia ni amigos para celebrarlo con ella y casándose con un hombre que no le ofrecía un futuro brillante.

Sin embargo, Nathan no podía imaginarse dando ese paso con otra mujer que no fuera ella. Lo único que lamentaba era hacerlo sabiendo que no les quedaba mucho tiempo juntos.

El reverendo Thomas dio comienzo a la ceremonia y ambos unieron sus destinos ante Dios y los allí congregados. Le dio a su esposa un casto beso en la mejilla, que le valió un sonoro abucheo por parte de Christopher y sus hombres, y, después de recibir los buenos deseos de muchos de los vecinos de Cayo Esperanza cuando, desvelados, decidieron organizar una fiesta, sacar las reservas de vino y cerveza y festejar el enlace con música y baile, Nathan se apartó de la muchedumbre y se sentó en un rincón en la capilla del evangelio.

Jack no había estado presente en su boda...

Y no sabía muy bien cómo iba a arreglárselas para conseguir lo que deseaba. Su único anhelo siempre había sido saldar su deuda y volver a ser dueño de su destino. Pero ahora... Para obtener su libertad tendría que destruir la alianza y poner en riesgo su vida, cuando lo único que de verdad deseaba era pasar el resto de sus días junto a la mujer que, escondida en el extremo opuesto de la iglesia, lo observaba con la misma expresión de incertidumbre y pesar por lo que acababa de suceder. No parecía feliz. Y no había nadie que se mereciera más serlo.

El pequeño cerdo de la señora Smith se acercó a él y comenzó a mordisquearle la casaca.

—Eh, pequeño Chris. No hay nada ahí para ti.

No tenía nada que ofrecerle. A nadie.

El animal le puso la cabeza en el muslo y siguió hociqueando.

—Eres tan obstinado como el individuo del que llevas el nombre.

—¿No os unís a la fiesta?

Nathan levantó la vista y se encontró cara a cara con la propietaria del animal. La señora Smith era una mujer hermosa, de rasgos coquetos y formas curvilíneas.

—No parecéis muy feliz de haberos casado.

—Pues lo estoy.

—A mí no tenéis que mentirme. El matrimonio no es para todo el mundo.

—Os aseguro que soy el esposo más orgulloso de la Tierra.

—¿Y qué hacéis tan lejos de vuestra bonita mujer?

Cumplir su promesa de no tocarla. De no empeorar más las cosas y que pudiera ser libre si así lo decidía.

—No sufráis, capitán Anderson. Pronto podréis volver al mar y a las mujeres que os aguardan en cada puerto. Si sois discreto, puede que incluso haya una que os espere en esta isla...

—Acabáis de asistir a mi boda.

—¿Y qué?

Christopher quizá no había dejado una huella tan imborrable en ella después de todo, porque se acercó a él contoneándose y con las intenciones claras en las curvas de sus labios y de su escote.

—Siempre me pregunté si estaríais a la altura de vuestro hermano mayor...

Tenía que salir de allí. Ya. Trató de ponerse en pie, pero un puño de hierro lo golpeó en el pecho y lo lanzó contra el muro de piedra.

Por un segundo se quedó sin respiración.

—Alejaos de mi mujer.

La voz del señor Smith era ominosa y acorde a sus inmensas proporciones. Era más alto que Nathan y mucho más corpulento, con brazos enormes, puños como yunques y, por lo que había podido experimentar, una fuerza descomunal.

—¡Eres un bruto! —le espetó su mujer.

—¿Crees que voy a dejar que le pongas su nombre a otro cerdo?!

Nathan se incorporó del todo.

—Amigo, os estáis equivocando de hermano.

—A él ya le dejé las cosas claras. —Hizo crujir sus enormes nudillos—. Es hora de que vos también aprendáis la lección.

Y sin perder un segundo, envió un rechazazo justo a su cabeza.

Nathan lo esquivó por los pelos y se movió para alejarse del muro donde lo había acorralado. Echó mano de su espada, pero recordó que se la había quitado para la ceremonia. Igual que había hecho con la daga y la pistola, porque el reverendo Thomas había insistido en que no casaría a un hombre armado hasta los dientes. Así que ahora tendría que enfrentarse a esa bestia con las manos desnudas.

El herrero, sin embargo, había traído uno de sus enormes mazos. A saber para qué. Quizá porque conocía bien a su esposa y sabía que podría llegar a

necesitarlo para disuadir al incauto que cayera en sus redes.

—¡Déjalo en paz, Henry!

Henry. Así se llamaba el hombre que quería abrirle el cráneo y esparcir sus sesos por el crucero. Nathan buscó a su alrededor un arma, pero solo había sacos de comida para los animales.

—Amigo, os estáis excediendo. La señora y yo solo conversábamos.

El herrero lanzó un rugido feroz y descargó su mazo sobre la cabeza de Nathan. Él usó un saco para detenerlo, pero, aunque paró el golpe, la tela se rompió y el contenido se derramó a sus pies, dejándolo de nuevo desamparado.

La música y el baile habían cesado y todos permanecían atentos a la pelea. Nathan tenía que llegar al otro extremo de la iglesia para recuperar su espada. Cogió un barril de agua que había junto al abrevadero de los animales y amenazó con él al herrero.

—¿Deseáis morir? —preguntó con su tono más mortífero.

—Vos primero.

Al parecer, era inmune a sus amenazas. Le arrojó el barril a la cabeza, pero el señor Smith lo hizo pedazos con su mazo.

Diablos, aquel hombre podría haber sido el terror de los mares si hubiera escogido una profesión diferente.

—¿Quieres que te eche una mano? —se ofreció Christopher. Permanecía cruzado de brazos a escasa distancia, observándolo todo con aire divertido.

—Ya has hecho bastante.

—Protege tus rodillas. A mí quiso dejarme cojo.

—¡Quería convertiros en un eunuco!

El mazo del herrero descargó de nuevo y Christopher tuvo que agacharse para evitar que le acertara en la cabeza.

—¡Eh! ¡Nosotros ya resolvimos nuestras diferencias! ¡Es con él con quien tenéis cuentas pendientes!

—Gracias por ayudarme, hermano —masculló Nathan.

Los hombres de Christopher se interponían en el camino hacia su espada, así que se enfrentó a su adversario dispuesto a devolver golpe por golpe.

Dejó que liberara una vez más su rabia sobre él y, tras sortearlo, le asestó un puñetazo en los riñones.

El herrero se dobló de dolor, pero eso solo pareció azuzar su furia. Arremetió como una bestia rabiosa y Nathan se olvidó del mundo a su alrededor, pendiente solo del movimiento de aquel colosal mazo, del ritmo, del vaivén, de hacia

dónde tenía que moverse para evitar que le reventara la cabeza o algún otro miembro importante del cuerpo.

—¡Detened esta locura, por el amor de Dios! —gritó el reverendo Thomas.

Nathan lanzó contra el herrero todo lo que encontró a su paso. Libros de salmos, cestas con comida, mantas, cajas con velas... Cada vez que su contrincante sacudía el arma, Nathan golpeaba. En el estómago. En la mandíbula, en el costado... Podía oír a los hombres haciendo apuestas, a las mujeres ahogando gritos cuando el mazo parecía a punto de rozarlo, a sus propios hombres jaleándolo...

Sudaba profusamente y tenía la respiración acelerada. Pero el gigante que lo acosaba no era imbatible, y los golpes recibidos y el peso de su arma comenzaban a hacer mella en él.

De pronto se encontró de nuevo acorralado junto a la gran puerta de entrada a la iglesia, delante de los sacos de arena que él mismo había colocado para evitar que el agua se filtrara en el templo.

—Voy a destrozaros todos los huesos del cuerpo.

Nathan no lo dudaba en absoluto.

Pero antes de que el mazo cayera, un sable pasó rozando su cara y se clavó justo junto a su oreja.

Miró la espada y después a su hermano. A su lado, Billie lo observaba con furia en su hermoso rostro.

—¡Te dije que le echaras un cabo, no que le rebanaras una oreja! —le gritó a Christopher.

—Le he dado un arma, ¿no?

Nathan soltó la espada de la madera y, con una sonrisa, se enfrentó a su adversario.

—Ahora empieza el juego de verdad.

Aunque, pensándolo bien, no estaba seguro de cómo podría desarmarlo sin derramar su sangre. Lo único que quería era noquearlo y poner fin a aquella estúpida pelea.

Empuñó su acero, dispuesto a todo, y entonces su deseo se hizo realidad. El señor Smith alzó de nuevo su mazo, pero de pronto se quedó quieto, con el arma en el aire; giró la cabeza y se desplomó a sus pies.

Nathan miró al herrero tendido en el suelo y después a la mujer que permanecía de pie frente a él. Billie sostenía un madero en la mano.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—¿Le has arreado en la cabeza?

—Hace poco he jurado cuidarte y protegerte, así que...

Y él había jurado amarla durante el resto de sus días.

La señora Smith se abalanzó para atender a su marido, Christopher le pasó un brazo por los hombros a su cuñada para felicitarla por su gran hazaña y Nathan dio un paso adelante para tomar a su esposa en brazos y no soltarla hasta que fuera perentorio dejarla marchar.

Pero el destino tenía otros planes.

Un estruendo resonó en lo alto de la iglesia, como si el campanario se hubiera desplomado sobre el tejado. Después, un enorme tronco de palmera atravesó una de las ventanas del lado de poniente, se precipitó contra la puerta de entrada y golpeó a Nathan en el pecho con la fuerza de una bala de cañón.

Antes de que la oscuridad lo engullera por completo, solo pudo oír a Billie gritar su nombre.

Capítulo 26

Despertó con un martilleo incesante en las sienes, pero lo que le arrancó un gemido de auténtico dolor fue el latigazo que sintió en el hombro izquierdo.

Nathan abrió los ojos y se percató de que estaba tendido sobre su cama, en casa de su padre. La luz del día entraba a raudales por la ventana y a través del cristal podía apreciarse un cielo azul resplandeciente.

La tormenta había pasado.

Giró la cabeza y vio a Billie, acurrucada en una butaca a su lado. Tenía los ojos cerrados, el pelo suelto sobre la espalda y las piernas recogidas bajo el cuerpo. Nathan la había visto dormir antes, así que conocía su expresión cuando estaba relajada y reposaba plácidamente. En ese momento parecía tensa, incluso en sueños, como si temiera lo que ocurriría al despertar.

Se incorporó sujetándose el brazo izquierdo. Tenía un pulcro vendaje sobre el hombro, que dolía como un demonio. Se puso en pie como buenamente pudo y se acercó hasta Billie.

Quería despertarla y que le contara lo que había sucedido mientras él permanecía inconsciente. Pero parecía que había estado cuidándolo, y, teniendo en cuenta que apenas había dormido las noches anteriores por su culpa, decidió dejarla descansar. La cubrió con una manta ligera, le dio un beso en la frente y abandonó la habitación sin hacer ruido.

En la cocina encontró a su abuela trasegando entre fogones.

—¡Aleluya! —exclamó al verlo—. La bella durmiente del bosque ha despertado.

Nathan tomó una manzana roja de un frutero y le dio un mordisco.

—¿Cuánto tiempo he estado en cama?

—Dos días.

El trozo de fruta se le atragantó y le provocó un ataque de tos.

—¡¿Dos días?!

—Sí. Yo también opino que ha sido una exageración. Te tenía por un hombre mucho más duro, Nathan, pero un tronco diminuto de palmera te golpea en el pecho y te pasas un par de días inconsciente. Pensé que había criado unos muchachos más robustos...

Dos días desperdiciados era mucho más de lo que podía permitirse. Los barcos españoles estarían en camino; la alianza habría empezado a prepararse; debía ponerse en marcha...

—¿Y mi barco, abuela?

Isabella se volvió, sosteniendo en alto una cuchara de palo. El fuego que ardía en su mirada era mucho más intenso que aquel sobre el que cocinaba.

—¿Tu barco? ¿Te despiertas después de dos días y preguntas por tu barco? ¿Y qué tal si te interesas por lo preocupados que nos has tenido a todos? ¿O por la joven que ha permanecido día y noche junto a tu cama y que no se ha separado de ti ni un instante? ¿O por el estado en que ha quedado mi maravilloso huerto después de la tormenta? —Se giró hacia los fogones y comenzó a remover lo que fuera que estuviera preparando—. Su barco, solo le importa su barco... Hombres.

Nathan se acercó a ella y la rodeó con su brazo sano.

—Gracias por todo, abuela. Siento haberte afligido y lamento muchísimo lo de tu huerto. Te ayudaré a replantarlo en cuanto termine lo que tengo entre manos. Pero, para hacerlo, necesito mi barco.

—Entonces deberías ir a verlo tú mismo.

Nathan se tensó. Si su abuela no quería darle la noticia ella misma...

—¿Tan grave es?

Isabella solo asintió con la cabeza.

Nathan la besó en la frente y salió de casa.

—¡Al menos podrías ponerte una camisa! —oyó que le gritaba.

Pero no tenía tiempo que perder. Solo llevaba sus calzas negras. Ni camisa, ni botas. Para ir al lugar donde Christopher y él habían amarrado sus barcos no le hacía falta calzado.

Se dirigió a una pequeña cala en el extremo norte de la isla. Era un puerto seguro, protegido a ambos lados por sendos acantilados. La tormenta había llegado del sur, de modo que aquel era el lugar perfecto para resguardar las naves.

Había perdido mucho tiempo mientras yacía inconsciente y necesitaría hombres extras para realizar las reparaciones. La arboladura sería lo más

problemático, pero la buena noticia era que el armador del pueblo no había podido reemplazar el trinquete, así que al menos no habría perdido ese palo. Si el resto continuaban en pie, todavía tendría una oportunidad. Encontraría la forma de hacer que el Odyssey volviera a navegar y acabaría con la alianza. Tacharía todos los nombres de su lista y después podría empezar una nueva vida junto a Billie...

La imagen que lo asaltó cuando llegó al enclave lo dejó sin aliento. La cala había protegido los barcos del embate del viento, sí, pero no había podido evitar el corrimiento de tierras que había desencadenado la lluvia. Árboles, barro, piedras... Todo había caído sobre las naves.

El Valhalla había perdido la mesana, pero el Odyssey se había llevado la peor parte. Una fracción del acantilado se había desplomado sobre la proa del barco, hundiéndolo parcialmente en las poco profundas aguas.

Aquello no tenía solución. No había nada que hacer. Era el fin.

Sin barco, no podría participar en la alianza. Y, aunque encontrara la forma de transmitir sus noticias a la flota que aguardaba instrucciones para atacar el día señalado, sin Aarhus y sin los hermanos Jones, los piratas estarían en inferioridad numérica y Redskin no se atrevería a llevar a cabo su plan.

Y si el plan no se llevaba a cabo, Nathan no sería libre.

Y no recuperaría a Jack.

Ni podría gozar de un futuro con Billie.

Necesitaba dos barcos. Necesitaba encontrar a su hermano cuanto antes y preguntarle por qué diablos no había empezado las labores de reparación del Valhalla. Y necesitaba encontrar la manera más rápida para salir de aquella maldita isla y hacerse con una nave. Incluso apresar una en alta mar si fuera necesario.

Se dirigió hacia el pueblo y se sorprendió de las huellas dejadas por la tormenta. Había resultado más fuerte de lo que esperaba, y las casas y los caminos todavía mostraban las consecuencias de la furia con que habían sido atacados.

En el puerto, la imagen era desoladora. Embarcaciones de todas las formas y tamaños se amontonaban unas sobre otras, hechas añicos. El viento las había zarandeado, jugando con ellas como si fueran plumas atrapadas en un remolino, depositándolas a su antojo. La tormenta no había respetado nada.

Los lugareños habían perdido su modo de subsistencia. Con las cosechas arrasadas y sin barcos con los que salir a faenar, el futuro se presentaba aciago

para ellos. Sin embargo, se agolpaban en el puerto, junto al fragmento de muralla que se había derrumbado y tirado abajo varias casas. Hombres y mujeres colaboraban en las labores de desescombro. Su padre, su hermano, los miembros de su tripulación... Todos estaban allí echando una mano. Ayudando donde eran realmente necesarios.

Mientras él dormía, las gentes de Cayo Esperanza habían trabajado para salir adelante. Para reconstruir lo que la tormenta les había arrebatado. Nadie había pensado en conseguir un barco o en abandonar la isla, porque era allí donde hacían falta, porque aquella era la misión más urgente que debían cumplir.

Nathan respiró hondo y se dio por vencido.

No podía marcharse. Aunque quisiera, no había embarcaciones capaces de navegar en alta mar. No formaría parte de la alianza. No habría plan alternativo ni improvisación de ninguna clase. No habría libertad.

Se acercó hasta el lugar donde su padre retiraba los restos de muralla que habían caído sobre una de las casas y, con su brazo sano, levantó una piedra de buen tamaño.

—Hijo..., no deberías...

—Desde luego que sí.

Y allí se quedó hasta que eliminaron los escombros por completo.

Encontraría la forma de recuperar a Jack. Y después cazaría a los miembros de la alianza. Uno a uno. Quizá le llevara toda la vida hacerlo, pero cumpliría su misión. Aunque al hacerlo tuviera que renunciar a su libertad, a sus sueños. A Billie.

Un grito acerca de una camisa y un portazo la arrancaron de su duermevela.

Wilhelmina abrió los ojos e inmediatamente los dirigió al lugar donde Nathan había permanecido postrado durante los últimos dos días.

La cama estaba vacía.

Hizo a un lado la manta que no recordaba haberse echado encima y fue en su busca. Cuando Isabella le informó que había salido para comprobar el estado de su barco, el miedo que la había atenazado hora tras hora se tornó en rabia y bulló en su interior.

Todavía podía recordar la sonrisa de Nathan antes de que aquel enorme tronco lo golpeará en el pecho y se desplomara sobre el suelo. Y la angustia que había experimentado al darse cuenta de que no recuperaba la consciencia.

Durante dos días se había mantenido a su lado, incapaz de abandonarlo a pesar de la insistencia de Isabella en relevarla. No quería dejarlo solo. Cuando

despertara, y estaba segura de que tarde o temprano lo haría, quería estar ahí para verlo. Necesitaba cerciorarse lo antes posible de que el accidente no tendría secuelas. Solo así podría respirar de nuevo sin que le costara trabajo hacerlo.

Sin embargo, él había abierto los ojos y se había puesto en marcha para comprobar el estado de su barco. Y hasta que no lo viera, el nudo en el pecho de Wilhelmina seguiría amenazando con ahogarla.

Fue en su busca, pero, cuando llegó a la ensenada, no encontró rastro de él. La imagen de los dos barcos destruidos consiguió que las lágrimas se agolparan detrás de sus párpados.

El capitán Aarhus había hablado sobre el desprendimiento. Sobre cómo las naves habían quedado inutilizadas. Pero Billie no había logrado imaginar la magnitud del desastre que ahora contemplaba por sí misma.

Mientras velaba a Nathan había oído conversaciones, murmullos entre Blackpool, Christopher y el padre de este, sobre lo que la pérdida de las naves podía suponer para el futuro de todos ellos. Para el futuro de Nathan.

Pero ella solo podía pensar en el momento en que despertara. Cuando abriera los ojos, todo volvería a estar bien. Lo que sucediera a continuación no era importante.

Abandonó la ensenada y se dirigió al pueblo. Los vecinos se habían congregado en el puerto, junto a la muralla que el viento había echado abajo, y colaboraban en las labores de desescombro.

Vio a Christopher, a Blackpool, al capitán Aarhus, a Patrick y al resto de las tripulaciones del Odyssey y del Valhalla.

Y, finalmente, vio a Nathan.

Iba descalzo y llevaba el pecho descubierto, como la mayor parte de los hombres que, bajo el sol de mediodía, cooperaban en los trabajos. Acarreaba piedras con un solo brazo, sosteniendo contra el pecho el que Wilhelmina le había vendado.

Debería estar descansando, postrado en cama, donde ella pudiera vigilarlo y corroborar que estaba bien y que nada malo iba a sucederle. Nunca. Sin embargo, ahí estaba. Trabajando con el resto, sin preocuparse por su propia seguridad o por la angustia que atenazaba la garganta de Wilhelmina al constatar la expresión de dolor que atravesaba su rostro cuando cargaba una nueva piedra.

Después de un rato, regresó junto a Isabella. Sabía que no podría convencerlo para que volviera con ella y le permitiera cuidar de él. Además, necesitaba tiempo para recomponerse, para tranquilizarse, para averiguar cómo

debía comportarse con él ahora que estaban casados.

Pasó todo el día ayudando a Isabella en la cocina. Preparando comida para los que trabajaban en las labores de reconstrucción y para las familias que habían perdido sus casas. Recopilando enseres que pudieran serles de utilidad. Y, mientras tanto, preocupándose por Nathan.

Cuando la noche cayó y los hombres volvieron después de una dura jornada, Billie salió a su encuentro, ansiosa por ver a su esposo y asegurarse de que recibiera los cuidados necesarios.

Pero él no regresó.

—¿Dónde está? —le preguntó a su padre.

—Desapareció hace un rato; pensé que había vuelto a casa.

—¿Y si le ha pasado algo? Estaba herido, no deberíais haber dejado que trabajara en su estado...

El capitán Aarhus sonrió.

—Id a la ensenada. Seguro que lo encontraréis allí.

Se giró para marcharse, pero él la detuvo.

—No seáis muy dura con él. Y llevadle una camisa o pasará el resto de la noche medio desnudo.

Llegó a la ensenada cuando los últimos rayos de sol se escondían tras el horizonte. Tal y como el capitán Aarhus había supuesto, allí se hallaba Nathan. De pie, contemplando los barcos bajo la escasa luz del atardecer.

Y ahora que por fin estaba a su lado, Wilhelmina no sabía qué hacer. Quizá debería descargar sobre él la angustia acumulada durante los últimos días. Por haberse dejado golpear por un enorme tronco de palmera, por haber salido corriendo en pos de su barco, por haberse puesto en peligro realizando esfuerzos innecesarios.

O tal vez debería ir a su lado y tomar de él lo que necesitaba. Porque sabía que, en cuanto la tocara, volvería a sentir que pisaba tierra firme, dejaría de tener miedo y podría respirar con normalidad.

Dejó en el suelo la camisa y las botas que le había llevado e hizo una bola con arena mojada. Después la lanzó directa a la nuca de su esposo.

—¡Eh! —gritó él, sorprendido.

Cuando se volvió y la miró por fin, con sus hermosos ojos turquesas brillantes como dos estrellas en una noche oscura, el cuerpo de Wilhelmina se inflamó de deseo.

—¿Llorabas por tu barco?

—¿Cómo dices?

—Los hombres suelen desarrollar un profundo afecto por sus medios de transporte. Embarcaciones, carruajes, caballos... He supuesto que no has regresado a casa porque deseabas llorar a solas por tu barco perdido.

—Yo no lloro por mis medios de transporte.

—¿Y qué haces aquí?

Él no contestó y desvió la vista hacia el mar. Ignorándola.

Ella se agachó para elaborar una nueva bola de arena.

—Ni se te ocurra lanzarme otra, Wilhelmina.

Aquel hombre era capaz no solo de leerle los pensamientos, sino también de predecir todas sus acciones.

—¿Cómo está tu hombro?

—Bien.

—¿El vendaje aguanta?

—Sí.

—¿Tienes hambre?

—No.

—¿Piensas seguir comportándote como un imbécil durante mucho más tiempo?

Él se rio.

—Estás enfadada conmigo.

—¿Y por qué debería estarlo? ¿Por haber pasado dos días junto a tu cama preguntándome si despertarías? ¿Porque, al hacerlo, tu primer pensamiento ha sido para tu barco? ¿Porque en lugar de guardar reposo has pasado el día cargando piedras? ¿O porque ni una sola vez se te ha ocurrido que quizá yo habría necesitado verte para asegurarme de que estabas bien y de que mis más horribles pesadillas no iban a hacerse realidad?

Después de un breve silencio, él respondió:

—Mis disculpas.

—Vete al infierno.

—¿Qué quieres de mí, Wilhelmina? —La enfrentó de nuevo, y esta vez sus ojos reflejaban la oscuridad insondable de las profundidades marinas—. Te prometí espacio y estoy intentando hacer honor a esa promesa. Te dejé dormir esta mañana porque pensé que necesitarías descansar, aunque lo único que deseaba era estrecharte entre mis brazos y borrar la preocupación que vi en tu rostro. Estoy bien. Fuerte y sano. El hombro ya ni siquiera me duele. Me he

pasado todo el día trabajando porque era la única forma de soportarme a mí mismo. Y no he regresado a casa para evitarte, porque, incluso ahora, lo único que necesito es tenerte a mi lado.

Wilhelmina dio un paso hacia él.

—No te me acerques. ¿Crees que me importa este barco? Lo único que me preocupa es lo que su destrucción significa. Mi plan se ha ido al garete, princesa —dijo mientras se giraba para admirar la terrible obra de la naturaleza—. Esa nave era mi única oportunidad para acabar de una vez por todas con esta maldita farsa. ¿Crees que me gusta lo que hago? ¿Crees que me satisface dar caza a hombres como mi hermano o como mi padre?

El nudo que constreñía el pecho de Wilhelmina amenazó con dejarla sin aliento.

—Algunos son pura escoria. Seres despreciables que disfrutan robando, asesinando, violando. Y lo hacen por puro placer, princesa. Sin remordimientos. Pero hay otros que no tuvieron elección. Tú lo expresaste perfectamente en tu gran discurso. Para algunos la piratería es la única forma de escapar de la pobreza. ¿Cuántos de los habitantes de esta isla crees que cambiarán de bando? ¿Cuántos crees que se dedicarán al pillaje después de haberlo perdido todo? Y yo tendré que darles caza también, porque al rey no le importa si son campesinos que solo buscan sobrevivir o si son diablos que sienten placer al sembrar el caos. ¿Sabes cuántas veces he hecho la vista gorda? ¿Cuántas veces he decidido no perseguir un barco pirata porque sabía que el capitán no era un sanguinario? ¿Sabes a cuántos hombres les he ofrecido una oportunidad para evitar el patíbulo? Pero no soy Dios, Billie. Y, a veces, no tengo poder suficiente para evitar que un hombre superado por las circunstancias termine con una soga al cuello.

—Nathan...

—Lo siento, princesa. De veras que sí. Y te agradezco que hayas cuidado de mí. Supongo que no soy el mejor hombre sobre la Tierra, y sin duda te mereces un marido mejor que yo. Uno que no sea capaz de vender a su mejor amigo para conseguir sus propósitos. Pero lo tendrás, te lo prometo.

Las lágrimas ardieron en sus ojos. Se acercó a él, desobedeciendo su orden anterior.

—Billie, no...

Cuando llegó a su lado, enredó los dedos en su pelo y lo besó poniendo todo su corazón en ello, tratando de demostrarle que no existía un hombre mejor que

él, y ningún otro con quien deseara estar casada.

—No me hagas esto, por favor... —suplicó Nathan.

Se apartó de ella y retrocedió hacia el agua.

Wilhelmina lo siguió. Pero antes de introducirse en la ensenada, se desnudó frente a sus ojos. Se deshizo del vestido, de las enaguas, de sus miedos. Y se reunió con él en el mar.

—Por Dios...

Nathan se rindió a lo inevitable. La tomó en brazos y arrasó sus labios con besos desesperados, besos colmados de un hambre voraz, de una sed acuciante.

Se fundieron el uno en el otro, sin risas, ni palabras, ni futuro, ni pasado. Tan solo una pasión desatada y una necesidad insaciable.

Mucho más tarde, se quedaron dormidos sobre la arena, abrazados y exhaustos, bajo un cielo cubierto de estrellas.

Con las primeras luces del alba, regresaron a casa y descubrieron que los estaban esperando.

Lo primero que vio Nathan al entrar en el comedor fue a su abuela sentada a la mesa, tomando un té como cada mañana. Después, a su padre y a su hermano inmóviles, con la mirada fija en la cabecera donde Redskin permanecía repantigado sosteniendo un arma que apuntaba a Isabella. Otros dos de sus hombres encañonaban a los dos capitanes Aarhus desde el extremo opuesto.

—Vaya, vaya, vaya... Por fin os dignáis a aparecer, capitán Anderson.

Nathan mantuvo a Billie a su lado, cubriéndola con su cuerpo.

—Así que ya sabéis quién soy.

—Reconozco que me siento un poco estúpido por no haberlo adivinado antes. Pero si tan solo hubierais sido lo bastante diestro como para que nuestros caminos se cruzaran en alguna ocasión...

—Lo han hecho. Justo como y cuando yo lo decidí.

Su comentario pareció irritarlo.

—Lo que cuenta es que toda la verdad ha salido a la luz antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Y puedo preguntar cómo la habéis averiguado?

Imágenes terribles de Jack desfilaron fugaces por su mente. Pero él no habría desvelado su identidad, ni siquiera sometido al mayor de los tormentos, así que, ¿cómo había descubierto la farsa?

—¿Sabéis qué he aprendido en todos estos años? —preguntó Redskin a su vez—. Que todos los hombres tienen un punto de fractura, un límite que solo hay

que encontrar para conseguir que se dobleguen a tu voluntad. Algunos tienen un aguante extraordinario; otros se rompen como ramas secas nada más empezar. Solo hay que descubrir el punto exacto.

—¿Qué diablos has hecho, maldito degenerado? —masculló Christopher.

—Traedlo —ordenó Redskin.

Dos piratas entraron en el comedor arrastrando a otro con el rostro magullado.

Wilhelmina apretó su mano con fuerza. Pero el herido no era Jack.

—Os equivocasteis al confiar en Saint-Clair, capitán Aarhus.

La mirada de Nathan voló hacia su hermano.

—No eres el único que desea saldar sus deudas, Nathan.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Vuestro hermano —intervino Redskin— es el hombre que ha manejado todos nuestros hilos desde el principio. Él fue quien puso al capitán Saint-Clair al frente de la alianza. Quien lo instruyó para que consiguiera que nos uniéramos a su plan de asaltar el convoy español. Él fue quien os puso nuestras cabezas en una bandeja de plata, capitán Anderson, y también quien ha puesto en peligro vuestra vida y la de vuestra familia al confiar en que Tobias guardaría todos sus secretos. Pero el pequeño Toby no soporta nada bien el dolor...

—Lo siento, capitán Aarhus —murmuró Saint-Clair.

—Christopher...

El nombre brotó de sus labios en forma de interrogación, pero no había nada más que Nathan necesitara saber. Su hermano había encontrado la forma de poner fin a su condena brindándole la ocasión perfecta para acabar con todos los piratas de su lista en una única batalla. Desde las sombras, los había manipulado y convencido para tomar parte en una aventura peligrosa que los enriquecería inmensamente y, al hacerlo, los había colocado en el patíbulo a merced del cazapiratas.

—Nunca me gustó que aparecierais salido de la nada —continuó Redskin—, sin un pasado conocido pero demostrando vuestra destreza con grandes hazañas. Pensé que podría sonsacar a vuestro perro, pero Toby se opuso vehementemente. Demasiado, tal vez. Y entonces recordé que fue él quien puso esta aventura en marcha. Y decidí hacerle unas preguntas. Cuando vio su propia sangre derramada sobre la tierra, empezó a cantar como un pajarito, ¿verdad, Toby?

—¿Dónde está Jack? —preguntó Billie en un susurro.

Redskin centró su atención en ella.

—Hay cosas en todo este embrollo que todavía no entiendo, y, sin lugar a dudas, la más extraña es qué demonios pintáis vos en todo esto, señorita Nightingale.

—Ni vais a descubrirlo —aseguró Nathan.

Jack entró también en el comedor, intacto pero con las manos esposadas, seguido de dos hombres que lo apuntaban con sus armas.

—¿Y qué vais a hacer ahora que lo sabéis todo, Redskin? ¿Matarme? —preguntó Nathan.

—Todavía no. La cuestión es, capitán Anderson, que los barcos partieron de Cartagena. Esa es una realidad. No sé cuál es su carga, pero la escuadra está en el mar. El rey de España ha puesto un cebo, pero es la armada inglesa, o sea, vos, quien caerá sobre la presa. ¿Por qué?

—Ellos también están hartos del pillaje al que sometéis a sus embarcaciones.

—Pero no han tratado de infiltrar a uno de sus hombres entre nuestras filas. No han hecho nada para apresarnos, excepto poner en el mar un tesoro ficticio. Para llamar nuestra atención. Mejor dicho, para distraer nuestra atención. La cuestión es, ¿de qué?

Nathan no respondió, pero todos en aquel comedor eran conscientes de que él tenía la respuesta a esa pregunta.

—Habéis perdido, capitán Anderson. Hablad ahora o veréis cómo vuestra familia al completo parece frente a vuestros ojos.

Sí. Lo había perdido todo.

—Hay un barco —confesó—. Una pequeña balandra, la Santa Ana, que partió de Valparaíso hace dos semanas. Viaja sin escolta y lleva a bordo un puñado de pasajeros. Dos familias nobles que regresan a España por orden del rey. Su carga está formada por las pertenencias que transportan de vuelta a casa... y por veinte baúles repletos de perlas que durante años han sido recolectadas a lo largo de toda la costa de las Indias españolas.

La sonrisa de Redskin se extendió por su rostro.

—Diablos, Nathan... —murmuró Christopher, sorprendido al descubrir la verdad.

Ese era el gran tesoro. Lo que el rey español intentaba proteger de los piratas poniendo en el mar una falsa flota de barcos repletos de oro.

—¿Y doy por hecho que conocéis su itinerario?

—Y también el lugar en que la atacarán dos naves corsarias inglesas.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha y la interceptemos

antes de que lleguen los perros del rey. Encadenadlo.

No tenía ni una sola arma encima. Varias pistolas encañonaban a su familia. Y Wilhelmina estaba a su lado, indefensa.

A su espalda, dos hombres lo sujetaron y colocaron en sus muñecas sendas cadenas de hierro. Dejó que lo hicieran sin oponer resistencia.

—Y ahora, todos fuera.

El sol comenzaba a brillar con fuerza en un cielo azul radiante.

—Si no me quitáis vuestras sucias manos de encima, joven, os aseguro que os arrepentiréis durante el resto de vuestra insignificante y miserable existencia.

Su abuela no soportaba que nadie le diera órdenes, mucho menos que la trataran con negligencia.

Nathan se volvió justo cuando Christopher se lanzaba a por el hombre que la retenía, le asestaba un cabezazo y le rompía el brazo por el codo.

El pirata gimió de dolor y cayó de rodillas al suelo.

Su padre se encargó con igual destreza del otro que la tenía presa, pulverizándole varias costillas.

Pero ambos se detuvieron cuando una de las armas se disparó.

—La próxima bala irá directa a su cabeza —juró Redskin.

A la de Wilhelmina.

—Tocadla y será vuestro fin —aseveró Nathan—. Si le hacéis daño a la hija del gobernador Nightingale, firmaréis vuestra sentencia de muerte. Sabéis que toda la armada británica saldrá en vuestra busca. Y os prenderán. Y sabéis que no pasaréis por la horca. Os encerrarán en una jaula y os colgarán al sol hasta que os pudráis y muráis suplicando clemencia. Ya me tenéis. Ninguno de ellos os hace falta. No pueden ir tras nosotros porque la tormenta ha destrozado nuestros barcos. No suponen ningún problema para vos. Dejadlos y os llevaré hasta la Santa Ana antes de que lleguen las naves corsarias. Si les hacéis daño, os quedaréis sin tesoro. Y los dos sabemos que es lo único que os importa.

Eso era cuanto podía hacer. Alejar el peligro de su familia. Llevárselo tan lejos como fuera posible. Lo que pasara después con su vida no era importante.

—¿Vamos? —dijo.

—Claro. Pero ella viene con nosotros.

No.

—Redskin... —susurró en un tono letal.

—Ella será mi seguro. Si tratáis de engañarme, la mataré. Si no consigo las perlas, la mataré. Si intentáis escapar, la mataré. La única forma de que la

señorita Nightingale salga airosa de esta es que yo consiga lo que quiero.

—Si le hacéis un solo rasguño...

—Eso depende de vos, capitán Anderson.

Se acercaron hasta la orilla, donde varios botes aguardaban para trasladarlos hasta el Leviathan. Obligaron a Nathan a subir en uno y embarcaron a Wilhelmina en otro, junto a Redskin y el malparado capitán Saint-Clair.

El resto de su familia se quedó en la playa. Su abuela, Christopher, su padre. Jack.

Jack...

—He estado a punto de olvidar un detalle crucial —dijo Redskin. Y entonces disparó.

Nathan escuchó el sonido de la explosión de la pólvora y vio cómo Jack se desplomaba sobre la arena.

Oyó el grito de Wilhelmina y el que salió de su propia garganta.

Vio cómo su padre, su abuela y su hermano se abalanzaban sobre el cuerpo inerte de su amigo.

Y vio la sangre tiñendo de rojo su camisa blanca.

Jack era el único, aparte de él, que conocía el itinerario de la Santa Ana y el lugar exacto en que los barcos corsarios llevarían a cabo su ataque.

Nadie acudiría en su auxilio.

Estaba solo.

Cerró los párpados y, cuando los abrió de nuevo, contempló la sonrisa de Redskin. La satisfacción de la victoria cincelaba las arrugas alrededor de sus labios. Pero Nathan supo que, antes de morir, destrozaría aquel rostro y sentiría bajo sus manos cómo la vida se apagaba en sus ojos diabólicos.

Capítulo 27

El calor en la bodega del Leviathan resultaba asfixiante, y los dos faroles encendidos no hacían mucho por iluminar la oscuridad que lo envolvía todo.

Wilhelmina permanecía acurrucada en un rincón de su celda, con la espalda apoyada en el mamparo y los brazos alrededor de las rodillas, mientras en su cabeza la imagen de Jack desplomándose sobre la arena se reproducía una y otra vez en un bucle infinito.

—Creo que tengo una costilla rota —manifestó el capitán Saint-Clair, sentado cerca.

Nathan seguía en cubierta, en algún lugar donde ella no podía saber qué sucedía. Ni si se encontraba bien.

—Y me baila una muela —continuó el pirata.

Tenía el rostro amoratado y la ropa hecha jirones. Redskin había asegurado que unos hombres tenían límites más accesibles que otros y que Saint-Clair se había roto fácilmente, pero, a tenor de sus lesiones, lo había hecho después de soportar más sufrimiento del que ella había experimentado jamás.

Levantó el ruedo de su vestido y rasgó las enaguas para conseguir varios trozos de tela con los que procedió a vendar las costillas de Tobias.

—Hice lo que me pedisteis. Traté de protegerlo, pero siempre he tenido una tolerancia muy baja al dolor...

Wilhelmina no podía culparlo. Quería creer que, en su lugar, habría aguantado cualquier tortura antes de poner en riesgo la vida de otros, pero jamás se había encontrado en esa clase de situación y, quizá, enfrentada a una decisión semejante, habría tomado también el camino de los cobardes.

—Van a matarlo, ¿verdad?

Ella era la hija del gobernador de Jamaica. Valía una fortuna. Pero liberar a Nathan supondría dejar con vida a un hombre con los medios y las ganas suficientes como para acabar con Redskin de una vez por todas.

Tobias no tuvo opción de contestar.

Nathan bajó por las escaleras seguido por dos hombres. Aunque continuaba encadenado, uno de ellos lo aferraba por el hombro, el mismo que se había lesionado durante la tormenta, y, por el modo en que los músculos de su mandíbula se tensaban, Wilhelmina supo que le estaba haciendo daño.

Lo empujaron al interior de una celda situada frente a la suya y regresaron a cubierta.

—Hijo de... —masculló Nathan apretando el brazo herido contra el pecho.

—¿Te encuentras bien?

Él levantó la vista y la clavó en ella, intentando tranquilizarla. Tratando de asegurarle que estaba bien, que todo iba a salir bien. Cuando, en realidad, todo iba realmente mal.

—Billie.

—No quiero escucharte. No quiero que me digas que estás perfectamente cuando es obvio que el hombro te duele. No quiero que intentes convencerme de que Jack estará a salvo y que no habrá sufrido ningún daño. O que se te ocurrirá algún plan para salir de aquí o que de alguna forma misteriosa alguien vendrá a rescatarnos. No quiero más mentiras, Nathan. No quiero más falsas identidades, parientes secretos o planes que esconden otros planes que esconden otros planes. Lo único que quiero saber es si hay alguna otra cosa que me hayas ocultado y que deba saber, teniendo en cuenta que tarde o temprano todos vamos a morir.

Nathan se acercó hasta los barrotes y suspiró, resignado.

—Te quiero.

No era aquello lo que había esperado escuchar.

—¿Cómo... cómo has dicho?

—He dicho que te quiero.

Los separaban solo tres pasos y dos filas de barrotes de hierro. Wilhelmina nunca se había sentido tan encerrada como en aquel momento. Nunca hasta entonces había sabido de verdad lo que suponía carecer de libertad para hacer exactamente lo que deseaba. Como tocar al hombre que acababa de decirle que la amaba.

—Y no vas a morir —zanjó él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque antes me arrancaría los ojos que dejar que algo malo te sucediera.

Wilhelmina sabía que era cierto. Que la protegería hasta su último aliento. Pero lo que él no entendía era que no estaba dispuesta a permitir que se

sacrificase por ella. No tenía intención de dejar que el único hombre al que había amado y con el que se imaginaba compartiendo el resto de su vida sufriera por su culpa.

—Me gustan tus ojos —dijo.

—No tanto como a mí los tuyos.

Saint-Clair dejó escapar un carraspeo, recordándoles que no estaban solos.

—¿Tenéis algún plan para sacarnos de aquí, capitán Anderson?

Nathan apartó, renuente, la mirada de Wilhelmina.

—Claro. Salimos de estas celdas, nos hacemos con varias armas, matamos a Redskin, recuperamos el control de la nave y volvemos a casa.

—Pero no tenemos las llaves de las celdas —dijo Saint-Clair.

—Supongo que entonces mi plan no es tan bueno como yo pensaba.

Wilhelmina notó el tono de voz. Era sarcasmo lo que la impregnaba, y Nathan no era la clase de hombre que recurriera a él en casos de vida o muerte. En el pasado lo había visto salir de situaciones peligrosas, pero ahora parecía... derrotado.

Solo los sacarían de aquellas celdas cuando Redskin se hubiera hecho con el botín. Ahora que ya tenía el rumbo, todos ellos eran prescindibles.

—Nathan...

—No puedo hacer nada. No contigo aquí, ¿es que no lo ves? Podría tirar uno de los faroles contra esas lonas, provocar un incendio y desarmar a los hombres que vinieran a comprobar qué sucede. Podría esperar a que Redskin tenga las perlas, a que esté confiado, y atacarlo cuando venga a por mí. Podría usar tus enaguas e intentar destrozar esta tronera —señaló el ventanuco enrejado, a través del cual podía divisarse el mar—, salir por ella y tratar de llegar a cubierta con estas malditas cadenas. Pero no puedo garantizar tu seguridad, Wilhelmina. Son demasiados, y el hombre me está matando, y aunque lograra escapar y hacerme con un arma, no duraría vivo mucho tiempo.

—Pero quizá tengamos suerte...

—¿Crees que dejaría tu vida al azar? ¿Que pondría en peligro tu bienestar sin estar convencido de que puedo ganar? No. Y no me mires así.

—¿Cómo?

—Como si desearas lanzarme algo a la cabeza.

—Lamento no poder cumplir tus órdenes, porque eso es justo lo que deseo. No puedes quedarte quieto sin hacer nada.

—Puedo. Y es justo lo que haré. Y vas a prometerme una cosa.

—Ni hablar.

Le dio la espalda para reforzar su negativa.

—Ya lo creo que sí. Vas a prometerme que, llegado el momento, harás exactamente lo que yo te diga.

—No te juré obediencia cuando nos casamos.

—Wilhelmina —la llamó, golpeando los barrotes y haciendo tintinear las cadenas que lo mantenían atrapado.

—No quiero escucharte.

—Prométeme que harás todo lo que esté en tu mano para sobrevivir.

—Vete al infierno.

—Que no sabotearás tu oportunidad de volver a casa sana y salva pase lo que pase.

—Cállate.

—Prométeme que seguirás adelante, que nunca mirarás atrás y que disfrutarás de la vida que siempre deseaste tener.

Wilhelmina se dio la vuelta para contemplarlo.

Tiempo atrás, su único sueño había sido vivir una aventura extraordinaria. Ser libre para tomar sus propias decisiones. De eso había pasado una eternidad...

Antes no sabía lo que quería. Ahora sí. Ahora su futuro no era una ilusión infantil. Ahora era un anhelo por el que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa. A sacrificar cualquier cosa.

Empezando por su integridad.

—Te lo prometo —dijo.

Quizá demasiado rápido. Quizá demasiado pronto.

—Eres muy mala mentirosa.

—Y tú eres insufrible. Ya tienes tu promesa, ahora déjame en paz.

Se refugió en su rincón e intentó prepararse para lo inevitable. Nathan hizo lo mismo en la celda opuesta, como si tratara de poner la máxima distancia entre ellos.

Saint-Clair se dejó caer a su lado con un gemido de dolor y susurró:

—¿No vais a decirle que vos también lo amáis?

Estaba furiosa con él. Por negarse a darles una oportunidad. Por obligarla a prometer que, llegado el momento, antepondría su vida a la de él y pagaría cualquier precio por su supervivencia.

—Nathan —lo llamó.

—¿Qué?

—Yo también te quiero.

Él tardó un segundo en contestar.

—Eso no cambia nada.

—Te equivocas. Lo cambia todo.

La oscuridad se precipitó como un ave de presa extendiendo sus alas negras sobre el mar Caribe.

Era pronto para que el sol se pusiera; sin embargo, nubes grises comenzaron a cubrir el cielo y el viento empezó a soplar cargado de lluvia.

A esa hora, a cien millas de distancia de donde se encontraban, los barcos de la armada aguardaban para dar caza a los últimos piratas.

Pero no habría lucha, porque sin Redskin, sin Saint-Clair, sin los hermanos Jones, sin Aarhus... la alianza no existía. Y los miembros que aún resistían no eran tan estúpidos como para enfrentarse a una flota de guerra española sin los refuerzos necesarios.

Ningún tesoro valía semejante riesgo.

Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre el mar y este se agitó, embravecido.

Se encontraban en el lugar por el que la Santa Ana debía pasar, pero todavía no había rastro de ella. La oscuridad crecía y el tiempo marchaba inexorable. Si no la localizaban antes de que anoheciera y el cielo se confundiera con el mar, tal vez no lo hicieran nunca.

Aun así, Nathan no podía asegurar que la encontrarán. Quizá la tormenta los había retrasado o quizá habían tenido viento favorable y habían ganado millas de viaje, alejándose de aquel lugar donde los aguardaba la muerte.

Aquella mañana habían partido de Nassau tras aprovisionarse antes de cruzar el Atlántico. Ese era el plan, y también la razón de que supiera dónde y cuándo encontrar la nave. Pero se trataba de una información demasiado frágil, y el azar jugaba un papel demasiado destacado.

Miró por la tronera y percibió un destello a través de la lluvia. Poco después uno de los hombres de Redskin pronunció las palabras que todos ansiaban oír.

«Nave a estribor».

Nathan sintió cómo el ritmo aumentaba en la cubierta. Las pisadas de los hombres se aceleraron, las velas ondearon con más fuerza, la nave ganó velocidad.

La noche había caído cuando alcanzaron su objetivo. Y, de pronto, el silencio se cernió sobre el Leviathan. Un silencio ominoso, tenso como una cuerda a

punto de quebrarse.

El viento transportó una melodía. Palabras extranjeras. Risas.

La Santa Ana no sabía que se había convertido en una presa, que estaba acechada por un depredador que caería sobre ella en plena oscuridad cuando menos lo esperaba.

Pronto se encontraron lo bastante cerca como para olfatearla, tan próximos que Nathan pudo distinguir los rostros de los marineros que estaban a punto de morir.

Los disparos rompieron el silencio del Leviathan. Desde cubierta, Redskin y sus hombres abrieron fuego contra los tripulantes extranjeros. Sus gritos de guerra restallaron por encima del rumor de las olas, espantando al enemigo, forzándolo a la rendición.

La Santa Ana se doblegó sin apenas presentar batalla. Bajo la lluvia creciente, sorprendida y asustada, recogió trapo y echó el ancla. Se situó a merced de su captor, confiando en que una pronta capitulación podría salvarle la vida.

—¡Cuartel! ¡Cuartel! —gritó la Santa Ana.

La respuesta de Redskin fue inequívoca.

—No habrá cuartel para nadie.

El Leviathan se abatió sobre su víctima con salvaje fiereza, lanzando zarpazos a diestra y siniestra, regando de sangre la cubierta de la Santa Ana, impasible a los gritos de piedad que desgarraban la noche y el corazón de cuantos se veían obligados a escucharlos.

Fue rápido.

Brutal.

En poco tiempo, la Santa Ana yacía inerte, mecida por las olas.

A continuación, Nathan oyó una detonación en la bodega de la nave española, seguida de una carcajada satisfecha que reptó por su espina dorsal e hizo que la sangre le burbujeara en las venas.

Victoria.

Redskin había encontrado las perlas. El Leviathan se había adueñado del tesoro.

Los piratas estallaron en vítores para celebrar su hazaña.

Nathan apartó la vista de la tronera y se volvió hacia Wilhelmina. Lo observaba con sus enormes ojos azules cargados de desafío.

Era valiente. Era fuerte. Pero no era inmortal.

Y no estaba seguro de que, aun sacrificando su vida, pudiera salvar la de ella.

Capítulo 28

Odiaba quedarse sentada de brazos cruzados. Iba en contra de su naturaleza permitir que otros decidieran por ella, y por eso deambulaba inquieta buscando la forma de convencer a Nathan para que hicieran algo. Cualquier cosa.

Lo que fuera, menos esperar.

—Deja de pasearte —le ordeno él desde la celda de enfrente.

—Déjame en paz.

Estaba tan cerca... Tan cerca de obtener todo lo que deseaba y no sabía que quería. Sus sueños se hallaban al alcance de su mano, y el hombre con quien se había casado estaba a punto de hacerlos añicos.

Por eso siempre se había opuesto al matrimonio.

—Aarhus es el mejor.

Wilhelmina ahogó un grito al escuchar las palabras. Esa voz artificial. Aguda. Carente de entonación.

Animal.

—¡Lucille!

—¿De dónde ha salido ese pájaro? —preguntó el capitán Saint-Clair poniéndose en pie.

El loro de Jack se había posado en la tronera de la celda de Nathan.

—Aarhus es el mejor —repitió.

—Si Lucille está aquí, significa que...

Un par de pies desnudos asomaron por las escaleras que daban acceso a la bodega. Después, unas calzas marrones, que se pegaban a un par de piernas largas y musculosas. A continuación, un pecho fuerte y empapado. Y, por último, el rostro apuesto y ligeramente malvado del joven capitán Aarhus.

—Aarhus es el mejor —insistió Lucille.

—Y que lo digas, cariño. —El susodicho le lanzó un besito.

—¿Cómo has...? —preguntó Nathan.

—Gracias al padre de la señorita Nightingale —dijo mientras abría la celda de Nathan y se encargaba de sus cadenas—. Su barco llegó a la isla poco después de que Redskin se marchara.

—¿Mi padre está aquí? —preguntó Wilhelmina, aferrada a los barrotes.

—A media milla de distancia. Mis hombres y yo hemos venido nadando. Blackpool se moría por usar los cañones, pero el gobernador no quería arriesgarse a ponerlos en medio de un fuego cruzado.

—¿Blackpool también ha venido? —Nathan se frotó las muñecas magulladas.

—Y casi todos tus hombres. También nuestro padre, aunque al gobernador Nightingale no le hizo demasiada ilusión permitirle embarcar en su nave.

—¿Jack te dio nuestra posición? ¿Significa eso que...?

—La abuela se quedó cuidando de él, pero no sé cuál es su estado.

Aarhus abrió después su celda y Wilhelmina se abalanzó sobre él, estrechándolo entre sus brazos.

—Gracias por venir a rescatarnos —dijo contra su cuello—. Muchas gracias.

—No me deis las gracias todavía, princesa. Tenemos una situación peligrosa en cubierta.

—Capitán Aarhus, me alegro de veros —susurró Saint-Clair, y en su tono se advertía la sombra de una disculpa.

—Debería dejarte aquí.

—Él se viene con nosotros —declaró Wilhelmina.

Soltó a Christopher y dio un paso en dirección a Nathan. Los barrotes ya no los separaban, y todo su cuerpo hormigueaba con la necesidad de rodearlo con sus brazos y no dejarlo marchar jamás.

Pero él pareció leer el deseo en sus ojos y apartó la mirada. Se alejó de ella, rumbo a la cubierta.

—Nathan...

—Ahora me arrepiento de haber salvado su estúpido cuello —murmuró Christopher siguiendo los pasos de su hermano.

Ella fue tras él, con Saint-Clair a la zaga.

Los hombres de Christopher habían tomado el Leviathan por sorpresa, aprovechando que la mayor parte de su tripulación había asaltado la Santa Ana para hacerse con el tesoro que escondía en su bodega.

Una calma tensa se extendía por las cubiertas de los dos barcos, barridas por las cortinas de lluvia que el viento movía, inclemente.

Los hombres se igualaban en número. Todos estaban armados y ambos bandos se encontraban en embarcaciones que les eran desconocidas.

—Fleta un bote —le dijo Nathan a Christopher con la mirada fija en la Santa Ana— y sácala de aquí.

—Si quieres deshacerte de mí —dijo ella—, date la vuelta y dímelo a la cara.

—No tengo tiempo para esto. ¡Redskin! —gritó, ignorándola—. ¡¿Vais a rendiros o vais a darme la satisfacción de abriros en canal?!

La risa del pirata llegó traída por el viento.

—¡Venid a por mí si tantas ganas tenéis de derramar mi sangre! —replicó desde la Santa Ana.

—¿Tus hombres están preparados para luchar? —le preguntó a Christopher.

—Sí, pero solo tienes que esperar a que la nave del gobernador se acerque y estarán en minoría.

—Dime cómo está Jack.

Christopher no respondió, pero asintió en silencio empuñando su espada.

No habría justicia para Redskin. No habría tribunal ni patíbulo. El capitán Anderson sería juez y ejecutor.

—Voy a matarlo. Ahora. Esta noche.

—¡Pero estás herido, maldito idiota! —le gritó Wilhelmina.

¿Acaso no se daba cuenta de que se iba a enfrentar a un sanguinario en clara desventaja? ¿Acaso no entendía que podía morir? ¿Es que no le importaba que ella no pudiera soportar la idea de perderlo?

Ignorándola de nuevo, agarró al capitán Saint-Clair por la pechera de su camisa y lo acercó hasta que sus rostros casi se tocaban.

—Fleta un bote y sácala de este barco o te juro que los métodos de tortura de Redskin te parecerán un paseo por el campo en comparación con lo que te haré yo. ¿Me has entendido?

—Sí, capitán. Vamos, señorita Nightingale.

Wilhelmina se dejó arrastrar por Tobias. Y no dijo nada mientras este luchaba con sus costillas rotas para hacer descender la barca hasta el agua, al tiempo que la lluvia le calaba los huesos y observaba cómo Nathan y el resto de los hombres se preparaban para la lucha.

«Mírame», pensó. «¿No ves que no soporto la idea de que este sea mi último recuerdo de ti?».

—Listo, Wilhelmina. Os ayudaré a bajar.

—No voy a ninguna parte.

—¿Cómo? ¡Pero el capitán me matará si no os llevo con vuestro padre!

—Y si me ponéis una mano encima, me obligáis a subir a ese bote y me lleváis ante el gobernador, seré yo quien haga de vuestra vida un infierno, Tobias. Le diré que vos lo organizasteis todo, que en el último momento decidisteis traicionar a vuestros compañeros y que me tomasteis como rehén solo para garantizaros el indulto. Y os aseguro que me creerá, porque, diga lo que diga mi marido, soy una mentirosa excepcional.

El rostro del capitán Saint-Clair, herido y empapado a causa de la lluvia, reflejó el impacto que le habían provocado sus palabras.

—Siempre me disteis un poco de miedo —confesó—. Será mejor que busque un arma con la que intentar protegernos de la ira del capitán Anderson.

En ese momento, los hombres que habían tomado el Leviathan se lanzaron sobre los que permanecían en la Santa Ana con un rugido que presagiaba aniquilación, violencia, muerte.

La lluvia y la sangre vuelven las cubiertas resbaladizas.

Afianza cada paso.

No ataques enseguida.

Defiende tu posición y guarda fuerzas para más adelante.

Vigila tu espalda.

Presta atención a cada sonido.

Descubre cuál es su punto débil.

Y, sobre todo, no pienses en Wilhelmina.

No pienses en Wilhelmina.

Pero no era fácil hacerlo. Porque no podía evitar verla cada segundo lanzándose a los brazos de su hermano y dándole las gracias por haber acudido a rescatarlos. Por haberla salvado, cuando lo único que Nathan había hecho era ponerla en peligro.

—¿Listo? —preguntó Christopher a su lado.

Asintió con la cabeza y cruzó a la Santa Ana sin mirar atrás.

Las tripulaciones de ambas naves chocaron como dos ejércitos en plena contienda y pronto la noche se llenó de rugidos estremecedores, gritos de guerra, estallidos de bala y mandobles de espada.

Nathan se lanzó sobre su presa como una sombra negra, sin pronunciar un solo sonido, escuchando en sus oídos el latido acelerado de su propia sangre desplazándose rauda por las venas.

Redskin lo aguardaba bajo el castillo de popa con una sonrisa satisfecha en

los labios.

—El ángel vengador viene a cobrarse mi alma —se mofó.

—¿Qué alma, Redskin? Vos no tenéis ninguna.

Uno de los piratas se interpuso entre ellos. Sin pestañear siquiera, Nathan le clavó la espada en el abdomen y el hombre se desplomó muerto a sus pies.

—¡Eh! —protestó Christopher a su lado—. Estaba luchando contra él.

—Búscate a otro.

—Bien, pero pienso sumarlo a mi lista de víctimas. Estaba casi muerto cuando lo has ensartado.

—Dame un minuto para degollar a este malnacido y enseguida comprobaremos quién acaba con más miserables.

—Hecho.

Redskin arremetió con furia, ofendido porque lo hubiera menospreciado de aquella forma.

Pero ese era su plan, claro. Herirlo en su orgullo para que diera el primer paso, para que atacara cuanto antes, con toda la fuerza posible, y así poder contenerlo y descubrir dónde quedaba desprotegida su guardia.

Los hombres gruñían y aullaban como bestias a su alrededor.

Nathan detenía cada estocada de Redskin. Era hábil y rápido. Pero, sobre todo, era peligroso, porque carecía de escrúpulos y cada uno de sus golpes buscaba infligir el mayor daño posible. Su objetivo era encontrar los puntos que harían a un hombre clamar por su madre en medio del llanto. No pretendía acabar rápido, sino destruir a su presa, reducirla a un grito de desesperación y humillarla haciéndole pedir clemencia. Aunque el capitán del Leviathan no tuviera clemencia para nadie.

Alguien lo golpeó en el hombro herido y le hizo bajar la guardia. Redskin no desaprovechó la ocasión y le rozó el muslo izquierdo con su espada. Había conseguido desequilibrarlo y lo sabía. Sonrió satisfecho.

—¿Os estoy haciendo trabajar demasiado, capitán Anderson? ¿Necesitáis un descanso?

Se lanzó a por él de nuevo, sin permitirle recuperar el aliento. Pero Nathan lo estaba esperando; estaba preparado para repeler su acometida y, más aún, estaba listo para pasar a la ofensiva.

Extrajo una daga de su espalda y atacó a Redskin con dos armas. Se movió con rapidez. Como un felino. Cortó el brazo izquierdo, después el costado derecho. Acorraló a su rival contra el castillo de popa y lo desarmó con un

mandoble que cayó sobre él con la fuerza de una máquina de asedio.

Redskin sabía que iba a morir. Nathan pudo verlo en sus ojos. También pudo leer el miedo que sentía a lo que le aguardaría al otro lado.

—Solo el infierno —susurró.

Fue entonces cuando las naves corsarias hicieron su aparición.

Fue entonces cuando abrieron fuego contra la Santa Ana, disparando sus cañones e iniciando su ataque. Porque las órdenes del rey no incluían solo hacerse con el botín, sino eliminar a los testigos que pudieran dar cuenta de quién se escondía detrás del robo.

La explosión envió a Nathan lejos de su víctima. Lo golpeó contra uno de los palos y lo dejó sin aliento.

La pólvora le quemaba los ojos, el ruido de la lucha se había reducido a un agudo chillido similar al de un ave cuando emprende un vuelo en picado. Había hombres muertos a su alrededor, y, bajo su cuerpo dolorido, la nave se estremecía con cada nuevo impacto de las balas de cañón.

Wilhelmina.

Ella no estaba en la Santa Ana, pero tenía que encontrarla, ponerla a salvo. Asegurarse de que el fuego que comenzaba a consumirlo todo no la alcanzara.

No podía abrir el ojo izquierdo y la sangre corría por su mejilla. Alzó el rostro hacia la lluvia y vio una sombra cerniéndose sobre él.

—Salud de mi parte a vuestro querido perro cuando os reencontréis en el infierno.

Nathan no sabía dónde estaba su espada. No tenía armas. Pero vio resplandecer la hoja de la de Redskin cuando se elevó para descender con furia certera sobre su pecho.

Antes de que alcanzara su objetivo, su mano rozó un trozo de madera astillada. Lo enarboló como una pica y a continuación lo clavó en el corazón de Redskin.

Oyó cómo su cuerpo se derrumbaba exánime sobre la cubierta de la Santa Ana. Trató de ponerse en pie. Debía encontrar a Wilhelmina. Pero cuando levantó la vista hacia el cielo nocturno, vio la arboladura del trinquete precipitarse al vacío. Directamente sobre él.

Y no pudo hacer nada para evitar quedar atrapado debajo.

Ni siquiera oyó el grito que brotó de su garganta. Solo podía escuchar el ruido de los cañones disparando, de los hombres aullando, de los barcos fragmentándose bajo el asalto impenitente de las dos naves corsarias.

—¡Tenemos que saltar! —gritó Tobias.

Pero ella no podía simplemente abandonar el averno que se erigía a su alrededor. No cuando Nathan estaba herido y atrapado bajo un amasijo de palos, cabos y velas en la Santa Ana.

Una quinta embarcación se sumó a la liza.

Desde el barco de su padre, Blackpool dirigía el ataque a la nave corsaria que disparaba contra el Leviathan, obligándola a cambiar su objetivo. Pero nadie protegía la Santa Ana, nadie se interponía entre Nathan y una muerte segura.

—Vamos a rendirnos —dijo.

—¿De qué estáis hablando?

Arrastró a Tobias hasta la amura de estribor, donde se habían colocado las pasarelas. Los hombres lo habían hecho parecer fácil, cruzando de una nave a otra por aquellas inestables tablas de madera. Sin embargo, los barcos corcoveaban, se mecían movidos por el viento y la lluvia, y temblaban cuando la pólvora explosionaba.

Sin atreverse a examinar las profundidades oscuras del mar al que se precipitaría si la tabla no aguantaba, se volvió hacia Tobias y lo obligó a cruzar.

—¡No!

Pero ella no podía aceptar una negativa por respuesta.

—Se lo debes. A él.

Tobias aceptó su destino y pasó corriendo de una nave a otra. Wilhelmina lo imitó. Y, sorteando el fuego que comenzaba a consumir la Santa Ana y a los piratas que, despavoridos, se apresuraban a saltar por la borda y a abandonar aquella masacre, ambos se dirigieron al lugar donde Nathan permanecía atrapado.

Christopher y varios de sus hombres trataban de hacer palanca para liberarlo mientras él gritaba de dolor.

—Ayúdalos —le ordenó a Tobias.

—No... —sonó la voz de Nathan—. No.

Ella se acercó hasta que pudo contemplar su rostro ensangrentado y sus ojos preñados de terror al verla allí.

No podía tocarlo. Pero se arrodilló y tomó del suelo un trozo de vela desgarrada.

—Todo va a salir bien —le prometió.

—¡Wilhelmina, no!

Mientras el grito de Nathan se alzaba por encima del fragor de la batalla, se

dirigió hacia la tabla de jarcia del mástil. Una vez allí, se recogió la falda entre las piernas, igual que hacía siempre que se empeñaba en trepar a los árboles tras el servicio dominical. Después amarró el trozo de vela alrededor de su cintura, se deshizo de los zapatos y lanzó un vistazo a la cofa.

Ahí era donde debía hacer ondear su bandera blanca.

Se aupó hasta la primera cuerda y comenzó a escalar por los obenques. Las palmas le quemaban, el viento le revolvía el pelo en la cara, el agua de la lluvia hacía pesada su ropa.

Pero tenía que llegar arriba.

Cuanto antes.

Por Nathan.

Su mirada se desvió hacia el vacío, donde Christopher y sus hombres trataban de liberarlo cercados por las llamas. El castillo de popa hizo explosión; ella perdió pie y tuvo que aferrarse a las cuerdas con fuerza para no caer.

Su nombre surgió de nuevo de las entrañas de la Santa Ana. Como un lamento. Como el grito agónico de quien se niega a morir sin luchar.

Continuó el ascenso. La cofa cada vez estaba más cerca. Solo un poco más.

Y de pronto ahí estaba. En el reino del vigía, tan cerca del cielo que incluso podría haber tocado las nubes con los dedos.

Soltó la vela y anudó sus extremos a las cuerdas que sostenían la enseña española de la Santa Ana. Su bandera blanca ondeó en lo alto, sacudida por el viento, clamando rendición.

La nave corsaria debía detener su embate.

El fuego debía cesar.

Nathan podría escapar.

Pero no era ese el final que le aguardaba a aquella historia.

Una nueva bala de cañón explotó a sus pies. Sintió un crujido y después la cofa comenzó a ladearse.

Desesperada, Wilhelmina se agarró a la bandera, pero no pudo evitar que su mayor temor se hiciera realidad.

El mástil se inclinó sobre su eje, los nudos de la vela se aflojaron y pronto se encontró cayendo al vacío. Fueron solo unos segundos, pero a ella le parecieron una eternidad.

Al fin colisionó contra el agua, que no la acogió como un mullido colchón de plumas, sino como un lecho de rocas. El aire escapó de sus pulmones y dejó tan solo un fuego abrasador en su interior.

Sumergida en una densa oscuridad, percibió una luz más arriba, en la superficie. Hacía allí debía dirigirse. Pero el vestido pesaba, sus piernas pesaban, sus brazos pesaban.

Y el agua la aplastaba contra el fondo.

Mientras se hundía, vio cientos, quizá miles de perlas precipitarse sobre ella y rodearla por completo como pequeñas burbujas marinas.

El tesoro se perdía. Nadie lo recuperaría jamás de las profundidades del océano.

También vio una sombra cubrir la luz a la que debía dirigirse y abalanzarse como un demonio sobre ella.

Aquello era el fin.

El fuego se expandió en su interior, arrasándolo todo. El mar aprisionó sus piernas y tiró de ella hacia el fondo.

El rostro de Nathan apareció en su mente, sonriendo, mientras una calma blanca la envolvía por completo.

Y ya no vio nada más.

Capítulo 29

El señor Benedict Fitzgerald Merrybowe-Howe ansiaba una peluca espectacular. Lo bastante alta como para aumentar en varias pulgadas su reducida estatura y lo bastante elaborada como para poner de manifiesto su prominente rango social.

Y en todo el Caribe solo había un lugar donde conseguir un producto a la altura de sus deseos: el establecimiento del señor Jeremiah Worthington, en Spanish Town.

Worthington's ofrecía pelucas de todas las clases para las damas y los caballeros. Y albergaba también la joya de la corona, la reina de las pelucas. Una que el mismísimo soberano francés habría codiciado para sí. De un blanco tan puro como solo podía verse en la nieve que coronaba perpetuamente las cimas más elevadas del mundo, y tan alta que podría convertir en un gigante a su portador.

Reposaba sobre un portapelucas de brillante caoba, exhibida sola en un mostrador situado junto al ventanal que servía de escaparate. Y era como si el sol la iluminara únicamente a ella.

Su madre siempre decía que esa obsesión por las pelucas era poco masculina, pero Benedict debía poseerla. Durante el último año sus negocios habían crecido como la espuma de mar, y se merecía una recompensa. Iba a comprarla. A cualquier precio. De inmediato.

—¿Ha oído que pronto tendremos un nuevo gobernador? —preguntó el señor Worthington—. Al parecer, el nombramiento ya se ha realizado, y Nightingale está preparando su regreso a Inglaterra. Tras lo sucedido con su hija hace un año, seguro que está deseando abandonar el Caribe.

Benedict había oído los rumores. Y su madre se había sentido aliviada de que un matrimonio con la hija del gobernador fuera imposible. Pero ella nunca había entendido lo ventajoso que podría haber resultado dicho casamiento. Porque

tener de aliado al gobernador suponía contar con la protección del capitán Anderson, lo cual era garantía de seguridad para cualquier negocio.

En fin. Al menos aquel hombre había reducido el número de piratas a una cantidad risible y muy tolerable. Benedict, por su parte, buscaría otra esposa que pudiera reportarle algún beneficio.

Pero, en ese momento, su único interés se centraba en la peluca.

Dio un paso hacia delante y las yemas de sus dedos cosquillearon ante la perspectiva de posarse sobre ella. Pero una figura se cruzó en su camino y le robó ante las narices su preciado tesoro.

—Me llevo esta —le dijo el nuevo cliente al señor Worthington.

No.

No. No.

No. No. No.

Su competidor era un hombre alto, bastante más alto que él, e iba impecablemente vestido con un traje de tres piezas, todas del mismo tono granate. Sostenía un bastón en su mano izquierda y lucía una peluca exquisita de un asombroso tono rojizo. Casi agranatado. A juego con el resto de su atuendo.

—Enseguida os la preparo, caballero.

—Os ofrezco el doble de su precio —barbotó Benedict, entrando en la liza.

El hombre de granate se volvió hacia él con una sonrisa en la boca.

—¿Pretendéis disputármela?

—Yo la he visto primero.

—Lo dudo mucho, puesto que yo ya estaba en la tienda cuando vos habéis llegado.

—Triplicaré su valor, señor Worthington. —Benedict no estaba dispuesto a rendirse.

—Yo os daré cuatro veces más. Ya tengo el traje con el que pienso lucirla. No voy a salir de este establecimiento sin esa peluca.

—Tendréis que pasar por encima de mi cadáver para conseguirla.

Quizá se estaba extralimitando en sus ansias por conseguir aquel adorno para su insigne cabeza.

—Eso se puede arreglar.

Su adversario avanzó en su dirección, alzó su bastón y tiró del mango para extraer una espada fina, de apariencia endeble pero, con seguridad, lo suficientemente afilada como para rebanarle el pescuezo.

Benedict empezó a sudar, sobre todo bajo la elaborada peluca que se había

puesto aquella mañana, y se cuestionó si de verdad necesitaba aumentar su ya de por sí extensa colección.

—¿De verdad vais a matar a un hombre por una mata de pelo, capitán Grant? Benedict se volvió hacia la entrada de la tienda.

El demonio que oscurecía el vano era la personificación de todas sus pesadillas. Alto, fuerte y envuelto en un halo de maldad. Vestía de negro de la cabeza a los pies, lucía una larga —y natural— melena morena y llevaba un parche de cuero cubriendo su ojo izquierdo.

Definitivamente, había tomado la decisión equivocada al elegir visitar esa mañana al señor Worthington.

Por fortuna, la espada del capitán Theodore Grant se desvió de su garganta y apuntó al recién llegado.

—Mi madre siempre vaticinó que esta obsesión por mi apariencia me conduciría al desastre —concedió el pirata—. Y, al parecer, no se ha equivocado. Habéis tardado en dar conmigo, capitán Blackhawk. Quiero decir, capitán Anderson. He oído que habéis estado buscándome por todo el Caribe.

El cazapiratas se adentró en el establecimiento.

—Mi dominio es el mar —dijo—. Resulta complicado dar con un hombre que se esconde en tierra como una alimaña. Y, puesto que carecáis de barco con el que perturbar la tranquilidad de mis aguas, no me parecisteis una prioridad. Tenía suficiente con dar caza al resto de vuestros compañeros de la alianza.

Las historias habían corrido como fuego sobre un camino de pólvora. La huida de Aarhus del fuerte Charles. Las muertes de Balthazar Redskin y de los hermanos Jones. Un plan para cazar a los últimos grandes piratas y la hija del Gobernador de Hierro en el centro de todo.

Durante el último año el capitán Anderson había apresado a casi todos los miembros de esa mítica alianza que seguían con vida. Y, al parecer, estaba a punto de capturar al único que todavía continuaba en libertad.

—Entregaos, Grant. Mis hombres vigilan ambas puertas. No tenéis escapatoria.

—No puedo hacer eso, capitán Anderson. No ahora que tengo un barco nuevo. Veréis, es casi tan hermoso como el que vos hicisteis volar por los aires en altamar, y se merece un capitán que lo iguale en gallardía durante el viaje inaugural. Por eso necesito esta peluca.

—Me encargaré de que os la pongan cuando visitéis al verdugo.

Benedict nunca supo después qué fue lo impulsó a abalanzarse sobre ella.

Quizá la idea de que aquel pirata fuera a malgastarla cuando era obvio que le quedaba tan poco de vida.

El caso es que trató de arrebatársela, pero el capitán Anderson pareció leer sus intenciones y vio lo que él no había visto. Que, al hacerlo, se precipitaría también sobre la espada del capitán Grant y acabaría ensartado en ella.

Se movió para salvarlo de su propia estupidez, pero Benedict tropezó y, tras hacerse con la peluca, terminó tirado en el suelo aplastando al capitán Anderson.

Fueron solo unos segundos. Suficientes para que el pirata tomara como rehén al señor Worthington y presionara el filo de su delgada espada contra su gástrico.

—Tenéis la fea costumbre de escudaros detrás de otros, Grant —dijo el capitán Anderson poniéndose en pie y apartando a Benedict sin demasiadas ceremonias.

—Tengo mi vida en demasiada estima como para arriesgarme a perderla. Y ahora, retroceded. El señor Worthington y yo vamos a subir las escaleras y a escapar por el tejado.

—Sabéis que en cuanto pongáis un pie en la cubierta de un barco os atraparé. No podréis huir de mí.

—Eso lo veremos, capitán. —Volvió su atención hacia Benedict—. Si sois tan amable, caballero, lanzadle la peluca al señor Worthington.

El aludido apretó contra su pecho la mata de pelo blanco, negándose a obedecer. Pero el iris turquesa del capitán Anderson se clavó en su cara como una bala en su entrecejo, y no tuvo más remedio que renunciar a ella.

—Gracias. Seguro que encontraréis otra que pueda servir. Al fin y al cabo, el señor Worthington posee la mejor colección a este lado del océano.

El capitán Grant subió las escaleras y desapareció en el piso de arriba.

—¿Dejaréis que escape?! —Benedict no podía creerlo. Aquel pirata debía ser apresado. Urgentemente. Él debía recuperar su anhelada peluca.

El capitán Anderson aferró su chaleco con un puño y elevó a Benedict en el aire hasta que las puntas de sus pies perdieron el contacto con el suelo.

—Habéis facilitado la huida a un prófugo de la justicia. ¿Sabéis cuál es el castigo por semejante crimen?

—Pero... Yo solo quería... No era mi intención...

—Os enfrentáis a cargos que se pagan con la muerte.

—¡No! Ha sido un accidente. ¡Conozco al gobernador Nightingale! ¡Él intercederá por mí! ¡Estuve a punto de desposar a su hija!

El puño se cerró más aún y la distancia que lo separaba del suelo aumentó. El

capitán Anderson lo miró con la cabeza levemente ladeada.

—¿De veras?

—Sí. Wihelmina y yo...

—Pronunciad su nombre de nuevo y perderéis la lengua justo antes de perder la vida.

Benedict cerró la boca y evaluó la veracidad de aquella amenaza. Nadie pondría en duda que haría justo lo que acababa de decir. Y él no quería perder la lengua, o la vida, por una estúpida peluca. Por muy majestuosa que esta fuera o por muy alto que lo hiciera parecer cuando la llevara puesta o por...

Lo soltó de pronto y, al instante, se encontró tirado en el suelo.

—Rezad para que nuestros caminos no vuelvan a encontrarse.

El capitán Anderson abandonó la tienda sin mirar atrás.

Benedict rezaría, sí. Para no tener que volver a estar en la misma habitación que el cazapiratas. Para no tener que volver a enfrentarse a un hombre sin alma, tan oscuro como el pecado y tan destructivo como el mismísimo Lucifer.

Y rezaría para que diera caza cuanto antes al capitán Grant.

Si él no podía disfrutar de aquella peluca, sería un consuelo saber que el pirata tampoco lo haría durante mucho tiempo.

No recordaba la última vez que había dormido una noche entera.

Desde hacía meses las pesadillas plagaban sus sueños y se despertaba en plena oscuridad empapado en sudor. Después el insomnio se le unía hasta el amanecer.

Había fuego en ellas. Y lluvia. Un peso enorme que le impedía respirar. Una bandera blanca ondeando al viento y una sombra precipitándose al vacío.

Había perlas y un mar oscuro como la noche y un cuerpo inerte entre sus brazos.

Había gritos y terror y muerte.

Y un vacío tan hondo que le robaba la respiración.

Nathan se levantó de la cama y se colocó el parche que lo acompañaba cada día de su vida. Hubo un tiempo en que fue parte de su disfraz; ahora era un recordatorio de todo cuanto había perdido.

Vestido únicamente con unas calzas negras, abandonó su habitación, cruzó el patio del fuerte Montego y se adentró en la sala donde se realizaba el seguimiento de las operaciones.

En el interior, sentados a la gran mesa de caoba, tres hombres dejaron de hablar en cuanto lo vieron aparecer.

—¿Qué hacéis todos aquí?

—Jugar a las cartas. —Blackpool chupó su pipa y lanzó al aire una voluta de humo.

—¿Y puedo saber dónde están esas cartas?

La mesa estaba limpia. Ni siquiera se veía sobre ella uno de los muchos mapas que habitualmente cubrían su reluciente superficie.

—Saint-Clair se ha cabreado porque ha perdido hasta la camisa y las ha lanzado al fuego.

—Mi suerte ya no es la que era —aseguró el antiguo pirata.

Desde que había decidido cambiar de bando y formar parte de la tripulación del capitán Anderson, su buena fortuna había desaparecido. Los mayores desastres se producían sin remedio en torno a él. Con Saint-Clair involucrado, si algo podía salir mal, terminaba saliendo rematadamente mal.

—El fuego está apagado.

—Lógico —dijo Blackpool—. Hace demasiado calor para encender la chimenea.

Nathan echó un vistazo al hombre que presidía la mesa.

—¿Qué está pasando, Jack?

Su contramaestre lo atravesó con la mirada antes de responder.

—Estamos preocupados por ti.

Aquella conversación de nuevo. Como si no tuviera suficiente con la incesante cháchara de Blackpool, quien durante los últimos doce meses había estado a punto de volverlo loco en incontables ocasiones.

—¿Tú también?

Hasta el momento, Jack se había mantenido al margen. Mientras había permanecido postrado en cama, recuperándose de la herida de bala que podría haberle costado la vida, su amigo no había abierto la boca ni una sola vez para cuestionar las decisiones que Nathan había tomado. Entonces o ahora.

—No me gusta decirle a la gente lo que debería hacer.

—A mí sí —intervino Blackpool—. Tienes que superarlo.

Así de fácil. Como si pudiera olvidar lo que había pasado. Las consecuencias de sus actos.

—Claro, Blackpool. Superarlo. Ahora mismo. Hecho.

—Vamos, chico —insistió su maestro artillero—. Acabaste con Redskin. Y con los hermanos Jones. Has cazado al resto de los miembros de la alianza, a excepción de Grant, al que, por cierto, hemos localizado cerca de las Islas

Caimán. ¿Y qué si perdiste un barco y un ojo? Ella no...

—Ni se te ocurra mencionarla. Perdí mi barco y perdí mi ojo izquierdo. Castigo suficiente, ¿es eso lo que insinúas?

—Te estás torturando, Nathan —dijo Jack.

—¡Porque estuviste a punto de morir! —estalló—. ¡Y porque ella estuvo muerta en mis brazos! ¡Y todo para que yo pudiera recuperar mi maldita libertad!

—Cumplías con tu deber —aclaró Jack.

—No. Fui egoísta y lo sabes. El plan era una locura desde el principio. Arriesgado, casi imposible de alcanzar. Pero yo necesitaba poner fin a esta historia cuanto antes. Porque estaba cansado de darles caza uno a uno. De que surgieran otros, de que mi castigo nunca fuera a terminar. Y, para conseguirlo, puse en riesgo mi vida, la vuestra y la de ella. Y a punto estuve de perderlas todas.

—Pero estamos vivos y coleando, Nathan —terció Blackpool—. Y tú sigues castigándote. Lo que no parece entender es que tu decisión no ha beneficiado a nadie. Tú eres desgraciado, Jack y yo somos desgraciados, Saint-Clair es desgraciado, y te aseguro que ella también lo es.

—No pienso seguir escuchándoos.

—¡Maldita sea, Nathan, es tu esposa! ¡Prometiste estar a su lado hasta que la muerte os separase!

—También prometí que cuidaría de ella y la saqué del mar sin vida. Además, el proceso para anular nuestro matrimonio se inició el día en que el gobernador recibió la noticia de su destitución. Cuando regrese a Inglaterra, será libre para rehacer su vida.

Jack se puso en pie y lo contempló, decepcionado.

—No la estás liberando, Nathan. Os estás condenando a ambos. Siempre te he respetado, muchacho. Siempre me he sentido orgulloso de haber luchado a tu lado. Pero ahora me avergüenzo de ti. Nunca pensé que dejarías que el miedo controlara tu destino. Y no finjas que haces esto para mantenerla a salvo. Lo haces por ti. Porque, en el fondo, te aterra la idea de dejar esta vida y plantar cara a lo desconocido. Por eso has consentido que Grant escape. Es el último de tu lista, y prenderlo supondría poner punto y final a todo esto. ¿Y qué te quedaría entonces? Nada. Porque has alejado de ti a la única persona que podía ofrecértelo todo.

Se dirigió a la puerta, pero se giró antes de salir.

—Todos ansiamos ser libres, pero pocos son los que saben que la lucha no acaba cuando se consigue la libertad. Dime, muchacho, ¿qué sentido tiene ser el capitán de un barco fantasma que va a la deriva? ¿De qué sirve empuñar el timón si no tienes intención de bregar para conservar a tu lado aquello que amas?

Abandonó la sala sin mirar atrás.

Blackpool se levantó y le colocó una mano en el hombro.

—Yo no soy tan diestro como Jack con las palabras, pero te diré una cosa: eres idiota.

Y solo quedaron dos.

—¿Algo que añadir, señor Saint-Clair?

El antiguo pirata se acercó renqueante. La cojera de aquel hombre siempre lo hacía pensar en ella.

—No me gusta el mar —confesó Tobias—. Cada vez que me subo a un barco tardo tres días en acostumbrarme al balanceo y, cuando hay tormenta, no puedo evitar echar las tripas por la borda. Pero soy un buen capitán. Y hasta hace poco mi suerte era legendaria, lo cual me convertía en el hombre perfecto para ser pirata. Sin embargo, a menudo me pregunto cómo habría sido mi vida si me hubiera quedado en tierra. ¿Tendría un trabajo respetable? ¿Una familia? ¿Sería feliz? La duda puede carcomernos igual que los teredos la carena de un barco. No permitáis que os suceda lo mismo. No hundáis vuestra propia nave, capitán.

Cuando Saint-Clair abandonó el salón, Nathan tomó asiento en una de las sillas que rodeaban la mesa. Del bolsillo de sus calzas sacó la peineta con la que ella lo había atacado aquella noche en que sus caminos se cruzaron.

La llevaba siempre encima, aunque nunca se permitía reconstruir las imágenes que evocaba. Ni una sola vez en doce meses había dejado a su mente vagar por el pasado. Pero, entonces, acarició la superficie pulida, cerró los ojos y se entregó a los recuerdos.

Sus enormes ojos azules. Su sonrisa, tan abierta y sincera. Su valor, su fuerza, su talento como narradora. Su voz... El sonido exacto le resultaba tan esquivo, tan difícil de recrear que las ganas de volver a escucharlo de nuevo le abrieron un agujero en el pecho. La idea de no verla más se le hizo insoportable.

La extrañaba tanto...

Él sabía que Port Royal era su celda y, por eso, en el último año no había vuelto a poner un pie en aquella ciudad. Apenas si había abandonado el mar, y dirigía sus operaciones desde el fuerte de Bahía Montego. No podía arriesgarse a encontrarse con ella.

Había estado a punto de perderla. Y aquel terror todavía latía en su interior, horadándolo por dentro, debilitándolo poco a poco, día a día. No quería volver a sentirse tan impotente jamás.

Jack tenía razón.

Era un cobarde.

Regresó a su habitación y se tendió sobre la cama. Con los brazos enlazados tras la nuca y la vista fija en el techo, dejó que todos los recuerdos regresaran a él y emergieran ante sus ojos como si estuvieran sucediendo en aquel mismo instante.

Lo revivió todo.

Y mucho más tarde, con la imagen de Wilhelmina grabada a fuego en sus retinas, se quedó dormido.

—Más picante. Más picante. Mááás picante.

Wilhelmina levantó la vista del fuego y le envió una mirada reprobatoria al señor Finnegan, quien, sentado frente a ella en la cocina, animaba a Lucille a utilizar la nueva frase que le había enseñado.

—Mis más sinceras disculpas, señorita Nightingale —ofreció, contrito—, pero en mi defensa, y en la de mi dama, diré que el secreto de un buen guiso de anguila reside en la salsa. Y me temo que a la vuestra le falta...

—Más picante —concluyó Wilhelmina.

Tomó una cuchara de madera y la introdujo en la olla para comprobar el sabor. En efecto, necesitaba más guindilla, así que se apresuró a cortar un poco y añadirla a los trozos de pescado que se cocinaban a fuego lento desde hacía un rato.

—¿Deseáis probarla?

—No. El aroma que percibo me dice que esta podría ser una más que notable ejecución. Creo que incluso os habría valido el beneplácito de mi abuela, y os aseguro que no era una mujer fácil de complacer.

Como tampoco lo era el señor Finnegan en cuestiones culinarias. Wilhelmina conocía la especial predilección que sentía el secretario de su padre por aquel guiso en particular, y lo exigente que era a la hora de valorar las recetas que se empleaban para cocinarlo. Sin embargo, todavía no sabía muy bien cómo se había dejado embaucar para preparar uno capaz de traerle a la memoria los recuerdos de su niñez. Quizá porque la cocinera había afirmado que preferiría besar sapos antes que tocar uno de aquellos bichos asquerosos, y a ella se le había ablandado el corazón al ver la decepción en la cara del señor Finnegan,

que se había tomado la molestia de ir él mismo al mercado para conseguirlos.

—Ya está listo —aseguró Zacharias.

—Pero aún le falta...

—Hacedme caso. Apartadlo del fuego y dejadlo reposar. Pronto tendremos un exquisito manjar que llevarnos a la boca.

Wilhelmina no estaba convencida de querer probarlo. El aroma era interesante y la salsa le había quedado perfecta, pero, en general, el guiso no mostraba un aspecto demasiado apetitoso.

Cuando hubo reposado lo suficiente, sirvió una buena cantidad en un plato y lo puso frente al señor Finnegan, cuyos ojos aparecían brillantes de excitación.

—Eso son los desperdicios de un barco de pesca.

Zacharias alzó la vista y se encontró cara a cara con su empleador.

—No es la primera vez que oigo tal comparación, pero puedo aseguraros, señor, que os equivocáis. De cualquier forma, no saben como si lo fueran. Vuestra hija ha preparado uno de los mejores platos de anguila en salsa que he tenido el placer de probar.

Wilhelmina sonrió, encantada con el cumplido que acababa de recibir.

—Deberíais probarlo y honrar así el talento de la cocinera.

El gobernador Nightingale miró a su hija y después a su secretario. A continuación, y para sorpresa de todos, pidió una cuchara, la hundió en el plato de Zacharias y se la llevó a la boca.

—Reconozco que está delicioso.

Acicateada por el gesto del gobernador, Lucille hundió su pico en la comida, como si deseara catarla también.

—Más picante —barbotó.

—No, señorita, no. Está perfecto. Y antes de que venga alguien más y quiera comprobarlo, me voy a comerlo a otra parte.

El señor Finnegan se llevó su plato de anguila lejos de estómagos codiciosos mientras Lucille revoloteaba a su lado tratando de picotear el guiso.

—¿Has terminado de organizar el equipaje? —Su padre ocupó el lugar que había dejado vacante Zacharias.

—Sí. Todo está listo. No puedo creer que mañana, al fin, dejemos esta fortaleza atrás.

—¿Tan duro ha sido? ¿Vivir entre estos muros? ¿Conmigo?

—No, yo...

El gobernador se miró las manos y entrelazó los dedos.

—Desde que presenté mi renuncia, he estado pensando mucho en el pasado. En todo cuanto he hecho a lo largo de mi vida; también en lo que no he hecho. Pero, sobre todo, he pensado en ti, Wilhelmina, en cómo me he comportado conmigo.

—Ya me pediste perdón, padre, y yo acepté tus disculpas.

Era cierto. Su conversación había sido difícil, pero ambos habían alcanzado un entendimiento.

—No me refiero a eso. Te engañé y te coloqué en una situación en la que estuviste a punto de perder la vida, y me arrepentiré de ello durante el resto de mis días. Pero, por desgracia, ese no ha sido mi único error.

—Todos nos equivocamos.

Wilhelmina contempló los ojos de su padre e intuyó en ellos un pesar que resonó como un eco en su propio corazón.

—Lo único que siempre he querido es que estuvieras a salvo —confesó—. Que nada malo te sucediera y que frente a ti se extendiera un futuro libre de adversidades. Pero me doy cuenta de que, para conseguirlo, te encerré en una jaula de cristal.

El gobernador se puso en pie y se acercó al ventanal por el que se colaba el sol del mediodía.

—Me recuerdas tanto a tu madre... Ella también poseía un fuego interior que la impulsaba a buscar más allá de los límites conocidos. Fue lo que me enamoró de ella y, más tarde, la razón de mis desvelos. Nunca estuve seguro de que su vida a mi lado fuera suficiente.

—Padre...

Se volvió con la verdad impresa en el rostro.

—Creo que fue feliz en nuestro matrimonio. Creo que sus sueños maduraron y que su espíritu encontró otras formas de volar libre. Por eso insistía tanto en que formaras una familia. No quería que sintieras que vivías en un mundo que no te aceptaba, que no era lo bastante amplio para contenerte. Y temía que tu forma de enfrentarte a él te causara sufrimiento. Por desgracia, este mundo no está hecho para los rebeldes, hija. Pero me equivoqué al tratar de cambiarte. Debería haber intentado cambiar el mundo. Porque nunca he estado tan orgulloso de nadie como lo estoy de ti.

Wilhelmina no sabía cómo manejar el nudo que le atenazaba la garganta ni las lágrimas que le ardían en los ojos. Menos aún cuando su padre tomó uno de los cocos que reposaban sobre la mesa de madera e imágenes de lo que parecía

otra vida muy lejana e irrecuperable asaltaron su mente sin previo aviso.

—Tengo los papeles —dijo el gobernador, cambiando de tema.

Wilhelmina se lo agradeció en silencio.

—Bien. Entonces todo está listo.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas hacer?

—Sí. Ha llegado la hora de empezar una nueva vida. Nadie mejor que yo sabe que toda historia necesita un final. Aunque no sea el que deseábamos encontrar cuando la empezamos. Aunque se trate de uno que nos partirá el corazón.

El gobernador asintió en silencio y volvió a sentarse en la silla.

—¿Puedes servirme un poco de ese guiso de anguila? Estaba realmente bueno, y las confesiones emotivas siempre me abren el apetito.

Wilhelmina sonrió y se inclinó para depositar un beso en la frente de aquel hombre con el que siempre podría contar.

—Mamá te quería y yo también.

A continuación, le llenó un plato hasta el borde. Mientras lo observaba comer, su vista vagó por la cocina y su memoria se sumergió en los recuerdos. Sobre todo, en aquellos que había acumulado durante el último año, cuando el mundo le había parecido un lugar inhóspito y terrible después de haber conocido una versión del mismo en la que podría haber sido inmensamente feliz.

Ya no le quedaba ni siquiera la esperanza. Se había resignado a lo inevitable. Y solo podía desear que el futuro fuera clemente y le tuviera reservada una segunda oportunidad.

Capítulo 30

—Si navegamos más despacio, nos quedaremos varados.

Las palabras de Blackpool, pronunciadas nada más subir a cubierta desde la sala de cañones, no sentaron bien a nadie.

Ni a Patrick, que empuñaba el timón en ese momento. Ni a su padre, el señor Maguire, que le daba instrucciones. Ni a Jack, que gritaba órdenes a los gavieros para aprovechar el viento de popa. Ni al señor Saint-Clair, que trataba de desenmarañar el lío que había organizado con uno de los obenques del mástil. Ni tampoco al capitán Anderson, que en ese momento echaba de menos la velocidad que era capaz de alcanzar el Odyssey.

El Inglorious no podía compararse a su barco perdido. Era una fragata de mayores dimensiones, líneas menos esbeltas y más peso. Por mucho que los hombres se esmeraran, jamás sería tan veloz como el Odyssey, y aunque no era cierto que llegaran a quedarse varados, quizá no conseguirían abordar la nueva nave del capitán Grant.

Y Nathan necesitaba capturarla. Esta vez sí. Debía tachar el último nombre de su lista, finiquitar su deuda y arrastrarse ante Wilhelmina suplicando que lo perdonara por haberla abandonado.

Ojalá no fuera demasiado tarde.

Por desgracia, Grant siempre había sido aficionado a las embarcaciones rápidas, muy rápidas, y les llevaba mucha ventaja. Hacía horas que lo perseguían y, aunque habían acortado distancias, la luz comenzaba a menguar. Si no lo atrapaban antes de que cayera la noche, lo perderían de nuevo.

Y Nathan necesitaba volver junto a Wilhelmina. Ya.

—¡Tenemos compañía, capitán! —gritó el vigía—. ¡A poniente! ¡Nave sin identificar!

Nathan sacó su catalejo y lo enfocó hacia el lugar que señalaba el señor Peabody. Todavía estaba lejos, pero era un barco ligero, no un galeón ni un navío

de línea. E iba directo hacia Grant.

—¿Es rápido? —preguntó Jack a su lado.

—Más que nosotros, seguro —respondió Blackpool.

Lo era. Rápido. Mucho más que el Inglorious. Casi tanto como lo había sido el Odyssey. Y, además, también le resultaba conocido.

Mantuvo la vista fija en la nueva embarcación, esperando a que se acercara. A que la imagen reflejada en su catalejo se tornara más nítida. Mientras tanto, en su interior la sospecha iba convirtiéndose en certeza.

Entonces lo vio claro. Ni siquiera hizo falta que la nave desplegara su bandera negra.

—Es el Valhalla —dijo.

Su barco había perecido en aquella tempestad de hacía un año, pero el de Christopher pudo ser salvado. Y su hermano se había empeñado en repararlo. Los trabajos habían llevado meses, pero, al parecer, habían concluido. Y, a juzgar por la velocidad con la que acechaba a la nave de Grant, el Valhalla no solo había resucitado, sino que lo había hecho en condiciones mejoradas.

—¿Tu hermano va a abordar a Grant? —Jack parecía confuso.

—Nosotros, desde luego, no vamos a hacerlo en esta tortuga —declaró Blackpool.

Eso era justo lo que parecía que iba a suceder. Ellos no podrían alcanzar al barco pirata. Pero Christopher sí.

No entendía por qué su hermano hacía aquello, pero le resultaba indiferente. Tanto si era él quien apresaba a Grant como si no, lo único importante era que podría poner fin a esa parte de su vida y empezar un nuevo capítulo.

—¿Por qué no vuelves junto a tus cañones, Blackpool, y te aseguras de que están listos si necesitamos abrir fuego?

—Mis cañones están dispuestos y relucientes. No voy a perderme el espectáculo.

—Entonces cierra la boca.

Desde el castillo de proa contemplaron cómo el Valhalla interceptaba a la otra nave, cruzándose en su trayectoria, obligándola a maniobrar para evitar una colisión y exponiendo el costado a su enemigo. Solo hicieron falta un par de disparos de advertencia para que Grant se rindiera y comenzara a prepararse para ser abordado.

—Nos hemos perdido toda la acción por ir montados sobre un caracol —gimoteó Blackpool.

A Nathan le traía sin cuidado. Lo único que le preocupaba era el precio que Christopher pediría por su prisionero. Si su hermano decidía jugársela en aquel momento...

—¡Recoged trapo! ¡Preparaos para echar el ancla! —ordenó a sus hombres.

Se colocaron paralelos al Valhalla, a distancia suficiente para permitir el abordaje, y enseguida detectó a su hermano en la cubierta junto a Theodore Grant.

—¡Eh, Nate! ¡Gracias por honrarnos al fin con tu presencia! Hemos tenido tiempo de tomar el té mientras esperábamos a que llegaras hasta aquí.

Nathan no iba a cambiar de nave, porque tal vez tendría que usar la potencia de fuego del Inglorious para recuperar a su presa.

—No deberías hablarle así a un hombre que comanda un barco con cien cañones.

—¡Y que cuenta con el mejor maestro artillero de todo el Caribe! —añadió Blackpool.

—Ya. Resulta que yo también tengo a bordo tiradores con una gran puntería.

—¿Qué estás haciendo, Christopher?

—¿No es obvio? ¡He cazado al bueno de Theodore Grant!

—¿Y qué quieres por él?

Christopher pareció dolido.

—¿Aparte de su barco y la recompensa que ofrecen por su cabeza?

—No es tanto dinero como crees...

—¿Disculpad? —intervino Grant, ofendido. Llevaba un traje de tres piezas del color de la espuma de mar y lucía la enorme peluca blanca que había robado en la tienda del señor Worthington—. ¡Soy el gran Theodore Grant! ¡La recompensa por mi cabeza es espectacular!

—Ni siquiera estoy seguro de que quieran colgarlo —explicó Nathan—. Sus crímenes no son lo bastante... abyectos.

—Oh, Theodore —se lamentó Christopher—. No has sido un chico suficientemente malo.

—¡Sin duda mi destino es el patíbulo! —gritó Grant.

—Si os mostráis arrepentido, quizá incluso os ganéis un indulto.

—¡Capitán Anderson, sois... sois...!

—Nathan es imbécil.

Aquella voz...

Nathan barrió la arboladura del Valhalla, desesperado por encontrar a la

dueña.

La encontró junto al trinquete, aferrada a la tabla de jarcia. Observando la escena desde las alturas, ajena a cualquier peligro, lista para atacar con su agudeza verbal.

Lucille.

El loro que Jack había adoptado para hacer más creíble su disfraz de pirata y que Wilhelmina había conservado tras el desastre de la Santa Ana.

Ella nunca le habría regalado el loro a Christopher.

—Billie... —susurró Blackpool a su lado.

Inspeccionó la cubierta, buscando a otra fémina en esta ocasión. La sangre pulsaba impaciente en sus oídos, y las ganas de volver a verla aceleraron los latidos de su corazón hasta el punto de sentir que iba a estallar en el pecho.

—¿Dónde está? —le preguntó a Christopher.

Pero su hermano no respondió.

—¿Os referís a mí? —Wilhelmina se materializó en lo alto del castillo de popa y descendió las escaleras que la conducían a la cubierta inferior.

En aquel instante Nathan supo lo que se sentía al estar muerto. Porque su corazón se detuvo en cuanto oyó aquella voz, esa que cada vez le resultaba más difícil conjurar. Contuvo el aliento mientras observaba cómo ella se aproximaba a Christopher.

—¡Colocad la pasarela, señores! La señorita Nightingale va a cambiar de barco.

Gracias a los cielos.

Se había alejado de ella sin mirar atrás, y ahora lo único que deseaba era tenerla cerca y nunca dejarla escapar. No la había visto en doce meses y se preguntaba cómo diablos lo había conseguido. Porque, ahora que la tenía frente a él, sabía que no podría vivir ni una sola hora más sin ella.

Wilhelmina cruzó con paso firme, sosteniendo un rollo de documentos en la mano derecha. Su pelo rubio y su vestido azul ondearon con la suave brisa que soplaba desde poniente. Aunque sus ojos no lo abandonaron ni un solo segundo, Nathan fue incapaz de descifrar la expresión de su rostro.

Ella siempre había sido transparente para él. Sin embargo, en ese momento parecía haber aprendido cómo esconderle todos sus secretos.

Blackpool la ayudó a poner el pie en cubierta y la alzó en brazos, haciéndola girar en el aire.

—Os he extrañado mucho, Billie.

—No tanto como yo a vos, Moses.

Y, por esas simples palabras, Nathan deseó lanzar a su maestro artillero al fondo del mar.

—Vengo a traeros estos documentos, capitán Anderson.

Le tendió el rollo que portaba y él tuvo que dar varios pasos para cogerlo. Ahora podía ver cada uno de sus rasgos. El rubor de sus mejillas, el brillo de sus ojos, el carmín de sus labios. Casi podía olerla.

—¿Qué es esto?

—Leedlos y lo sabréis.

Nathan desplegó los documentos. Tres pliegos de papel, todos firmados por el gobernador Nightingale. Uno contenía su carta de libertad, donde se le felicitaba por sus servicios y se le licenciaba con honores de la Armada Real. Otro contenía indultos para su padre y su hermano. Y el tercero...

—Esto es una patente de corso para el Valhalla.

—¡¿Cómo?! —gritó Christopher desde su barco—. ¡Ni hablar! ¡No pienso convertirme en un maldito corsario! ¡Prefiero retirarme a una isla desierta y pasar el resto de mis días emborrachándome al sol antes que robar para Su Desgraciada Majestad!

—Sois libre, capitán Anderson —sentenció Wilhelmina, y se volvió para abandonar su barco.

Para abandonar su vida.

—¡Espera!

—¿Más? He pasado los últimos doce meses de mi vida esperándote, Nathan. Esperando que vinieras a verme. Esperando que te dieras cuenta de que tu decisión era un error. Esperando que capturaras a todos los piratas de tu lista. ¡Cielos, incluso he dado caza al último para que pudieras ser libre al fin y he tenido que esperar a que llegaras a reclamarlo!

—Eso no ha sido culpa del muchacho, Billie —lo defendió Blackpool—. Esta nave es más lenta que un galeón cargado hasta arriba de oro español.

—Blackpool —intervino Jack—, cierra la maldita boca.

—No puedo esperarte eternamente, Nathan. Porque hay cosas que deseo hacer en esta vida, sueños que deseo cumplir. Puede que no incluyan grandes aventuras ni grandes tesoros, pero sé que merecerán la pena. Pensé que tú querrías compartirlos conmigo. Y que, si te daba tiempo, te darías cuenta de que viajar a mi lado sería mucho más emocionante que seguir tu camino solo. Pero supongo que me equivocaba. Ese es mi regalo de despedida. Le pedí a tu

hermano que me ayudara a atrapar a Grant, y a mi padre que firmara esos papeles. Te entrego tu libertad, Nathan. Espero de corazón que disfrutes de ella.

—Te olvidas de que eres mi esposa.

—Solo por unos días más. Los documentos de la anulación aún no estaban listos cuando zarpamos.

—Debe de ser porque le pedí a mi procurador que detuviera el proceso.

Cuando lo miró, por fin Nathan vio un atisbo de la Wilhelmina que él conocía. Su rostro ya no era una máscara indescifrable. De pronto le ofrecía algo que podía interpretar. En sus ojos había sorpresa. Pero, sobre todo, una frágil aunque sincera esperanza.

—¿Cómo dices?

—Deberías atarme al mástil y fustigarme con un gato de nueve colas por lo que te he hecho.

—¡Cielos, Nate! —gritó Christopher—. ¡No estropees este momento con sangre!

—No quiero hacerte daño —reconoció Wilhelmina.

—Y yo no quiero mi libertad si el precio es pasar el resto de mi vida lejos de ti. Lo siento, Billie. No tienes idea de cuánto lamento haber sido un cobarde. Pensé que te hacía un favor alejándome, porque estuviste a punto de perder la vida por mi culpa y jamás podría perdonarme que algo malo te sucediera. Pero no sabía lo duro que sería no tenerte cerca, ni lo mucho que puede llegar a extrañarse a una persona a la que ni siquiera te permites recordar. Quiero empezar una nueva vida a tu lado. Formar nuestra propia familia, escribir nuestra historia juntos. Eres la única mujer a la que he amado y la única con la que puedo imaginar un futuro lejos del mar. Pero tú decides. Siempre. Mi destino está en tus manos. Dime qué debo hacer para recuperarte; pídemela luna y te la entregaré junto con todas las estrellas del firmamento.

Durante un minuto interminable, ella se limitó a observarlo.

—Diseñarás el barco más rápido que se haya construido jamás —dijo al fin.

Nathan asintió.

—Yo me encargaré de que lo haga, Billie —aseguró Blackpool.

—Y le pondrás mi nombre. Mis dos nombres.

—Será tan magnífico como su dueña —prometió Nathan.

—Construirás una casa en Cayo Esperanza para nosotros. Cerca de la de tu familia.

—Desde luego.

—Y otra para Jack y Blackpool y Saint-Clair y...

—Casas para todo el mundo. ¿Algo más?

—Dejarás que el capitán Grant se marche.

—¿Cómo?!

No fue solo Nathan quien expresó su sorpresa. También sus hombres, Christopher e incluso el propio Grant.

—Tú mismo has dicho que sus crímenes no son lo bastante sangrientos como para enviarlo a la horca.

—¡Protesto! —apuntó el acusado.

—Estuvo a punto de matarte. Te ofendió y te utilizó como escudo. No pienso dejarlo libre.

—¿Ni siquiera si es el precio de mi perdón? Todo está cambiando, Nathan, nuestra vida va a cambiar... Pero me gustaría pensar que en alguna parte queda un vestigio del viejo mundo. De ese en el que sucedían las historias que mi madre me narraba al acostarme. Deja que lo que tu padre creía sea cierto. Los piratas nunca desaparecerán.

Nathan observó a su hermano. Grant constituía un vestigio del pasado, cierto, pero era Christopher quien representaba ese último eslabón. La prueba viviente de una historia gloriosa que llegaba a su fin.

—Lárgate, Grant —dijo sin dejar de mirar a Wilhelmina.

Y entonces ella sonrió. Y, por esa sonrisa, él habría sido capaz de recorrer el infierno, luchar con dragones y levantar a los muertos. Porque, cuando Wilhelmina sonreía, el mundo se convertía en un lugar donde los sucesos más extraordinarios podían acontecer.

—¿Algo más?

Ella dio el último paso y le acarició el parche que cubría su herida.

—Prométeme que nunca volverás a dejarme sola.

Él tomó su mano y acarició el anillo que todavía lucía en el dedo anular.

—Te prometo que estaré a tu lado hasta que te canses de mí.

Billie le echó los brazos al cuello antes de susurrar:

—Bien. Entonces estaremos juntos por toda la eternidad.

Al fin la abrazó y la besó con la promesa de una larga vida en los labios. Nunca volvería a alejarse de ella. Y pasaría el resto de sus días compensándola por esos meses que habían estado separados.

Los hombres lanzaron vítores a su alrededor y, sonrientes, ambos decidieron dejar los besos para más tarde.

Junto al castillo de popa, Blackpool y Saint-Clair se enjugaban las lágrimas.

—¡Oh, Nate! —gritó Christopher—. ¡Ha sido precioso! ¡Pero recuerda siempre que yo soy el responsable último de vuestra reconciliación!

—¿Tú?! —replicó Blackpool, ofendido—. ¡Yo llevo meses diciéndole que era un estúpido por no ir a buscarla!

—¡Pero yo la he traído hasta aquí!

—¡Eso no te da derecho a llevarte todo el mérito!

—¡Claro que sí! ¡Y, además, pienso ser el padrino de su primogénito!

—¡Por encima de mi cadáver!

Y mientras Blackpool y Christopher seguían discutiendo y Theodore Grant regresaba a su barco y ponía rumbo al horizonte, Nathan se apoyó en el costado de estribor con Billie contra su pecho.

—Da la orden —le dijo.

Wilhelmina sonrió y se volvió hacia el contramaestre.

—Señor Savage, levad el ancla y poned rumbo sur-sureste. Volvamos a casa.

Jack asintió con una sonrisa.

—A sus órdenes, capitana.

Epílogo

—Érase una vez...

Así era como comenzaban las historias.

—Érase una vez un mar donde los piratas reinaban a bordo de navíos extraordinarios. Aguas azules, mansas y turbulentas, donde los hombres más valerosos y las mujeres más audaces dejaban atrás su condición humana y se codeaban con los dioses. Érase una vez un lugar donde el esclavo podía convertirse en señor, el pobre, cubrirse de oro y el hambriento de aventuras, alcanzar saciado el paraíso.

»Aquel era el reino que se postraba a los pies del capitán Aarhus. Un pirata temido y admirado a partes iguales por quienes habían oído las historias que se contaban sobre él. Lo llamaban el Guardián de los Mares, pues se trataba del mayor bucanero que el mundo hubiera conocido jamás. Se decía que había abordado cientos de naves y que sus riquezas superaban a las del mismísimo soberano de Inglaterra. También, que los dioses vikingos habían creado su barco y se lo habían entregado para que dominara con él las aguas del Caribe, convirtiendo el Valhalla en la nave más veloz de los cinco océanos. La gente creía que era una leyenda viva y que nadie sería capaz de atraparlo. Jamás. Pero era un hombre malvado y tenía un negro corazón y sus crímenes eran...

—Ejem, ejem —carraspeó, indignado, el hombre que había inspirado el relato.

El señor Nightingale detuvo su narración y le lanzó una mirada exasperada a su antiguo enemigo.

Ambos permanecían sentados en sendas butacas, flanqueando la cama en la que un niño de cabello negro y ojos turquesas escuchaba, extasiado, cada una de sus palabras.

—Es mi cuento, Aarhus, y lo contaré a mi manera.

El antiguo pirata tapó con las manos los oídos del pequeño antes de

contestar.

—Pero estáis hablando de mí. Y no quiero que mi nieto tenga pesadillas conmigo.

—¿En serio? Pues no os importó contarle aquella horrible historia sobre el malvado gobernador de Jamaica. Ahora piensa que si no se porta bien, el Hombre de Hierro lo aplastará con su puño de acero.

Aarhus sonrió, porque aquella idea había sido realmente memorable.

—Acordamos dejar las historias de piratas para cuando sea un poco mayor.

—Trato de aleccionarlo antes de que sea demasiado tarde. No pienso tolerar que tenga una visión romántica sobre un puñado de ladrones y asesinos.

El niño los miraba alternativamente a uno y a otro, sin oír una sola palabra, pero emocionado por los gestos que hacían los adultos.

—Sin duda sería terrible que tuviera como ejemplo a hombres audaces capaces de las más sensacionales hazañas.

—Robar es un delito que se paga con la horca.

—¡Suficiente!

Los dos abuelos se giraron y vieron a la madre y a la bisabuela del pequeño observándolos desde el vano de la puerta.

—Habéis sido muy malos —murmuró Billie.

—Abuelo, malo. Abuelo, malo. —Lucille abandonó el antebrazo de su dueña para pasearse sobre la cama del niño.

—Sois imposibles —los reprendió Isabella—. Siempre igual. Cada vez que le contáis un cuento, acabáis discutiendo. Señor Nightingale, debería daros vergüenza. —El antiguo gobernador enrojeció—. Y a ti también, Christian. Os lo advertí. No quiero más historias sobre piratas ni sobre capitanes de la Armada Real ni sobre monstruos de las profundidades. Conejitos, gatitos y perritos. Y punto.

Isabella dio media vuelta y salió de la habitación con paso firme.

Wilhelmina miró a los dos hombres con una sonrisa en los labios. Y al pequeño que gateaba sobre la cama en pos de Lucille, con un amor y un orgullo tan grandes como jamás hubiera creído posibles.

—Tal vez debería llevármelo antes de que lo traumaticéis con vuestros relatos.

Los dos hombres le lanzaron una mirada feroz. Era la hora de los cuentos. Y era sagrada. Podían discutir sobre los temas, pero cada día, religiosamente, los dos se juntaban en aquella habitación para compartir un rato con su nieto.

No había en el Caribe dos abuelos más abnegados que ellos.

—De acuerdo.

Wilhelmina le dio un beso en la frente al pequeño y lo envolvió con las mantas.

—Dulces sueños, Jack. —Antes de salir por la puerta, se volvió de nuevo—. ¿Quizá podríais probar con un cuento sobre guerreros medievales? Estoy segura de que no tenemos ninguna historia conflictiva entre nuestros antepasados.

—En realidad, nuestra familia descende de una larga estirpe de caballeros, hija —comentó el abuelo Nightingale.

—Y la nuestra, de una larga estirpe de bárbaros y sanguinarios vikingos.

Wilhelmina salió al exterior con una sonrisa en los labios y se dirigió a la orilla de la playa para contemplar el atardecer.

Tras deshacerse de los zapatos y las medias, se sentó y hundió los pies en la arena. Con un suspiro, cerró los ojos y dejó que los últimos rayos de sol le acariciaran la piel.

Poco después sintió unos brazos ciñendo su cintura y un pecho robusto apretándose contra su espalda.

—Vienes tarde —ronroneó, acomodándose en el calor de aquel cuerpo que había llegado a conocer tan bien como el suyo.

—Lo lamento. ¿Jack está dormido?

—Aún no. Sus abuelos están compitiendo por quién es capaz de contarle la historia más terrorífica.

—Nunca superarán sus diferencias.

—Quizá lo hagan. Dentro de mucho mucho tiempo. Y dime, ¿cómo progresa el Wilhelmina Augusta?

—Creo que podrá navegar la próxima primavera, siempre y cuando no tenga que lidiar con las exigencias de Blackpool, los accidentes de Saint-Clair, las recomendaciones de Jack y las críticas de mi hermano. ¿Y tu libro?

—Bien. Solo falta el final. Mi padre quiere que lo titule Los robos y asesinatos de los más famosos piratas.

Nathan dejó escapar una risa.

—¿Y qué le has dicho?

—Que se trata de una recopilación de cuentos infantiles y que ese título asustaría a los niños.

El suyo no era un libro sobre la historia de la piratería, sino una colección de relatos, como aquellos que su madre le contaba a la hora de dormir. Algunos

incluían hechos reales, mientras que otros procedían de su imaginación. Y de la de Nathan, Jack, Blackpool, Christopher e incluso Isabella.

—La pequeña Billie, el Tuerto, se merece que su nombre aparezca en la portada —aseguró Nathan besándola en el cuello.

El hilo conductor del libro planteaba que todas las historias le eran narradas a la pequeña Billie antes de dormir. Una niña que soñaba con surcar los mares a bordo de un bergantín, ocultando su verdadera identidad bajo un parche y un apodo aterrador.

—¿Crees que Billie tendrá algún día su propia historia?

Sí, la tendría. Una con la que jamás habría soñado, pero que le depararía un futuro más brillante que cualquiera que hubiera podido imaginar.

—Quizá.

—Una que empiece con un: «Érase una vez...».

—Desde luego. ¿Acaso las hay de alguna otra clase?

—¿Y qué le aguardará a nuestra protagonista?

—Creo que se enrolará en un barco pirata, haciéndose pasar por un muchacho, y allí vivirá multitud de aventuras.

—¿Y cuando crezca?

—Se verá involucrada en un alocado plan para robar el mayor tesoro de la Historia. Y tendrá que encontrar la forma de entrar en la alianza de piratas que se ha forjado para apropiarse de él.

—¿Y cómo lo logrará?

—Secuestrando al mayor enemigo de todos ellos. El cazapiratas. Un hombre infame con un corazón oscuro como el fondo del mar...

Nathan le hizo cosquillas en la cintura.

—Eh, seguro que no es tan malo.

—Tal vez el monstruo tenga motivos para hacer lo que hace y quizá albergue cierta luz en su interior.

—Apuesto a que sí. Y apuesto también a que, aunque al principio ella lo odie, terminará perdidamente enamorada de él.

—Más bien será él quien pierda la cabeza por ella nada más verla.

—Una opción mucho más realista, sin duda. ¿Y después? Ya me lo imagino. En mitad del océano, la pasión entre ellos se inflama y, aunque tratan de resistirse, terminan haciendo el amor bajo las estrellas...

—Eso no, que es un libro infantil.

—Esta es la versión para adultos.

—Entonces sí, hacen el amor bajo las estrellas. Y hay mentiras, planes secretos, batallas navales...

—Un montón de embrollos, pero al final todo se soluciona. Y, tras un doloroso pero necesario periodo de separación para aportar dramatismo a la narración, se casan...

—Y tienen un hijo juntos.

—¿Solo uno? —susurró Nathan contra su cuello.

—Ese es un detalle abierto a negociación.

—Bien. —Nathan se movió y, de pronto, Wilhelmina se encontró tendida sobre la arena, cubierta por el cuerpo fuerte y acogedor de su marido—. Terminemos esa historia para que podamos seguir adelante con la nuestra.

—Escribe tú la última línea —ronroneó Billie, echándole los brazos al cuello.

—¿Qué te parece un: «Y vivieron felices y comieron perdices»?

—Nada de pájaros para comer.

Nathan lanzó una carcajada y la besó en los labios. El sol se ponía en el horizonte y las olas acariciaban la playa. Aquel lugar, aquel momento era lo más parecido al paraíso en la Tierra.

—De acuerdo. Tú ganas. Dejaremos a las aves tranquilas. ¿Cómo quieres que termine entonces?

Wilhelmina sonrió y susurró contra su boca:

—Como lo hacen las historias que realmente merecen la pena. Con un: «Y vivieron felices por siempre jamás».

Fin

Agradecimientos

A todos los que, en alguna ocasión, han narrado una historia de piratas, por mantener viva la leyenda y alentar los sueños de los espíritus rebeldes.

A mi madre y a mis hermanas, por estar siempre ahí cuando las necesito, incluso para trasladar más de treinta años de libros y recuerdos.

A mis amigas, Ana, Ángeles, Hosanna, Iratxe, Pilar y Victoria, por creer en esta novela cuando yo no podía hacerlo y enriquecerla con sus sabios consejos.

A Carla, por convertirse en mi maestra, tener una paciencia infinita y hacerme parecer mejor escritora de lo que nunca llegaré a ser.

Y a ti, por haber insuflado vida a cada una de mis palabras y haberte embarcado en esta improbable aventura. Espero de corazón que la hayas disfrutado.

Sobre la autora

Laura Esparza nació en Bilbao en 1982. Licenciada en Historia, en la actualidad trabaja como bibliotecaria y dedica casi todo su tiempo libre a escribir historias de amor en las que nadie muere al final. Es autora de las novelas A contrarreloj y ¡Piratas!, además de unos cuantos relatos que pueden leerse en su página web.

www.lauraesparza.com